M. PÉREZ BADEL

# LAS HIJAS DE LA FLOR Y OLMOS

## CONOCIENDO A LA MUERTE



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© M. Pérez Badel

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-1386-515-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

**Al doctor Fidel y a la niña Mary, autores de mis días y sentir de mi alma.**
**A Susana y Sofia Curi Pérez, amor de mis amores.**

**Agradecimientos muy especiales a Sergio Curi Chércoles por su dedicación e incondicional apoyo, sin el cual no habría sido posible esta aventura.**

# Capítulo I
# La buena nueva

Aquella terrible madrugada húmeda y oscura Ana Teresa sintió las pesadas puertas de la catedral cerrarse con gran ímpetu detrás de ella; de haber tardado unos segundos más se habría quedado fuera sin el cobijo protector de los robustos muros de la casa de Dios. Henchida de dolor lloraba, pues una parte de su corazón no había entrado al recinto y seguía en las calles a merced del infame pirata Francisco Drake y su orda de trúhanes, quienes llevaban horas azotando a la ciudad con su potente artillería naval.

Tras una oleada de disparos y cañonazos que hicieron estremecer los cimientos de la tierra, un silencio sepulcral se apoderó de la iglesia mayor, y luego, se comenzaron a escuchar disparos al aire y las risotadas de los sitiadores rodeándolos e intimidándolos.

Ana Teresa se pasó la mano por los ojos para enjugarse el llanto y por la frente para limpiarse el sudor, borrando lo que quedaba de la cruz de ceniza impuesta el día anterior en la misa solemne celebrada en ese mismo lugar. Con la vista aclarada se alejó del tumulto de refugiados y se acercó a una ventana asomando la cabeza por una pequeña abertura; no conseguía ver a los piratas, pero escuchaba a los engreídos clamando victoriosos la conquista de una plaza afamada como una de las joyas de la corona española. Alzando la mirada al lóbrego cielo encontró a la Luna esquiva entre las nubes que jugaban a esconderla y a mostrarla a su antojo, entonces, en medio de la peor angustia de su vida se preguntó qué hacía tan lejos de su tierra y si llegaría a ver otro amanecer. Quiso retroceder en el tiempo, para volver a Sevilla, ver la puesta del sol y contemplar ese cielo rosáceo pintado por Dios, y en la distancia a la imponente Giralda creada por el hombre para alabarle. Recordó entonces aquel

atardecer, en que una apacible brisa acarició su rostro y abrazó su ser mientras percibía cómo la luna, su fiel confidente, siempre mística, siempre radiante, se imponía en el firmamento, como si quisiera saludarla o más bien despedirla. Envuelta en pensamientos discrepantes, su corazón se resistía a aceptar que aquel fuese el último atardecer de todos los que había allí presenciado, mientras su mente con cierta impaciencia intentaba guardar paisajes, sonidos y olores de toda una vida sin más gloria que la que natura en su condición de mujer le había otorgado. Con profunda melancolía tenía que dejar atrás su mundo, pues debía emprender un largo viaje hacia las Américas florecientes y convulsas, décadas atrás descubiertas. Con los ojos vidriosos y mustios suspiros se despedía de la tierra en que nació y creció. Aquel día no tuvo ocasión de liberar el torrente de lágrimas que oprimía su pecho, pues su momento de soledad fue bruscamente interrumpido por unas voces que con insistencia reclamaban su presencia.

—¡Voy enseguida! —gritó, y postrándose de rodillas suplicó a la Virgen del Rosario que le diera el coraje para espetar un simple y rotundo: ¡No iré!

Lo había intentado en varias ocasiones, y en todas ellas esas dos simples, cortas pero poderosas palabras se negaron a salir de su boca. Seguía sin encontrar la fortaleza que tanto necesitaba desde que Pedro, su marido, meses atrás al llegar de un largo, precipitado e importante viaje le reveló lo que él consideraba era la mejor buena nueva de su vida, pero que para ella resultó ser más bien una «terrible mala nueva», al punto de casi desfallecer en sus brazos por la impresión. Necesitó varios días para asimilar el hecho de que comenzaría una nueva vida aislada de la civilización, y que debía establecer su hogar en el «fin del mundo» como despectivamente llamaba a las Indias Occidentales. Ahora, su mundo, el único que conocía y que quería conocer, dejaría de serlo. La única certeza que tenía era la incertidumbre de su futuro y por supuesto el de su familia en unas tierras lejanas e indómitas, a sus ojos en mala hora creadas por Dios. En demasía le preocupaba la alimentación del cuerpo y del espíritu, las enfermedades desconocidas de que podían contagiarse y los muchos peligros que tendrían que encarar desde la

partida. No concebía la idea de estar rodeada de indígenas salvajes, carentes de la verdadera fe, ni de negros esclavos a los que consideraba seres bastos, sucios y faltos de cualquier atisbo de cultura. El panorama era turbio, y poco, o más bien nada le agradaba; pero, aun así, su deber como buena esposa era acatar la decisión de su marido, y estaba dispuesta a dejarlo todo para seguirle a cualquier lugar, aunque ese lugar fuese el «fin del mundo».

Ana Teresa siempre fue una mujer sumisa y complaciente, aunque en su juventud tuvo las suficientes agallas para defender sus nupcias ante una sociedad rígida y conservadora, en la que los deseos y opiniones de una hija nada importaban en los planes de su progenitor. Sin dudarlo, y a su manera, se enfrentó a su padre, quien por conveniencia estuvo a punto de unirla en matrimonio con un viudo marqués sevillano llamado Lorenzo de Mendoza, maduro pretendiente embriagado hasta los huesos por los encantos de la joven moza, dueña de un rostro angelical y de unas caderas macizas idóneas para darle un descendiente que continuara con su estirpe. Ana Teresa no podía evitar sentir cierta aversión por el noble, ya que la fisionomía del honorable no era agradable a sus ojos, pues este, aunque ostentara de un título nobiliario también era poseedor de una cantidad de pelos similares a los de un perro de agua. Todo su cuerpo estaba cubierto de vellos enmarañados que se asomaban insolentes por donde podían, exceptuando la parte posterior de la cabeza que lucía como un desierto inhóspito y brillante, lo cual era una nimiedad para los padres de Ana Teresa si se tenían en cuenta las mieles que obtendrían de aquella unión. Pero los desaires de la joven al marqués, cada vez más frecuentes, se debían no solo a su infortunado aspecto, sino a un sentimiento más fuerte que la razón humana; el amor. Decidida a impedir que la casaran arriesgó su futuro y la honra de su familia al perder la virtud entregándose en citas clandestinas a Pedro, un hombre carente de linaje, pero a su parecer, desbordante de otras cualidades.

Cierto día, Ana Teresa no tuvo necesidad de idear más excusas para desatender las visitas, pues llegó a oídos de todos en Sevilla que el marqués había muerto súbitamente mientras daba un paseo a

caballo; hecho que causó consternación y un terrible dolor a los padres de Ana Teresa, quienes no solo vieron cómo se les esfumó de las manos la posibilidad de bien casar a su hija, sino que además tuvieron que exigirle al mísero de Pedro que compensara la ofensa hecha al honor de la familia con un rápido matrimonio, del cual a los pocos meses nacería la primera de sus nietas, a la que los jóvenes padres llamaron Carmen.

Ana Teresa, absorta en sus pensamientos y aún de rodillas, dejó sus súplicas a la Virgen sin terminarlas, y se levantó mirando de soslayo nuevamente a la luna. Las voces que reclamaban su presencia y que la hicieron salir sin muchas ganas de la habitación tenían un tono de ofuscación que atribuyó a una de las habituales peleas entre sus hijas. Aceleró el paso hacia el salón de la casa en el momento en que las dejó de escuchar, porque su infalible intuición de madre le reveló en el eco de aquel breve silencio que algo malo había pasado. Al lado de una caja de madera encontró a Rosario, la menor de sus hijas, tirada en el piso y a sus dos hermanas a su lado sin saber qué hacer más que esperar el auxilio de su madre. Ana Teresa, horrorizada, saltó desafiando la elasticidad de sus músculos para llegar a ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó casi gritando.

—Se ha caído —contestó aturdida la mayor de las niñas.

—Lucía, trae un poco de agua —pidió a la segunda de sus hijas—. Venga, Rosario, ¿estás bien?, ¿dónde te has golpeado?

—Mamá, mamá… —balbuceaba Rosario—. Me he dado muy fuerte en la cabeza —dijo antes de comenzar a chillar con todas sus fuerzas.

—Ya está, ya está, cariño mío —la consolaba moviendo suavemente los brazos y piernas de la pequeña verificando que no hubiera ningún hueso roto. Entonces la cargó en sus brazos y se la acomodó para que descansara la cabeza en su hombro, mientras prometía un castigo severo a las tres, pues no habían pasado ni dos horas desde que les prohibió por enésima vez jugar con las dichosas cajas de la mudanza que tenía en el salón, y aunque Lucía insistió hasta el cansancio en que no lo estaban haciendo, no valió de nada, porque la reprimenda seguiría en pie.

Esa noche, Ana Teresa se desveló vigilando entre los sollozos de la pequeña, el prominente chichón que emergió de su frente. Para desinflamarlo le untó miel de romero con azúcar, pero serían necesarias varias aplicaciones de la mezcla y muchas horas para que la voluminosa masa comenzara a deshincharse. Estando en esas, sintió el cansancio por los avatares de los últimos días en Sevilla, pero a pesar de esto, y de las constantes ausencias de Pedro, quien pasaba más tiempo de lo habitual en el puerto, se sintió también llena de vida y deseosa de engendrar un hijo varón. Aunque sabía que eso haría infinitamente feliz a su marido, se preguntaba si aún era mujer fértil debido a las serias complicaciones que había sufrido durante su último parto, casi nueve años atrás; un largo y difícil expulsivo del que solo recordaba imágenes borrosas, mas con aterradora claridad revivía aquellos dolores que desgarraron su vientre, y por poco su vida. Aquel día, en esa misma habitación, una vieja comadrona de cabellos grises y tez ajada, y su ayudante, se encargaron de asistirla haciendo uso de toda la pericia y sabiduría adquirida de años y años de experiencia en el oficio de traer críos al mundo. Le limpiaron el sudor de la frente en innumerables ocasiones y le dieron un baño tibio con agua de violetas mezcladas con manzanillas. La acomodaron hacia un lado, la acomodaron hacia el otro y la volvieron a reacomodar hacia el lado anterior. Le pusieron un escapulario en el cuello con la imagen de la Virgen del Rosario y declamaron con fe una a una todas las jaculatorias de su largo repertorio, pero las horas pasaban y el dolor se intensificaba en un parto eterno. Le aplicaron en sus partes íntimas una mezcla de raíz de lirio, hierba gatera y orégano, para hacer soportables las cada vez más intensas contracciones, pero este remedio no surtía efecto calmante alguno porque, según dijo la sabia partera, la criatura se había aferrado a las entrañas de la madre poniendo en grave peligro la vida de ambas. En un intento casi desesperado le ajustaron una faja sobre el vientre y la estrujaron con la esperanza de que la criatura se soltase, pero para entonces, Ana Teresa ya había aceptado que aquel dolor era muy superior a su resistencia. Sus fuerzas la abandonaban y no creía poder soportar la siguiente oleada de contracciones.

En el salón, los padres de Ana Teresa, visiblemente preocupados, esperaban atentos el desenlace de la gestación. Trinidad, madre de Ana Teresa, con camándula en mano no dejaba de pasar las cuentas y pedir fervorosamente en cada una de ellas por la vida de su hija. Entre plegaria y plegaria era consciente de que una mujer a lo largo de su vida nunca está más cerca de la muerte que al momento de parir, porque es justo ahí cuando la línea de la vida se vuelve muy frágil, permitiendo a la parca acechar a quien con dolor lucha con su vida por dar vida, y aquella demora solo podía significar que Ana Teresa estaba perdiendo la suya. Sus oraciones en vez de sosegar a Pedro parecían más bien alterarlo. El angustiado hombre apoyado sobre la pared se llevaba las manos a la cabeza una y otra vez sin dejar de hacerse preguntas que ninguno de los presentes podía responder.

—¿Qué ocurre con mi mujer? —levantó la voz cansado de esperar—, ha pasado mucho tiempo y no me dicen nada. Este es el tercer parto y ninguno de los anteriores ha sido tan extenso. ¡Es evidente que algo va mal! ¡No aguanto más!… ¡Necesito saber qué pasa! —exclamó determinado, y con paso firme se dirigió a la habitación.

No había dado más que un par de zancadas cuando escuchó el llanto de un bebé. Aceleró el paso, abrió con ímpetu la puerta de la habitación y una vez dentro se detuvo bruscamente al ver un río de sangre correr que dejaba a su paso una estela carmesí.

—¡Ana Teresa! ¡Dios mío! ¡No por favor! —Fue lo único que pudo modular el hombre antes de que un velo grisáceo cubriera sus ojos sumiéndolo en la oscuridad.

Ahora el llanto lo escuchaba cada vez más lejano, como si fuese un suave eco. Sus fuertes piernas parecieron volverse de papel y empezó a tener dificultades para mantenerse en pie. La ayudante de la partera se percató de su lasitud y corrió rápidamente hacia él sosteniéndolo antes de que cayera de bruces.

—¡Respire, tranquilo, respire! —decía acomodándolo en el piso—. ¡Respire, hombre, que ha tenido una niña!, ¡una hermosa niña! ¡Enhorabuena!

Una escueta sonrisa esbozó el sincopado marido al contemplar el

rostro aún borroso de aquella mujer campechana. Tras unos segundos recuperó el tono de los músculos y la agudeza visual, pero todavía aturdido se puso en pie y se dirigió a la cama donde estaba su mujer.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con voz entrecortada.

—Eso mismo te pregunto yo, que al suelo has caído.

—Fue solo la impresión de ver tanta… —Prefirió callar para no alarmarla con lo de la sangre—. Dime, mujer, ¿cómo te sientes? —insistió con voz dulce.

—Agotada, con mucho frío.

—No es para menos, ha sido un tremendo esfuerzo —dijo acomodándose a su lado y besando su frente.

—Pedro, escúchame —musitó disneica—. No sé qué pasará conmigo… pero necesito pedirte algo.

—No digas nada, mujer, ya hablarás después, ahora descansa que acabas de parir —La interrumpió suavemente.

—¡Calla, Pedro, déjame hablar! —Hizo una pausa para llenar los pulmones de aire y poder continuar hablando—. Solo quiero decirte que si muero… si muero quiero que la niña se llame Rosario. —Tras otro silencio para recuperar el aliento, Ana Teresa miró a la niña que envuelta en una blanca mantilla bordada por ella reposaba en su costado—. ¿A que es hermosa?, creo que se parece mucho a ti. —Y tomando débilmente la mano de su marido prosiguió—. Te pido algo más, te lo ruego; protégelas y críalas bien, pero no a tu manera, sino a la mía. Necesito escucharlo de tus labios, Pedro, así que promételo… ¡promételo! —insistió con desespero.

—Está bien, lo prometo; pero por favor no digas ni una palabra más. Debes descansar —contestó acariciando suavemente su fría mano, aduciendo sus palabras al cansancio extremo.

Entonces, Ana Teresa se fue quedando dormida, profundamente dormida, y su rostro reflejaba un aspecto de moribunda que Pedro solo había visto de cerca en tiempos de guerra.

La sabia partera y su ayudante hicieron y continuaron haciendo todo cuanto pudieron por ella; ya solo quedaba esperar a ver si su cuerpo era capaz de recuperarse. Con tantos años de experiencia no sería la primera vez que vieran a una mujer consumirse día tras día

después de un sangrado tan abundante durante un parto. Era como si se secaran por dentro y por fuera, al punto de no poder siquiera amamantar a sus críos. Lentamente abandonaban las ganas de vivir; perdían la fuerza y la razón, y como si de hechicería se tratase, una caída de todo el vello corporal vaticinaba el fatal desenlace.

Pedro, tras cargar y ver de cerca la carita de su hija, la entregó a Trinidad para que se hiciera cargo de ella, luego colocó una silla al lado de la cama y se sentó en silencio junto a su mujer. Día con día vigiló la evolución de su crítico estado de salud levantándose apenas para comer o beber algo, mientras la partera, la ayudante y la suegra se ocupaban de los cuidados de la madre y la recién nacida.

A pesar del sombrío pronóstico, Ana Teresa se aferró a la vida de la misma manera en que las raíces de un roble se aferran a la tierra. Poco a poco fue recuperando la energía vital, y con el paso de los días sus cabellos fueron recobrando el brillo que caracteriza a una mujer en la plenitud de la vida, y en su rostro comenzó a vislumbrarse nuevamente el color en las mejillas, pero aun así la debilidad era notoria, por lo que debió guardar estricto reposo durante casi cincuenta días. Postrada sobre la cama y acompañada por el tedio, vio pasar las horas sin hacer nada diferente que alimentarse con comidas insípidas, rezar y detallar aquel espacio modesto en el que no había más que un baúl grande de madera arrinconado, un cuadro de la Virgen gestante colgado en la pared que ella misma había pintado sobre lienzo y un par de sillas, una de las cuales usaba en las tardes para ver sus amados atardeceres a través de la ventana.

Un quejido abrupto y seco de Rosario hizo que Ana Teresa dejara sus recuerdos para centrarse en su hija, que se había lastimado el chichón mientras dormía. Se incorporó, y con mimos y maña le dio de beber a la cría una toma hecha con agua hervida, raíz de diente de león y regaliz, buenísima según se sabía para desinflamar cualquier proceso inflamatorio de los tejidos. Cuando la niña dejó de llorar y volvió a quedarse dormida suspiró pensando que no le importaría volver a pasar por todo aquel sufrimiento si pudiese engendrar nuevamente. No era que se quejara de su suerte, porque, aunque hijo varón no hubiese concebido hasta ese momento, Dios la

había bendecido con un buen marido y tres hermosas hijas; Carmen, bautizada con el nombre de la abuela paterna, quien murió semanas antes de que naciera la nieta, Lucía, quien nació una tarde de invierno, durante un eclipse solar, y Rosario, llamada así en honor a la Virgen.

Pedro distaba mucho de ser un hombre perfecto, pero procuraba ser honorable ante la sociedad, ejemplar para su familia y sobre todas las cosas, leal a su rey. Pasaba tanto tiempo navegando en el mar que cuando regresaba a casa encontraba a sus hijas cambiadas, mucho más grandes y también más distantes. De las tres solo Lucía se emocionaba cuando lo veía llegar; salía corriendo para colgarse de su cuello como un mono, alborotarle los cabellos y robarle besos, mientras sus hermanas lo recibían con un abrazo más bien forzoso y frío que se templaba si les traía algún regalito del viaje.

A pesar de amarlas, Pedro se mostraba reservado y poco afectuoso, tanto fuera como en la intimidad de su hogar. Las demostraciones de cariño eran más bien esporádicas, porque eso «no era cosa de hombres», según le enseñaron. Eso sí, cada vez que tenía ocasión de instruirlas, lo hacía pregonándoles el mismo sermón una y otra vez para enseñarles la verdad de la vida.

—Para hacerse un lugar en este mundo —les decía con enternecedor sarcasmo—, son necesarias tres cosas: la primera, amar a Dios sobre todas las cosas, la segunda, ser leal a tu rey, y la tercera, ser un hombre; aunque en vuestro caso, claro está, esto se reduce a bien casarse, obedecer a vuestros maridos y procrear hijos sanos.

Pedro de la Flor y Olmos, castellano de nacimiento, provenía de una familia con vinculación marinera, aunque no conoció el mar hasta que tardíamente mudó su primer diente en una primavera inusualmente asfixiante. En aquel momento, cuando sus ojos negros vieron por vez primera aquella inmensidad azul sintió el llamado de las olas y comprendió que no quería vivir alejado del mar. Se inició trabajando como grumete en una embarcación que navegaba por la costa atlántica andaluza, tiempo en que aprendió de jarcias,

velámenes, pernería, mástiles y vergas; aprendió a guiarse con el sol y otras estrellas; de la influencia de la luna en las mareas; de los peligros que tenía al cruzar la barra en el paso a Sanlúcar; y de las bondades y riesgos de los vientos de levante en la bahía de Cádiz. Sus conocimientos le sirvieron para evitar que en más de una ocasión encallara el galeoncete donde prácticamente vivía; por lo que el capitán y dueño de la embarcación, viendo su talento natural y su pasión por la náutica, le enseñó a leer y escribir. Después le animó a examinarse oficialmente en la Casa de Contratación, prometiéndole que, si aprobaba, se quedaría con el puesto de piloto de su nave. Pedro le tomó la palabra, y así lo hizo, y en menos de lo que tarda un ñato en persignarse había logrado los requisitos impuestos. Se inscribió y se examinó sin haber pasado por el año exigido de estudios de leyes, aprobando holgadamente y consiguiendo el cargo prometido. Con el tiempo y gracias a la afición del capitán por el vino, terminó convirtiéndose él en capitán de la embarcación.

Pedro pasaba largas jornadas bajo el sol mediterráneo, tanto que su blanca piel se tornó morena y se perfumó con ese singular olor a sal, a arena, a mar, y sus labios blanquecinos se acostumbraron a estar cuarteados. «Lo único que le faltaba para ser plenamente feliz —pensaba—, era tener branquias y aletas para sumergirse a explorar las profundidades de las aguas y desvelar los secretos de un mundo completamente desconocido y temido injustamente».

En su oficio de capitán, era un hombre ecuánime en su proceder, mas no toleraba que se le contradijera, no porque careciera del buen talante de sus coterráneos, sino porque confiaba tanto en su criterio que prefería evitar que le hicieran perder el tiempo con fútiles argumentos. Se curtió y exprimió estratégicamente tanto las habilidades innatas como las aprendidas en los diferentes servicios que prestó a la corona de Felipe II cuando era convocado a unirse a las flotas navales para defender por mar al reino de sus enemigos, logrando acumular entre pecho y espalda un buen número de experiencias que catapultaron su carrera naval, llegando a ser exaltado por su valía, coraje y astucia en el mayor éxito jamás conocido de la Armada Real: la Batalla de Lepanto, en la que al

mando del galeoncete arriesgó su vida una y otra vez, ganándose desde entonces y sin saberlo el afecto del rey, gracias a los comentarios que su hermano don Juan de Austria, generalísimo al mando supremo de esa gigantesca misión, hizo sobre el desconocido pero tenaz capitán.

Felipe II gobernaba un reino tan vasto que nunca se llegaba a poner el sol en sus fronteras; cuando se ocultaba por el oeste ya había salido por el este. Y no menos vastos eran los innumerables asuntos que requerían su atención y diligencia. Entre estos, había uno que le molestaba tanto, como el malestar que puede proferir una muela picada cuando es apenas incipiente, pero que de no ser tratada con prontitud terminaría extendiéndose a otras piezas, infectando al hueso y causando un problema aún mayor. El asunto que le inquietaba ocurría descaradamente en una ciudad que para entonces se había convertido en la guardiana del reino, considerada una joya muy preciada por la corona, pues era la receptora de abundantes riquezas que desde allí despachaba a España, junto con los considerables ingresos fiscales derivados del comercio, principalmente el de esclavos.

Los círculos más cercanos al rey se mostraban consternados con los desórdenes y desavenencias del llamado «contrabando»; una realidad inocultable, pues el aumento sostenido de la demanda de todo tipo de mercancías, y en especial la de esclavos en las Indias Occidentales, era sin duda, una tentación latente para que sus moradores o cualquier extranjero cicatero cometiera estos actos ilícitos. Entre conjeturas y acalorados debates que estaban a la orden día, los miembros de la real audiencia analizaban qué medidas resultarían más eficaces para acabar con esa mala práctica cada vez más arraigada en aquellos territorios. Defendían el uso de mano dura para los descarados traidores que favorecían su lucro personal en detrimento de la corona, y prometían un mecanismo eficaz para acabar con los insolentes que se atrevían a desafiar a su rey, aun a sabiendas de que ese delito era considerado alta traición. Afirmaban, con pruebas en mano, que estaban frente a una plaga muy peligrosa, porque esos mismos que evadían el pago de los impuestos en las colonias, también fomentaban desde la clandestinidad ideas

que ponían en duda la autoridad del rey, algunas de las cuales habían incluso cruzado los mares llegando un día a oídos del monarca, quien encolerizó al escuchar lo que se murmuraba en los callejones de aquellas colonias, murmuraciones que aseguraban que: «no todo lo lícito en un reino distante tenía porque serlo para unos súbditos descuidados por su rey. Un rey que los honraba con su olvido y con la ausencia de bondades para quienes se forjaban en tierras agrestes. Un rey que parecía despreciarlos con su fría apatía, dejando a su suerte el destino de quienes crecieron con la idea de derramar hasta la última gota de sangre por él». Fue ese mismo día cuando el monarca decidió ocuparse del asunto y cortar de raíz el problema.

Cierto día de mayo, Pedro se encontraba trabajando en el puerto de Sevilla; acababa de llegar de un largo viaje por el mediterráneo, cuando dos emisarios a caballo lo abordaron. No se identificaron, ni hacía falta que lo hicieran, pues el uniforme rojo y amarillo que vestían solo era usado por soldados reales. Observó que llevaban las vestiduras polvorientas, y la espuma que las bestias tenían en la boca delataba que estaban sedientas, por lo que era evidente que acababan de recorrer un buen trayecto.

—¿Capitán, Pedro de la Flor y Olmos? —preguntó uno de ellos con tono de voz grave.

—Sí, soy yo.

—¿Sois el capitán Pedro de la Flor y Olmos? —repitió el otro con gesto agrio, denotando un carácter adusto.

—Sí, lo soy —contestó quitándose el sombrero alado de la cabeza—. ¿En qué puedo serviros? —Entonces ambos soldados bajaron de sus monturas, y muy erguidos se acercaron a él.

El primero de ellos en hablar sacó una carta de una bolsa y se la entregó.

—Tenemos orden de que la abra y la lea al momento.

Pedro, intrigado, tomó en sus manos la carta, pero al ver el sello real, la intriga dio paso al nerviosismo. Dando la espalda a los uniformados, y con un gesto de desconcierto en el rostro la abrió, y leyendo para sí las tres líneas que esta contenía, detalló con total

asombro que el firmante no era otro que el mismísimo rey Felipe II.

—Podéis dejar lo que sea que estéis haciendo, partimos hoy mismo. A lo sumo tenéis dos horas para organizaros. No tenemos tiempo que perder, así que andando —afirmó tajante el soldado de rostro agrio.

—Entiendo. Solo debo avisar a mi mujer, ensillar mi bestia, coger algunas cosas y estaré listo.

—Os seguimos —contestó el mismo soldado.

Pedro llegó a su casa escoltado; los uniformados sin descansar comenzaron a revisar los aperos de los caballos, las provisiones de que disponían y a preparar el viaje de retorno.

El nervioso capitán entró buscando afanado a Ana Teresa. La encontró sentada en el balcón bordando un pañuelo, y sin siquiera saludarla, como por costumbre hacía, le mostró la carta diciendo que debía ausentarse unos días.

—Léela por favor —pidió ella, haciéndole caer en cuenta de que, aunque no sabía leer, sí que reconocía la procedencia de la misma por los soldados que abajo esperaban. Algo ofuscada le preguntó si sabía lo que pasaba o por qué lo buscaban a él, pero su marido respondió negando con la cabeza y encogiéndose de hombros.

—Mujer, si fuese algo malo seguro que ya lo sabríamos; esas noticias llegan primero que los emisarios, así que quién sabe qué será. Quizá se nos venga otra guerra encima y estén reclutando gente de mar, o quizá se hayan equivocado de persona. Sea lo que sea, pronto lo sabremos, así que quédate tranquila durante mi ausencia.

—Qué otra cosa puedo hacer —respondió con abnegación—. Pedro, si vas a presentarte ante el rey, no puedes llegar con las manos vacías, debes llevarle un presente; espera, buscaré un poco en la casa, algo bueno encontraré.

—No, mujer, no tengo tiempo para esas cosas; vamos ya de salida, hay que aprovechar la luz del sol. Búscame simplemente algo de comer para el camino mientras yo ensillo el caballo.

—¡Que esperes te digo! ¡No tardaré nada! No todos los días llegan cartas para una audiencia real —replicó y salió corriendo por toda la casa abriendo y cerrando cajones y baúles.

Al momento y acalorada le entregó dos bolsas de cuero y un saco de fique. En una bolsa alcanzó a enfardar una camisa de rúan, limpia, bien zurcida y doblada, un pañuelo para secar el sudor y limpiar el polvo del rostro, un peine, una navaja, una pastilla de olor para afeitarse y una cobija de lana. En la otra metió todo el pan candeal, el queso y la cecina que encontró para el camino. Y en el saco, bien amarrado con cuerdas, los aleteos y estruendosos graznidos delataban el contenido.

—Las bolsas son para ti; el saco es un humilde presente para el rey —acentuó jadeante Ana Teresa teniendo que hacer una pausa para retomar el aliento tras la correndilla—. De verdad te digo que no puedes presentarte ante él sin nada. ¡Que es el rey, no es cualquier persona!

—Pero mujer, ¡con qué cosas sales!, anda, devuelve esos gansos al corral —demandó devolviéndole el saco—. ¿No te das cuenta que si los llevo nunca llegarán a su destino? —apuntó sonriente por el frenético impulso de su mujer—. Bueno, afuera me están esperando. No puedo demorar más. Despídeme y cuida de las crías; pronto estaré de vuelta.

Pedro le dio un beso en la frente a Ana Teresa y salió de la casa. Con las dos bolsas acomodadas sobre el trotón, subió al lomo del animal y junto a los emisarios emprendieron la marcha.

Tres o cuatro días de camino tenían por delante, y eso si la lluvia no aparecía, tiempo más que suficiente para entablar conversación con los soldados, ganarse su confianza, y enterarse de lo que no se especificaba en la carta. Al salir de Sevilla, cuando dejaron atrás la ciudad y en vez de gente veían tierra, Pedro con una aparatosa labia intentó conversar sobre cualquier tema. Habló del puerto de Sevilla, del puente de Barcas, de la maravillosa Giralda, de la Torre del Oro, del ambiente político en Madrid con la crisis sucesoria en Portugal, de los moros que se decían cristianos pero que en «secreto» celebraban ritos y ceremonias de la secta de Mahoma, de los franceses, enemigos declarados del reino, y hasta de las pasiones y odios que el rey Felipe II despertaba en su reino y en otros, pero los sobrios acompañantes simplemente lo ignoraban quedándose en silencio, mirándose entre sí o hablando en clave sin dejarle

participar. Ante la reacia actitud esperó pacientemente el momento propicio para intentarlo de otra forma, así, tras horas de cabalgadura por caminos montaraces en cuyo fondo tenían inmensos campos de cereales y olivares pararon a comer y descansar en una venta, entonces les pidió sin rodeos que le dieran alguna información que le permitiera salir de la ignorancia en la que se encontraba, o por lo menos tener alguna idea de por qué el rey del imperio más grande y poderoso del mundo solicitaba su presencia, pero los emisarios siguieron indiferentes a sus palabras; o bien no lo sabían, o bien no estaban dispuestos a decirle nada, así que le tocó hacer uso de la imaginación para intentar descubrirlo por su cuenta. Retomada la marcha, y aburrido por el pasmoso silencio de sus acompañantes y el andar cadencioso de las bestias por el camino de la plata, comenzó a buscar en los recovecos de su mente alguna lógica que le permitiera resolver aquel misterio. La incertidumbre le carcomía los sesos, y solo sintió algo de sosiego al tercer día de andadura cuando vio los inmensos muros de piedra berroqueña y los robustos portones del real monasterio de El Escorial, complejo palaciego que el rey mandó construir para gobernar desde allí su imperio. Al descabalgar fue conducido adentro con extrema cautela a través de una serie de infinitos corredores y estancias cuyas decoraciones tan sobrias como exquisitas pasaron desapercibidas ante sus ojos nerviosos. Finalmente se detuvieron en un salón amplio y aireado, de paredes blancas bordeadas con zócalos de azulejos toledanos y talaveranos. Sobre los muros colgaban ingentes cuadros con paisajes de Aranjuez, el Pardo y El Escorial, que Pedro observó someramente. Más atención prestó a las banquetas de nogal y a los sillones de caoba tapizados, muy tentadores para descansar tras el extenuante viaje. Al fondo del salón, custodiando una gruesa puerta, estaban inmóviles de postura y de semblante marcial dos guardias reales. Vestían el mismo uniforme que sus escoltas y estaban armados con espadas, pistoletes al cinto y alabarda en mano. Mientras esperaba, vio su reflejo en un gran espejo de marco dorado que pendía de una pared percatándose de lo sucio y desaliñado que estaba para presentarse ante el monarca. Sacó rápidamente de la bolsa el pañuelo que le empacó su mujer y se lo pasó por el rostro, se

organizó los cabellos con el peine y aunque quiso aprovechar también para cambiarse la camisa y limpiar sus botas, no pudo hacer ni lo uno ni lo otro porque la puerta se abrió presurosa y su nombre fue anunciado.

—¡Capitán, Pedro de la Flor y Olmos!

Pedro, como pudo, se mal fajó la camisa sucia, limpió la punta de los zapatos con la parte trasera del pantalón y entró. Sin nada que ocultar y sin nada que ofrecer más que una mirada franca, dio unos pocos pasos deteniéndose a una distancia prudente del rey. Su señor, un hombre blanco de cabellos rubios, quien por entonces estaría entre los cincuenta y tantos años, creyó recordar, le observó por un instante con una mirada penetrante.

—Mi señor —saludó inclinando la cabeza en señal de reverencia.

—Acercaos más —indicó el monarca con tono de voz suave pero firme mientras escribía sobre un papel.

Pedro caminó lento; le pareció que aquel recinto era de proporciones más pequeñas que la antesala, aunque seguía la misma línea de decoración que había visto a medias, austera, pero refinada, y se percató de que el rey no estaba solo, pues le acompañaban dos señores que vestían como marcaba la moda, con impolutos atuendos dicromáticos negros y grises, tonos que combinaban a la perfección con sus desteñidos rostros y sus bigotillos perfectamente peinados y curvados en las puntas. Se detuvo frente a un elegante escritorio de ébano ricamente tallado, sobre el cual se erigía una montaña de papeles tan enorme que llamó su atención, dándole la sensación de ser eso algo habitual por la facilidad con que el soberano cómodamente sentado en un sillón granate, ubicaba y desubicaba manojos de documentos. Sin quererlo, se le vino a la mente su mujer, quien a menudo afirmaba que, si había alguien en este mundo que no conocía la palabra trabajo, ese era el rey, ya que contaba con un sinfín de servidores, que no solo trabajaban por y para él atendiendo todos los asuntos de su reino; sino que incluso le vestían, le desvestían, le aseaban, le llevaban, le traían, le subían y le bajaban. Entonces pensó que, si ella estuviera ahí, advertiría con gran sorpresa que «el no trabajar en los asuntos de su reino» era según veía muchísimo trabajo para

su señor.

—¡Guardias, cerrad las puertas! —ordenó uno de los acompañantes del rey.

—Perdone vuestra merced mi sucia vestimenta; recién he llegado y no he tenido tiempo para adecentarme —se excusó Pedro al ver al rey muy pulcro e imponente, trajeado con un jubón de fino tafetán negro.

—Lo sé y entiendo —respondió sin levantar la mirada, dándole más importancia a lo que escribía que al polvo amarillento pegado a la ropa del súbdito. Un sirviente entró para dejar en un extremo del escritorio una fuente a rebosar de frutas frescas, y tras un gesto de uno de los acompañantes del rey se acercó a Pedro.

—¿Os apetece agua para beber o una pieza de fruta? —preguntó en voz muy baja.

—No, gracias por vuestra amabilidad —contestó con el mismo tono.

Al retirarse el sirviente, el rey aún seguía sumido en las letras, pero incluso escribiendo comenzó a hablar.

—Capitán, os he mandado traer con tanta urgencia por un asunto que quiero explicaros personalmente —comentó mientras dejaba sobre la mesa la pluma que tenía en la mano y entregaba el papel que acababa de firmar a uno de sus acompañantes. Centrando la vista en Pedro, quien no daba crédito que su señor supiera de su existencia, continuó diciendo—. He decidido nombraros escribano en una ciudad del nuevo mundo, Cartagena de Indias —anunció con una autoridad omnímoda.

—Majestad, honor que hacéis a este, vuestro humilde servidor —contestó sin vacilar, aunque sintiéndose completamente obnubilado—. Sepa, alteza, que estoy dispuesto a obedecer vuestra voluntad y a dar mi insignificante vida por vos si fuese el caso, más mentiría si dijera que no me extraña vuestro requerimiento —expuso en tono respetuoso e impecable.

El rey lo miró reflexivo antes de sonreír haciéndose más notorio el labio belfo heredado de sus antepasados. Le bastaron una mirada y unas pocas palabras para saber que había encontrado a la persona que estaba buscando.

—Os entiendo. Bien podríais pensar que se trata de un error, pero no lo es —expuso apoyando los codos sobre el escritorio—. Ahora, Pedro, atended bien a mis palabras. Es mi voluntad enviaros a Cartagena de Indias para que os establezcáis en dicha ciudad y os relacionéis con sus gentes. El fin de esto es muy específico: constatar cierto tipo de fraudes a la corona. Me explico —dijo haciendo una breve pausa para acomodarse en la robusta silla—. Tengo conocimiento de que en ese territorio proliferan los casos de evasión fiscal y de incumplimiento a las ordenanzas reales. Es obvio que detrás de estas actuaciones siempre hay un fin económico, por lo que es posible que algunos súbditos estén siendo forzados a callar esta información bajo algún tipo de amenaza o se estén dejando sobornar; bien sé que la plata y el oro son capaces de corromper las más fuertes alianzas, promesas y lealtades… entonces Pedro, lo que quiero —explicaba al tiempo que acercaba la fuente de frutas hacia él—, es identificar, separar y sacar las frutas podridas de mi territorio para que estas no dañen al resto. —Y arrancando bruscamente un par de uvas de un racimo, una se la llevó a la boca y la otra tiró al suelo aplastándola con su zapato de piel de lengüeta superpuesta, dejando muy claras sus intenciones con el metafórico ejemplo—. Y aquí es donde vos entráis, porque vuestros ojos se convertirán en mis ojos. Ahora os estaréis preguntando, por qué os he elegido.

—Sí, majestad —contestó asintiendo con la cabeza.

—Primero, por la lealtad que habéis demostrado en todos estos años de servicio. Segundo, porque como diestro capitán de una embarcación conocéis de sobra las posibles formas para hacer fraude con la mercancía que entra y sale de un puerto. Y tercero, porque poseéis la valentía necesaria para desempeñar este encargo no exento de peligros. Seguro que ahora estaréis pensando, ¿por qué escribano y no otro oficio?

Pedro atento a cada palabra volvió a asentir.

—La respuesta es muy simple —añadió entrelazando las manos—. En una sociedad civilizada hay dos personas que por sus oficios conocen los secretos de todos sus habitantes. El sacerdote, a quien por medio de la confesión le son revelados los del alma, y el escribano, conocedor de las posesiones y los pormenores de la vida

terrenal. Llegados a este punto entenderéis que la finalidad de todo esto no es otra que informar de quién le juega limpio y quién le juega sucio a la corona, y que realmente vuestro cometido es vigilar desde el anonimato a todos, inclusive a quienes allí me representan.

El rey se reacomodó en el sillón dejando pasar un silencio para que Pedro digiriese lo expuesto.

—Si no tenéis impedimento a mi requerimiento, jurareis ahora mismo que nadie, absolutamente nadie aparte de los aquí presentes, sabrá jamás vuestro verdadero encargo; eso incluye a vuestra mujer y hasta a vuestro confesor. ¿Comprendéis?

—Sí, mi señor, lo comprendo muy bien —contestó intentando asimilar que así sin más, acababa de convertirse en informante del mismísimo rey.

Era más que claro para Pedro que todo aquello hacía parte de un plan perfectamente organizado, y que seguramente él era solo una pieza más dentro de una gran estrategia que le permitía al rey tener ojos y oídos en todos los rincones del mundo que deseara, sin necesidad de estarlo físicamente. El hecho mismo de estar ahí de pie frente al rey era una prueba fehaciente de que alguno de esos ojos satélites se había fijado en él, por lo tanto, no dudaba que no era el único con este tipo de encargo, ni tampoco sería el último. La verdad, es que al verle y escucharle no le extrañó ese tipo de apuesta, pues, el monarca era a su entender el más poderoso del mundo, mas sí le sorprendió, y mucho, que lo hubiera escogido a él.

—Pedro, vuestra tarea es tan primordial como delicada, si por descuido o por error os descubren, vuestra vida podría correr peligro y las arcas del reino se verían seriamente comprometidas, poniéndolo también en peligro, pues los ingresos que provienen del nuevo mundo mantienen en gran parte unido al reino. Por otro lado, debéis saber que vuestros servicios serán bien recompensados.

—Majestad, mi mayor recompensa es poder serviros.

—Pedro, os estoy confiando una misión muy importante —apuntó acercando su cuerpo al escritorio y mirándolo fijamente.

—Mi señor, lo entiendo, y nada me honra más que cumplir con lo que me encargáis. Prometo por la santa cruz que no os defraudaré —afirmó inclinando la cabeza al tiempo que se daba un golpe seco

en el pecho con el puño de la mano derecha, lo que a su vez le sirvió para corroborar que aquello sucedía en realidad; que el rey Felipe II en persona le estaba confiando a él, un modesto capitán de embarcaciones, una misión secreta.

En eso, uno de los enlutados figurantes se acercó con un cofre de caoba adornado con guadamecíes brocados y lo puso frente al monarca, quien lo manipuló con tal recelo que parecía tener allí guardados todos los secretos de su reino.

—Escribiréis con vuestro puño y letra todas las irregularidades que observéis. Estas cartas deberán ir marcadas con un sello especial de lacre, este que veis —dijo sacándolo del cofre y poniéndolo sobre la mesa—, no hay otro igual. Con esto podré identificar fácilmente la procedencia y urgencia del asunto. Ahora bien, como seguro sabéis, cada cierto tiempo se despachan a las Indias Occidentales unas carabelas ligeras y rápidas que recogen toda la correspondencia proveniente del Perú, de Cartagena de Indias y de la Nueva España. Por lo tanto, entregareis vuestros informes únicamente a una persona que os contactará —enfatizó—. Esa persona os dirá solamente el santo y seña que está escrito en este papel —agregó ondeándolo en la mano antes de ponerlo sobre el escritorio—. Vuestro contacto os enseñará el antebrazo derecho, donde veréis la figura del sello marcado con un hierro en su piel. —El monarca hizo una pausa para que Pedro se familiarizara con los objetos—. Cuando esto ocurra, tendréis la plena certeza de que se trata de la persona indicada y que podéis entregar las cartas con total confianza. Vos debéis responder exactamente la segunda parte del escrito. Ni una palabra más, ni una palabra menos. Aseguraos de memorizarla muy bien y luego quemad el papel. Una cosa más, no os afanéis si pasa el tiempo y no sois contactado. Os aseguro que en el momento oportuno lo harán. Ahora bien, Pedro —habló con mirada impasible—, de vuestros informes espero conocer cuáles son las modalidades utilizadas para evitar el pago de impuestos de entrada de mercancía a la ciudad, quiénes los cometen, quiénes les colaboran, y todos los detalles que consideréis importantes. Quiero nombres; quiero saber si son vecinos, funcionarios, o si son gentes de otra corona. Como veis, ¡quiero saberlo todo! —exclamó el

monarca frunciendo el entrecejo y apretando el puño de su mano—. El resto es cosa mía —dictaminó.

El otro acompañante del rey se acercó a la mesa dejando al lado del sello y de la hoja con el santo y seña, una bolsa de terciopelo negra, la cual abrió y le mostró.

—Aquí tenéis una generosa paga adelantada por tres años de vuestros servicios. Pasado este tiempo, y mientras vuestros servicios sean requeridos, os contactarán de la misma manera para entregaros un nuevo pago por el mismo tiempo.

—¿Está todo claro? —preguntó el monarca.

—Sí, mi señor.

Pedro prestaba suma atención a cada palabra que escuchaba; si había algo que no entendía, preguntaba con los mejores modales que conocía y que poco usaba en su casa, y nunca con su tripulación al navegar, eso sí, preguntaba lo justo para no poner en la tesitura de hacerles repetir a los asesores del rey ninguna de sus explicaciones.

—Ahora solo os queda preparar y arreglar vuestro viaje —continuó el monarca—. Saldréis en verano con la flota de tierra firme, por lo que no disponéis de mucho tiempo, el preciso para organizaros. Esta noche os quedareis aquí, descansad y comed bien que mañana mismo partiréis de regreso para Sevilla. Al llegar, debéis presentaros en el Consejo General de las Indias, allí poneos en contacto con el canciller; le entregáis esta carta sellada, y él sin dudarlo, os entregará los certificados y las cédulas firmadas y selladas para que vuestra embarcación no tenga ni un solo *impasse* en el momento de partir, además de asistiros en caso de cualquier requerimiento que se os ofrezca.

El rey, con el cuello de lechuguilla erguido, apoyó la espalda en el respaldo del sillón, dirigió la mirada a sus acompañantes haciéndoles un sutil gesto de aprobación con su cabeza, y estos, como parte de una obra teatral en ejecución, tomaron la palabra para exponerle a Pedro el resto de pormenores de la misión. Dicho todo lo que había por decir guardaron el sello, el santo y seña, unas hojas limpias, y las monedas de plata en una pequeña y discreta caja de madera, para dar paso a un breve acto protocolario en el que Pedro hizo un

solemne juramento de confidencialidad. Con esto y con un «¡que Dios os ilumine y os acompañe!», expresado por el monarca, finalizó el inesperado, intenso y sorpresivo encuentro.

El capitán fue acomodado en una estancia cercana al palacio, le pareció que, así como el rey tenía muchos documentos en su escritorio, en la misma proporción, eran los visitantes que callejeaban con asuntos para ser atendidos. Tras comer, beber y estirar bien las piernas se encerró para a memorizar la contraseña y detallar el contenido de la caja. Todo aquello le parecía un tanto irreal; jamás hubiera creído posible ya no solo tener una auditoria privada con el rey, sino que este le confiara una misión. Sentado en la cama, su rostro esbozó una sonrisa y se dijo a sí mismo en tono airoso: «Así que… "escribano"». Tuvo esa noche mucho tiempo para pensar en el cometido, en que no sería una labor sencilla. Era consciente de que se avecinaban días de arduo trabajo y poco dormir, pero más allá de la responsabilidad y del deber que ahora tenía entre manos, sentía que tantos años de sacrificios finalmente eran recompensados, no de la manera que él había soñado, pero simplemente por el hecho de que el rey le hubiese tenido en cuenta asignándole una encomienda de tanta valía, le hacía caminar por la Tierra sintiéndose un gigante, aun a sabiendas que su nuevo rol implicaría un gran sacrificio personal, que claro, estaba dispuesto a asumir. Tenía demasiadas cosas por asimilar, demasiadas cosas por aprender, demasiadas cosas en que pensar, pero en ninguno de esos pensamientos aparecía su familia, ni sus opiniones, ni sus sentimientos. Poco o nada se detuvo a analizar cómo les afectaría este drástico cambio y las consecuencias adversas que podría acarrear, pero eso ya no importaba, había dado su palabra; ahora su buen nombre estaba en juego, el futuro mismo de su familia, y en cierto modo el de una ciudad en la que vivían personas que aún no conocía y que podrían verse perjudicadas según los informes que hiciera.

Al día siguiente Pedro emprendió el regreso a Sevilla. Llegó visiblemente extenuado y con la entrepierna adolorida de tanto cabalgar en tan poco tiempo. Deseaba llegar a su casa para contarle la buena nueva a su mujer, pero como el sol aún no se ocultaba

cuando entró a la ciudad, decidió presentarse de inmediato en los despachos de la Casa de Contratación, justo como le indicaron. Se identificó, enseñó la carta con sello real y pidió ser atendido por el canciller. Pedro fue atendido de inmediato quedando estupefacto no solo por el buen trato que recibía, sino por la prioridad y concesiones que comenzó a obtener desde que la carta fue leída, para la organización del viaje y la puesta a punto de la embarcación que capitanearía, trato que en raras ocasiones, por no_decir nunca, recibió tras haber pasado años de trabajo en ese puerto. «El poder de una carta», susurró para sí mismo con los labios encogidos.

Con la diligencia hecha se fue por fin a su casa. No veía la hora de estar con su mujer; se moría de ganas de contarle solo a ella lo que había jurado no contar, pero juramento era juramento. Entró a la casa gritando su nombre y ella lo recibió con efusividad; viéndole el rostro supo que nada malo había pasado, mas le pidió que le contara de una vez hasta el más mínimo detalle de todo lo acontecido; si se había entrevistado con el rey o si al menos lo había visto, aunque fuera de lejos, si era tan ilustrado, elegante y sobrio como decían, y por supuesto, el porqué de su requerimiento. Pedro la llevó a la habitación, se cercioró de que estuvieran solos y besándole las manos se lanzó en una verborrea relatándole emocionado los pormenores del viaje, y de su encuentro con el monarca, para finalmente darle la «buena nueva», instante en que Ana Teresa, perpleja, casi pierde el sentido teniendo que apoyarse sobre él. Cuando volvió a ser persona, se sentó sobre la cama y sumida en un estado casi letárgico que le impedía pensar con claridad y modular palabra alguna siguió escuchando las bondades con que el rey premiaba a su marido.

Al día siguiente, encontrándose aún en ese estado, preparó una comida y sacó viandas y buen vino como le pidió Pedro, para celebrar y dar a conocer la noticia al resto de la familia. A la hora de comer se reunieron en el salón con sus tres hijas, Manuel José y Trinidad, padres de Ana Teresa, quienes disfrutaban de las ocurrencias de las nietas entre aceitunas aliñadas con romero, queso de cabra y pan candeal recién horneado.

Manuel José García era un hombre vivaracho, de escaso pelo

grisáceo, gruesas cejas negras y grandes ojos del mismo color. Su rostro parecía un lienzo usado por la vida para practicar las posibles variantes de arrugas delgadas y gruesas. Gracias a los potajes y caldos que su mujer Trinidad Díaz con frecuencia le preparaba se volvió lento en el caminar, con una voluminosa panza que le hacía ladearse como talla de Cristo en procesión de Semana Santa. Ella era una mujer piadosa entre las piadosas, de sencillo vivir y temerosa de Dios. Su hermoso rostro de rasgos más caucásicos que mediterráneos parecía haberse congelado en el tiempo veinte años atrás e iba en discordancia con su cuerpo achacoso, que aparentaba veinte años más, pero eso sí, no había achaque ni dolor que no le permitiera sonreír y disfrutar de una buena pieza musical o baile de sus nietas.

—Carmen, ¿por qué no tocas un poco el clavicordio? —pidió a la mayor de ellas, quien estaba a punto de cumplir once años y sabía de antemano que su abuela le haría esa petición como siempre lo hacía cada vez que se reunían en el salón. La nieta, aunque tenía pocas ganas, no quiso desairarla, así que se dirigió al rincón donde se ubicaba el viejo instrumento que años atrás le había regalado un marqués a su madre como muestra de sus intenciones, y que ella aún conservaba. Trinidad observó cómo la figura estilizada y la larga cabellera castaña de Carmen la hacían parecer de mayor edad, pero eso no era más que un espejismo porque bastaba con escucharla hablar para darse cuenta de que solo era una niña ensimismada, aunque no siempre había sido así. Recordó Trinidad que, de pequeña, Carmen solía ser una niña alegre, risueña y en ocasiones majadera, pero su personalidad cambió desde aquella nublada tarde en la que un rayo cayó muy cerca de ella mientras recogía hortalizas en el campo. Sus pequeños ojos negros fueron fugazmente cegados por una luz incandescente que partió en dos un frondoso olmo. La niña cerró los ojos y se llevó las manos a los oídos al escuchar un estruendoso sonido que la dejó inmóvil por el miedo y sorda por varios segundos. El chasquido de las ramas le hizo abrir los ojos para contemplar petrificada cómo ardía y se consumía aquel hermoso árbol. Desde entonces, la niña en vez de hablar callaba, en vez de reír lloraba y nadie se explicaba lo que le pasaba, pero como el

tiempo lo cura todo, poco a poco, y con la llegada al mundo de sus dos hermanas menores, comenzó a recuperar parte de su esencia, y aunque de aquel episodio habían pasado años, aún hoy, a su nieta mayor a ratos la embargaba una extraña pena por nada, y a ratos una extraña rabia por todo.

Manuel José con su lento caminar se sentó en una gastada silla de madera con la seria intención de no levantarse hasta la comida, mas su comodidad se vio truncada por Lucía, que como de costumbre, cada vez que lo veía sentado se distraía peinando y despeinando los escasos pelos que aún quedaban en la cabeza de su abuelo.

—Pero bueno, niña, ¿es que acaso a ti no te dan de comer?, cada vez que te veo, te encuentro más escuálida, si ya pareces un perro callejero, flaco y lánguido. Anda, deja en paz a mis pobres cabellos y siéntate a comer aceitunas.

—Te aseguro —dijo sonriendo Ana Teresa—, que de las tres es la que más come, que digo come, ¡traga! Y es que como dicen por ahí, «quien es flaco cuando no es de hambre, es más resistente que un alambre».

La niña le guiñó un ojo a su madre y tomó tres aceitunas bajo la atenta mirada de Manuel José. Una a una las metió a la boca, las comió, escupió las semillas y volvió soltando una risotada pícara junto a los pelos de su abuelo.

Al contrario que su hermana mayor, Lucía era incansable, todo un derroche de energía desde que se levantaba hasta que se acostaba, y aun dormida, sentía la necesidad de movimiento, porque su cabeza amanecía donde sus pies se habían acostado. Físicamente era la más parecida a su madre. Tenía el cabello rubio, los ojos vivos y azulados, e incluso cuando sonreía se le marcaban al igual que a ella los hoyuelos en las mejillas, pero de carácter era más parecida a su padre, temperamental, vivaz y cabezota. A pesar del poquísimo tiempo que este les dedicaba, era ella la que pasaba más tiempo con su padre, quizá porque de las tres era la que parecía necesitarlo, aunque solo fuera para jugar a las espadas con palos de madera, o quizá porque le había perdido el miedo a la rigidez con que les hablaba a ella y a sus hermanas, salvo cuando la llamaba por su nombre completo, porque eso significaba que se había ganado un

apoteósico castigo por alguna travesura que hubiera salido mal y no hubiera podido evitar que llegara a sus oídos.

La algarabía que Lucía tenía con su abuelo fue silenciada por un suave sonido que comenzó a salir de la pequeña caja de madera con forma casi rectangular. Los acordes que Carmen le sacaba al clavicordio se convirtieron en melodía y al tiempo que ello ocurría, Rosario, la chiquilla de ojos saltones, nariz respingona y tripa abultada se levantó dando saltos. Los movimientos de su pequeño cuerpo eran torpes, cosa que no importaba puesto que todos se fijaban en los graciosos gestos de su cara, aunque lo que deseaba no era bailar sino recuperar la atención de Trinidad, quien estaba embelesada con Carmen y su música. Le daban celos porque la abuela se congraciaba más de la cuenta con sus hermanas, pero no era por egoísmo, es que la quería tanto, que la consideraba más madre que a su madre, ya que Trinidad se había encargado de su crianza desde el momento en que nació, cuando por aquel entonces Ana Teresa estuvo mucho tiempo convaleciente. El sentimiento era recíproco, conocido y aceptado por todos; con diferencia, Rosario siempre había sido su consentida, prueba de ello eran los cariñitos y detalles especiales que solo tenía con ella; que si caramelos de miel y canela para que no cogiera catarros, que si aceite de hígado de bacalao para que creciera sana y fuerte, que si muñecas de trapo y escayola que ella misma confeccionaba para que no se aburriera, que si un trajecito comprado en alguna almoneda para que siempre estuviera bien vestida, eso entre otras cositas de abuela alcahueta.

Finalizado el recital de Carmen, acabadas las aceitunas y el queso, pasaron al salón contiguo, adecuado ese día para comer como grandes señores. En el centro había una mesa vestida de blanco solo para la ocasión, y sobre esta, los vasos y platos dispuestos lucían impolutos esperando a ser usados, además de otra bandeja con pan candeal, queso de oveja bañado en aceite virgen de oliva, gajos de cerezas y tajadas de melones esperando a ser probados.

—¿Os apetece un poco de vino? —ofreció tímidamente Ana Teresa haciendo un gran esfuerzo por ocultar su nerviosismo y ansiosa por beber ella un buen sorbo que la ayudara a mantener la compostura.

—Sí —respondió Manuel José peinándose los cabellos—, ya sabes

lo que dice el adagio: «una poca de buen vino es vida para los ancianos».

En la mesa había no solo gran expectación por saber lo que Pedro iba a contar, sino sed y ganas de comer. Ana Teresa sirvió a cada uno un cazo con caldo sazonado con ajos, cebolla, pan, y trozos de chorizo. Carmen fue la primera en comer, medio enfrió su caldo soplando y lo vació en la boca estando aún caliente, pero eso pareció no importarle.

—¡Qué bueno está! —exclamó saboreándose los labios—, ¿puedo tomar un poco más?

—Todo el que quieras —repuso lacónica su madre.

La verdad es que había quedado muy bueno, porque excepto Ana Teresa, que a duras penas lo probó, todos repitieron vaciando la escudilla en un santiamén. Luego hizo aparición en la mesa un humeante estofado de cerdo que se llevó una buena ovación.

—¡La madre del amor hermoso!, ¡qué buena pinta tiene! —alababa Trinidad la buena mano de su hija en la cocina.

—¿Qué celebramos hoy? —preguntó Lucía con inocente sonrisa.

—Niña, ¡calla y come! —replicó Ana Teresa.

Lucía, sorprendida por el tono desmesurado de su madre, guardó prudente silencio y se concentró en devorar su jugoso trozo de carne. Durante la comida poco se habló, todos estaban demasiado ocupados con las manos y la boca. Cuando comieron hasta la saciedad, Pedro, de sobremesa, decidió revelar del motivo de aquel festín.

—Familia —pronunció con voz reposada—. Quiero, bueno, corrijo; queremos compartir con vosotros una buena nueva. Una maravillosa oportunidad que nos ofrece la vida —apuntó haciendo una pausa para beber un poco de agua y aclarar la garganta—. Por real decreto he sido nombrado escribano en una floreciente ciudad.

—¡Enhorabuena! —interrumpió Trinidad con una risotada que contagió al resto de la familia.

—Gracias, muchas gracias… —contestó visiblemente emocionado—. Como os decía, me han notificado este nombramiento para suplir la carencia de personal en uno de los dominios del reino en el nuevo mundo, lo cual me llena de ilusión y

espero que a vosotros también.

Manuel José, al escuchar «nuevo mundo», se quedó sin respiración por un instante. El vino que tenía en la garganta tuvo que escupirlo para que el aire pudiera volver a pasar a sus pulmones.

—¿Nuevo mundo, has dicho? —preguntó limpiándose la boca con el dorso de la mano—, pero, ¿de qué territorio hablas?

Pedro con una sonrisa en los labios intentó responder, pero Manuel José no lo dejó pronunciar ni una sílaba haciendo una pregunta tras otra.

—¿Acaso estás diciendo que vas a navegar por el «mar Tenebroso»?, ¿acaso es que te marchas a vivir a tierras remotas? —cuestionaba el abuelo visiblemente alterado, con el ceño fruncido y tosiendo saliva con vino.

—No, no es cualquier territorio —contestó él intentando apaciguar los ánimos al notar que se caldeaban—. Se trata de una ciudad con mucho porvenir, Cartagena de Indias. Uno de los mejores puertos de América y del mundo sin duda alguna; seguro que habéis oído hablar de ella. Cientos de personas se inscriben en una larga lista con la esperanza de poder emigrar a esa promisoria tierra, tener la oportunidad de atravesar el océano, hacer fortuna y asegurarse un mejor vivir —explicaba pausadamente para que todos y en especial el padre de Ana Teresa asimilara bien la idea.

—Tienes razón, pero ese no es tu caso —replicó Manuel José consternado—. Quiero decir, no tendrás sangre azul, ni vivirás en un castillo, pero techo, pan y vino nunca te ha faltado, y, además, ¿qué es lo que has dicho?, ¿escribano?, ¿y por qué a ti?

—Sí, ¡escribano! Un reconocimiento por el buen desempeño y servicio a la corona todos estos años. Verás, tendré una compensación económica mucho mayor a la que ahora tengo, realizaré una labor menos riesgosa que la que he realizado hasta ahora, y podré estar más tiempo con mi familia, cosa que bien sabes ha sido difícil, y es algo que siempre ha deseado Ana Teresa.

—¿Estar más tiempo con la familia? —preguntó esta vez casi sin aliento Manuel José—. ¿Es que no te vas solo? —Un nuevo y brusco ataque de tos le ahogó impidiéndole continuar con el interrogatorio, teniendo que beber un trago largo de vino para calmarse—. ¡Lo que

oyen mis oídos es una locura! ¡una locura! —refunfuñaba el viejo ajetreando las manos.

—¡Sí, claro que nos iremos todos! —afirmó Pedro enarcando las cejas, fulminándolo con la mirada. Entendió con cierta desilusión que nada de lo que dijera le haría cambiar de parecer, entonces un incómodo silencio inundó el salón.

Trinidad, consternada, no pudo evitar llorar amargamente rompiendo aquella mudez, pues supo en ese instante que su familia se marcharía y que nunca más volvería a ver a su hija ni a sus adoradas nietas. La alejaban de su amada Rosario y el dolor que sentía era muy profundo.

—Perdonadme, pero creo que estáis cometiendo un grave error y os dirigís directamente hacia un abismo —opinó Trinidad desconsolada mirando con pesar a su hija y a su yerno.

Carmen palideció; sus oídos se negaban a escuchar aquellas palabras que la sentenciaban a cumplir una terrible condena, un castigo injusto. Deseaba exigirle a su padre que cambiara de parecer, pero no se atrevía a abrir la boca, y mucho menos si era para contradecirlo. Sus ojos inundados de impotencia dirigieron la mirada hacia su madre en busca de apoyo, de alguna potestad que impidiera tal desastre, pero nada sucedía, ya que Ana Teresa contemplaba la escena enmudecida, con aire pensativo, tan solo levantando el codo para beber más vino y pasar aquel trago amargo.

Lucía, que escuchaba atenta los dimes y diretes, comprendió entonces el porqué de aquella comilona, mas no entendía la reacción de todos. Ella veía una oportunidad única de navegar en alta mar junto a su padre y experimentar con suerte alguna de las aventuras que él le contaba en sus historias; de vivir en un lugar diferente y conocer otros paisajes, al fin y al cabo, si las cosas no salían bien, siempre tendrían la opción de regresar; el reino de España no se movería.

Pedro intentó nuevamente animarlos, no quería causarles dolor, pero comprendió que eso era algo inevitable.

—Sé que la idea al principio es impactante y puede dar algo de miedo, es normal, pero creo que debéis intentar ver las cosas con otros ojos. Esta es una de esas oportunidades que rara vez se

presentan en la vida, y por fortuna a mí se me ha presentado. Os aseguro que mañana veréis las cosas de otra manera.

—Pedro, yo creo que cada quien tiene que cargar su propia cruz, y tú estás poniendo una muy pesada a tu mujer y a tus hijas —resolló Manuel José, quien tenía la intención de seguir hablando, pero su yerno lo observó de soslayo, y clavándole sus ojos de aspecto amenazador lo interrumpió.

—De verdad que lamento mucho que no compartáis conmigo esta alegría, pero os reitero que todo saldrá bien, tengo fe en que así será —añadió juntando las cejas y apretando la mandíbula se levantó de la mesa cortando de tajo cualquier comentario y dando por terminada la velada que dejaba un amargo sabor de boca en casi todos.

—Pedro, antes de retirarte necesito me permitas unas breves palabras a solas —solicitó poniéndose de pie con dificultad el padre de Ana Teresa mientras se acercaba a él con una mano apoyada en la cintura y la otra en su hinchada y tensa panza.

Lo tomó del brazo y lo alejó del salón para que nadie escuchara lo que le iba a decir.

—Sabes que eres un hijo para mí, sabes que te has ganado mi admiración y respeto, eso sobra decirlo, pero lo digo. Verás; aunque no lo comprenda y el alma me estalle de dolor por lo que vas a hacer, si consideras que esta decisión es la mejor, cuenta con mi apoyo. Solo espero que hayas pensado esto con mucha sensatez, porque te estás jugando lo único por lo que merece la pena vivir en este mundo —aseveró mirando a su hija y a las nietas, a la vez que le daba unas palmadas en el hombro—. Piénsalo. Piénsalo bien y no tires en saco roto las palabras de este viejo que ha visto más amaneceres y anocheceres que tú.

—Las agradezco; sé que son sinceras y de corazón, y puede dormir tranquilo, porque en esta vida nada me importa más que ellas —precisó mirándolas con cierta desazón, pues, aunque ciertas eran sus palabras, ni antes, ni en ese momento, había pensado en ellas, solo pensaba en obedecer a su rey y ganar su favor.

Manuel José no dijo nada más, lo miró resignado, y abatido volvió con las mujeres.

Así pues, en medio de sollozos, se fueron retirando con la cabeza inundada de pensamientos, unos enfadados intentando asimilar la novedad, otros intentando no pensar para no indigestarse, y otros sin siquiera entender lo que sucedía.

En la madrugada de esa noche cuando todos dormían Ana Teresa se despertó sobresaltada.

—Pedro, levántate, levántate, por favor —llamaba sacudiéndolo. La oscuridad de la habitación ocultaba la angustia en su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó adormilado.

—He tenido un sueño premonitorio, tienes que escucharme.

—¿Qué?, ¿un qué? —dijo incorporándose de mala gana.

—Un sueño premonitorio. Fue tan claro, Pedro… ¡Que me escuches, por favor! — exigió moviéndolo con las manos—. Nos encontrábamos a orillas del río, las crías jugaban en la arena, había mucha gente comiendo y paseando, era de día y el sol brillaba. En eso grandes nubes negras ocultaron el sol y salió de las profundidades del rio un toro negro, robusto, enorme. Tenía los ojos rojos como tizones encendidos y unos cuernos desmesurados y puntiagudos. Cada vez que bufaba, un humo denso salía de su hocico mezclándose con la polvorera que levantaba al escarbar la tierra con las patas. Parecía que esa bestia se hubiera escapado del mismo infierno. Y ahí estaba mirándonos fijamente a todos. La gente comenzó a gritar, y hombres, mujeres y niños huían despavoridos buscando refugio. Unos se tiraban al agua, otros trepaban a los árboles, y otros solo corrían para donde fuere con tal de alejarse. Entonces el animal iracundo se lanzó a embestir con toda su bravura. La tierra se rendía ante él con cada pisada que daba y mis huesos petrificados impedían que pudiera moverme para huir del maléfico astado. En eso vi que iba directo hacia las niñas, iba con sus enormes pitones directo hacia mis pequeñas… yo les gritaba con desespero para que corrieran, para que huyeran, para que se pusieran a salvo, pero ellas no me escuchaban, y tú, Pedro, saliste corriendo directo hacia el animal gritando y moviendo los brazos para llamar su atención. El toro te vio y en efecto corrió hacia a ti, pero fue tan veloz que no tuviste oportunidad de huir asestándote una terrible cornada en la espalda que te dejó tirado en la arena, y

no supe más porque me desperté —recitó agitada—. ¿Acaso no lo ves, Pedro? Es una señal, un mal presagio; algo terrible sucederá, lo puedo sentir —continuaba hablando juntando las manos en su pecho—. Aún estás a tiempo de cambiar de parecer, aún podemos continuar con nuestras vidas aquí, en nuestra tierra, con nuestra gente.

—¡Pero bueno!, solo esto me faltaba —exclamó exaltado—, escuchar a estas horas semejante tontería. Esto es lo que pasa por haberte excedido con el vino.

Tuvo la intención de seguir reprochándole, pero al escucharla tan contrariada prefirió calmarse y calmarla, igual, ya estaba despierto.

—Mujer, tranquilízate, que solo ha sido un mal sueño y los sueños no son más que eso, sueños; no debes darle importancia. Ana, ya esto lo hemos hablado; mira, sé que estás nerviosa, aún más después de la reacción de tus padres, pero, ¿crees acaso que no soy consciente del cambio que tomarán nuestras vidas? Sé que puede ser abrumador, pero créeme, esta es la gran oportunidad de forjarnos un mejor vivir, o ¿es que piensas que aquí estás en el paraíso?, ¿acaso has olvidado los enemigos del reino? Muchos están alistando sus ejércitos, con ansias de guerra, de hacerse con las riquezas de la corona, y toda guerra siempre va acompañada de hambre, enfermedades, miseria y muerte. ¡Si lo sabré yo!, y no precisamente por una visión en un sueño. Ana, el muerto en la guerra no saca ningún provecho, y yo no quiero ir a ninguna más. —Pedro tomó entre sus manos las temblorosas manos de su mujer—. Míralo de esta manera: el rey es como un padre, pero son tantos sus hijos que solo unos pocos tienen la fortuna de ser tratados con benevolencia, mientras que otros, ni siquiera son reconocidos, quedando por fuera de sus afectos; pues en nuestro caso, óyeme bien, el padre benévolo nos ha reconocido y nos ha recompensado. —Hizo una pausa para tomar aire y dejar que su mujer de una vez por todas le dijera lo que callaba—. Ana, tú siempre has sido fuerte, y necesito que lo seas ahora más que nunca. Si deseas puedes quedarte, no te obligaré a venir conmigo, pero el deseo de mi corazón es no separarme ni de ti ni de las crías, mas si decides acompañarme, debes controlar esos sentimientos,

porque yo ya tengo suficiente peso con la carga que llevo sobre mis hombros y no puedo con otra más. ¿Entiendes?

—¡Ay, Pedro!, tengo tanto miedo, pero sabes que adonde vayas te seguiré para bien o para mal. Es solo que no dejo de pensar en todo lo que podría pasar.

—¿Y qué es lo que podría pasar?, ¿cuáles son tus temores?

—En realidad temo más por vosotros que por mí. Pienso en las enfermedades que podrían padecer en un viaje tan largo. Pienso en los accidentes que podrían ocurrir. Pienso en la posibilidad de morir ahogados lejos de nuestra tierra. No me malinterpretes, eres muy buen capitán, eso no lo dudo, y esas embarcaciones son muy grandes y seguras, pero hay muchas cosas que no están bajo tu control. La naturaleza es la naturaleza, y es, por mucho, más poderosa que nosotros. Siempre he sufrido por ti cada vez que te hacías a la mar, pero ahora es diferente porque mis hijas estarán también y solo son unas niñas, unas niñas…

—Mujer, tu sentir es más que comprensible, pero no olvides que todos estamos en las manos de Dios, y ni siquiera la hoja más pequeña de un árbol se mueve sin su voluntad. Que esos pensamientos no te quiten la tranquilidad de vivir porque escrita está nuestra fecha de entrada y salida de este mundo, y lo mejor que podemos hacer es vivir con regocijo y dignidad el tiempo que se nos ha concedido.

—Tienes razón, tienes razón, y te prometo que no volverás a escuchar ninguna recriminación o dudas por mi parte —reconoció Ana Teresa acomodándose nuevamente en la cama.

—Debemos confiar en nuestro Señor y su santa madre, en que todo saldrá bien de acuerdo a su voluntad. Y ahora volvamos a descansar que la noche va menguando, el sol no tardará en salir y tengo pendientes por hacer —añadió Pedro bostezando y cerrando sus ojos.

# Capítulo II
# La travesía

Pocas semanas quedaban para el viaje. Pedro se preparaba para emprender la travesía de su vida. La mayor parte del día la pasaba en el puerto dirigiendo la puesta a punto del galeón que se uniría a la flota, y entre las múltiples ocupaciones recordaba mentalmente varias veces al día el santo y seña para no olvidarlo. Además, se instruía tanto como podía en las cosas del nuevo mundo, razón por la que en un par de ocasiones se entrevistó con un jesuita que había vuelto de esas tierras, para que le contara detalles de aquellas latitudes. Repasó cien veces las rutas marítimas atlánticas, y estudió cuanto mapamundi pasó por sus manos, desde uno elaborado por Posidonio, hasta otro dibujado por Juan de la Cosa pocos años después del descubrimiento de América.

Ana Teresa, por su lado, no se quedaba atrás. Asiduamente asistía con sus hijas a misa en la iglesia de Santa Catalina. Vendió las cosas que no podía llevar, incluido el clavicordio, y empacó con esmero toda una vida en un baúl y tres cajas de madera. Ropa, enseres de cocina, comida y hasta un pequeño Cristo de madera tallado por su padre guardó. Llevó a las niñas al médico para que les practicaran una exploración general, ya que el único motivo de peso para cancelar o postergar su viaje, era que cualquiera de ellas fuera diagnosticada de alguna enfermedad. El galeno encontró a las niñas en perfecto estado de salud, al igual que a ella, y solo les recomendó hacerse una purga una semana antes de partir para limpiar el organismo; purga que él mismo preparaba con manteca de vaca, eneldo, miel y ruda, y que solo debía ser tomada en ayuno. Ana Teresa aprovechó la ocasión para aprovisionarse de remedios contra el mareo y el estreñimiento, ya que, de acuerdo a su marido,

estos eran males muy comunes en el mar, y como aparte de él, ningún miembro de la familia estaba acostumbrado a este tipo de viaje, pensó que muy seguramente les serían de gran utilidad.

Corrían los primeros días de julio cuando a orillas del Guadalquivir se rumoraba de lado a lado la inminente salida de la flota de «tierra firme». En el puerto considerado «capital de la mar oceánica» estaban ancladas las embarcaciones con las bodegas abiertas para gestionar la estiba, por donde abarrotaban y acomodaban la carga que llevarían; carga fuertemente vigilada, inspeccionada y tasada por funcionarios de la contratación diestros en el arte de la contabilidad, quienes no dejaban subir a bordo judía, ni grano de arroz sin ser tasado.

Luego de dos intentos fallidos de abordaje, el 10 de julio a media mañana se escuchó un cañonazo de leva anunciando el abordaje en firme y próxima partida, entonces tumultos de gente apresurados por abordar se apelotonaban para ser los primeros en subir, mientras muchos de los vecinos salían de sus casas para congregarse en el puerto y despedir a la flota; un espectáculo que nadie se quería perder. En esa ocasión y con razones de sobra, Manuel José y Trinidad acompañaron a su hija y nietas al puerto, donde Pedro les esperaba. Una caminata corta pero enormemente amarga para los abuelos. Cuando llegaron al punto de encuentro, Trinidad, pesarosa, tomó las manos de Ana Teresa.

—Temo por vosotros hija mía, y sospecho que esta será la última vez que te abrace.

—No digas eso, mamá, tus palabras no me reconfortan, te aseguro que un día no muy lejano volveremos a vernos. Mejor piensa que mientras más rápido partamos, más rápido nos reencontraremos —dijo Ana Teresa con el corazón embargado por la pena, y con ganas de finalizar la angustiosa despedida.

—Es que hay separaciones que resquebrajan el alma, hija, y esta es una de esas; pero así es la vida, qué le vamos a hacer, cada quien debe escoger su camino y caminarlo; yo ya he recorrido bastante del mío, ahora es tu turno. Lamento de corazón que no podamos visitaros, pues, aunque aparentemente tenemos huesos fuertes, la verdad es que estamos viejos y achacosos por dentro, y un viaje así

sería demasiado, sería nuestra muerte, y tu padre y yo deseamos, cuando Dios nos llame, morir y ser enterrados en nuestra tierra; pero recuerda que siempre estaréis presentes en nuestros pensamientos y que oraremos todos los días de nuestra vida para que en todo os vaya bien. Cuídate mucho y no permitas que las crías se olviden de esta anciana que tanto las quiere y desde ya añora.

Trinidad abrazó con la fuerza de su corazón a Ana Teresa mojando con sus lágrimas el vestido de la hija. Resignada y sin parar de llorar continuó abrazando a las niñas, en especial a Rosario, a quien no dejaba de darle besos y a la que mintió haciéndole creer que iría unas semanas más tarde a verla, en un esfuerzo por tranquilizar a la pequeña, ya que tampoco quería separarse de su abuela. Las lágrimas de Trinidad contagiaron a Ana Teresa, quien se preguntaba si realmente sería la última vez que vería a su madre y a su padre. Trinidad notó que su hija se desmoronaba, así que tragándose su propio dolor se volvió nuevamente hacia ella.

—Seca esas lágrimas y no derrames ni una más. Si te hubieras casado con el marqués de Mendoza, hoy serías una viuda adinerada, respetada; habrías contraído unas segundas nupcias y no tendrías que irte de aquí, eso sí, en contraparte no tendrías estos tres regalos de Dios, ahora, Ana, enfrenta el destino que elegiste, toma de la mano a tus hijas y sigue a tu marido.

Manuel José tenía el semblante descompuesto, sus ojos parecían un vidrio opaco y las bolsas del párpado inferior se le hinchaban al acumularse las lágrimas que no se permitía dejar salir. Repartió abrazos tibios y efímeros a todos con la clara intención de acabar aquel tortuoso momento y de esconder su tristeza, porque consideraba que un hombre de su edad no podía andar llorando en público como una mujer, así que de un solo tirón les despidió diciendo lo que pudo.

—Os deseo felicidad, buen viento y buena mar. Iros, iros ya, que debéis organizaros. Ana Teresa, recuerda que siempre nos tendrás aquí. Si algún día regresáis, y confío en que así será, os recibiremos con los brazos abiertos. Vosotras, chiquillas, portaos bien, obedeced a vuestros padres y alejaos de los animales que no conozcáis, y Pedro… Pedro, no olvides mis palabras.

—No lo haré —respondió despidiéndose con un último abrazo y emprendiendo la marcha. Y así madre e hijas siguieron al capitán por la pasarela que los llevaba a la embarcación.

En el galeón Pedro las guio bajo la atenta mirada y el respetuoso saludo de una tripulación uniformada con calzones negros, camisas blancas, chaquetillas grises y bonetes impolutos. Las instaló personalmente recordándole a las crías que a partir de ese momento y durante las próximas semanas quedaba prohibido correr, jugar con los aparejos, intentar escalar los palos, gritar, saltar, empujar, halarse del pelo, lloriquear por tonterías, y por supuesto, interrumpir a los marineros en sus jornadas de trabajo. Ver a sus hijas y en especial a su mujer en el galeón le pareció tan quimérico, que entonces recordó las tantas ocasiones en las que estando lejos de tierra se sintió mortificado al pasar largos días y penosas noches sin ella, extrañándola y soñándola. También vinieron a su mente las veces en que la muerte lo acarició en el mar, como aquella ocasión en que navegando en aguas del Alborán le dejó por recuerdo una costura en más de un tercio de su espalda. Pero el capitán no era hombre cobarde; no le temía a la parca. Consideraba que el fondo del océano era la tumba idónea para el eterno descanso de un verdadero hombre de mar, y deseaba para él mismo que el día en que partiera de este mundo tuviese la suerte de encontrarse navegando sobre las reposadas aguas mediterráneas.

Comenzaba para Pedro de la Flor y Olmos el fin de toda una vida en el mar. Este era su último viaje como capitán, y también lo era para el Inmaculada Concepción, embarcación que gobernó durante los últimos años en los que sumó a su colección personal tantos avatares como satisfacciones navales. El Inmaculada Concepción era un galeón de tres palos, movido por el viento al henchir las lonas de sus velas. Era robusto, de alto bordo, con gran capacidad de almacenaje y de fácil maniobrabilidad a pesar de su tonelaje. De apariencia simple y decoración austera en comparación con algunos otros análogos, tan solo llevaba un cuadro de la Virgen madre que posaba en el corredor de popa. Tampoco tenía mascarón de proa, y no lucía colores llamativos como los que se usaban, ni siquiera en las bandas que recorrían las amuras. Por color, la nave tenía varias

capas de una mezcla hecha a base de trementina y carbón, que le daban un tono negro humo muy del gusto del capitán, primero porque según decía estas aumentaban la resistencia al navegar, y segundo porque el color era perfecto para mimetizarse con las olas en caso de algún encuentro con banderas enemigas.

El galeón fue construido con maderas de roble de los bosques de Cantabria, en un astillero de Portugalete al norte de reino y concebido para atender propósitos militares, pero al ser este un viaje sin retorno, prestaría un servicio mercantil, por lo que ahora en vez de llevar a bordo gente de guerra, cañones, sacabuches, culebrinas y medias culebrinas, iba cargado con gente de mar y pasajeros, y las bodegas atestadas de mercancía. La embarcación, que antes podía defender y repeler un ataque enemigo, debía ser ahora abrigada y defendida por las naves capitana, almiranta y los otros galeones armados de la flota. El Inmaculada Concepción se conservaba en óptima condición para navegar a pesar de haber superado por mucho el tiempo que una embarcación de ese tipo podía hacerse a la mar según dictaban las leyes navales, por esa razón, su destino final sería el desguace en el puerto de Cartagena de Indias, en donde aprovecharían las maderas para la construcción de un puente que requería la ciudad.

A diferencia de otras embarcaciones fondeadas sobre el Guadalquivir en las que hervía el caos por demoras en la carga, la inspección o la puesta a punto, en el Inmaculada Concepción estaban listos esperando tan solo la orden para zarpar, y Pedro en el castillo esperaba sin tener corre-corres de última hora ni documentos a la espera de validación. «¡La madre del cordero! ¡La diferencia que hace una simple carta!» se dijo una vez más a sí mismo pensando en los muchos dolores de cabeza que se hubiera podido ahorrar si antes hubiera tenido el trato preferencial que le estaban dando. Tras pasar casi dos horas, por fin escucharon anunciar la salida desde la nave capitana, entonces Pedro se dirigió pausadamente a la verga que unía al palo macho con la vela mayor y mandó reunir a toda la tripulación, quienes de inmediato se fueron apiñando en torno a él. El capitán se acomodó el sombrero negro de ala grande que siempre usaba al navegar, se estiró el jubón negro,

se reacomodó la espada que reposaba en su cinto, esa que usó por última vez en la Batalla de Lepanto, y levantó sin vacilar la mano diestra haciendo que los cuchicheos cesaran; todos sin excepción sellaron los labios, y hasta el mismo silencio parecía haberse dispuesto a escuchar sus palabras.

—¡Tripulación del Inmaculada Concepción! —exclamó con voz firme—. Como bien sabéis soy hombre de pocas palabras. Solo quiero deciros que habéis sido y sois una excelente cuadrilla. —Tras una breve pausa acarició el mástil y recorriendo con los ojos la embarcación continuó—. Maderos, tablas, velas, cordeles… ¡benditos sean por haber sido nuestro hogar en altamar! Sobre estas tablas algunos de vosotros os habéis convertido en verdaderos hombres de mar; habéis crecido en sabiduría, esa que las olas, el sol y los aparejos otorgan. Todos aquí hemos hecho sacrificios, grandes sacrificios. Cada vez que zarpamos arriesgamos nuestras vidas por nuestro trabajo, nuestra pasión, nuestras familias y nuestro rey. Juntos hemos compartido muchas alegrías, pero también hemos sufrido el dolor y la pena de ver partir al otro mundo a compañeros y hermanos de la vida. Ahora el destino me aleja del mar, y os digo que no me voy triste, no. No me voy triste porque sé que tarde o temprano volveré a reencontrarme con él y con vosotros, pero de momento, nuestro cometido es llegar a buen puerto, y con la ayuda de Jesucristo y su santa madre así lo haremos. ¡Sois los mejores marineros que ha parido esta tierra!, ¡ningún mar conocerá jamás unos marineros como vosotros!, ¡bien podéis estar orgullosos! —voceó levantando el tono de voz—. ¿Y bien?… ¿qué estáis esperando?, ¿que os dé un beso en la mejilla?, ¿que os lea un cuento? ¡Aquí no aceptamos holgazanes! ¡A trabajar!, ¡a mover esos culos y a vuestros puestos! ¡Retirad las amarras!

—¡Sí, capitán! —gritaron eufóricos al unísono, y con aplausos, silbidos y fuertes pisadas que retumbaron en la cubierta fueron retornando a sus puestos obedeciendo las sucesivas órdenes que escuchaban.

—¡Izad velas!, ¡recoged y atad los cabos!

El capitán con su parsimonioso andar se acercó al timonel conocido por todos como Cano, natural de un pequeño puerto del archipiélago

canario, cuna de donde salían los mejores pilotos del reino. Cano era experto conocedor de las rutas a las Indias, ocho años consecutivos navegando a esas tierras con sus propias cartas de marear lo avalaban. El capitán, dándole un golpecito en la espalda, le preguntó si estaba listo, él contestó con total seguridad que sí, entonces dio la orden de dejar atrás el Guadalquivir para enfilarse hacia el mar de las yeguas, recorrido inicial que esperaban hacer en no más de diez días contando con que las condiciones de navegación fueran favorables.

Centenares de almas iban a bordo en las treinta y cuatro naves que conformaban la flota de su majestad aquel verano de 1580. Sobre las aguas serenas las embarcaciones comenzaban a avanzar gallardas e imponentes, con ese fuero de prepotencia que dan los mejores diseños y técnicas de construcción marítima conocidas, mientras en el puerto, multitud de mujeres lacrimosas ondeaban pañuelos blancos despidiendo a padres, maridos, pretendientes, hijos y amigos, deseándoles un buen viaje y un pronto retorno.

Esta era la primera vez que Ana Teresa hacía un viaje de tal magnitud, y pedía a Dios que no fuese el último, pues sentía gran temor a los incontables animales y monstruos marinos que vivían bajo la superficie en el océano profundo. El único contacto que ella había tenido con el mar era a través del alimento que este le proveía, y a duras penas podía creer que ya estaba navegando. Para la mujer de Pedro, el océano era la morada de los peces y no de los hombres, quienes carentes de aletas y branquias se entrometían altivamente en un mundo ajeno y traicionero, siempre a la espera de robarle la vida a los que caían en sus dominios, y es que el peligro ha sido, es y será el eterno acompañante del navegante según creía, no solo ella, sino el resto de la humanidad. Se preguntó entonces por qué Pedro había dedicado su vida a tal ocupación, pero viéndole ahí pletórico en su entorno, impartiendo órdenes que eran acatadas ipso facto y supervisando cada movimiento de la tripulación, entendió sus razones, dándose cuenta de la enorme responsabilidad que entrañaba gobernar un galeón, así como del esfuerzo físico y mental que ello suponía. Ana Teresa descubría una faceta de su

marido que hasta ese momento le era desconocida, pues a pesar de que este le contaba cómo era la vida en el mar cuando navegaba, nunca imaginó todo el trabajo que suponía, y se sintió orgullosa y atraída por ese varonil encanto de la seguridad y el poder que Pedro desprendía.

Al sentir el movimiento de la embarcación se apoyó sobre la borda observando cómo poco a poco el puerto, las casitas y las iglesias se veían cada vez más pequeños. Mientras más se alejaban, más fuerte le apretaba un nudo en la garganta, ese mismo que se le hizo cuando su marido le notificó la «buena nueva» de que irían a vivir al «fin del mundo». Desde entonces, cada vez que pensaba en ello, una opresión en el pecho le cortaba la respiración y solo desaparecía cuando las lágrimas afloraban en sus ojos, lágrimas que ahogó al despedirse de su madre, pero que ahora brotaban a caudales al contemplar cómo dejaba atrás lo único que conocía de este mundo. Cuando sus ojos se secaron, dio media vuelta y clavó la mirada en las enormes velas de color marfil que lucían henchidas y esplendorosas, y a pesar de todo ese temor, su corazón albergaba la esperanza de regresar algún día a su tierra con su familia y tener muchas historias para contar.

En el castillo, el capitán tomó en sus manos el catalejo, no para verificar que el horizonte seguía en el mismo lugar de siempre, sino para observar la pasmosa quietud de su mujer que parecía estar pensando en Dios sabe qué. Con la potente lente vio cómo el viento jugueteaba descaradamente con las arandelas del faldón de su vestido, y solo imaginar que cualquier noche en la hora de sueño más profundo pudiera satisfacer su más básico y delirante deseo de llenarla de amor y preñar su vientre, desató en él una sutil pero poderosa vibración que recorrió cada centímetro de su piel haciendo que su corazón bombeara con desenfreno sangre hirviendo que terminó por inundar cada cavidad de su ser. Tuvo que sacudirse las manos y los pies, agacharse, levantarse, volverse a agachar y volverse a levantar, para aislar de su mente aquel deseo, esconder su abultada emoción y enfocarse nuevamente en el trabajo que apenas comenzaba.

Ana Teresa y sus hijas fueron acomodadas bajo el castillo de popa,

en las dependencias reservadas para tripulantes de alto mando o adinerados pasajeros que pudieran pagarlas. Los habitáculos eran de reducido tamaño, pero les permitía cierta privacidad, todo un lujo al que muy pocos tenían acceso. Por fortuna disponía de ese espacio para mantener a raya a tres niñas inquietas, y aunque ella misma tenía dificultades para adaptarse a unas dimensiones bastante ajustadas, no imaginaba cómo sería para el resto de los pasajeros, quienes se instalaban donde podían, sin ningún tipo de comodidad ni de atención por parte de la tripulación, teniendo que dejar sus pertenencias en cualquier rincón que encontraban libre y pernoctar acurrucados sobre un petate, evitando en lo posible la no grata visita de cucarachas, ratas y otros bichos rastreros que según su marido aprovechaban la oscuridad de la noche para salir de sus escondites en busca de uñas de manos y pies para roer.

A pesar de las de las incomodidades, bien podría decirse que a bordo del Inmaculada Concepción todos parecían disfrutar de una rutina novedosa repleta de toques de campana, de estribillos cantados por el grumete de turno al agotarse el reloj de arena anunciando la hora, y de improvisadas coplas nocturnas de aquellos que prestaban guardia para avisar que estaban despiertos y atentos; todos menos Carmen, que lamentaba verse prisionera en una cárcel sin barrotes. En ella, un sentimiento de rencor hacia su padre se le incrustaba en el corazón por haber condenado al destierro a su propia familia; sentimiento que se agudizó cuando a solo un día de haber zarpado y a la mitad de la comida, comenzó a sentirse mareada.

—Mamá, no me siento bien, mi cabeza no para de dar tumbos y siento como si estuviera vacía —dijo llevándose las manos a la cara en un intento por detener el movimiento.

Sus mejillas rosadas se tornaron pálidas y su rostro se desencajó en el instante en que salió de su boca un vómito como ráfaga de proyectil.

—¡Tranquila hija, ya está, ya está! —la consolaba su madre pensando que con el estómago ya vaciado el daño habría pasado.

—Qué pronto empezamos —apuntó Pedro sin ningún aspaviento, y sin dejar de comer sugirió—. Carmen, siéntate junto al cubo del

fondo.

Ella quiso levantar la mirada aún clavada en las tablas para que viera en sus ojos el desprecio que por él sentía en ese momento, pero no pudo, porque otro copioso vómito volvió a salir de su boca. Ana Teresa corrió por el cubo y se quedó a su lado ayudándola, viendo sorprendida cómo una criaturilla podía devolver tanto por el vaivén de las olas.

Cuando Pedro terminó de comer se acercó sin afán a su hija.

—Intenta relajarte —aconsejó recogiéndole el pelo con las manos—, es normal que esto ocurra, verás que en poco tiempo estarás mejor.

Ella con la respiración agitada se apartó y se aferró al brazo de su madre quien recordó los brebajes que había traído, y enseguida buscó uno para darle a tomar.

—Anda, niña, bebe una cucharada, esto te aliviará —ofreció la angustiada madre.

Carmen llorando exasperada le decía que no quería estar allí, que quería volver a casa, y cuando sin ganas dio un sorbo al jarabe su tripa revuelta rechazó al instante la toma devolviéndola completamente.

Pedro le dijo a Ana Teresa que no perdiera el tiempo con el brebaje, pero ella insistió dándole a beber una toma y otra más que fueron igualmente rechazadas por el estómago de la niña, por lo que terminó desistiendo pues la pequeña no toleraba ingesta alguna, ni siquiera agua.

Para Ana Teresa este era el principio de sus tormentos, ya que aparte de ver sufrir a su hija, ella también comenzaba a sentir los estragos del llamado «mal de mar», un mal del que decían era leve si en un par de días los síntomas desaparecían o severo si estos persistían por semanas, un mal del que solo los habituados a las aguas lograban librarse, siempre que no se toparan con un mar revuelto, pues en ese caso ni siquiera los más veteranos estaban exentos de sufrirlo. Pedro daba por hecho que sus hijas padecerían del mal de mar, pero no su mujer; necesitaba que ella estuviera bien para lidiarlas porque él no tenía ni tiempo ni disposición de hacerlo, así que antes de que empeoraran los síntomas se acercó a ellas para

asistirlas.

—El olor a cítrico os ayudará a aliviar las náuseas —precisó entregándoles unos limones—. Carmen, Ana, os aconsejo que no luchéis contra el movimiento de la nave. Escuchadme bien, la clave está en seguir el ritmo, como si fuera un baile, hay que balancearse con la nave. Intentad también poner la mirada en un punto fijo del horizonte, eso os ayudará a restablecer más rápido el equilibrio de vuestros cuerpos y evitará el almadamiento.

—¡Yo no sé bailar! —rechistó Carmen.

—Pues si quieres ponerte bien te tocará aprender; es por tu propio bien —replicó su padre mirándola sin arrogancia, con pleno conocimiento de lo que decía.

Madre e hija olían y chupaban los cítricos y practicaban sin éxito las recomendaciones dadas, porque los malestares persistieron esa tarde, esa noche, incluso mientras dormían, y los días y noches siguientes. En medio de sus pesares se consolaban al saber que no eran las únicas enfermas y que otros estaban en igual o peor situación. Comenzaba a hacerse habitual ver a algún urgido parroquiano corriendo hacia la borda para asomar la cabeza y vaciar las tripas seguido de un «¡ay, madre mía!», o de un «¡ piedad señor mío!, ¡qué daño en mi panza!»; lamentos que eran acallados por las carcajadas y rechiflas de los fogueados marineros que encontraban mucha gracia en la desgracia de los otros.

A pesar del malestar, Ana Teresa sentía un gran alivio al ver qué Lucía y Rosario toleraban sin problema alguno el movimiento, de hecho, eran las pequeñas las encargadas de asistirlas en tan engorrosa situación, y aunque no era mucho lo que podían hacer para aliviarles la indisposición, lo intentaban mojándoles los labios con agua, masajeándoles las piernas y peinándolas. Las niñas no se mareaban, pero sí se aburrían. Se frustraban por tener a mano tantas cuerdas, palos y cajas, y no poder jugar con nada; lo único que podían hacer era sentarse y ver a los marineros en su afán diario. En medio del aburrimiento Lucía se ponía a pensar cómo aquella estructura de madera tan grande y pesada podía mantenerse a flote sin hundirse. Simplemente no lo comprendía. Cuando veía a su padre en sus ratos de descanso, le preguntaba por qué el galeón

se mantenía a flote, por qué el agua del mar era salada, por qué si el agua era transparente el mar se veía azul… A Pedro le agradaba que al menos una de sus hijas se interesase en las cosas del mar, pero, aun así, ignoraba sus preguntas. En alguna ocasión pensó explicarle los principios que hacen flotar a una embarcación, la solidez que debe tener la estructura para resistir los embates del mar, y el porqué de la salinidad y color de los mares, pero simplemente le respondía que una mujer no entendería jamás esas cosas, y menos lo haría una niña.

Tras casi diez días de haberse hecho a la mar recalaron en las Islas Canarias, la plataforma terrestre del reino más cercana al nuevo mundo. La flota, tras una corta aguada, puso rumbo a paralelos más bajos aprovechándose de los vientos del norte que soplaban de popa. Siguiendo las cartas de navegación, abandonaron el litoral dejando atrás el «mar de las yeguas» para internarse en el «mar de las damas», apodado así por los entendidos en cuestiones de singladuras, ya que en aquellas aguas hasta las mujeres podían capitanear las embarcaciones, según se decía, por tener casi siempre unas magníficas condiciones de navegación, con vientos que soplaban de manera constante y un mar en estado de calma. Y cierto era, pues los días siguientes la vida a bordo transcurrió apaciblemente entre las ya no tan alegres guardias de la tripulación, el tedioso chirriar de las arboladuras y el chascar de los cables que sonaban en una eterna cacofonía.

Ana Teresa, y en especial Carmen, sintieron que por fin el mal de mar estaba cediendo. Sus malestares iban disminuyendo no gracias a las recomendaciones de Pedro, ni a las aguas serenas, ni tampoco a que se estuvieran adaptando al bamboleo del galeón, sino gracias a la toma diaria de un meloso brebaje, el cual, como había dicho el médico que se los vendió, era bendito como mano de santo, artífice de su recuperación y de que pudieran volver a beber agua y probar bocado sin devolverlo; claro está, que tenían días mejores y otros peores, pero en ningún caso vomitaban con la vehemencia de los primeros días. Ana Teresa se ayudaba adicionalmente bebiendo al atardecer una infusión cargada de pasiflora y melisa, con la que le robaba tiempo al tiempo porque la adormitaba haciendo que sus

días fueran más cortos y sus noches menos incómodas. Una de esas noches de sueño frugal, un ruido inusual, diferente a los que ya reconocía hizo que se levantara sobresaltada. Al ponerse de pie notó cómo el maderamen temblaba con los pisotones de alebrestadas sombras que se aglutinaban en la cubierta.

—¡Noche de cacería! ¡Noche de cacería! —gritaban, y una voz que parecía venir de la proa las incitaba—. ¡A por las ratas! ¡Al fondo del mar todas las sabandijas!

Ana Teresa miró hacia los camarotes percatándose de que sus hijas no estaban en ellos durmiendo; tampoco su marido. Aturdida y con el corazón en la boca se asomó fuera del castillo. La luna estaba llena y los cielos despejados, lo que le permitió ver con total claridad a sus pequeñas sentaditas observando inocentes la revuelta que se desataba.

—¿Qué estáis haciendo?, ¿dónde está Pedro?, ¡venid conmigo! —preguntaba y ordenaba intentando que la voz fuese escuchada solo por ellas.

Las niñas giraron la cabeza al escuchar a su madre.

—¿Mamá, qué pasa?, déjanos ver… —reclamó Lucía volviendo la mirada al palo mayor.

—¡Silencio, niña, y venid ya!

En eso, un toque doble de campana se escuchó y el caos reinó en el Inmaculada Concepción. Las sombras comenzaron a correr sin rumbo entre risas delirantes.

—Mamá, es la noche de cacería, ¿recuerdas? —replicó Carmen.

—¿Qué?, ¿noche de qué?

—Noche de cacería. ¿No te acuerdas que hoy por la mañana encontraron el casco de una botija de agua roída por las ratas?; por eso ahora van tras las alimañas —explicó enojada.

—Papá nos ha dejado ver y tú estás charada —añadió Rosario sacándose el dedo pulgar de la boca para hablar.

—Noche de cacería…, ya, ya, ya —contestó pausadamente mientras hacía memoria de lo ocurrido en el día—. Es que… es que… lo había olvidado por completo; pensaba que nos atacaban unos pira… Nada, nada… Qué cabeza la mía, no me hagáis caso y sentaos nuevamente que yo me vuelvo a acostar, no estoy para ninguna

noche de cacería, ni de nada —refunfuñó recordando las innumerables veces que Pedro le había comentado sobre las jornadas nocturnas de limpieza que ocasionalmente le hacían al galeón para barrerle de bichos y que de paso la tripulación saliese un rato de la rutina premiando con raciones de comida y bebida a quienes capturasen el mayor número de roedores.

Pasado un cuarto de hora la campana volvió a sonar anunciando el final de la competencia, entonces, la cubierta se convirtió en una pasarela, sobre la que los concursantes desfilaban ante el jurado, encargado de contar las piezas cazadas que irremediablemente eran sentenciadas y condenadas a morir ahogadas en el océano. El evento fue un éxito; se capturaron casi una docena de indeseables polizones que viajaban gratis, una muy buena cifra según Cano, quien entregó los premios a los dos ganadores ansiosos por disfrutarlo el día siguiente a la hora de la comida. A parte de las esperadas noches de cacería la única distracción a bordo eran los oficios religiosos de obligada asistencia, dirigidos por fray Antonio Fernández, capellán encargado del consuelo espiritual y de oficiar los sábados las misas secas en las que no se comulgaba para evitar que con el mareo alguno fuese a devolver la sagrada hostia. El fraile se dirigía a Cartagena para cumplir una misión evangelizadora en esa y otras villas del Caribe, donde sus servicios eran requeridos. Era un hombre de mirada franca y hablar pausado, de mediana estatura; fácilmente reconocible por vestir una túnica marrón de anchas mangas que disimulaba su huesudo cuerpo, y por llevar atado a la cintura un cordón simple con tres nudos, símbolos de los votos de pobreza, castidad y obediencia de la orden a la que pertenecía. Tenía una barba tupida como la selva misma, la cual hacía más notoria su alopecia poco común para un hombre de su edad. En las tardes, el lánguido religioso se sentaba en el castillo para acompañar a Ana Teresa, mientras sus hijas se dedicaban a sacarse entre sí los piojos que de la nada brotaban y pululaban en sus cabezas. El tiempo les sobraba para hablar de los malestares que aquejaban a los pasajes, de las dificultades de vivir en el mar, de lo pesado que se les hacía el viaje, de lo cerca que estaba el apocalipsis y el juicio final y de cuanto tema se les viniera a la mente. La grata compañía

del fraile tranquilizaba a Ana Teresa, que en cierto modo se sentía más protegida al tener cerca a un hombre de fe, quien a su vez apreciaba poder sentarse un rato en el castillo sin estar en medio del bullicio constante de la gente, y poder comer algunos frutos secos o alguna vianda que la mujer del capitán le ofrecía.

A pesar de las difíciles condiciones a bordo, la familia de la Flor y Olmos tenía acceso a comida, agua y vino de mejor calidad, lo que ayudaba a paliar la ya de por sí dura estancia. Muchos no tenían otra opción que hacer dieta forzosa, malcomiendo dos veces al día un menú poco variado que con el pasar del tiempo se hacía más escaso y rancio. Básicamente engañaban al estómago con raciones medidas y servidas por el despensero, encargado de elegir la vitualla de acuerdo al día de la semana o si el viento permitía o no prender el fogón, de tal forma que los lunes se esperaba tocino, los martes pescado en salazón, los miércoles carne salada, los jueves sopa, los viernes habas, los sábados queso y los domingos sorpresa. Acompañaba el plato un poco de aceite, vinagre y un bizcocho hecho con harina de trigo, el cual con el pasar de los días se iba endureciendo, tanto, que en ocasiones solo los más jóvenes eran capaces de hincarle el diente, aunque con el hambre siguiéndolos cual sombra de verano las muchas mandíbulas descalabradas y débiles dentaduras lo ablandaban mojándolo unos minutos en vino o sopa para poderlo engullir. Lo más sensato según afirmaban los marineros, era meterlo en agua, pero esto no siempre era posible, pues de agua era de lo que más carecía una embarcación; toda una ironía al estar rodeado de ella, y razón por la cual esta siempre ha sido el mayor tesoro de los navegantes. Su control y distribución se realizaba de manera más estricta que la comida. A las mismas horas, el despensero, ayudado por algún paje, repartía a cada uno su ración correspondiente, dando parte diario al capitán de lo consumido y lo que quedaba en reserva. Por otra parte, su conservación era considerada todo un desafío, ya que con los días se iba tornando verde y viscosa, aunque consumible. Muchos marineros, médicos, señores e incluso alquimistas de renombre habían intentado encontrar una solución para que ese recurso, más preciado que perla fina, pudiera durar más tiempo sin que se

alterasen su olor, color y sabor, pero todos los esfuerzos hechos hasta la fecha habían sido en vano. Aun así, en alta mar, donde el sol es abrasador, el calor agobiante y la sed extrema, todos sin excepción bebían agua dulce mohosa sin siquiera rechistar, a lo sumo con los dedos quitaban el verdín que se colaba en el vaso, y directo al gaznate.

Una noche no distinta a otras anteriores, muda y sin luna, alumbrada solo por un lejano resplandor del fanal de la nave capitana, en la que reinaba la apatía de navegar en un océano que parecía no tener fin, bajo los luceros y las estrellas, las cuerdas de una guitarra castellana rompían el silencio sepulcral con cánticos de romance que se perdían en la infinita oscuridad.

Carmen, seducida por aquellas notas, decidió ir en busca del eco que había logrado sacarle la primera sonrisa desde que abordó. Deambuló por el suelo de madera como si estuviera hipnotizada y sus pasos sortearon toda clase de obstáculos dirigiéndola a las entrañas de la embarcación. Bajaba con recelo las estrechas escaleras, cuando un hedor nauseabundo hizo que en seco se detuviera. Aquella fetidez impregnaba un espacio cerrado y húmedo, lóbrego y místico, totalmente desconocido para ella; aun así, decidió continuar al ver una singular jarana entre las tenues luces de algunos candiles. Detrás de una barrera de naipes, dados, y tosco cotilleo, se encontraba un séquito rodeando y cubriendo al intérprete de tan exquisita melodía. La joven deseaba darle a su acongojado espíritu un poco de alegría, pero al avanzar unos pasos más sintió de pronto fuertes ganas de vomitar por lo que se vio obligada a detenerse nuevamente, pues los repulsivos olores de aquel recinto le eran insoportables.

—¡Vaya maldición la mía! —murmuró enojada al ver que era incapaz de tolerar un olor que parecía no afectar a nadie más.

Desistió de la idea regresando como alma que lleva el diablo por donde había venido, vomitando a diestra y siniestra mientras subía. Azorada y temblorosa llegó a la proa en donde se sentó sobre unos cordeles para inhalar aire fresco mientras en silencio despotricaba contra su padre, achacándole todas sus desgracias. Desanimada y aún mareada no tuvo más remedio que limpiarse la boca con su

propio vestido, ir a su camarote y dormirse de mala gana. A Carmen todo le molestaba, nada le agraciaba, nada la entretenía. Lo único que medio la distraía era ver en los días de poco viento a los intrépidos marineros que en su tiempo de descanso saltaban al agua atados con una cuerda en la cintura para darse un chapuzón, o ver cómo los más veteranos pescaban para llevarse al estómago, si tenían suerte, un poco de carne fresca. Así lo hizo hasta aquel día de agosto en que surgió de la nada un viento recio que súbitamente se levantó soplando con ímpetu en dirección barlovento a la hora en que murió Jesucristo, según las escrituras. El vigía de proa advirtió en el horizonte un cúmulo de nubes pardas dirigiéndose hacia ellos con insólito afán. El viento tocaba su rostro tostado mientras se burlaba de él alborotando sus cabellos. El repentino y brusco cambio atmosférico lo dejó patitieso, como si cosa mala, del más allá, viniera al más acá.

Pedro comía plácidamente, cuando fue interrumpido por el segundo al mando solicitando su atención. En ese instante, con el sol brillante, un vibrante trueno rugió en el cielo. Tal fue el estruendo que se congeló por segundos el corazón de todos. Sorprendidos y atónitos, dejaron a un lado lo que estaban haciendo para buscar la procedencia de aquel temible sonido. El capitán se levantó de la mesa aún con el estómago a medio llenar, salió a cubierta poniéndose a la sombra del palo de mesana, y miró al cielo; lo que sus ojos vieron le hizo erizar el cuerpo y tragar saliva en seco quedándose inmóvil y pensativo por unos segundos. Pronto sintió cómo el viento comenzó a silbar, y en su cántico escuchó voces tétricas y funestas, anunciando la llegada de la tormenta.

La nave capitana al mando de la flota decidió cambiar el rumbo para alejarse de aquellas peligrosas nubes desviándose unos grados hacia el suroeste, y al momento todas las demás embarcaciones hicieron lo mismo.

—¡Timonel, todo a babor, aprisa! —ordenó el capitán del Inmaculada Concepción observando como las embarcaciones más ligeras eran también las más rápidas.

—¡Sí, capitán! —contestó Cano.

Pero la maniobra resultó fallida pues se vieron inevitablemente

envueltos bajo un turbio velo gris. En minutos el día pareció volverse noche, y las aguas mansas y sosegadas quedaron atrás.

No era secreto que el mayor temor de la gente de mar siempre han sido las tormentas, en especial las atlánticas por su reconocida ferocidad, en la que demasiadas embarcaciones de distintas banderas habían sucumbido ante su poder destructivo. La tripulación estaba agitada; los menos expertos presos de miedo, solo esperaban que el viento los alejase de aquel cielo entoldado y mirándose unos a otros fingían una valentía de la que en ese momento carecían.

Al capitán le había bastado una mirada al cielo y sentir la fuerza del viento que se levantaba para saber que les caería una buena sacudida. Aquel no era el primer temporal que experimentaba, al igual que la mayoría de su tripulación, pero sí el primero en medio del Atlántico.

—¡Contramaestre! ¡Dad la voz de alerta y haced sonar las campanas! —ordenó.

—¡Sí, capitán! ¡Atención tripulación!, ¡tormenta a la vista!, ¡tormenta a la vista! ¡A vuestros puestos y preparaos!

Con el repicar de la campana el capitán sintió un repentino miedo por todos los que a bordo viajaban, pero sobre todo por su familia. En un abrir y cerrar de ojos una escalofriante escena pasó por su mente; vio a su mujer y a sus hijas desaparecer en la espuma de un mar cabreado, mientras él impotente no podía hacer nada para salvarlas. Tuvo que darse una bofetada para borrar ese pensamiento y poder pensar con claridad cómo solventar la emergencia. Bien sabía que, en un momento dado, ya fuesen marineros o pasajeros, todos debían entrar en acción para mantener a flote el galeón y salvar sus propias vidas, ya que cuando el mar enfurece es implacable y no respeta rangos, sexo, ni edad.

La angustia de los pasajeros era aún peor. Caían las primeras gotas de lluvia y no había refugio alguno que los pudiera poner a salvo si el mar encrespaba. Los desafortunados a bordo no podían recibir más ayuda que la de ellos mismos, por lo que se aferraban con todas sus fuerzas a cualquier andarivel y a toda la corte celestial para que los sacara de aquel terrible trance, pero el viento soplaba cada segundo con más fuerza exhalando truculentos e impetuosos

gemidos capaces de apabullar al más valiente de los mortales. Pronto el océano enardecido envió legiones de olas contra el casco inundando todo a su paso, zarandeando al inmaculada de un lado a otro como si quisiera purgar los pecados de los osados que se atrevieron a transitar por sus dominios. La llovizna convertida ya en lluvia torrencial era tan tupida que no permitía ver más allá de los propios pies. Las gotas de agua caían como cristales rotos sobre los hombres que luchaban en franca lid defendiendo su vida contra aquel Goliat. El cielo explotaba en ira disparando un sinfín de proyectiles destellantes e incandescentes, seguidos de fieros gritos de guerra. En medio del caos se podía escuchar el eco de exclamaciones de almas desconsoladas, quienes se acordaban de la plácida y segura vida que en tierra habían dejado y que ahora echaban de menos, pues, aunque esta hubiera sido muy miserable, no sería peor que estar viviendo aquel infierno. La tormenta no daba tregua y todo ocurría muy deprisa. El capitán desde el castillo daba órdenes a la tripulación, pero el viento chillaba con tal ahínco que ahogaba su voz. Los marineros en su ofuscación seguían las instrucciones que creían entender logrando solo la más perfecta descoordinación. El capitán, consciente de ello, bajó del castillo para ubicarse mejor; sus piernas fuertes y encorvadas parecía como si estuvieran ancladas a las maderas del galeón, y con dificultad se ubicó junto al palo mayor donde su voz le ganaba al viento. El mar soberbio no se cansaba de escupirle a la cara, pero él sin dejarse intimidar le respondía gritando más fuerte.

—¡Arriad las velas! ¡A la gavia! ¡Recoged los aparejos! ¡Vigilad las escotillas!

En eso, señaló con el dedo a dos marineros indicándoles que se acercaran a él.

—¡Vosotros dos!, ¿queréis vivir?

—¡Sí, capitán! —respondieron al unísono.

—¿Queréis vivir? —repitió abriendo bien los ojos.

—¡Sí, capitán!, ¡sí! —reafirmaron vigorosamente.

—Pues, si eso queréis, idos con el timonel y haced exactamente lo que él os diga. Escuchadme bien porque es de crucial importancia, ¡no podemos perder los herrajes del timón!, ¡no podemos perder el

timón!, ¿oído?

—¡Sí, capitán! —respondieron con el corazón en la boca, y tambaleándose se dispusieron a cumplir lo que se les ordenó.

Cano manejaba el timón intentando capotear las embestidas de las olas para que estas no golpearan de costado, si lo conseguía tendrían posibilidad de salir airosos, pero la tormenta, lejos de amainar su fuerza, iba en aumento, dificultando minuto a minuto la gobernabilidad de la descarriada embarcación. El piloto agradeció la ayuda de los dos pares de musculosos brazos, y entre los tres hombres forcejeaban para mantener posicionado al galeón. El contramaestre, un marinero viejo, de carácter irascible si no se le obedecía, y energúmeno si cualquiera mal usaba los aparejos, apoyó al capitán atándose al trinquete de la proa para secundar sus indicaciones a riesgo de ser arrojado al mar por cualquiera de las olas que los bañaba.

—¡Achicad el agua! —gritaba el capitán.

—¡Achicad el agua! —repetía el segundo.

—¡Abatid el palo de la mesana! —gritaba el capitán.

—¡Abatid la mesana! —repetía el segundo.

—¡Cuidado con el bauprés! —gritaba el capitán.

—¡Cuidado con el bauprés! —repetía el segundo.

—¡Asegurad las estachas! —gritaba el capitán.

—¡Asegurad las estachas! —repetía el segundo.

Con ahínco, los marineros braceaban sin dar abasto, iban de babor a estribor y de proa a popa intentando no desfallecer en el intento. En medio de aquella faena el capitán vio a Salazar, el marinero a bordo más experimentado, por cuyas venas hacía mucho no corría sangre sino salitre. Era delgado, de pecho alto, y pelo negro ensortijado; se distinguía entre el resto de la tripulación por la gran cantidad de pecas en la piel, aunque algunos dudaban si realmente lo eran, o si más bien era cutre acumulado, porque según decían quienes bien lo conocían, Salazar nunca se había dado un baño con agua dulce, al menos voluntariamente, y no es que el resto de marineros y grumetes estuvieran muy pulcros, pero comparados con él incluso el más sucio se veía limpísimo.

—¡Salazar! —gritó el capitán.

El marinero se acercó encorvándose, con las piernas y los brazos abiertos para equilibrarse.

—¡Señor!

—Salazar, busca a mi mujer y a mis hijas. Asístelas; estarán muy asustadas y no sabrán qué hacer. Te las encomiendo —ordenó poniendo su mano ancha y pesada sobre el hombro del marinero. No hubo necesidad de dar más especificaciones, sus ojos negros templados hablaron por él.

—¡Sí, capitán, velaré por ellas con mi vida! —prometió dando media vuelta; y esquivando poleas y cabos se dirigió al castillo.

Entre sollozos y lágrimas los pasajeros se aferraron a las oraciones de fray Antonio como su mejor tabla de salvación, quizás un hombre de fe pudiese por la intersección divina mediar por sus vidas, y en el peor de los casos por sus almas, si no lograban ver otro amanecer. El franciscano en voz alta clamaba e imploraba con fervor «¡San Francisco de Asís… en vos confío!… ¡Oh María, madre de Dios y madre nuestra… no nos desamparéis! ¡Ángel santo custodio… acompañadnos! ¡Santos y Santas… auxiliadnos!».

La omnipresencia del peligro y la alargada sombra de la muerte presentida por todos hicieron que en menos de un pestañeo muchos atribulados se arrepintieran de los excesos cometidos en tierra jurando y perjurando no volver a ofender al todopoderoso dueño del cielo, las aguas y la tierra si salían airosos. Otros, en coros disonantes recitaban cuanto Paternóster, Avemarías y jaculatorias recordaban, y no faltaron quienes también maldijeron su suerte y la mala hora en que abordaron el Inmaculada Concepción.

Ana Teresa se sujetaba a una viga manteniendo a duras penas el equilibrio. Intentaba calmar sin éxito el llanto de sus hijas, estrechando contra su pecho a Rosario, mientras Lucía y Carmen eran sacudidas de un lado a otro.

—¡Ayuda, por favor! ¡Ayudadnos! —gritaba la mujer con la desesperación de no tener control sobre nada, ni siquiera de sus pensamientos, pues no encontraba un adjetivo para calificar aquella borrasca.

Salazar tardó poco en hallarlas, pues los gritos de la aturdida madre lo guiaron con exactitud.

—¡Calma, calma! ¡Estoy aquí para ayudaros! ¡Es solo una lluvia y ya estamos dejándola atrás! —aseveró a gritos el marinero para sosegarlas mientras se acercaba a las dos niñas. Agarró con firmeza de la mano a ambas, y las acercó a su madre; luego buscó un cordel y las ató al mástil para evitar que se hicieran daño con los bruscos movimientos.

—¡No nos atéis! ¡Llevadnos con nuestro padre! —replicó Lucía cuando Salazar intentaba asegurarla.

—¡Calla, Lucía!, ¿no ves que por su culpa estamos en esto? —le recriminó Carmen entre lágrimas.

—El capitán me ha enviado; él está llevando el galeón fuera del temporal. Aquí estaréis mejor, os lo prometo. Ahora abrazaos y asidos fuerte; os ataré por vuestra propia seguridad —precisó el marinero.

—Por favor, no nos dejéis solas —suplicó Ana Teresa.

—No lo haré, no lo haré —respondió, pasando la gruesa cuerda por sus espaldas.

Luego de anudarlas holgadamente, aquel hombre de aspecto sucio y abandonado, con sorprendente pericia se puso a apartar los objetos que pudieran golpearlas. Ana Teresa entretanto recordó las veces que en tierra le escuchó decir a su marido que «en el mal tiempo se conocía al buen marinero», y no tenía ninguna duda, este lo era; solo que hubiera preferido no comprobar con sus propios ojos esas palabras, y mucho menos la ira de Dios mostrándole el rostro de lo que para ella era el verdadero «fin del mundo».

—¡Clemencia! ¡Piedad, oh mi Señor!… ¡calma las aguas y salva a tus hijos, padre celestial! ¡Amada señora!, ¡Virgen santa líbranos de este temporal! ¡Escucha mi plegaria y concédenos vuestra gracia! —exclamaba Ana Teresa compungida entre llantos.

Cuando se callaba para tomar aliento, Carmen proseguía desconsolada.

—¡Quiero ir a casa! ¡No quiero estar aquí!, todo esto es culpa de papá.

Lucía por primera vez en su vida fue consciente del peligro de estar viva, de que no estaba exenta de sufrir, y de que podía morir muy joven sin haber vivido no más que unos pocos años. Todo lo que

pasaba a su alrededor le parecía tan inverosímil que se aferró a sus congéneres cerrando con fuerza los ojos y tapándose los oídos para no ver nada, ni escuchar los gritos de su madre que la asustaban más que la misma tormenta. Estando así comenzó a experimentar una extraña sensación; dejó de percibir el bamboleo del barco, de escuchar los gritos y los truenos, y de sentir incluso su propia piel, pues ya no notaba la soga apretando su pecho, ni los abrazos de su madre y sus hermanas. Era como si su cuerpo se hubiese dormido y se negara a obedecerle, porque no era capaz de mover ni el dedo meñique, mas sin embargo seguía despierta. De algún modo su cuerpo ya no le pertenecía y empezó a salir fuera de él elevándose del suelo. Pudo verse a ella misma junto a su madre y hermanas notando el pánico en sus rostros, aunque ella había dejado de sentir miedo; pudo ver cómo se movían y a Salazar atando cuanta cosa se le atravesaba, aunque el tiempo parecía correr de otra forma ya que todo transcurría muy lento. Lucía no entendía lo que le estaba sucediendo; pensó que quizá se estaba muriendo y eso la entristeció. En eso, una extraña sombra negra apareció serpenteando. Le recordó a un enjambre de abejas que cuando vuelan muy unidas parecen una nube oscura. La sombra, que parecía tener conciencia, se acercó a cada una y comenzó a rodearlas con movimientos muy rápidos, como si estuviera analizándoles desde la punta del pelo hasta la uña del dedo pequeño del pie. Primero a la madre, después a Rosario y luego a Carmen, pero al llegar a ella se quedó dándole vueltas y vueltas hasta que por fin dejó de girar deteniéndose bruscamente detrás de ella. Entonces Lucía vio cómo poco a poco comenzó a tomar forma; forma humana. Se le asemejó a un fraile pues por vestido llevaba una túnica oscura, de grandes y largas mangas y amplio capuchón que le cubría la cabeza. La aparición, sin mover el cuerpo giró la cabeza, tanto, que esta quedó casi sobre su espalda; y luego la levantó bruscamente hacia el lugar desde donde ella observaba. Los ojos azules de Lucía, que seguía flotando en el aire, no vieron rostro alguno, pero la tenebrosa silueta al sentirse descubierta lanzó un chillido sórdido desvaneciéndose en el acto. En la huida, la túnica rozó el brazo izquierdo de la niña, y de inmediato una sensación

urente le hizo volver a notar el peso del cuerpo y los bruscos movimientos del galeón. Confundida y espantada, abrazó con todas sus fuerzas a su madre manchando sin querer su vestido de sangre; quería contarle lo que acababa de experimentar, pero cómo hacerlo, si, por un lado, aún estaban pasando dificultades para mantener el equilibrio, y por otro, lo ocurrido había sido tan extraño y aterrador que temía haber contraído una «enfermedad» muy contagiosa en España por aquellos días; la brujería, y no quería asustar más a su madre.

Nadie sabía con exactitud cuánto tiempo llevaban luchando contra natura, pero para los desdichados, el cálculo más aproximado era una eternidad. Sucedió entonces que la tormenta con la misma rapidez con la que apareció, desapareció. Fue como si las plegarias hubieran sido escuchadas y respondidas, y aunque algunos grumetes y marineros dudaban que la tormenta hubiera pasado definitivamente, no pararon de achicar agua hasta que vieron al capitán dejarse caer sobre las maderas mojadas para recobrar el aliento y darle por unos pocos segundos un descanso a las entumecidas piernas. Pedro se levantó, sonrió con una expresión de alivio, y estrechó la mano y dio palmadas en la espalda a los marineros que se fueron acercando a él. Luego, agotado como estaba, salió en busca de su mujer y sus hijas; temía que se hubieran hecho daño y no podía pensar en nada más. Su angustia era tal que pasó frente a ellas sin verlas.

—¡Pedro! ¡Aquí estamos! —exclamó Ana Teresa revisando a las niñas.

—¿Estáis bien?, ¿os habéis hecho daño? —preguntaba el capitán con la respiración entrecortada, y sin esperar respuesta las abrazó a todas con desespero.

—Estamos bien… estamos bien. Creo que solo tenemos algunas magulladuras, y Lucía una herida en el brazo —constató la madre.

La niña temblorosa y llorando se prendió del cuello de su padre, quien estremecido por las lágrimas de su hija levantó la mirada al cielo y dio gracias, y aunque sabía que no estaba exento de encontrarse más adelante con otra tormenta, sintió en ese momento como si le hubieran quitado de los hombros el peso de diez cañones.

—Venga, Lucía, no llores, que tú eres muy valiente. A ver, déjame ver el brazo —pidió bajándola—. El corte es algo profundo, ¿con que te lo has hecho?

—No lo sé —respondió entre lágrimas.

—Hay que coserle la herida para que no se infecte y cicatrice bien —expuso Pedro volviéndose hacia su mujer.

—No, papá, no quiero que me cosan, solo quiero estar contigo —le pedía abrazándole por la cintura.

—Lucía, yo mismo te voy a acompañar, y cuando el médico te cure estaremos juntos, te lo prometo; pero antes debes demostrarme lo fuerte que eres.

—Vale, papá —aceptó encogiéndose de hombros.

—Pedro, ¿ya todo pasó? —preguntó temerosa Ana Teresa.

—Sí, ya está. Podéis estar tranquilas —respondió acercándose a Salazar quien se vio sorprendido por un fuerte apretón de manos y un abrazo—. Eternamente agradecido estaré con vos.

—Capitán, solo hice lo que tenía que hacer; en todo caso quien estará eternamente agradecido seré yo.

Pedro tomó de la mano a Lucía para llevarla bajo cubierta donde atendía el médico. Ana Teresa y las niñas los siguieron esquivando cuerdas, ropas, platos y gran cantidad de cajas regadas por todos lados, mientras observaban a la tripulación visiblemente agotada apoyarse en la borda o sobre sus extremidades para recobrar las fuerzas, y a los pasajes que subían llorosos en busca de que les confirmaran que el peligro había pasado. Pedro y su familia bajaron a la primera cubierta y caminaron por los recovecos del galeón hasta detenerse a la entrada de una estancia pequeña, aireada por una ventanilla no más larga que medio brazo, en la que cabían acostadas no más de tres personas.

Rebolledo, el médico de la embarcación, de espalda a estos revisaba que todos los frascos en los que almacenaba ungüentos, píldoras, sales, emplastes, vendas, estopas, navajas, tijeras, hilos y pinzas, estuvieran en su puesto en los anaqueles del armario, secos y en buen estado, porque daba por hecho que no demorarían en llegar contusionados y mareados solicitando atención. Rebolledo era el tripulante más añoso a bordo y su edad era un misterio que los

marineros intentaban descifrar. En las aburridas noches se divertían sumando y restando fechas que calculaban de las insólitas narraciones que el galeno inventaba dándolas por ciertas. De todas, la más famosa y la que más le pedían contar habría ocurrido muchos años atrás, cuando navegaba bajo el mando del almirante Cristóbal Colón en uno de sus viajes a las Indias, y quien una madrugada requirió de sus servicios para que le quitara urgentemente una muela picada, pues el dolor que sentía era insoportable y no deseaba esperar las primeras luces del día para que le practicara la extracción. Según narraba el facultativo, diligentemente así lo hizo, con tal infortunio que terminó extrayendo el molar equivocado, atribuyendo el desatino a la carencia de una luz óptima y no a la impericia. Aquel hombre de cabellos plateados y espalda arqueada era considerado en el Inmaculada Concepción como un viejo decrépito, pero también un maestro en el arte de extraer dientes podridos, calmar dolores, hacer suturas y amputaciones. Todos lo respetaban, y nadie, nadie, dudaba ponerse en sus manos.

Pedro y Lucía entraron sin que este se inmutara al verlos, como si nada hubiera pasado.

—Este sí que ha sido un buen baño de mar, ¿eh, capitán? —comentó sin dejar de organizar los frascos.

—Sí que lo ha sido. ¿Todo bien, Rebolledo?

—Sin novedad, capitán.

—Qué bien, qué bien. Os traigo a mi hija para que le echéis un ojo, creo que necesita un remiendo en el brazo —comentó enseñándole la herida.

Rebolledo se acercó, se inclinó para quedar a la altura de la cría y examinó la herida con el pulgar e índice de la mano derecha.

—Serán unas cinco, a lo sumo unas siete puntadas —dictaminó—. Enseguida lo hacemos, pero antes echaré un buen chorro de vino en la herida, y en un santiamén habremos acabado. Siéntela, capitán, sobre la mesa mientras traigo los implementos.

—¿Has oído, Lucía?, será muy rápido; y tan pronto te curen podrás venir conmigo —le recordó su padre.

La niña lo miró incrédula, mas como deseaba estar con él, tenía que demostrarle que podía aguantar sin hacer un berrinche, por más

que le doliera la curación. Ana Teresa se acercó, tomó de la mano a su hija para confortarla, y también para que su marido pudiera ponerse al frente del galeón y de todo.

—Ana, cuando vuelvan arriba, quitaos ese ropaje mojado y poneos en lo posible algo seco. Luego nos vemos, tengo que ocuparme de muchas cosas.

—Lo sé, lo sé; anda ve —apuntó con ganas de pedirle que se quedara con ellas, pero era consciente de que, en ese momento no era posible.

Pedro salió del habitáculo encontrando a pasajeros que hacían fila esperando atención médica. Unos se veían desencajados, con los ojos desorbitados por el horror que acababan de padecer; otros parecían tener alguna contusión o heridas de mayor o menor gravedad, y aun así todos le dieron palabras de agradecimiento con la mejor sonrisa que pudieron. El capitán no se detuvo; subió a cubierta donde lo esperaba la bataneada tripulación. Estaban empapados de agua hasta la conciencia y muy cansados, pero agradecidos de seguir con vida, y agradecidos con él. Al verlo le aplaudieron, vitoreando al hombre que luchó como un titán contra un mar embravecido en la peor tormenta que sus ojos habían visto y sus cuerpos experimentado. Pedro les devolvió las espontáneas demostraciones aplaudiendo también, porque para él todos se esforzaron y lucharon a la par.

Sin perder tiempo dividió a la tripulación en tres grupos para hacer un plan de reconocimiento y daños. Era imperativo hacerlo inmediatamente. Al frente del primero, iban un carpintero y un calafate, y con ellos, los marineros más experimentados. Les asignó revisar palmo a palmo la estructura de la embarcación, verificar que no hubiera ninguna fisura, y en caso de haberla, avisar y solucionarlo antes de caer la noche; un trabajo de suma importancia, así que, tras cargar clavos, estoperoles, estopa, aceite, brea, sebo y maderas, aunque estuvieran húmedas, se pusieron manos a la obra. El segundo grupo estaba conformado por cuatro pajes bajo la dirección de fray Antonio. Se les encargó hacer un listado general de todas las personas a bordo, y luego asistir al médico en la atención de los heridos. Y el tercer grupo, liderado por

el contramaestre, lo conformó el resto de marineros y grumetes, quienes debían ordenar todo lo que había quedado patas arriba, componer lo descompuesto, coser lo descosido, atar lo desatado y devolver al mar el agua que aún quedaba en el galeón.

Pedro bajó a la segunda cubierta para ratificar que las reservas de agua no habían sufrido ningún percance, porque sin agua potable estarían perdidos. Por fortuna, el cocinero le informó de que eso era algo por lo que no tenía que preocuparse. «Una cosa menos» pensó el capitán.

Con más calma regresó a cubierta. El cielo estaba despejado, sin rastro de aquellas nubes pardas, y el mar en la más completa calma. La tormenta había dispersado a la flota y no se divisaba nave alguna en ningún punto cardinal. Se hallaban solos en su isla flotante, confiando en que las demás embarcaciones hubieran corrido la misma o mejor suerte que ellos.

Lucía esperaba que le cosieran rápido el brazo para poder estar con su padre, pero la parsimonia con la que Rebolledo la atendía le hizo dudar si aquel viejo en realidad sabía lo que hacía. Sentada sobre una mesa de madera, vio cómo el anciano sacó sin premura alguna una jarra de vino, sirvió un cuarto del vaso y se lo entregó.

—Es el mejor calmante que tenemos —aseguró mirando a la madre y luego a la niña—. Anda, bonita, bebe esto de un solo trago. Tiene un sabor fuerte, pero igual de fuerte son sus propiedades benéficas para el dolor —explicó con la voz quebrada y temblorosa propia de la senectud—. Los críos no deben beber vino, pero en estos casos es lo más recomendable, porque tiene el poder de hacer que ni se enteren de la curación, ya lo verás —siguió comentando mientras tapaba la botella, abría una jarra de vino diferente y servía un poco en otro vaso.

Lucía bebió un sorbo, y arrugando la cara dejó el vaso al lado de ella, pero cuando vio la aguja y el hilo que el médico sacaba, lo cogió nuevamente y se lo bebió todo. La cara se le enrojeció al sentir el sabor de la uva añeja, sobreviniéndole un ataque de tos que Ana Teresa alivió dándole unas palmaditas en la espalda. La curación sería más dolorosa de lo que pensaba, por lo que intentó bajarse de la mesa, salir corriendo y esperar que la herida cicatrizara sola con el

tiempo, pero su madre que la conocía anticipó el movimiento sujetándole las manos con firmeza.

—Me dijo vuestro padre que eres muy valiente, ¿eh, pequeña? —comentó girándole suavemente el rostro para que no viera lo que iba a hacer, y acto seguido le echó sobre la herida el vino avinagrado.

Lucía ahogó en su garganta el grito de dolor al sentir la piel escocer.

—Esto ha sido lo más doloroso que sentirás, ya vamos a acabar —afirmó Rebolledo para suavizar el momento y relajar el brazo de la niña, pero al instante un chillido de dolor se escuchó cuando ella sintió la aguja enjuagada en vino atravesar la piel. El médico con argucias la había engañado y ella como tonta había creído que lo peor había pasado, cuando apenas ahora empezaba a coser. Tras cada una de las cinco puntadas siguientes la niña gritó, pero se dejó remendar sin oponer resistencia.

—Ya no llores más que hemos terminado. Como os dije, en un santiamén —ratificó mientras cortaba el hilo con una pequeña tijera—. Curiosa herida; es un corte perfecto —comentó para sí Rebolledo pensativo—. ¿Con qué dices que te la has hecho?

—No lo sabe —contestó Ana Teresa por la niña—. ¿Por qué?, ¿tiene riesgo de infectarse?

—Todo lo contrario —respondió el experimentado anciano—, pues parece como si se la hubiese propinado una hoja tan afilada como candente. Es un corte limpio que a su vez le ha cauterizado.

Lucía llorando adolorida se miró la piel cosida y lo miró a él con enojo. Ana Teresa le dio las gracias al galeno, le dio un beso en la mejilla a su hija, le limpió las lágrimas que le corrían por las mejillas, la bajó de la mesa y salieron del habitáculo para que pudiera atender a otro urgido. Al subir a cubierta vieron a Pedro junto a la mesana. Lucía se acercó, lo interrumpió tirándole del cinturón y le mostró orgullosa las puntadas en el brazo. El capitán le sonrió, le alzó en brazos apretándole contra su pecho y acarició su cabeza.

—¡Eres uno de los más valientes marineros de este barco! —dijo revolviéndole los cabellos.

—Ahora sí que me puedo quedar contigo.

—¿No prefieres descansar un poco con tu madre y hermanas?

—No. Quiero estar contigo. ¡Lo prometiste!

Pedro accedió, pero le advirtió que debía permanecer en silencio. Lucía así lo hizo, y en realidad pasaba desapercibida entre los afanosos hombres, pero eso no le importaba, por fin se sentía segura junto a su padre.

Esa tarde el piloto, experto en dar razón de rumbos, no pudo hacerlo, pues el astrolabio se había estropeado y le llevaría unas buenas horas poderlo arreglar, así que para volver a dibujar el camino sobre el agua que natura había borrado, tuvo que apañarse con el cuadrante y la estrella del norte para ubicarse y saber en qué dirección debían ir. Contaba con que el próximo mediodía pudiera medir nuevamente la altura del sol, hallar el paralelo y corregir así el rumbo con gran exactitud. Aunque no estaba muy seguro de poder arreglar el pesado instrumento en tan poco tiempo, haría todo lo posible, total, mientras hubiera cielo y estrellas, no había destino que no pudiera encontrar, pensaba. De momento y según sus cálculos preliminares, le informó al capitán de que tardarían al menos tres días más de lo previsto para alcanzar la isla Dominica.

El capitán confiaba en que Cano pudiera arreglar o al menos emparapetar el instrumento dañado; confiaba en los conocimientos y destrezas de este, no obstante, él hizo sus propios cálculos que coincidieron más o menos con los del piloto, quedándose más tranquilo. A pesar del importante desvío, ordenó servir a la brevedad media ración de comida para no resentir más los estropeados estómagos, y una ración de agua y otra de vino para animar el espíritu de los que aún seguían con el miedo incrustado en los huesos. Por fortuna, no todo eran malas noticias, el franciscano reportó dieciocho heridos que requerían cuidados médicos y ninguna persona tragada por el mar o muerta a bordo que tuvieran que lamentar, envolver en un paño con lastre y arrojar al fondo del mar. Por ello, fray Antonio elevó una oración dando gracias a Dios y prometió una misa solemne tan pronto el capitán lo dispusiera.

Atardecía cuando un paje comenzó a anunciar a viva voz que podían hacer fila para comer. La sed y el hambre apremiaban; más de uno no paraba de saborearse los salados labios, ansiosos por

recibir lo que les dieran, pero sobre todo agua y la ración de vino prometida que tanta falta le hacía a sus cuerpos.

Lucía, al estar junto a su padre se olvidó del dolor de los puntos en el brazo, aunque el vino también hizo lo suyo, por lo que la niña se encontraba aliviada y risueña entre la tripulación que la rodeaba. Observaba cómo uno a uno se iban sentando a comer sobre el suelo de madera escupido por ellos mismos para quitarse el sabor a sal. Todos sin excepción comían con los dedos el bastimento servido en platos mugrientos, y al momento de humedecer el gaznate se tapaban la nariz con una mano y con la otra se llevaban el vaso con agua a la boca, dejando para el final el vino sin desperdiciar ni una gota. Lucía sabía que debía estar en silencio sin molestar, pero al verlos beber agua soltó una risotada.

—¿Papá, por qué se tapan la nariz? —preguntó halándole la manga de la camisa.

—Pues lo hacen para no percibir el olor que emana el agua, que después de un tiempo tiende a empozarse —explicó inclinándose a la altura del oído—. Y bueno, qué te puedo decir, es el agua que tenemos y esa es la manera más fácil de beberla. Ahora, Lucía, yo creo que ya has estado un buen rato conmigo y el alcohol te está haciendo efecto, será mejor vayas con tu madre para que también bebas agua, comas y descanses un poco. Yo te veo en un ratillo. ¿Vale?

—Vale —respondió caminando y riendo mientras se tapaba la nariz con una mano, dando tumbos de un lado a otro.

Cuando el capitán no tuvo otra cosa que ordenar, revisar o hacer esa noche, se retiró a descansar. Para entonces sus hijas dormían y su mujer lo esperaba despierta.

—Pedro, quédate tranquilo, que todo estará bien.

—Sí, sí, duerme, mujer, descansa —contestó sin reparar en sus palabras, mientras sacaba la pequeña caja de madera que estaba empotrada y asegurada con un candado debajo de su cama. La abrió con una pequeña llave que colgaba en su cuello y verificó que los documentos celosamente guardados estuvieran secos. Cerró la caja, la guardó nuevamente, y se dejó caer en su camarote con la ropa aún medio húmeda.

—No me has entendido, Pedro, ¿recuerdas aquel sueño premonitorio que tuve? Llevo toda la tarde pensando y ahora lo entiendo, era esto, la tormenta; ahora sé que todo estará bien.

—Pero mujer, ¡qué dices!, que eso fue un simple sueño, no una premonición.

—Pedro, es cierto lo que dices, los sueños solo sueños son, pero no hay que subestimarlos. Recuerda que Dios le habló a los apóstoles y a sus escogidos a través de sueños, de visiones. A lo mejor solo hay que creer.

—Ana Teresa, ahora no, que ya no puedo más. Necesito dormir —censuró cortándole las palabras.

—Claro, Pedro, duerme, descansa… descansa. Yo también lo haré.

Esa noche las estrellas brillaron en el cielo con más intensidad, o al menos esa fue la sensación de los que, acomodados sobre sus petates, se dispusieron para dormir en la proa, debajo, y al lado de las toldas. En silencio las contemplaron pensando en lo que había ocurrido. Hubo quienes irremediablemente se desvelaron temiendo que una nueva tormenta los sorprendiera dormidos. Pensaban que, si soportar algo así de día había sido tan complicado y terrible, ¿cómo sería experimentarlo en medio de la oscuridad?, aunque la mayoría simplemente sucumbió al cansancio de un día muy largo y estresante cayendo dormidos, no sin antes volver a dar gracias a Dios por permitirles seguir respirando. En cualquier caso, tanto los despiertos como los dormidos, jamás olvidarían aquel día por el resto de sus vidas, y de lo afortunados que fueron al haber sobrevivido a una tormenta en medio del océano Atlántico.

Al levantarse la mañana, los marineros ya se preparaban para continuar con las reparaciones, calafatear las juntas de las tablas dañadas, y comenzar a remendar las velas. El deseo de pisar tierra a la mayor brevedad les alentaba a trabajar desde temprano, aunque no supieran con exactitud qué tanto les faltaba para recalar en la isla. Las voces de los marineros despertaron al capitán quien aún extenuado comenzó a dirigir la brega. Como de costumbre, tomó en las manos el catalejo para observar el horizonte; al hacerlo, un punto negro borroso apareció en la lente, pero como el sol aún no terminaba de bañarlos con su luz, lo atribuyó al efecto de la neblina,

o quizás a un sucio en la propia lente. La limpió con un paño seco y miró nuevamente con mayor detenimiento sin encontrar nada. Con la mano diestra le hizo una señal al vigía que estaba en la gavia del palo macho para que observara en dirección noroeste, pero este no vio nada excepto un banco de niebla. Pasó un rato hasta que el sol se impuso haciendo aclarar las vistas. La vasta experiencia del capitán y ese sexto sentido que solo se adquiere al pasar muchas lunas sobre el agua le hicieron levantar nuevamente el catalejo; de repente, una sombra casi espectral emergió en el horizonte. Con detenimiento observó y concluyó que aquello no era producto de un sucio en la lente, ni era tampoco un espejismo como tantos otros había visto dibujados sobre las aguas en muchas latitudes. No tenía duda alguna de que se trataba de una embarcación. Inicialmente se alegró pensando que era una de las naves de la flota que había quedado dispersa, pero algo no encajaba, «¿cómo había llegado ese navío a aquella posición, si el viento soplaba en contra?», se preguntó a la vez que se respondió, que aquel no era un navío español o por lo menos de la flota. Entonces, un nuevo escalofrío recorrió todo su cuerpo ante la posibilidad de que se tratase de una bandera enemiga justo cuando acababan de salir ilesos tras haber sorteado a natura, aunque se negaba a aceptar que su suerte fuese tan mala como para tener que hacer frente en ese momento a piratas, trúhanes codiciosos y despiadados malhechores; seres a quienes odiaba con toda su alma, que dedicaban a saquear, asaltar, esclavizar e incluso a asesinar sin compasión ni temor de Dios a todo tripulante y pasaje de cualquier embarcación que lograsen capturar y no pudiera satisfacer sus demandas. El vigía, que volvió a mirar con más detenimiento en la dirección que le habían indicado, tardó unos buenos segundos en ratificar lo que el capitán ya sabía. Desde arriba, sus ojos turbados buscaron los del capitán, y cuando cruzaron las miradas, hablaron sin modular palabra. Coincidieron en que se trataba de un galeón, cuya proa estaba rematada con la cabeza de una cierva dorada. Un mascarón que por sí solo infringía una mezcla de odio y temor en los españoles, porque eso significaba que a bordo navegaba un adversario sanguinario; un corsario inglés conocido en muchos mares por cometer fechorías bajo la protección

y el amparo de la corona británica.

—Francisco Drake —murmuró el capitán escupiendo y apoyando la mano izquierda en la espada lívido de rabia. Gesto que sin reparo imitó el vigía también susurrando.

—¡Mil veces maldito seas, Drake!

El capitán Pedro de la Flor y Olmos, aunque no iba en misión de guerra, tenía potestad para portar armas a bordo, y velar guardando bajo llave dagas, navajas y todas las armas que la tripulación y los pasajes, sin excepción, habían entregado para su custodia antes de zarpar. Estas solo serían entregadas a sus dueños al llegar al puerto o en caso de extrema necesidad, y pensó en ese momento que quizá tendría que entregarlas por precaución, mas si lo hacía, causaría un revuelo que deseaba evitar hasta el último momento.

La flota naval española ostentaba el título de ser la más poderosa del mundo; un calificativo reconocido tanto por aliados como rivales, ganado a base de sudor, lágrimas, sangre de batallas y conquistas. Su reputación era tal, que los enemigos mucho se lo pensaban antes de enfrentárseles, porque aparte de poseer un buen número de embarcaciones, contaba también con excelentes navegantes, y con escuadrones letales en el ataque cuerpo a cuerpo. Pero justo aquella mañana, la vulnerabilidad del Inmaculada Concepción era total. Un enfrentamiento en tales condiciones sería devastador. Las posibilidades a su favor eran ínfimas, si es que había alguna. Se encontraban solos, sin la protección de los galeones armados de la flota ni del personal militar, y como si fuera poco, estaban surcando las aguas a marcha reducida al no tener todas las velas en funcionamiento. El capitán no podía imaginar un peor escenario para un encuentro «cara a cara» con la embarcación enemiga más veloz que hubo surcado mar alguno. Realmente, no daba crédito a lo que sus ojos veían. Quería despotricar a los cuatro vientos contra aquel infame inglés, pero no estaba en posición de hacer tal cosa, así que solo maldijo su ventura mientras pensaba qué hacer antes de alarmar y armar nuevamente a la tripulación, aunque la verdad es que no tenía muchas opciones de dónde elegir. Por la frente le corrían gotas de un sudor frío y pegajoso, aunque en el cuerpo sentía calentura. Se limpió con la palma de la mano el sudor, se

quitó el sombrero, volvió a ponérselo, se ajustó la espada y se persignó. La decisión estaba tomada, y no era otra que continuar con el rumbo, sabiendo que eso los acercaría más a Drake. Rezaba para que el enemigo creyera que estaban armados y preparados para defenderse. Esperó algunos minutos antes de hacer sonar la campana, pero cuando quiso hacerlo, el Cierva Dorada había desaparecido de la lente.

Capitán y vigía buscaron desesperados como con ganas de encontrarlo. Incrédulos ante tan repentina desaparición, insistieron pegando el ojo al catalejo una y otra vez, pero por más que observaron no volvieron a verlo. El vigía, desconcertado, bajó con disimulo y se acercó al capitán.

—Señor, ¿dónde se habrá metido el demonio disfrazado de cierva? —preguntó con suma discreción.

—No sabría decirlo —contestó desconcertado—. Así que mejor vuelve a prestar guardia, y cruza los dedos para que no vuelva a aparecer, porque ahora sabemos que anda por ahí… y otra cosa, marinero, esto que hemos visto se queda entre nosotros, ¿oído?

—Sí, capitán.

Nadie se percató del contratiempo y nada se comentó al respecto, pero tanto capitán como vigía no dejaron de preguntarse por qué el Cierva Dorada viró tan rápido. Pensaron que quizá la tormenta los habría azotado tanto o peor que a ellos y se encontraban igual de indefensos. O puede que solo les interesaran las embarcaciones que iban en dirección a la península cargadas de valiosos tesoros más que codiciados por muchas coronas. No obstante, y visto lo visto, el capitán intensificó la vigilancia en todos los puntos cardinales; y así pasaron las horas, las mañanas, las tardes y las noches, y en los catalejos ninguna embarcación amiga o enemiga apareció.

El timonel necesitó dos días para arreglar la aguja del astrolabio y poder volver a reajustar el rumbo con exactitud; y un día más fue necesario para terminar de coser las velas rasgadas. Solo hasta entonces el capitán reanudó con confianza la travesía. Los siguientes días de navegación se sintieron largos, pesados y tristes al verse tan solos y no saber nada de la flota. La tripulación trabajaba en un

silencio incómodo, respirando un aire de seudo tranquilidad. Volvieron a aparecer las monotonías de las guardias, las constantes preguntas sin respuestas sobre la suerte del resto de la flota, el bizcocho duro, las historias del galeno y los cálculos de su edad, las oraciones del fraile y la desesperación por pisar tierra; tierra que avistaron una tarde cualquiera, con la enorme sorpresa de que anclada estaba la flota de su majestad. La felicidad los abrazó. Resultó que las naves llevaban más una semana en la isla Dominica y comenzaban a dar por perdidas una carraca y un galeón que faltaban por arribar, hasta que apareció el Inmaculada Concepción. El galeón echó anclas, y excepto la tripulación de guardia, todos bajaron. Pedro le reportó al capitán de la nave capitana, un noble militar de alto rango, las peripecias que tuvieron que pasar, el estado de la embarcación y de la gente a bordo; y luego, le advirtió haber visto días atrás al galeón Cierva Dorada merodeando esas aguas. Así mismo, se enteró de que llevaban días buscando por la zona a las dos embarcaciones extraviadas. Tras conversar, el capitán de flota de tierra firme ordenó alargar la estancia en la isla unos días más de lo previsto, como compás de espera a la carraca que faltaba antes de continuar el viaje, y esa noche otorgó permiso para dormir en tierra y celebrar la llegada del Inmaculada. Todos los que quisieron pudieron hacerlo, excepto el personal que prestaba guardia en las naves.

Al Inmaculada Concepción solo regresaron el capitán y su familia, quienes, tras una buena comida se quedaron largo rato observando desde la proa las fogatas encendidas en la playa, en donde cientos de personas cantaban, jugaban y reían.

Esa noche Pedro no lograba conciliar el sueño a pesar de sentirse inusualmente relajado. Un raro estado febril lo mantuvo postrado con los ojos abiertos buena parte de la última guardia. Volvía a sentir el inconfundible aroma de su mujer, ese que había estado enmascarado por el fuerte almizcle de olores de la gente a bordo. Aquel aroma se volvía más intenso con el andar de la luna, mientras él, inmóvil en su lecho, sentía cómo este se colaba por sus sudorosos poros, obligándolo a soñar despierto, y a idear la manera de satisfacer su más básico y delirante deseo. Al escuchar el eco del

tercer estribillo cantado desde la gavia, supo que aquel era el momento preciso de comenzar su singladura personal, porque a esa hora ni siquiera las ratas estarían despiertas. Con fe ciega se dejó guiar en la oscuridad por el único olor que el mar no había logrado salar. Sus manos toscas hallaron, reconocieron y recorrieron suavemente el contorno de su cuerpo, e inequívocamente se encontró justo donde había planeado estar. Aquello era una tentación superior a su voluntad, y sin poder resistirse, levantó con premura el enredoso vestido que la envolvía. Ella despertó sobresaltada con la intención de gritar, cuando él, ágil y decidido, aplacó su gélido aliento con su lengua hirviente.

—Esta noche sí —le susurró al oído.

—No, Pedro, no debemos… —discrepó ella, impidiendo que las manos de su marido avanzaran por sus tensados muslos.

—Esta noche sí —le repitió.

Ana Teresa no supo si fue el cosquilleo que sintió detrás de la oreja mientras le susurraba con firmeza sus intenciones, o las ganas de engendrar un hijo varón, lo que hizo que se entregara al placer más elemental. Sus muslos lentamente se dejaron vencer en la medida que la boca del capitán descendía explorando con firmeza hasta llegar a su sexo. En ese momento, ambos sintieron haber regresado al tiempo en que se citaban a escondidas de Manuel José y Trinidad en el viejo granero para darse mutuamente insaciables pruebas de amor. Entonces se dieron cuenta de que sus cuerpos seguían tan hambrientos el uno del otro como en aquellos días, y así, entre gritos mudos de placer, se fundieron en una amalgama de azahar y sal, que terminó con la tibia explosión de toda la pasión reprimida en el cuerpo del capitán desde el día que zarparon de Sevilla.

La flota de tierra firme había recorrido el tramo más largo del viaje, aunque no por ello el más peligroso. Nadie podía asegurar que no se verían envueltos en otra tormenta, cosa que aterraba a la tripulación, pero lo peor, era que el Caribe estaba infestado de piratas y corsarios, conocedores inigualables de aquellas aguas tropicales, siendo esto lo que más preocupaba al capitán. Pero aquel no era momento para estar preocupados, pues ya bastante habían sufrido. Aquel era momento de beber agua clara, de atiborrarse de

frutas tropicales frescas, de caminar y correr por la arena, y no menos importante, de soltar el lastre del cuerpo en la tranquilidad e intimidad que cualquier matorral ofrecía, evitando tener que ejercer tan privada necesidad humana sin ser vistos ni mofados. Durante la estancia, además de hacer aguada, recolectaron leña y volvieron a revisar palmo a palmo la estructura del Inmaculada, sobrándoles tiempo para lavar las curtidas camisas y los calzones de paño basto de la tripulación, y los vestidos ajados de los pasajes. Pudieron además quitarse la suciedad incrustada en sus cuerpos grasosos, y hasta tuvieron tiempo para desenredarse los cabellos y acicalar a sus piojos, menos Salazar, quien mantuvo su costumbre de no asearse.

Pasados así cinco días de vana espera, el capitán de la nave capitana anunció a toda la flota que se preparasen para levar anclas e izar velas al alba; ya había acabado el compás de espera que dio y el tiempo estaba cambiando. Comenzaban a levantarse vientos de sureste que eran contrarios y peligrosos, capaces de hacer perder una embarcación, y no podía correr el riesgo de perder otra más. Ya no era posible hacer más por la carraca desaparecida, excepto encomendarla al amparo de Dios. Así que, reabastecidos continuaron el viaje con rumbo al suroeste hacia su próximo destino, Cartagena de Indias, eso sí, todos los gobernantes de las naves estaban advertidos de prestar máxima vigilancia, porque si alguno encontraba en su lente al pirata Drake, sonarían los cañonazos para mandarlo al fondo del mar.

Nuevamente volvieron las olas que traían el movimiento incesante, y con ello regresaba «la moridera» para Ana Teresa y Carmen, nombre con el que asociaban la mezcolanza de malestares y malos humores que sentían con el bamboleo del galeón. Pero en esta ocasión la lección estaba bien aprendida, por lo que el día antes de zarpar iniciaron la ingesta del viscoso jarabe, surtiendo un efecto muy positivo en ellas, pues a los cuatro días de haber dejado atrás la isla, sus síntomas eran poco más que perceptibles. Pedro se burlaba en sus caras refutándoles lo que creían era un jarabe milagroso.

—¡Pero cuanta ignorancia! No os enteráis que vuestros cuerpos se han adaptado a las olas, así que bien podéis dejar a un lado esa

medicina, porque os sentiréis igual con o sin ella.

—Puedes reírte todo cuanto quieras, pero no dejaremos de beberla. Para ti es muy fácil decirlo, porque solo te faltan las escamas para ser un pez, pero nosotras somos de tierra, Pedro, de tierra —replicaba Ana Teresa con el mismo aire burlesco.

Durante los días siguientes navegaron sobre aguas reposadas. Según los avezados marineros, así era como el Atlántico resarcía la insondable crueldad mostrada. Aseguraban que, por haber soportado su ira, se habían ganado su respeto y en adelante serían tratados como sus invitados de honor. Pero la afrenta sufrida jamás sería olvidada. A menudo las imágenes de la tormenta se paseaban por la mente de todos aflorando sentimientos de terror que los pasajeros disipaban uniéndose a las diarias y fervorosas oraciones dirigidas por fray Antonio, y que la tripulación paliaba bregando asiduamente para distraerse, principalmente remendando y poniendo parches para mantener levantadas las velas hasta llegar a Cartagena, las cuales, comenzaban a romperse con increíble facilidad por la presión del viento.

—¡Tierra firme en la mira, capitán! —alertó una tarde el vigía de proa.

Sabían que estaban cerca de llegar a su destino porque habían divisado a lo lejos la sierra nevada de Santa Marta bautizada así años atrás por Rodrigo de Bastidas en honor a la patrona de Sevilla, y siguieron el rumbo contorneando la costa, manteniéndose lejos de las revoltosas aguas de la desembocadura del Río Grande de la Magdalena. Así estuvieron hasta que la mañana del 1 de octubre de 1580 escucharon las tan esperadas palabras del vigía.

—¡Cartagena de Indias, capitán! ¡Cartagena de Indias en la mira!

Por segunda ocasión desde que partieron de España, todos sin excepción dejaron lo que estaban haciendo para correr hacia la borda, estirar los cuellos y ver con sus propios ojos lo que escuchaban. El Inmaculada Concepción había llegado a su último destino, y aunque no toda la flota sobrevivió la travesía, quienes lo lograron se sintieron emocionados y celebraron con afónicos abrazos el triunfo tras la tragedia.

Las vistas que tenían al frente eran admirables, por decir poco. Les recibía una imponente bahía coronada con un cerro cuya forma era extraordinariamente similar a la popa de una galera, de la que parecían provenir las tres salvas de pólvora disparadas al cielo autorizándoles el paso para atracar en el puerto. Inmediatamente las naves artilladas de la flota respondieron el fragor desde las bocas de bronce que sobresalían por las portas de los galeones.

—¡Llegamos hijas, llegamos!, casi que no me lo puedo creer —exclamó eufórica Ana Teresa liberando las lágrimas que se habían quedado anudadas en la garganta el día que dejó su tierra. Por fin sentía que el aire pasaba libremente a sus pulmones pudiendo respirar profundamente, liberándola de la disnea opresiva que la había acompañado todo ese tiempo. Tuvo la intención de correr hacia su marido para abrazarlo y decirle que era el mejor capitán del mundo, pero se contuvo, pues ese tipo de demostraciones afectuosas no eran permitidas a bordo, aunque el viaje ya hubiera acabado para ellos y aunque se tratase de la mujer del capitán, así que esperó prudentemente a que él se acercara a ella cuando lo considerara oportuno.

Entretanto, las embarcaciones, siguiendo a la nave capitana se enfilaban maniobrando acompasadas como en un baile de salón, y se adentraban por la boca grande de la ignota bahía que los recibía.

Los tripulantes del Inmaculada Concepción quedaron absortos mirando atónitos el azul turquesa de las aguas, el intenso verde de frondosos bosques tropicales y a lo lejos, la famosa ciudad.

—¡Se atontaron las damiselas de mar! —gritó el capitán.

—¡De inmediato todos a vuestros puestos! —imitó él segundo el gesto del capitán.

—¿Queréis recibir la paga? ¡Pues a trabajar y a acabar bien lo que empezaron!, ¡aún hay faena a bordo! —continuó gritando el capitán sacándolos del letargo en que se encontraban, mientras disfrutaba y reía viendo cómo se tropezaban los unos con los otros para realizar las últimas tareas.

Tras posicionarse, tiraron ancla, recogieron las amarras y desnudaron los palos, quedando solo los ya no tan coloridos estandartes en lo alto del trinquete y la mesana.

Pronto el Inmaculada Concepción fue abordado por tres funcionarios reales para recibir oficialmente la embarcación, quedando desde ese día bajo la custodia y responsabilidad del gobernador de la ciudad, y para realizar la inspección de la mercancía traída. Sin dilación y más bien con cierta urgencia, abrieron sus libros para comenzar a escribir en ellos detalladas anotaciones sobre los artículos embalados en cajas, barriles, botijas, cajones, fardos, bultos y pipas. En tanto no terminaran, nadie podía subir a bordo, ni desembarcar, por lo que, en la cubierta, tanto pasajeros como tripulación debían esperar. Ninguno supo cuánto tiempo le tomó a las autoridades terminar la inspección, pero todos se sentaron a esperar sin apremio, total, después de haber esperado tanto, igual les daba seguir a bordo unos minutos u horas más. Tras finalizar la inspección, conteo y control de la mercancía, tras constatar que la tripulación recibiera su bien ganada paga, y tras entregar oficialmente el galeón, el capitán finalmente autorizó el desembarque y el segundo, sobre la toldilla, anunció que desde ese momento podían dejar la embarcación.

Pedro de la Flor y Olmos daba por terminada su labor como capitán de un galeón español. Cuando desde el castillo de popa observó a su mujer apoyada en la borda, sintió muchas ganas de acercarse, pero la tripulación lo impidió abalanzándose sobre él para despedirse del hombre que había confiado en ellos aceptándolos bajo su mando. En medio de apretones de mano y palmadas en las espaldas, Pedro y Ana Teresa cruzaron las miradas y se sonrieron tímidamente. Ella pacientemente siguió observando cómo, poco a poco, el Inmaculada se convertía en un islote desolado y deprimente. Cuando por fin todos bajaron de la nave, el capitán se acercó a su mujer y se apoyó al igual que ella sobre la borda.

—Tenías razón, Ana.

—¿En qué?

—En que todo estaría bien. Quizá los sueños sí sean algo más que sueños —dijo sonriendo—. ¿Preparada para desembarcar?

—Desde el mismo momento en que embarqué.

—Lo sé —respondió pasando un brazo por la cintura de su mujer—. Mientras termina de salir la gente voy a ratificar un par de

cosas, y de paso aseguraré las cajas con nuestras pertenencias; prefiero dejarlas aquí, que están más seguras, y volveré a recogerlas una vez estemos ubicados.

—Como digas. ¡Pedro, espera! —exclamó tomándolo de la mano antes de que se alejara—, ¿has notado que aquí el mar tiene un color diferente?… Qué tonterías digo. En realidad, lo que quiero decir es que lo has hecho muy bien. Todos te admiramos, te respetamos y te agradecemos.

El capitán entonces le dio un beso en la frente, y sacando pecho dio media vuelta para recorrer a solas por última vez su amado galeón. Caminaba enmudecido acariciando con la yema de los dedos las viejas tablas de roble y pino. Se despidió de cada recoveco, de cada cubierta, pensando que la nostalgia que sentía era lo que debían sentir las almas cuando al morir recogen sus pasos. Cuantos recuerdos se desteñían en su mente, como si a nadie le importaran, como si nunca hubieran existido.

—¡Capitán! —escuchó cuando caminaba.

—Salazar —contestó sin mirar.

Salazar era uno de los pocos que no había desembarcado esperando a que el capitán estuviera solo para despedirse.

—¡Señor!, permítame desearle la mejor de las suertes —dijo quitándose el bonete de la cabeza—. He sido muy afortunado de haber estado bajo su mando tanto tiempo. Imagino que estará dichoso, ¿no?

—Sí, sí, mi buen Salazar —respondió como si le costara hablar.

—Señor, perdone mi insolencia, pero es que lo noto un poco cabizbajo. ¿Acaso le pesa despedirse del Inmaculada? ¿Un hombre como vos?

—Ha sido la mejor embarcación en la que he estado jamás —aseveró a secas.

—Señor, hace mucho alguien me dijo que un hombre de mar no debe dejarse entristecer por las despedidas, porque en cada puerto no solo hay un adiós, sino también una bienvenida, y en este mundo son muchos los puertos en que tenemos que echar y elevar anclas —intentó animarle el marinero al notar la dificultad que tenía para cortar el cordón umbilical que lo ataba al galeón, al mar, a su

pasado.

—Pues, Salazar, amigo mío… si alguien te dijo que no son tristes las despedidas, dile a quien te lo dijo, que se despida —respondió el capitán con una sonrisa triste, estrechándole con firmeza la mano.

—Buen viento, capitán.

—Buena mar, marinero.

Se despidieron siguiendo cada uno su camino. Salazar continuaría navegando con la flota de tierra firme, al igual que el resto de la tripulación, pero en otras embarcaciones y bajo el mando de otros capitanes, mientras Pedro de la Flor y Olmos echaría anclas en Cartagena de Indias.

Pedro miró a su alrededor para verificar que nadie más se acercaría a hablarle o despedirse. Siguió caminando y entró solo al castillo de popa. Se arrodilló frente a su cama y sacó la cajita de madera que estaba semiempotrada bajo esta. La metió en una bolsa con algunos recuerdos del galeón que podía cargar; se ajustó el sombrero, el jubón, la espada, se persignó dando gracias a Dios y salió en busca de su mujer y sus hijas para desembarcar. Ahora sí estaba listo.

# Capítulo III
# La noble y leal ciudad

Con los años, la llegada de la flota española se había convertido en un acontecimiento mayor en Cartagena, causante de un gran revuelo, solo comparable con la infinita emoción de ver caer después de una larga temporada de sequía las primeras lluvias de mayo, esas que con su magia retornan el verdor a los campos secos y hacen parir la tierra. Los moradores de la ciudad al escuchar los rumores del arribo, se sumían en una especie de carrera para mudar y engalanar el aspecto de sus casas, unos para demostrar la opulencia de que gozaban y otros para obtener los mayores beneficios económicos posibles que les permitiese llenar los estómagos y procurarles un buen vivir por varios meses. Los unos y los otros aguardaban impacientes el retumbar de los disparos de salva, sonido inequívoco que confirmaba la llegada de los españoles, y por ende la realización de la feria anual de galeones, a la que acudían acaudalados mercaderes provenientes de distintas partes del nuevo reino de Granada, Quito, e incluso de algunas islas del Caribe, quintuplicando con facilidad la población de la ciudad en esa temporada.

Ese año la espera se había alargado más de lo habitual. Llevaban semanas aguardando la notificación oficial de una posible fecha de llegada, pero los días pasaban y ninguna noticia buena o mala era pregonada. Los rumores de que alguna calamidad hubiera ocurrido aumentaban también con los días, y con los días, nuevas versiones terroríficas surgían en el puerto. La última que se barajaba en las calles y las plazas era que la flota podía haber sido atacada por monstruos marinos; como el que casi acaba con la vida de dos pescadores en cierta jornada de pesca. Aseguraban los hombres,

que un par de días atrás, faenando en mar abierto frente a la isla de Carex, echaron como siempre su atarraya y esperaron, con la infinita paciencia que el mar les enseñó, a que los peces fueran quedando atrapados en ella por las agallas o por las partes sobresalientes de sus cuerpos. Todo pintaba a que iba a ser una jornada productiva, pero no lo fue, ya que estando en la espera, vieron una sombra de tamaño descomunal pasar justo por debajo de su canoa. Los pescadores se miraron aterrados convencidos de que se trataba de un monstruo marino de proporciones gigantescas, uno de esos conocidos por todos gracias a las historias contadas generación tras generación, pero vistos por muy pocos. Aquella cosa poseía una fuerza tan desmesurada que al topar con la red la arrastró sin ningún esfuerzo hacia las profundidades haciendo que la balsa tambaleara y volcara. Contaron que al caer ambos precipitosamente al agua se despidieron de este mundo, porque creyeron que con seguridad se convertirían en un ínfimo aperitivo para el monstruo. Un pescador chapoteando salió del agua y se subió como pudo a la balsa, pero el otro se quedó sumergido con los ojos bien abiertos, y aunque ese día las aguas eran turbias debido a las algas arrastradas por las corrientes, pudo verlo con claridad. Tenía el cuerpo alargado y serpentino, cubierto con una especie de escamas afiladas grisáceas, y por cabeza una boca con hileras de dientes puntiagudos. Cuando el pescador, al quedarse sin aire, salió a la superficie, escuchó los gritos desgarrados de su compañero, quien lo llamaba con insistencia, y subiendo horrorizado a la balsa, se alejaron despavoridos buscando la orilla.

Al llegar a Cartagena, contaron en los bares de la plaza del mar la aterradora experiencia, no sin antes empinar el codo en repetidas ocasiones con vino y ron para pasar el susto que aún traían. A medida que crecía el público ansioso por escuchar la historia, quienes pagaban a los protagonistas con alcohol, crecían también las dimensiones del monstruo marino en la misma medida en que las copas eran consumidas, y ya bien embriagados y con el habla gangosa afirmaron categóricamente que aquella criatura era la cosa viva más grande que hubieran visto jamás; tan grande, tan grande, que podría con facilidad destrozar una embarcación de buen

tamaño, y que, con seguridad unas pocas podrían haber arrasado con la flota entera.

Por fortuna para todos en la ciudad, ese y los otros rumores fueron disipados una mañana soleada en que las campanas de la catedral repicaron con tanto ahínco que no hubo blanco, negro, ni indio que no saliera de las casas para ver si lo que acontecía era lo que estaban esperando.

En el Inmaculada Concepción, el capitán y su familia se preparaban para desembarcar. Les quedaba por recorrer un corto tramo que los separaba del puerto para llegar finalmente a la tan afamada ciudad. Las niñas, sin ayuda, siguieron a sus padres y casi con desespero subieron a una canoa de madera, estrecha y de pequeña envergadura en la que cuatro avezados zambos con remos en mano esperaban a que se acomodaran. Antes de empezar a remar levantaron al mismo tiempo la mano derecha y se persignaron tres veces. Este hecho llamó la atención de Ana Teresa, quien intrigada inclinó el torso hacia adelante para acercarse y lograr contacto visual con el remero más próximo que tenía, cosa que no consiguió, pues los ojos de este estaban ocultos bajo un manto de pelos encrespados que bailaban hacia adelante y atrás al ritmo de los remos.

—Perdone usted, es que he notado lo que habéis hecho hace un momento y no puedo evitar preguntaros ¿por qué os habéis persignado tres veces?

—Señora mía, no se extrañe; hacemos la señal de la santa cruz por el eterno descanso de las almas que aún no están en paz y penan vagando sobre esta bahía —explicó el hombre con voz mansa, sin siquiera levantar la mirada.

—Pero qué cosas decís —musitó ella frunciendo el ceño con gesto de incredulidad.

El remero alcanzó a verle el gesto con el rabo del ojo y girando la cabeza añadió.

—Si no cree mis palabras, bien puede comprobarlo usted misma cualquier noche de plenilunio, si se atreve, claro está. Vaya a la orilla de la bahía, siéntese y quédese tranquila observando las aguas; no

tiene que hacer nada más; muy seguramente sus ojos se sorprenderán, porque sobre estas aguas es muy fácil ver almas en pena; aquí muchos las han visto. Eso sí, si lo hace, que sea en silencio, sin hacer ruidos ni movimientos bruscos para no encalabrinarlas, porque un alma en pena que es perturbada tiene toda una eternidad para atormentar a quien irrumpe su deambular. Escuche bien esto que le digo; si una especie de lumbre traslúcida que flotando sobre la bahía se le acerca, persígnese tres veces, rece un Paternóster y podrá…

—¡Calla!, insensato, ¿qué quieres?, ¿asustar a la gente? —interrumpió Pedro con rudeza pensando que tal relato no era ni cierto, ni mucho menos apropiado para ser contado en presencia de damas y niñas.

—Mis disculpas, señor —ofreció el remero bajando la cabeza y cerrando la boca.

Ana Teresa corrigió la postura volviendo los ojos al frente para no agraviar más a su marido, aunque la verdad no le dio importancia a la escueta historia que aquel pobre hombre refería, a quien además le habían echado la bronca por su culpa. Pedro decidió no dañar el momento que tanto había imaginado, por lo que suavizó sus palabras hablando de algo menos esotérico.

—Observad, niñas, cómo la naturaleza se ha encaprichado formando tan grande y hermosa bahía. Es sin duda, un blindaje natural excepcional que cualquier ciudad del mundo quisiera tener…

Pedro seguía con la prosa, mas sus palabras fueron desatendidas por las hijas, que miraban al padre fingiendo estar atentas, no porque no entendieran las alabanzas que hacía al mar, y a la bahía, sino porque ya bastante agua habían visto como para seguir haciendo lo mismo. Al llegar al puerto el capitán bajó rápidamente de la canoa con la intención de extenderle la mano a su mujer para que se apoyase en él, pero ella con gran agilidad se adelantó y de un salto puso con firmeza los pies en tierra.

—Mejor ayuda a las niñas —manifestó sonriendo mientras caminaba arrastrando con gusto los zapatos en la arena.

Verla tan aliviada le hizo comprender el suplicio que debió ser para ella y sus hijas aquel viaje, y en cierto modo él también se sintió

igual. Las niñas imitaron a la madre, solo Rosario levantó los brazos para que su padre la cargara y pusiera en tierra. Sus caras reflejaban una gran felicidad, incluso Carmen, a la que en rara ocasión se le vio sonreír desde que zarparon de la península, no paraba de reír y saltar. Los ahora caminantes se encontraban ad portas de la ciudad, y justo hacia allí se dirigían, dejando atrás el frenético ajetreo del puerto en el que hileras de esclavos negros descargaban y trasportaban la mercancía traída en las bodegas de las naves. Sobre los hombros se echaban el peso que podían, y sobre rieles movilizaban la carga más pesada para llevarla dentro de la ciudad y ponerla a buen recaudo, eso sí, todo bajo la estricta vigilancia de soldados y autoridades.

En el puerto hormigueaba un tumulto de paseantes que recibían a los recién llegados con flores. Pedro se sintió complacido al ver la calidez de la gente del trópico, aunque sus expectativas se tiñeron de desilusión cuando se percató de que una ciudad tan cotizada y valiosa para la corona no contara para su defensa con fuertes muros de piedra como los de Sevilla, Toledo, León o tantas otras plazas que había visto. Cartagena solo tenía una alta empalizada doble de madera en redondel, a sus ojos carente de la robustez necesaria para resistir el fuego de cañones o la intrusión de cualquier enemigo armado con ansias de apropiarse de lo ajeno. Tuvo ganas de compartir su decepción con Ana Teresa, pero se abstuvo para no empañarle la alegría que sentía, y sobre todo para no sugestionarla con algo que él consideraba sumamente peligroso, sin ni siquiera haber entrado a la ciudad. Sin prisa, pero sin pausa, se dirigieron a la puerta de entrada de la ciudad; pisaban las huellas de quienes iban delante levantando de la tierra seca un ligero polvorín amarillento que los acompañó hasta llegar al caño de San Anastasio, un curso de aguas poco profundas, teñidas de un verde intenso que contrastaba en perfecta armonía con el azul del cielo reflejado en la gran bahía. Entonces comprobó Pedro con los ojos lo que ya sabía. Cartagena de Indias era en realidad una isla, bañada por el mar Caribe, y por caños de agua dulce que la rodeaban por donde el mar no lo hacía. Entraron a la ciudad cruzando un sencillo puente levadizo, construido con maderas de guayacán, capaces de resistir el

paso de personas y animales con carga. Una vez dentro, el panorama cambió sustancialmente, pues ipso facto un enjambre de mercachifles les recibió ofreciendo a viva voz sus buhonerías.

—¡Agua fresca de jagüey!, ¡agua de coco!, ¡bollo de maíz!, ¡pescado frito!, ¡fruta fresca!, ¡matahambre!, ¡dulce de coco!, ¡dulce de papaya!, ¡hartatripa! —gritaban revoloteando de un lado a otro, compitiendo entre ellos por acaparar la atención de los caminantes.

—¿Mozas, señor? —ofreció uno de ellos acercándose a Pedro—. ¿Desea mozas?, ¿indias?, ¿negras?, ¿mestizas?, ¿vírgenes?, ¿con pechos grandes?, ¿pequeños? ¿Qué desea el señor? Dígame cómo le gustan y yo mismo le consigo una de su preferencia —insistía con tozudez.

—Nada, apártate chaval, déjame seguir —respondió moviendo el brazo.

Pedro solo quería caminar sin que nadie le hablara, y pasar completamente desapercibido, porque desde que entró en la ciudad se sugestionó sintiendo que todas las miradas se posaban sobre él, como con desconfianza, como si sospecharan que los asuntos por los que decía estar allí no eran más que una fachada. Tuvo que detenerse un breve momento y tomar una bocanada de aire fresco para relajarse antes de continuar.

—¿Albergue, señor?, le recomiendo el mejor de la ciudad. —Corrió a ofrecerle otro vendedor con increíble desparpajo al caer en cuenta de que el potencial cliente no iba solo—. Aseado y bien aireado para usted y los suyos, con cama mullida y comida diaria.

—¿Cómo se llama y dónde queda ese albergue del que hablas? —preguntó Pedro mirando el rostro sudoroso del muchacho.

—La madre Perla, y queda cerca de la plaza del mar. Por muy poco le acompaño y le sirvo el resto del día en lo que se le ofrezca.

—No es necesario —aseveró dándole en la mano una caridad.

Pedro se abría paso entre una multitud de gente; unos respiraban un aire nuevo de prosperidad, confiaban en que pronto de la tierra germinaría un potosí de oro que les daría la añorada fortuna que fueron a buscar; y otros, con menores expectativas, se preocupaban simplemente por vivir de la mejor manera posible el presente, eso sí, tanto unos como otros, parecían gastar en bebida, comida y

ardientes mozas el dinero que tenían y la fortuna que aún no poseían en sus bolsas. El capitán consideraba que aquellos hombres tenían todo el derecho del mundo para llenar las tripas y darle alegrías a los cuerpos, sobre todo después de una travesía tan larga y complicada; solo esperaba que quienes durante la tormenta hicieron promesas a Dios de un cambio en sus vidas, no las estuvieran rompiendo dejándose llevar por las flaquezas del ser humano. Y no era que reprochara tales actuaciones, pues en otras épocas él también se entregó a placeres mundanos cuando anclaba en los puertos, más siempre repudió al hombre que faltaba a su palabra, y más a la palabra dada a Dios.

Llegaron a una plaza amplia, de trazado similar a las de la península, que según le dijeron al capitán, era la plaza mayor. Se encontraba más abarrotada que la entrada a la ciudad, con gentes tan desiguales como fácilmente identificables por el color de la piel y la vestimenta, pero iguales en un sentimiento de júbilo que parecía esparcirse con la cálida brisa tropical. Juntos, pero sin mezclarse, disfrutaban de una fiesta de bienvenida en la que no hubo tuerto, manco, ni cojo que no saliera de su casa a festejar. El capitán desde la distancia observó que en el fondo había dispuesta una tarima de madera y sobre ella alcanzaba a distinguir a clérigos y personas elegantemente vestidas que hablaban y reían entre sí. Delante de ellos, en el extremo izquierdo, dos soldados inmóviles sujetaban una trompeta con la mano derecha, y al lado opuesto, otro sostenía entre las manos un estandarte con el escudo de armas de la ciudad, Al verlo, Pedro recordó cuando en su entrevista con el rey este le mencionó entre otras cosas, que se lo había otorgado a Cartagena de Indias por la relevancia adquirida como puerto central del nuevo territorio colonial. Ahora apreciaba el emblema heráldico en el que dos fieros leones rojos, erguidos sobre un campo verde y fondo dorado sostenían con las patas una cruz de color verde tan alta como los felinos, y sobre esta una corona roja con su timbre y follaje. El escudo, sin duda era como un trofeo que no pasaba desapercibido entre los que llegaban.

El cansancio de la familia de la Flor y Olmos se disipaba entre el bullicio en aquella plaza, y ni siquiera el intenso calor amainaba el

ánimo de celebrar el inicio de una nueva vida. Pedro deseaba acercarse a la tarima, ver de cerca los rostros de quienes allí estaban, pero Ana Teresa le insistió en quedarse en el fondo de la plaza donde no había tanto tumulto de gente y donde podía tener a la vista a las niñas, que no paraban de saltar y jugar. Él accedió; de todas formas, se quedarían poco tiempo, el justo para escuchar un poco de música de cajas, trompetas y clarines, y beber el agua dulce de unos cocos que había comprado. Mientras esperaba a que terminaran de pelar el más grande y pesado que había escogido para él, se saboreaba con su propia saliva al ver cómo sus hijas bebían sorbo a sorbo el néctar de la fruta, y cuando le entregaron en las manos el coco ya pelado, se lo llevó a la boca con la intención de beberse toda el agua de un solo trago. En esas estaba cuando sintió un empellón tan recio que lo hizo trastabillar; por poco no cayó al suelo, mas el coco salió volando y terminó rodando en la arena. El capitán reaccionó empuñando la mano, dispuesto a plantar un buen golpe a quien hubiera arremetido contra él, pero al dar media vuelta, vio a un hombre con el rostro horrorizado cayendo estrepitosamente.

—¡Aaaaayy! —gritó perdiendo el equilibrio.

Pedro entonces por reacción natural estiró y abrió la mano, ya no para pegarle, sino para intentar sujetarlo, pero lo único que consiguió fue desgarrarle la manga de la camisa mientras veía cómo aquel hombre chocaba contra la tierra como una papaya madura que cae del arbol.

—¡Ay qué daño!, qué daño… —exclamó quejándose de dolor sin poderse levantar.

Pedro se acercó y con cierta dificultad le ayudó a ponerse en pie.

—¿Está usted bien? —preguntó entregándole la manga de la camisa al tiempo que sus hijas soltaban una risotada.

—No lo creo. discúlpeme, no ha sido mi intención empujarle. He venido corriendo, pero he tropezado y fíjese cómo he quedado. De hecho, si usted no estuviese como un muro, me reviento la vida. Es que ya no estoy para estos trotes —repuso visiblemente ofuscado.

—No ha sido nada, ¡y vosotras tres, callaos! —respondió a la vez que reprendía a sus hijas, que no paraban de burlarse.

—Déjelas; habrá sido gracioso para ellas. Permítame al menos presentarme. Diego Martínez.

—Gusto en conocerle; Pedro de la Flor y Olmos.

—¿Están de paso por la ciudad? —preguntó moviendo el brazo para ratificar que no hubiera fractura de hueso cuando lo estampó contra el suelo.

—Bueno… no, en realidad, es un viaje de larga estancia.

—Pues, bienvenidos. Ya he escuchado de los infortunios del viaje.

—Vaya, sí que vuelan las noticias.

—Aquí no se habla de otra cosa —contestó debiendo elevar el tono de la voz, ya que las trompetas en la tarima comenzaban a emitir solemnes y vibrantes acordes, apagando la conversación.

Un hombre, que desde lejos se notaba iba vestido con paños de buena calidad, subió a la tarima ubicándose al frente. Pedro no alcanzaba a distinguir las facciones del rostro, tan solo distinguía un elegante sombrero alón de color gris, decorado con una elegante pluma del mismo color.

—El gobernador Fernández de Busto va a hablar, y yo sucio, sin una manga, magullado y adolorido; mejor me regreso por donde vine, así que me despido ofreciendo nuevamente mis disculpas —recalcó Diego con amarga resignación.

Pedro no quería irse de la plaza sin al menos escuchar algunas palabras del discurso. Se despidió escuetamente de Diego y se acercó a la apretujada multitud, lo suficiente hasta que pudo escuchar con claridad lo que decía.

—Llevamos días mirando hacia el horizonte, esperando vuestro arribo. Sabemos que tuvisteis que hacer frente a muchas vicisitudes. Que desafortunadamente el mar se cobró algunas vidas; y que aún hay una embarcación de la que no se conoce su suerte, ni paradero. Todos aquí confiamos en que nuestro Señor los haya guiado a puerto seguro, y que podamos tener la dicha de que pronto estén entre nosotros quienes iban a bordo. A vosotros, que salisteis airosos de tan difícil situación, y que hoy podéis contar al mundo algo que muy pocos pueden, solo he de deciros que así es la vida; y que debemos seguir respirando, aunque en ocasiones nos duela el pecho al hacerlo… Pero debéis saber también que el sacrificio ha

merecido la pena, pues os encontráis hoy con los pies puestos sobre un nuevo mundo lleno de oportunidades, en el que cada uno de vosotros se forjará su propio destino…

El capitán no quiso seguir escuchando nada más. El estrés acumulado de muchos días se hacía visible en las profundas ojeras de su rostro; y más que escuchar palabras de bienvenida o festejar, necesitaba encontrar un sitio donde alojar a su familia para que pudieran descansar, y donde poner a buen resguardo lo que con él llevaba; así que se alejó del tumulto, regresó junto a su mujer e hijas y salieron de la plaza en busca de un albergue. Caminaron por las calles observando que en la mayoría de las puertas de las casas colgaba un cartel indicando la disponibilidad de alojamiento y los servicios que en estas se ofrecían. El capitán no se detuvo en ninguna hasta que ubicó la casa con el cartel «La madre Perla», esa que le había recomendado el mercachifle.

La puerta estaba abierta de par en par; cuando entraron, fueron recibidos por la dueña de la casa, quien se presentó como Perla, a secas. Era una mujer blanca, alta y rolliza, que no paraba de abanicarse el rostro y el cuello por estar visiblemente acalorada. Según pensó Ana Teresa, debía de estar pasando la edad de los sofocos y la sudoración nocturna. La mujer, con una voz grave que armonizaba con las facciones masculinas de su rostro, les ofreció dos opciones para pernoctar, pudiendo elegir entre dormir en habitación con cama compartida o pagar una habitación completa, dejando claro que en cualquier caso solo aceptaba el pago por adelantado y que bajo ningún concepto se fiaba. Pedro, sin regatear precio como solía hacerse en todas las transacciones comerciales, y sin ver la habitación, se decantó por la última opción. Pidió que le cobrara cuatro semanas por la mejor estancia que tuviera solo para su familia, con la condición de que la puerta tuviera cerradura o candado. Los ojos de Perla brillaron y las facciones masculinas de su rostro se suavizaron al sonreír cuando escuchó el requerimiento. Ella con increíble agilidad mental hizo el cálculo exacto del valor a cobrar recibiendo ahí mismo el pago con sonantes monedas. La mujer, igual de acalorada les acompañó a la habitación y ordenó a una ayudante que les dejara sobre una mesa esquinera varios velones, una jarra

con agua, un cestillo con frutas y tres sábanas casi traslucidas, luego, tras ponerse a la orden para lo que necesitaran se retiró entregándole a Pedro la única llave que tenía de la cerradura solicitada.

Con un techo y la privacidad que necesitaba, el capitán se sintió más tranquilo al tener a la familia acomodada en una amplia y aireada habitación, y aunque las camas resultaron no ser ni muy limpias ni muy mullidas como le habían dicho, eso a su mujer y a sus hijas pareció no importarles, pues aleladas contemplaban la novedad de aquel singular aposento. El capitán, para no perder el impulso con el que había llegado, se fue a buscar un par de fornidos mercachifles que le cargaran las pertenencias que no bajó del galeón; esto antes de que anocheciera, porque como le comentó Perla, el puente de la entrada a la ciudad lo levantaban sagradamente con los últimos rayos de sol y las campanadas de las seis de la tarde para aislarlos de las intrusiones de animales salvajes que pudieran dar caza a las gallinas en los patios de las casas o a los dueños de las gallinas; para evitar una flecha perdida por la intrusión de indios reacios a la fe verdadera, o un machetazo de algún negro huido, como Juan de Angola, que pudiera entrar en busca de venganza, y hasta para que no entraran las almas en pena que en las noches rondaban la bahía. Pedro la miró con sorna, y sin dar crédito a las quiméricas explicaciones salió atendiendo solo al horario en el que cerraban la ciudad, y antes del anochecer estaba ya de regreso en el hostal con un baúl y tres cajas, entonces, sin quitarse la ropa ni los zapatos se dejó caer en la cama extenuado, como si de repente se hubiera vuelto viejo por dentro. En ese momento pensó que no había en el mundo moza, vino o plata capaz de levantarlo de ahí.

Mientras la ciudad festejaba, Pedro y su familia se preparaban para pasar la primera noche en el «fin del mundo», en especial Ana Teresa, quien no veía la hora de poder dormir con la seguridad y la comodidad que da el estar en tierra firme.

—Escuchad, niñas; después de las tantas malas noches que he pasado, hoy tengo la seria intención de descansar, así que a partir de ahora a vosotras tres les prohíbo hablar, jugar, pelear o hacer

algo diferente a dormir —ordenó tras cerrar con llave la puerta de la habitación.

—Eso fue lo que nos prohibió papá en el galeón todos los días —replicó Carmen.

—Pues ahora os lo prohíbo yo que soy vuestra madre.

—Más bien, por qué no le dices eso a papá que es el que nos levanta con sus ronquidos —alegó Carmen quitándose los sucios y desgastados zapatos.

—¿Pero de qué hablas?, ¿cuáles ronquidos?; si yo no ronco —alcanzó a balbucear Pedro dejándoles ver su pasmosa habilidad de conciliar el sueño en segundos.

Y es que Pedro, cuando estaba cansado tenía la virtud de dormir en cualquier sitio; en el piso, sobre una piedra, incluso podía dormir de pie apoyándose a una pared.

—Venga acomodaos y dormíos de una vez que ha sido un día muy largo —replicó Ana Teresa cerrando los ojos, y volviéndolos a abrir segundos después, notando sorprendida que todos se habían dormido menos ella.

La noche había llegado trayendo un silencio imperturbable, y la luna, su eterna confidente, sin ningún afán cambiaba de posición en el cielo, pero Ana Teresa no lograba pegar ojo por más que se acomodaba de un lado o de otro. En la penumbra de la habitación observaba las siluetas de los suyos dormir como lirones, mientras ella amargamente descubría que la ausencia del bamboleo del galeón y el chirriar de las arboladuras que tanto odiaba era lo que la estaba desvelando. «Vaya ironías tiene la vida» dijo para sus adentros con rabia.

La ciudad se levantaba cuando ella apenas se dormía, con tan mala suerte que un estridente ruido la sacó de su sueño ligero. Exhausta y sin saber lo que hacía se levantó y caminó desorientada por la habitación buscando la procedencia de aquel incordio.

—¿Pero qué es ese sonido tan irritante?, ¡cuánta impertinencia! —exclamó con el mal genio que da el insomnio de más de dos largos meses.

Se detuvo junto a la ventana en donde el sonido se intensificaba, y al abrirla el ruido cesó. La claridad del día entró cegándola por un

instante, y muy cerca, sobre una maceta de barro con un frondoso helecho que adornaba el frente del hostal encontró al causante de su enojo. Era un ave negra como un trozo de carbón; pequeña, de pico delgado y con una cola casi tan larga como su propio cuerpo. Posaba oronda sin inmutarse por la presencia humana. Ambas se miraron fijamente, y sin más, el pájaro continuó con la serenata.

—¿Qué clase de esperpento sois para hacer tan endemoniado ruido? ¡Largaos, idos de aquí! —gritó haciendo aspavientos sin importarle si despertaba a las hijas o al marido, y al ver que el animal la ignoraba con ínfulas, buscó la jarra con agua y vació lo que quedaba en ella tirándosela al pajarraco.

Se quedó sin agua para beber, pero logró espantarla y de paso bañó al helecho. Volvió los ojos a su familia, quienes seguían profundos a pesar de sus gritos; así que nuevamente cerró la ventana y se acomodó en la cama pudiendo dormir con la luz del día un par de horas hasta que Rosario tras levantarse, y tras jugar un rato con el dedo pulgar en la boca, se aburrió y los despertó a todos.

Ana Teresa quiso quedarse todo el día en la cama, pero recordó que al embarcar en el galeón prometió que lo primero que haría cuando llegara a Cartagena sería ir con la familia a la iglesia para agradecer al sumo Hacedor de todo lo creado por sus vidas y los favores recibidos; así que estiró las extremidades, tensó los músculos, y bostezó un par de veces antes de ponerse de pie y de decirle a los suyos que de los dos vestidos que tenían se pusieran el que estuviera más presentable porque iban a salir, a lo que las hijas respondieron que ese vestido era el que tenían puesto. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo harapientos y sucios que todos estaban. No le gustaba la idea de presentarse en la casa de Dios vestidos con telas raídas y desteñidas, como tampoco andar así por la ciudad donde aún no eran conocidos; recordó lo que su madre le repitió tantas veces, que a la gente se la honraba por el hábito, y estaba claro qué con el que vestían no era mucho lo que los iban a honrar, aun y todo había hecho una promesa y la cumpliría así le tocara ir semidesnuda y descalza como los indios y negros que veía por las calles.

Luego de cumplir la promesa, lo segundo que hizo fue rejuvenecer

tanto como pudo los vestidos, actividad a la que se dedicó los siguientes días, y aunque no consiguió mucho, fue tiempo suficiente para que las ojeras que tenía adornándole el rostro se disiparan.

Pedro estaba deseoso por entrevistarse con el gobernador, ponerse a su disposición y empezar con su nuevo oficio, no obstante, le tocó esperar porque la ciudad seguía de fiesta, y en esos días de jolgorio solo se atendían asuntos si eran de carácter urgente y las puertas cerradas de la casa del gobernador indicaban que al parecer ninguno lo era. Aprovechó entonces el capitán esos días para hacerse afeitar, cortar el pelo y dedicarle por fin algo de tiempo a la familia.

Pasó una semana cuando se enteró de que el gobernador nuevamente estaba atendiendo en su despacho, así que se vistió con su mejor atuendo, se puso el sombrero, tomó las cartas y salió del hostal hacia la plaza mayor donde se ubicaban tanto la iglesia mayor como la casona del gobernador. Caminaba sin afán por las calles reparando en las casas por donde iba pasando. Algunas construcciones eran de bahareque, otras de madera y otras de cal y canto, estas últimas sin duda, eran las más resistentes, y para su gusto, las más vistosas. Las había de una planta y de dos, primando en todas ellas las fachadas señoriales, las ventanas grandes y las puertas de madera maciza aderezadas con aldabas forjadas en hierro y brillantes estoperoles. De estas casas, lo que más le gustaba eran los amplios balcones y balconcillos de bolillos, ornamentados con coloridas flores.

Al llegar al edificio del gobernador, Pedro, contrario a lo que pensaba, vio que no era el único que tenía asuntos por tratar.

—Buenos días —saludó levantándose el sombrero a unos cuantos hombres que esperaban fumando y hablando.

—Buenos días —respondieron en coro.

Se puso de último evitando inmiscuirse en las conversaciones improvisadas que se lanzaban al aire, pues no dejaba de sentirse desubicado, incómodo y desconfiado. En eso, un hombre de pelo y barba negra, vestido con un jubón negro y camisa blanca, pasó caminando por su lado con un aire impetuoso, mas al verlo, se detuvo extendiéndole la mano.

—Pedro de la Flor y Olmos —saludó con desenfado.

El capitán respondió el saludó, pero en su rostro se evidenció que no tenía idea de quién tenía al frente llamándolo por su nombre de pila.

—Soy Diego… Diego Martínez… ¿me recuerda? —preguntó enseñándole la manga de la camisa.

—¡Hombre!, ¡pero qué despiste el mío! Veo que la manga ha vuelto a su sitio —respondió avergonzado.

—Así es; y ¿qué hace por aquí?

—Pues vengo a entregarle al gobernador Fernández de Busto la documentación que me acredita como escribano.

—¡Qué bien!, buena falta que hacen por estas tierras. Bueno, Pedro, me alegró verle y saludarle —se despidió marchándose; pero al dar un par de pasos se detuvo y volvió la mirada a Pedro—. ¿Por qué no viene a comer a casa?

—Gracias, muy gentil, pero no hace falta que se moleste.

—¡Faltaría más! No es ninguna molestia; es una manera de disculparme por el golpe que le di, además, no acepto un no por respuesta —añadió con un talante un poco estirado—. Venga con la familia el sábado a mediodía a la calle de los Ángeles, es la casa que está antes de llegar a la esquina. No se diga más, nos vemos el sábado. —Volvió a girarse y continuó su andar.

Pedro quedó con la palabra en la boca, solo levantó la mano en señal de adiós y siguió esperando hasta ser atendido. Cuando entró en la casona del mandatario ya se había enterado de que la planta baja estaba adecuada con una sala de archivos generales, una cárcel, una biblioteca y una sala pública donde se reunía el cabildo los viernes para tratar temas de interés general; y que la planta superior se reservaba en su totalidad como morada exclusiva del gobernador, en donde tenía su despacho privado. Pedro fue recibido en esa estancia. El dirigente lo esperaba sentado detrás de un espléndido escritorio de madera, sobre el cual posaba un reluciente candelabro de plata a un lado y al otro una bandeja a juego, con una jarra y un surtido de delicados vasos de cristal. Pedro saludó respetuosamente, se presentó y tras exponer torpemente el asunto que le atañía le entregó con las manos sudorosas dos cartas

dirigidas a él. La boca seca y el exceso de sudor le hicieron caer en cuenta de que los nervios por la inexperiencia de su «nueva vida», de su «nuevo oficio» le estaban jugando una mala pasada, pero disimuló disculpándose al sacar un pañuelo para secarse el sudor del rostro.

—¿Acalorado? —preguntó el gobernador señalándole una silla de alto espaldar.

—Mucho, señor —afirmó sentándose frente a un hombre machucho, de ojos negros, pequeños, sumidos, y de poblados mostachos perfectamente peinados y engomados; facciones que no logró detallar el día que llegó a la ciudad.

El gobernador, quien estaría rondando los sesenta años, según dedujo Pedro por el escaso pelo agrisado y las arrugas de la cara, observó las cartas reconociendo inmediatamente el sello real.

—Antes que nada, os daré un valioso consejo —comentaba mientras abría las cartas con suma delicadeza—. En el trópico hay que cuidarse del sol. Evite exponerse al mediodía, cuando está en el punto más alto, porque podría daros un golpe de calor, y por experiencia propia puedo deciros que no querréis que esto ocurra; a mí me pasó recién llegué, y fue como si el sol mismo se me hubiera metido debajo de la piel. En lo personal encuentro este clima muy desapacible, muy aguanoso.

—Ya lo creo; gracias, señor por el consejo, lo tendré en cuenta.

El gobernador comenzó a leer las cartas, en tanto, Pedro se reprochaba en silencio su descontrol emocional, y es que ni siquiera en la audiencia ante el mismísimo rey se sintió tan nervioso.

—Parece que algunas de nuestras peticiones están siendo por fin atendidas por su majestad —expresó el gobernador sin levantar la mirada del papel—, un escribano… cuánto me alegro. ¿Primera vez que sois asignado a estas latitudes? —preguntó levantando la mirada para observarlo minuciosamente.

—Sí, señor.

—Pues llegáis en buen momento.

—¿Ah sí? Cuánto mejor.

—Sí. De unos años para acá, Cartagena ha venido creciendo a pasos agigantados. La población aumenta día a día, el comercio

también, lo cual es muy bueno para todos, especialmente para la corona, pero eso implica que haya en la ciudad una mayor demanda de personal militar, espiritual, sanitario y administrativo. El asunto es que esas necesidades están siendo suplidas con mucha lentitud, y esa lentitud genera problemas… Pero bueno, eso es otro tema a tratar. Más bien, decidme ¿qué impresión os habéis llevado hasta ahora de vuestro nuevo hogar?

—Para ser sincero, señor gobernador, la ciudad es mucho más grande y señorial de lo que me habían contado.

—Es que ha cambiado y está cambiando demasiado rápido. No hace muchas décadas lo único que aquí había eran unas casuchas viejas de palma construidas por Pedro de Heredia y sus huestes… de eso casi nada queda. Pero bueno, Pedro, contadme un poco de vuestra vida, ¿de dónde sois?, ¿a qué os dedicabais?

—Soy sevillano de nacimiento y hasta el día que llegué a estas tierras fui el capitán del galeón Inmaculada Concepción.

—Veo; un hombre de mar. Pues es claro que sobra mi recomendación sobre el sol, supongo que estaréis más que acostumbrado. Por suerte para vos, creo, habéis sido enviado a una ciudad en la que podréis ver el mar todos los días, incluso a una parte de la nave que gobernó, porque sus maderas servirán en buena medida para la construcción de un puente.

—Sí, señor, lo sé y he sido muy afortunado.

—Muy bien. Ahora, mi estimado, os pongo al corriente. En este momento, en Cartagena hay dos escribanos que no dan abasto entre los muchos litigios comerciales, contratos de compra venta, inventarios, dotes y tantos otros protocolos administrativos. Ambos son muy conocedores de su oficio, aunque también he de decir que ambos están entrados en años, por lo que un espíritu joven aportará dinamismo a ese despacho —explicó volviendo a ver las cartas; y tras leerlas nuevamente añadió—, pues, todo está en orden. Justamente voy al portal donde se reúnen Clemente Peralta y Eusebio del Toro, los escribanos, así que acompáñeme y los presentaré, serán ellos quienes redactarán el acta para legalizar el cargo; os darán detalles de los asuntos de la escribanía, y os instruirán. Por mi parte solo queda daros la bienvenida.

—Muy gentil, señor gobernador —agradeció poniéndose de pie para dejarse guiar. Cuando salieron del despacho, los nervios que Pedro sentía habían desaparecido con la misma celeridad con que desaparecieron las nubes negras después de la tormenta en el Atlántico. Caminaron unas cuantas calles hasta la escribanía, encontrando allí no menos de diez parroquianos esperando ser atendidos.

—Como os comenté; desbordados con el trabajo.

Pedro asintió con la cabeza. Al entrar al despacho de los escribanos, Clemente y Eusebio dejaron la pluma que tenían entre manos, impasibles se levantaron de las sillas, y saludaron al gobernador extendiéndole la mano con los dedos perennemente manchados de tinta. Este, a su vez, les presentó y encargó la instrucción del nuevo escribano recién llegado de la península. Pedro saludó con reciproca cortesía pensando que el dirigente se había quedado corto cuando dijo que los dos calígrafos de aspecto taciturno estaban algo entrados en años, porque a él le pareció que en realidad pertenecían a una época antediluviana, uno más que otro, y no se explicaba cómo aquellos ancianos podían ejercer ese o cualquier oficio.

El dúo de letrados recibió con agrado la llegada de Pedro, y no hubieran escatimado esfuerzo en capacitarle de forma gradual y paulatina, de no ser porque se encontraban en la época del año con más volumen de trabajo, por lo que sin preámbulos le explicaron que la instrucción se haría sobre la marcha, pues, mientras supiera leer y escribir con fluidez castellano, no tendría ningún problema más que entender la justicia inversa que muchas veces se practicaba en el mundo.

Ese día Pedro regresó al hostal risueño, contentísimo; le comentó a su mujer que formalmente empezaría a trabajar bajo la supervisión de Clemente y Eusebio, los veteranos escribanos de la ciudad. También le habló del casual encuentro con Diego Martínez y su peculiar invitación a comer, de la que no estaba muy seguro fuera cierta, pero entre ir o no ir, consideraba que era peor no presentarse y quedar mal con alguien que a duras penas conocía; en todo caso le pidió a su mujer que el sábado estuviesen todas listas a la hora

señalada para ir a casa de Diego, fuese a comer o a saludar. Ana Teresa pensó que aquello tenía pinta de todo menos de ser una invitación, pero entre que él estaba tan contento y que ella tenía ganas de hacer amistades, aceptó de buena manera la decisión de su marido.

La mañana en cuestión, Ana Teresa se afanó para que las hijas estuvieran vestidas, peinadas, y con las manos y cara limpias, antes de que Pedro hiciera su rito habitual de salir al patio del hostal para ver la posición del sol, calcular la hora y les dijera «va siendo momento de salir, vámonos», de tal manera que las niñas salieran sin demoras, evitando así una querella, porque su marido podía tener un millar de defectos, pero la impuntualidad no era uno de ellos. Ana Teresa conocía tanto a su marido, que este hizo exactamente lo que ella predijo, pudiendo complacerle y salir cuando él lo estimó oportuno.

Caminaban por las calles con un sol intransigente sobre las cabezas, más seguían su andar alentados por los olores embriagadores de comida recién hecha que a esa hora desprendían los fogones de las casas, perfumándolas.

—Huele que alimenta —dijo Ana Teresa cerrando los ojos, levantando la cabeza y respirando profundamente.

—Veo que la cuestión es de hambre —advirtió Pedro saboreándose los labios.

—Con estos olores a quién no se le despierta el apetito —añadió Ana Teresa.

Llegaron a la calle indicada deteniéndose al frente de la casa antes de llegar a la esquina como le habían indicado a Pedro. Esa era una casa alta como casi todas en ese sector, pero a diferencia de aquellas, la fachada exterior estaba desteñida. En la planta inferior tenía dos ventanas cuadradas con barrotes de madera, una a cada lado de la puerta. En la planta superior, igual número de ventanas equidistantes a las inferiores, pero con la diferencia que de estas sobresalía un pequeño balcón volado. La casa estaba coronada con un manto de tejas rojizas hechas con arcilla cocida dispuestas de forma descendente.

Pedro llamó a la puerta dando unos golpes a la aldaba de hierro

con forma de iguana, y al momento, una negra, gruesa de carnes abrió, los miró, y sin decir palabra los hizo pasar. Siguieron a la mujer por un zaguán que daba a un salón espacioso en cuyas paredes había una cenefa de azulejos verdes, blancos y azules. Diego estaba sentado, acompañado por un joven. Al verlos llegar ambos se levantaron para recibirles. Diego se adelantó, estrechó la mano de Pedro, y saludó afectuosamente a pesar de no saber el nombre de la mujer ni de las niñas, aun así, bromeó toscamente con las pequeñas por haberse reído de él cuando se cayó el día que llegaron a Cartagena. Inmediatamente presentó al joven como su hijo; Martín Martínez era su nombre de pila. Un joven escuálido, de grandes ojos negros y una tez tan perfectamente blanca que era envidiada por muchas mujeres. Poco le faltaba para igualar la estatura de su padre a pesar de estar encorvado, mas daba la impresión de que los huesos estaban a punto de dar el estirón por el bozo tierno y disparejo que sobresalía en su labio superior.

Diego se mostraba complacido con la visita, pero al notarlos algo cohibidos pensó que quizá su burda manera de hablar, o su trato poco refinado por la costumbre de no recibir visitas los hacía sentir incómodos. Intentando agradar, les ofreció asiento insistiendo en que se pusieran cómodos, y reclamó con aspereza a la servidumbre la demora en traer vino para que los adultos mojaran la palabra, y tentempiés para la gente menuda.

La esclava que les abrió la puerta se acercó afanada ofreciendo vino, agua, y un arcoíris de frutas cortadas en tajadas; entonces Ana Teresa tuvo claro que sí era una invitación, y que les estaban esperando; por fortuna, pensó, decidieron presentarse, porque el desaire para el anfitrión hubiera sido mayúsculo, aunque prácticamente no lo conocían.

Con un poco de vino Pedro y Diego comenzaron a hablar con tal desenvoltura que parecían dos viejos amigos reencontrados después de estar años sin verse; entretanto, Ana Teresa se dedicaba a probar frutas que nunca había comido, fascinándose con una en particular, de pulpa firme, aromática, agridulce y de color anaranjado oscuro. Mamey, así le dijo la esclava que se llamaba la fruta, afirmando que su consumo hacía poner el cabello fuerte y brillante, y la piel tersa.

Ana Teresa entre bocado y bocado asentía con la cabeza a los comentarios que los hombres hacían, deslumbrándose con la amabilidad de las gentes que vivían en Cartagena; personas como Diego, quien sin conocerlos y sin ninguna razón en particular les abría las puertas de su casa. Pensaba que quizá sí era cierto lo que pregonaban en las calles, «que quienes cruzaban el mar tenebroso y a Cartagena llegaban, en ella se quedaban, en poco tiempo olvidaban la frivolidad con la que en la península vivían, y llevando una vida en demasía alegre, se relajaban».

Diego le pidió a Martín atender a las hijas de la Flor y Olmos; así podría entablar una amistad con ellas, pero el joven se negó mostrando ciertos ademanes groseros que solo Diego y Carmen advirtieron, y que ella pasó por alto, ya que lo único que quería era escabullirse a otro sitio de la casa con la intención de hacer cualquier cosa que no fuera escuchar las aburridas conversaciones de adultos. Aprovechó entonces que Diego reprochaba con severidad la actitud del hijo para pedir permiso e irse al patio con sus hermanas, aunque más atrás fue Martín viéndose obligado a escoltarlas, dejando a su padre hablando justamente de él.

—Saben, Martín está próximo a partir para Santa Fe.

—Bueno, unos llegamos y otros se van —expresó Pedro.

—Así es. Es mi único hijo. Heredero de lo poco que tengo; por eso quiero que conozca algo diferente a estas calles. Que aprenda con los dominicos letras que yo nunca aprendí; que se convierta en un hombre culto; y que en lo posible regrese con mujer para que multiplique lo que es suyo. Él solía ser un chico jovial y desenvuelto, pero desde que su madre y su hermano fallecieron no ha vuelto a ser el mismo, y de eso ya pasó un buen tiempo. Ha sido muy difícil para él aceptarlo, y a pesar de que he intentado animarle de varias maneras, él simplemente pasa de mí, pasa de todo. En cierto modo me culpa por lo sucedido, y por eso creo que un cambio de aires le devolverá la sonrisa y la ilusión.

—Hombre, lo siento mucho. El tiempo siempre termina por cicatrizar todo, incluso las tristezas más profundas del alma —precisó Pedro apesadumbrado por la pérdida de ambos, pero sobre todo por el joven.

Ana Teresa se había dedicado más a escuchar que a hablar; esperaba que Diego respondiera, mientras hablaba, a las preguntas que ella misma se había hecho desde que llegó a esa casa. Por lo pronto, ya entendía por qué el patio y los balcones carecían de plantas y flores, por qué la casa a pesar de estar limpia tenía un aspecto sombrío, pero sobre todo entendía, por qué la señora brillaba por su ausencia.

Diego no quería traer a colación temas tristes de su pasado que dieran pena o fastidiaran a los invitados, sino todo lo contrario, deseaba pasar un rato ameno con su nuevo amigo, así que para cambiar el tema miró hacia la cortina de humo que salía de la parte trasera del patio y gritó.

—¡Traigan más vino y apuren la comida, que con estos trozos de frutas no podremos engañar por más tiempo las tripas!

Al momento, tres negras sudorosas, con una corona de trapo de colores que envolvía sus cabezas, comenzaron a desfilar moviendo las caderas con ofuscación trayendo platos, escudillas, cucharones, bandejas, jarras y ollas de barro cocido. La más joven se dispuso a rellenar los vasos con vino, mientras las otras decoraban la mesa con un humeante caldo de cola de pescado aderezado con leche de coco, una bandeja desbordante de pescados fritos, y otra de bastimento variado. Las hijas Pedro al ver el desfile se fueron acercando por curiosidad, pero al oler el aroma que emanaba de las bandejas, se sintieron atraídas quedándose cerca de mesa para ocupar un sitio en cuanto sus padres les dieran la orden de sentarse a comer. Martín no quiso participar del ágape; simplemente sin despedirse y sin decir nada a nadie, salió de la casa. Diego, al ver la actitud despectiva del hijo, entró en cólera, se levantó, se acercó a la puerta de la calle y desde ahí comenzó a gritarle insultos ordenándole regresar inmediatamente. Fue tal el escándalo que formó, que Pedro intervino aduciendo que el joven estaba en una edad difícil, que lo dejara marchar. Diego, con el rostro colorado por la rabia y la vergüenza, se disculpó por el desaire de Martín, y sin él comenzaron a comer. Pedro y Ana Teresa suavizaron el mal rato alabando el sabor del caldo, que en verdad habían encontrado delicioso. Ana Teresa preguntó a la esclava que les servía por el

ingrediente clave de esa sopa, a lo que esta respondió, sin vacilar, que era la mano, la mano de quien la revolvía.

La comida se había convertido en un verdadero festín para el paladar de los comensales, quienes a mano limpia devoraron todo cuanto había en las bandejas, redecorándolas con lindas espinas y cabezas de pescados. En vista del éxito, o más bien del hambre, Diego mandó traer una tanda más de pescado frito; así que las negras volvieron al fogón y ellos a hablar.

—Bueno, ¿y ya han encontrado un techo fijo para vivir? —preguntó Diego.

—Estoy aún en ello —respondió Pedro.

—Estaba pensando que tal vez les pueda servir una casa que tengo.

Pedro y su mujer quedaron tan sorprendidos como intrigados. Por lo que veían, las cosas marchaban bastante bien en el nuevo mundo, tanto como para que un hombre como Diego, sin abolengo, sin conocimiento de letras, y bastante ordinario, tuviera dos propiedades y varios esclavos pululando por la casa a su servicio.

—Si lo desean, uno de estos días podríamos visitarla, sin compromiso claro está. Es la casa en la que viví cuando me casé.

—No sé qué decir —expresó Pedro.

—Pues no digas nada ahora. Ya quedaremos.

La comida se extendió tras haber arrasado con todo el pescado que sacaron de la cocina. Diego y Pedro seguían bebiendo vino sin parar de hablar. Uno contaba una historia y el otro le respondía con otra; así estuvieron hasta que escucharon el primero de los tres repiques de las campanas de la iglesia convocando a los feligreses para la misa de la tarde.

Pedro advirtió que habían estado más de cinco horas de visita y que la cara de Ana Teresa decía que era prudente marcharse; cosa que hicieron no sin antes echarle flores al anfitrión por las atenciones y llenarles el estómago a punto de reventar.

De camino al hostal las niñas iban inusualmente calladas, su madre les preguntó el porqué de tanto silencio. Carmen, que parecía estar esperando la pregunta le respondió.

—¡Es que ese Martín es un tonto!; no se dignó a hablarnos. Todo el

tiempo nos ignoró como si fuéramos unos gusanos, y para completar, se fue de la casa. ¡No queremos volverlo a ver! —sentenció secundada por sus hermanas.

—No digáis eso, que el pobre está superando la muerte de su madre y su hermano; vosotras no tenéis idea del sufrimiento que habrá pasado, así que no lo juzguéis tan a la ligera —rechistó Pedro dejándolas más calladas de lo que estaban.

Las mejillas de Carmen se humedecieron; quiso gritarle que ella sí sabía lo que era perder a un padre, porque para ella él había muerto el día que la embarcó en el galeón, pero enmudeció porque con un muerto no se podía mediar, así que sus reclamos serían inútiles, pensó.

Desde el primer día de la semana siguiente Pedro comenzó una nueva rutina en su vida. Salía cada día con el fresco aire marino hacia la plaza de la yerba, en donde se ubicaba el despacho de los escribanos, antiguo hogar de uno de ellos que terminó siendo reacondicionado para el ejercicio de esa actividad. La casa tenía una de las fachadas más afamadas de la ciudad por poseer una larga acera soportalada de piedra y madera que protegía a los transeúntes del sol y de no mojarse con el agua de lluvia. El despacho era un espacio amplio y luminoso, el cual, a pesar de estar bien ventilado, olía a viejo bañado en ungüentos de alcanfor y mejunjes de aceite de aleta de tiburón que ambos usaban mañana, tarde, y noche, para aliviar los dolores de las coyunturas, propias de la edad. Por mobiliario tenía, aparte de un par de escritorios atestados de papeles amarillentos, y algunas sillas tan viejas como ellos, un armario con una serie de cajones dentro de los cuales reposaban bajo llave libros de cuentas, legajos de documentos polvorientos con manchas en los bordes, hojas de pergamino lisas, tintas y plumas. Adicionalmente, y no visible al público, había una pesada arca de madera de pino en donde se custodiaban bajo llave documentos administrativos, actas, acuerdos, y escrituras que estaban en trámite, las cuales, finalizado este, y dependiendo de su naturaleza, se ponían a buen recaudo en la catedral o en la sala de archivos generales de la casa del gobernador junto con todos los documentos

más destacables desde la fundación de la ciudad.

Pedro se propuso aprender de los maestros lo más rápido posible su nuevo oficio, no solo para ser competente en un arte desconocido para él, sino para irse familiarizando con la vida de todos en la ciudad, su principal cometido en realidad. Clemente y Eusebio consideraron que la mejor manera de instruir al nuevo escribano sin retrasarse con sus obligaciones más de lo que estaban era que este se turnara semanalmente con cada uno de ellos hasta que se sintiera preparado para llevar solo los asuntos que le correspondiesen. Pedro accedió dando por hecho que su comprensión lectora y su escritura estarían al nivel de los versados escribanos, pero estos al parecer no opinaban lo mismo. Inicialmente solo escribía repitiendo una y otra vez docenas de frases para adecentar la caligrafía, y leía textos de indescifrable terminología como nunca había hecho en su vida. Terminaba la jornada con los dedos de la mano agarrotados de tanto escribir, y hastiado de ver letras y números. Y es que acompañar a sus tutores en su día a día, resultó ser un entrenamiento intensivo que no esperaba, como tampoco esperaba que a la edad de Clemente y Eusebio se pudiera tener tanta pasión para sumergirlo en ese mundo de la manera en que lo hacían. El caminar encorvado y lento de uno, y las arrugas y el hablar pausado del otro, lo habían engañado por completo, porque los letrados no solo gozaban de una gran vitalidad y de una buena reputación en la sociedad, sino que además tenían un gran bagaje intelectual al que le sacaban provecho usando a menudo el arte de la logomaquia para descrestar a cuanto iletrado que se veía forzado a sacar de su bolsa cualquier estipendio por los servicios prestados.

Por costumbre cada mañana Eusebio esperaba a que Clemente llegara con su andar sosegado para comenzar al mismo tiempo los asuntos del día. Cuando el sol estaba sobre sus cabezas descansaban, comían, hacían religiosamente una siesta de al menos tres cuartos de hora, y se aplicaba cada cual una capa de su ungüento para las dolencias; luego retomaban el oficio hasta que sonaban cuatro campanadas de la iglesia indicándoles que era la hora de soltar pluma y hoja, y dar por acabada la jornada. A esa

hora Pedro se despedía y se dirigía a la taberna Las Cuatro Calles para borrar con un poco de vino las letras y números que se quedaban revoloteando en su cabeza, para irse familiarizando con los acontecimientos que ocurrían en Cartagena, y para reírse un rato de las fantasiosas historias que los solteros enamoriscados contaban como estrategia para acompañar y cortejar de camino a sus casas a las damiselas, que al oírlas quedaban pálidas del susto; historias como «La novia del más allá», una doncella esbelta, de largos y negros cabellos rizados, que vestida de blanco aparecía solitaria caminando por las calles buscando a su prometido perdido en altamar. Una hermosa doncella que hipnotizaba a todo aquel que la miraba a los ojos, para luego revelar su verdadera forma transformándose en una mujer vieja, arrugada de pies a cabeza, calva, de ojos hundidos, nariz muy grande y dientes podridos, que aprisionaba a su víctima con los seis dedos que tenía en cada mano, y con una risa malévola la llevaba a su guarida oculta en la isla de Carex y la ofrecía en sacrificio al diablo, haciendo pócimas con sebo humano que bebía para seguir conservando la juventud y belleza. Historia que más de uno aseguraba era real habiéndose librado por los pelos de ser atrapado por la bruja. Y así, entre letras y números, vinos e historias, Pedro día a día se alejaba del mar y se hacía escribano real.

# Capítulo IV
# Buscando fortuna, hallando desgracias

Tres semanas habían pasado desde el arribo de la flota y aún sobre la bahía posaban las muchas embarcaciones con las bordas pintadas de vibrantes rojo, amarillo y blanco, y seguirían ancladas en el puerto considerado por muchos como el mejor astillero naval del Caribe un par de semanas más para realizar, por culpa de la tormenta, minuciosas revisiones, cambios de piezas y todas las reparaciones a que hubiere lugar, antes de partir al puerto de Nombre de Dios. Alejado de todas las naves, flotaba íngrimo el Inmaculada Concepción, que ya solo vivía en el etéreo recuerdo de aquellos que aún no lo habían olvidado, mas no así lucían las calles de Cartagena, que seguían convertidas en pasarelas repletas de tenderetes en los que se exhibían infinidad de productos autóctonos y las últimas novedades del mundo moderno traídas no solo de la metrópoli, sino también de reinos de Oriente aún más lejanos, como aquel prodigioso artilugio del que todos hablaban; lo llamaban coloquialmente «la máquina voladora», porque en las tardes con brisas le hacía honor a su nombre. Grandes y chicos salían a las afueras de la ciudad a esperar que los afortunados dueños aparecieran para ver de cerca la parafernalia de la puesta en marcha de los artilugios. Primero humedecían con saliva el dedo índice derecho, luego levantaban la mano para ver en qué dirección estaba soplando el viento, y si consideraban optimas las condiciones, seguían con el segundo paso; colocar con sumo cuidado sobre la arena una estructura plana, con forma de rombo, construida con un material muy ligero, atada a un largo hilo muy resistente. Tercero, agarraban con firmeza el extremo del hilo y soltaban una pequeña carrera para impulsar y elevar la máquina que increíblemente volaba

a pesar de ser más pesada que el viento; una vez en el aire detenían la carrerilla y seguían con el último paso, mantenerla volando usando a favor las corrientes de aire. Estas máquinas se mantenían en el aire tanto tiempo, que algunas personas se negaban a creer lo que sus ojos veían, llegando incluso a cuestionar la fe de sus dueños, al asegurar que Dios era el único con poder para dominar los cielos, y que el resto eran cosas del demonio.

La ciudad y sus habitantes habían sorprendido a Ana Teresa; a pesar del poco tiempo que llevaba allí notaba que la gente de bien no vivía tan modestamente como había imaginado, pues constataba la tenencia de viviendas dignas y otras posesiones valiosas como joyas y esclavos, estos últimos, hacían más fácil y llevadera la vida en el duro trópico. Una clase de vida que ella consideraba merecer, y que podría tener si daba resultado el plan que ideó a los pocos días de haber llegado, tras decirle a Pedro que era imperativo cambiar las ropas andrajosas que vestían. Le expuso, entre otras cosas, que la vestimenta que él usaba ya no le valía para su nuevo trabajo, ni para su nueva vida; y que de no hacerlo corría el riesgo de no ser respetado por la sociedad o de ser relacionado como una persona de inferior categoría. Su marido le dio la razón aduciendo que con tanto trajín nada de eso se le había pasado por la cabeza, pero que le daría dinero más adelante, cuando estuvieran más organizados. Ana Teresa ante la negativa entrecerró los ojos, sonrió dulcemente y movió la cabeza aceptando su voluntad. Ella había jugado sus cartas y había perdido esa partida; pero las barajaría nuevamente, repartiría y de ser necesario jugaría sucio, porque pensaba que su marido, acostumbrado a vestir desaliñado en mar y tierra, no entendía la importancia de lo que un buen vestido significaba para la nueva vida de todos en Cartagena. Sin dar más vueltas, Ana Teresa consideró solo un par de posibilidades para conseguir lo que quería; o vendía algunas de las pocas cosas de valor que había traído de España o le inventaba una mentira piadosa; tras rumiar en su mente las opciones terminó decantándose por la única que le obligaba a confesarse.

Sabía que vestir con telas de calidad era costoso, pero le ahorraría dinero, porque ella misma se las apañaría confeccionando y cosiendo

los vestidos; y como eso le llevaría tiempo, necesitaba proseguir con el siguiente paso del plan y propinarle un argumento más convincente para que le diera lo que necesitaba sin demora. Dejó pues pasar unos días a que el tema se enfriara, entonces cualquier sábado por la mañana salió a la plaza de mercado y regresó a la habitación del hostal llorando con unas naranjas sucias de tierra que dejó sobre una silla. Pedro, al verla, corrió hacia ella preguntándole el porqué de aquel llanto, pero ella se llevó las manos a la cara contestando que no era nada. Su marido preocupado insistió; así que, inmersa en su papel y con la voz entrecortada le contó que cuando regresaba del mercado, un desconocido se le acercó bruscamente y tomándola del brazo la empujó contra una pared. Ella soltó las frutas que llevaba, pensado que quería robarle, pero al ver que el hombre no las recogió cuando rodaron por el suelo, temió algo peor. Ana Teresa avergonzada y entre sollozos continuó narrando con detalles a su marido que el susodicho, de manera soez la convidó a un descampado para divertirse mientras esbozaba una sonrisa torcida que le permitió ver de cerca los dientes podridos de aquel sujeto, sintiendo una bocanada de aliento rancio cuando el malnacido le exigió respuesta. Ella indignada contestó con una bofetada y un grito de ¡atrevido!, ¡insolente!, y entonces dos señores que caminaban unos pasos más adelante corrieron en su ayuda. Concluyó su relato diciendo que el hombre de inmediato se alejó de ella disculpándose por haberla confundido, pero que no por eso se libró de los golpetazos que le propinaron; mientras ella ofendida y muy abochornada se compuso el vestido, recogió del suelo las frutas y regresó corriendo al hostal.

Pedro al escuchar la historia se volvió loco de ira soltando toda clase de improperios y dando un puñetazo a la pared le dijo a su mujer que irían en ese momento a buscar al infame que la había tomado por ramera, para ajustar cuentas. Ella nerviosa respondió que eso sería inútil porque su ofuscación fue tal que no sería capaz de identificarlo, y que solo recordaba unos dientes asquerosos. Pedro agarrándose los cabellos de la cabeza le manifestó que ni ella ni sus hijas volvían a salir a las calles vestidas con esos remiendos. Entonces abrió el baúl donde tenía sus cosas, se quitó del cuello la

llave que le colgaba, abrió y cerró algo del interior, y le entregó a su mujer un par de brillantes monedas.

—En el fondo esto ha sido culpa mía —añadió con el rostro contrariado y tenso—. Mujer, compra unas bonitas telas y lo que haga falta para hacer unos vestidos nuevos, y quema estos viejos.

Ana Teresa se había salido con la suya. Solo le quedaba ese día ir a la iglesia para hacer un verdadero acto de contrición, confesarse, cumplir penitencia, y luego ir de compras sin ningún cargo de conciencia.

A la mañana siguiente se levantó sonriente y con ganas de arreglarse. Se vistió, se peinó, y por primera vez desde que llegó a Cartagena se adecentó el rostro blanqueando su ya blanca tez con una fina capa de harina de trigo pulverizada, y luego esparció sobre las mejillas y los labios una mezcla de azafrán y aceite de oliva para colorearlos con un suave tono rojizo.

—¡Guapa entre las guapas! —piropeó Pedro al verla.

—Así me verás a partir de hoy. Bien peinada y maquillada, y pronto vestida como una dama, como debe ser —contestó guiñando un ojo, con un aire de vanidad.

Ese día Ana Teresa salió con las hijas para recorrer todas las tiendas y tenderetes de la feria. Se paseaban por los puestos de mercaderes sin más pretensión que deleitarse mirando finas sedas de Oriente, elegantes paños de Flandes, rasos de Brujas, encajes sevillanos, brocados toledanos y tantas cosas más. Obnubilada por la belleza de algunas telas llegó a sentirse tentada a comprar los más elegantes y finos tejidos, pero su premisa era sacar el máximo provecho al dinero que le habían dado, así que, dejando las ganas a un lado, preguntó precios, regateó, y pidió rebaja sobre rebaja, hasta que finalmente adquirió las telas que le gustaron a un precio que consideró aceptable, según su presupuesto.

Regresaron a la casona La madre Perla armadas con telas, hilos, agujas, tijera, papel y palillos de carboncillo. Las niñas entusiasmadas se ofrecieron a ayudarla mientras se empujaban, pellizcaban y peleaban para a ver a quién le hacían primero el vestido, pero Ana Teresa se metió entre las tres zanjando rapidito la disputa alegando que el primer vestido sería el de ella, y que el resto

se irían haciendo de acuerdo al comportamiento de cada una. Sin tiempo que perder se ubicó en un rincón de la habitación, se sentó en el piso, y comenzó a dibujar sobre papel los patrones de confección. Consideró varios modelos decantándose por uno elegante y poco laborioso, y un vestido de dos piezas separadas pero que puesto luciera como una sola pieza, era la mejor opción. Trabajó sin descanso; midiendo, cortando, hilvanando y cosiendo, y no volvió a salir a la calle hasta que acabó las últimas puntadas, el mismo día en que Diego quedó con su marido para mostrarle la casa que les ofreció en alquiler.

Ese día Pedro y las niñas esperaron en la entrada de la casona a que Ana Teresa estuviera lista, pues quería estar sola en la habitación para arreglarse. Cuando se quitó el vestido viejo, volvió a ver su cuerpo desnudo a la luz del día tras meses de no verse con detenimiento. Constató con desilusión lo delgada que estaba; sus voluminosas carnes habían disminuido notoriamente gracias al mal de mar que le aquejó durante la travesía, y a lo poco que estaba comiendo. Se propuso entonces recuperar el peso perdido, porque las mujeres delgadas, según dictaban los cánones de belleza, no solo carecían del encanto y la feminidad que los cuerpos rollizos otorgaban, sino que era además la falta de carnes sinónimo de enfermedad, infertilidad, pobreza, vida dura, y por ende rechazo social. Pero bueno, ya pensaría cómo remediar eso; de momento tenía que darse prisa, y vestirse para no llegar tarde a la cita que tenían. Se puso, tan rápido como los entumecidos dedos de las manos le permitieron, una camisola blanca de manga tres cuartos perfectamente doblada a la altura del codo; sobre esta, un sencillo pero elegante justillo sin manga de color gris oscuro satinado, cuyo escote cuadrado le realzaba el busto, ceñía el torso, y terminaba en la cintura cubriendo el nacimiento de una saya del mismo color. La saya era amplia, con pliegues que caían como cascadas por sus largas piernas cubriéndole los tobillos. Ana Teresa retocó su peinado, se empolvó el rostro, humectó sus labios y salió de aquella casona caminando diferente, con la frente en alto y con un donaire que no percibieron sus hijas, pero sí su marido, quien al verla con el nuevo atuendo recordó los tiempos en que de joven presumía casi

descaradamente de sus atributos femeninos.

—¡Que me escupa el mar!, ¡que me trague la tierra!, ¡que me parta en dos un rayo si no sois la moza por la que vibra mi corazón!

A ella le hizo gracia su galantería, le regaló una sonrisa coqueta y siguió caminando lentamente contoneando aún más las caderas. Las niñas al verla corrieron hacia ella, pensó que competían para ver quién llegaba primero y le decía otro piropo, pero en vez de eso, lo que cada una hizo fue pedir que el suyo fuera el próximo modelito a confeccionar; y una vez más Ana Teresa disipó el conato de pelea alegando que el paño, el lino y el raso que usaría en el traje de Pedro la estaban esperando.

—¿Es cosa mía o el sol brilla más aquí?; como que todo se ve más claro, ¿no? —preguntó Ana Teresa intentando desviar la atención y hablar de algo diferente a los vestidos.

—Yo lo veo igual, mujer, lo que pasa es que como has estado enclaustrada unos buenos días ahora todo lo ves diferente —contestó Pedro.

—Pues yo también veo que el sol aquí alumbra diferente, y la verdad es que me gusta más el sol de Sevilla —replicó Carmen mirando a su padre con desdén.

—Pero como estamos acá puedes irte acostumbrando —amonestó él.

Carmen vio cómo la expresión amable del rostro de su padre se transformó en un gesto agrio disuadiéndola a ella y a sus hermanas de hacer otro comentario de ese tipo, o de cualquier otro mientras llegaba a la taberna Las Cuatro Calles, en donde Diego los esperaba para tomarse algo fresco antes de enseñarles la casa. Al llegar notaron que Diego no estaba solo, lo acompañaba una de las esclavas que habían visto en su casa el día que fueron a comer, y dos negritos prácticamente desnudos y descalzos. Al rato se dirigieron a la casa, Ana Teresa impuso nuevamente a sus hijas el paso con su lento caminar para evitar ensuciar con arena el vestido, y dejó que Diego y Pedro se adelantaran. Finalmente, Diego se detuvo al frente de una casa.

—Esta es —dijo a secas.

De repente el tono desenfadado de su voz cambió, ahora sus

palabras sonaban más graves.

—Como ven es una casa alta, modesta en su forma, pero tiene buenos cimientos y muros firmes, hechos con argamasa de cal, ladrillos y algún detalle de piedra coralina de la isla de Carex. Trabajé como negro para construírsela a mi mujer… y pensar que la disfrutó muy poco —expuso apesadumbrado.

Tras un breve silencio Pedro inquirió.

—Si no es mucha indiscreción, puedo preguntaros ¿qué pasó?

—Pasó, mi estimado, que bajo este techo y dentro de estas paredes, viví los más dulces y amargos días de mi vida.

Con una mirada lánguida que se perdía en aquella casa, Diego trajo a colación aquellos tiempos en que las cosas no podían irle mejor. Tiempos en los que había amasado un buen patrimonio comerciando a base de labia cualquier mercancía que pudiera negociar. Pero no contento con su peculio, lleno de ambición y atado a una promesa, emprendió por cuenta propia una expedición al sur, con la convicción de hallar un maravilloso reino de incalculable riqueza, cuyas casas se decía estaban talladas en oro y sus gentes vivían ataviadas con pulseras, collares, y pectorales de oro y plata con incrustaciones de esmeraldas, rubíes, zafiros y otras piedras valiosas. Por entonces, corría el año 1578 de nuestro Señor, cuando para tal andanza se llevó a dos esclavos fornidos y sanos, una cantidad muy inferior a los usados habitualmente en ese tipo de expediciones; estaba convencido de no necesitar más, pues confiaba en que triunfaría donde otros habían fracasado, gracias a la posesión de un invaluable pedazo de papel con la ubicación del famoso «Reino Dorado» buscado por décadas. Un mapa que solo él conocía y sabía interpretar, porque había sido dibujado por su padre años atrás, cuando formó parte de las filas de una gran expedición llevada a cabo por Hernán Pérez de Quesada, quien, con más de mil quinientos indios, trescientos caballos, ochocientos cerdos y trescientos españoles buscó y buscó por meses El Dorado, y nada halló. Una infructuosa búsqueda que dejó deprimido y al borde la ruina no solo al hidalgo, sino también a su padre y a muchos de sus acompañantes, quienes apostaron hasta la vida en esa campaña.

Diego había atesorado por años el mapa y las indicaciones precisas

que recibió de su padre antes de morir, prometiéndole en su lecho de muerte hacer en cuanto pudiera su propia expedición, y buscar en el lugar que Pérez de Quesada descartó al final de su cruzada por falta de medios. Desde entonces, no hubo día en que Diego no pensara ni trabajara por ello. El tiempo pasó, y no fue hasta el mes de mayo de aquel año en que se encaminó a la aventura de su vida, esa que le daría incontables riquezas. A caballo, y escoltado por los esclavos que sobre mansos jumentos iban sentados, salió de Cartagena. Cabalgaba con un brillo codicioso en los ojos y con el pecho hinchado de confianza. Sin pausa siguieron la trilla de inmemoriales senderos y caminos de herradura que los guiaron hasta el poblado de Barranca del rey, un trayecto generoso en paisajes y peligros, por lo que el andar debieron hacerlo con prudente sigilo, atentos siempre por si les tocaba aligerar el paso por algún tigrillo que apareciera con intención de atacarles por hambre o por defender su territorio.

Al tercer día de arduo andar sobre aquellas extensas llanuras, Diego y los esclavos divisaron en lontananza los rayos del sol reflejados sobre las aguas del río grande de la Magdalena; al acercarse, lo que parecían ser unos bultos de tierra, fueron tomando la forma de bohíos de palma y bahareque. Al llegar al poblado mataron el hambre que llevaban zampándose cada uno un bocachico entero envuelto y cocido en hoja de bijao, y un tazón borderito de consomé. Ya con la barriga llena, Diego se paseó por la orilla del río plagado de canoas, balsas y champanes, y arregló con un indio malibú, de nombre Rumaldo, el precio de llevarlo río arriba hasta el último embarcadero navegable. El indio le sugirió que se reposara mientras él buscaba unos bogas y organizaba el viaje. Así lo hicieron; se sentaron a la orilla del río, cobijados bajo el palio bondadoso de un tupido guayacán, donde el calor apoteósico del mediodía se hacía más llevadero, y donde las moscas reinantes molestaban menos. Se recostaron en el tronco del gran árbol, y viendo el correr de las aguas pestañearon hasta que se quedaron dormidos. Al rato, Rumaldo despertó a Diego, le informó que los hombres estaban listos, que la corriente estaba mansa y que podían echarse al río. Diego con los ojos a medio abrir, somnoliento, y con

la sensación de que el cuerpo le pesaba más de lo habitual, le dijo que se tomaría unos minutos más para descansar, pero el indio le advirtió que, de no salir en ese momento, lo harían el día siguiente en la mañana, porque la noche se les echaría encima y no aprovecharían las horas de sol que aún quedaban. Diego bostezó, abrió los ojos, estiró los brazos y se levantó.

—Bueno, ya lo oyeron. Aquí el que manda es el río, así que a recoger los motetes que nos vamos —ordenó a los esclavos.

Siguieron al indio y subieron a un champán; una embarcación larga y delgada de unos sesenta pies de largo y seis de ancho, construida por los indios a partir de grandes troncos que, a punta de golpes de hachas, de piedra y fuego, ahocaban y le daban forma. Diego se acomodó en el centro, bajo un elevado toldo de palmera tupida que lo protegía del sol. Desde ahí observó en la orilla a la cuadrilla de indios que se encargarían de la boga; expertos conocedores del gran hídrico; de aspecto físico muy similar entre ellos; medianos de estatura, compactos de complexión, pelo lacio, oscuro y largo, ojos negros rasgados, y piel del color de la tierra, que tatuaban con una mezcla ancestral de achiote y caraña. Antes de subir a la embarcación, los indios se bebieron un calambuco lleno de vino de maíz hecho por sus mujeres, que con las bocas mascaban los granos remojados escupiéndolos en una olla para luego ser hervidos. Según le explicaron a Diego, el resultado era una chicha, como ellos la conocían, que, por ser fermentada, acumulaba buenos grados de alcohol; esta les forjaba los músculos y animaba el espíritu. Rumaldo con expresión solemne se ubicó en la parte delantera; en la parte de atrás dos bogas custodiaban un rústico anafre de barro que usaban como cocina, y a los lados se posicionaron seis bogas, y seis más se sentaron para los relevos. Con el peso distribuido a lo largo de la embarcación y el sol aún en lo alto, comenzaron a remontar el río. Rumaldo marcaba el ritmo emitiendo sonidos guturales que solo los bogas entendían, y respondían dando brazadas en perfecta armonía con varas largas bifurcadas en el extremo que entraban y salían del agua con aparente facilidad, haciendo una marejadilla suave que balanceaba la embarcación. Pronto perdieron de vista los bohíos, y se vieron inmersos en el corazón del río grande de la Magdalena.

Avanzaban por las tibias aguas sudando alcohol, entonando cancioncillas de letras blasfemas y haciendo invocaciones a la Virgen para entretenerse. Navegaron hasta que la noche les cayó encima, entonces buscaron la orilla y bajaron a una tierra incorrupta, cubierta por una vegetación dulcemente agreste, en donde fueron recibidos por micos aulladores que alebrestados saltaban de árbol en árbol agitando las ramas, y por mosquitos carniceros que picaban únicamente las pieles claras. Algunos bogas despejaron el terreno a punta de machete y otro par montaron el fuego para ahuyentar a los animales y cocinar unos bagres que habían pescado. Esa noche, y otras veintitantas más, durmieron mirando al cielo cargado de estrellas, arrullados con el incesante rumor de los grillos y el melodioso canto de las ranas, hasta que alcanzaron el embarcadero de San Bartolomé de Honda, último tramo navegable del gran río, pues de ahí en adelante este perdía su mansedumbre, se estrechaba entre las altas rocas de dos serranías paralelas, y en su curso, los raudales se volvían pedregosos y peligrosos, razón por la cual ese puerto fluvial era una estación forzosa de paso de mercaderías y pasajeros, tanto para los que continuaban hacía interior del continente, como para los que del interior iban hacía Cartagena de Indias.

Era San Bartolomé un pequeño terruño de sencillos bohíos con techos de paja, donde sus gentes no les temían a las serpientes ni a los jaguares, ni a los vivos ni a los muertos, pero sí a los feroces caimanes que habitaban en enormes cuantías esa zona, causantes de terribles ataques y muertes de incautos parroquianos. Reptiles acostumbrados a la presencia humana y humanos acostumbrados a verlos inmóviles sobre la arena calcinada de las orillas del río calentando sus cuerpos con el ardiente sol, y al caer la noche verlos pasear incluso por las calles, razón por la cual, les aconsejaron en caso de tener que pernoctar allí, que procuraran recogerse temprano como las gallinas; recomendación que Diego y los esclavos atendieron al verse obligados a pasar una noche en el poblado; pero apenas el sol mostró su cara, se alistaron para continuar el camino hacia Santa Fe.

Partieron siguiendo antiguos senderos trazados y usados durante

centurias por tribus indígenas; lo hacían de la única manera posible, tranquilamente, para que las bestias no se malograran ascendiendo una interminable sucesión de montañas de verde tapiz, y para deleitar las vistas con espléndidos valles, cristalinas cañadas, y enormes barrancos tan escabrosos como hermosos. Llegaron a la sabana de Santa Fe después de seis días de fragosas jornadas en las que se toparon con una gran cantidad de arrieros y viajeros que iban y venían haciéndose compañía unos con otros.

Diego ascendió más de 2700 metros sobre el nivel de mar en busca del Reino Dorado. Seguía las indicaciones del mapa al pie de la letra, y no había lluvia, ni vientos cortantes, ni frío que le quitara las ganas de encontrarlo. Ignoraba que, mientras él exploraba, una terrible enfermedad azotaba a Cartagena; en donde grandes y chicos caían enfermos sin ninguna distinción, y las campanas de la iglesia lloraban continuamente anunciando muerte seguida de más muerte. El miedo al contagio se palpaba en las cada vez más desoladas calles, en las que solo los perros y los gatos deambulaban a sus anchas sin temor, mientras sus gentes se preguntaban quién sería el próximo en caer enfermo; si sobreviviría o no. El rumor que se calaba con fuerza por las paredes de las casas aducía que el mal se debía a un poderoso conjuro de magia negra hecho por un esclavo llamado Francisco Congo en represalia contra su amo Benito de Sotelo, quien una noche con el alcohol subido a la cabeza reclamó en su habitación la presencia de una joven esclava, y al ver que esta no atendía su llamado, la buscó por toda la casa pateando las puertas que encontraba a su paso. Cuando la halló dormida en la estancia de los esclavos, la levantó de un grito, la tomó con fuerza de la mano y se la llevó a su habitación a empujones. Francisco Congo tenía que hallar el modo de impedir que el amo saciara su apetito venéreo con la mujer que amaba y con quien tenía amores. El esclavo desesperado fue a la cocina, sirvió un vaso con agua y lo llevó a la habitación del amo. Tocó la puerta con firmeza, mas sin esperar autorización para entrar, la abrió de golpe. Su enamorada estaba desnuda tumbada en la cama y el amo se estaba desvistiendo. Francisco Congo temblando se acercó al amo, bajó la cabeza y conteniendo la ira le ofreció el agua.

—Amo, para que recargue fuerzas.

Benito de Sotelo cogió el vaso y lo reventó contra la pared.

—¡Fuera de aquí, negro impertinente! —vociferó.

Francisco Congo se arrodilló implorándole que no tomara a la esclava, en eso Benito de Sotelo desenvainó la daga que llevaba al cinto, mientras que el negro veía cómo la ira en el rostro de su amo daba paso a la locura, y sin esperarlo, sintió todo el metal de la daga entrar en su costado; una punzada que le hizo retorcerse y gritar de dolor. Por acto reflejo puso una mano en la herida notando un raudal de sangre tibia colarse entre los dedos, y entonces temiendo por su vida se levantó, miró abatido a su enamorada y trastabillando como si estuviera más muerto que vivo, huyó de la casa jurando venganza para el amo y todos los blancos de Cartagena. Benito de Sotelo cerró la puerta del aposento y con toda la parsimonia del mundo limpió la daga con un paño, terminó de desnudarse y volvió a sus asuntos con la esclava que aterrada lloraba acurrucada en la cama.

A la mañana siguiente buscaron al esclavo para darle el castigo que su amo consideraba merecer por fugarse; castrarlo. Siguieron las manchas de sangre que se secaron en la arena, pero no lo encontraron ni vivo ni muerto, ni ese día, ni ningún otro. Algunas lenguas dijeron que había muerto desangrado en el monte, y otras, que había sobrevivido ayudado por negros cimarrones; y que este con la herida aun cicatrizándose, se vengó como había prometido; pero de una forma que ni el mismo Benito de Sotelo hubiera sospechado jamás, pues el amo desconocía los orígenes de Francisco Congo, hijo de una hechicera quien le enseñó poderosos conjuros. Corrió el cuento que el esclavo acompañado de otros negros, subió una media noche a la montaña con forma de popa de galera, y guiados por la luz de una antorcha hecha de azufre mezclado con cal que Francisco llevaba como estandarte, llegaron a la cima. En un descampado rodeado de los árboles, trazó con el dedo índice un círculo en la tierra, y en el centro de este clavó la antorcha. Otro cimarrón dejó cerca del fuego un pequeño envoltorio que a veces se movía. Los negros bañados en sudor se sentaron dentro del círculo y lo cerraron tomándose de las manos. Entonces Francisco Congo se arrodilló y rompió el silencio de la noche

susurrando palabras arcanas que el resto repetía con devoción. Las palabras se convirtieron en frases que dieron paso a cánticos de esotéricas letanías que repetían una y otra vez. Francisco Congo comenzó a mover las manos intentando atraer las llamas hacia él. Su voz se hacía más fuerte, y con más fuerza agitaba las manos, y su cuerpo comenzó a tener movimientos bruscos e involuntarios. Estando en ese trance, tomó el envoltorio, lo abrió, y sacó por las patas a un gallo negro que movía las alas intentando escapar de su captor. Elevó al animal con las manos ofreciéndolo al demonio oculto en el manto de la negra noche, luego, cogió un puñal afilado y de una sola pasada le cortó el pescuezo. La sangre que caía a chorros la esparció sobre su rostro y sobre las llamas, avivándolas; entonces, un fuerte viento se levantó de la nada y la lluvia empezó a caer sobre sus cabezas. Francisco Congo cayó al suelo completamente tullido. Las gotas de agua se llevaban la sangre del rostro y los empapaba, pero no apagaba el fuego de la antorcha. El maleficio estaba echado sobre Benito de Sotelo y la gente de su raza en Cartagena. Los negros alborozados sellaron los labios e inmóviles esperaron a que Francisco volviera en sí para soltarse de las manos, romper el círculo y regresar por donde habían venido.

El runrún de que aquella terrible enfermedad que azotaba a Cartagena era el resultado del pacto entre Francisco Congo y el demonio se alimentaba del hecho que el primero en caer enfermo y morir fue Benito de Sotelo, además de que los negros eran misteriosamente inmunes a esta, por más cerca que estuvieran o convivieran con personas enfermas. Algunos vecinos llegaron a afirmar que el mismísimo Satanás se paseó una noche por las calles de la ciudad escupiendo el mal; fe de ello dieron las gallinas que en los patios se escandalizaron solas y los perros que gimiendo con el rabo metido entre las patas se escondieron de miedo. Cartagena estaba aterrorizada y de luto. Durante semanas las puertas de la iglesia permanecieron abiertas día y noche acogiendo a una comunidad que se entregó a la oración para contrarrestar el poder del maléfico, para clamar a Dios por la salud propia y la de los suyos, y para ofrendar tanto como las bolsas les permitieran, con la esperanza de ser librados de la enfermedad, la agonía, y de ser el

protagonista principal en el evento más popular de aquellos días, los entierros.

Una de esas personas aferradas a Dios, a la iglesia y a la oración era Elena, la mujer de Diego, porque mientras su marido estaba de viaje buscando el Reino Dorado, Gregorio, el menor de sus hijos, comenzó a tener calentura, escalofríos y dolores en el cuerpo. Elena lo cuidaba con esmero. Le ponía pañitos húmedos en la frente para bajarle la temperatura, lo cobijaba cuando tenía frío, y lo destapaba cuando sudaba. Lo abrazaba en las noches cuando se levantaba chillando y le daba de comer caldos de gallina y huevos crudos que en ocasiones le obligaba a tragar cuando el crío se mostraba inapetente. Con sus cuidados lograba un alivio temporal de los síntomas, porque el malestar cedía y luego volvía, pero ella insistía en alimentarlo para que su cuerpo tuviera fuerzas para sacar el mal. Pasados unos días comenzaron a salirle en la lengua unas manchas rojas y llagas en la boca. Elena se sintió desvanecer sospechando que su pequeño hubiese contraído la maléfica enfermedad. Mandó traer con carácter de urgencia al médico, quien, tras examinar los síntomas generales del niño, las lesiones en la lengua, el blanco del ojo y el color de la orina, confirmó sin temor a equivocarse las sospechas de la madre. Elena lloró amargamente preguntándose por qué su hijo y no ella, por qué Dios se ensañaba con ellos, y por qué Diego no estaba en casa para ayudarla. No tenía las respuestas, y aunque las tuviera, nada solucionaría. Tampoco podía echarse a la pena ni quedarse de brazos cruzados, así que se dispuso a intentarlo todo para que su hijo superara la enfermedad. Confiaba en que, con sus cuidados, los conocimientos del médico, y sobre todo el favor de Dios, lo conseguirían. El facultativo recomendó la toma diaria de un jarabe con propiedades mundificativas; la aplicación a la mañana y a la tarde de un ungüento sobre las manchas y vesículas que vaticinó aparecerían en las horas siguientes para reducirlas y evitar su proliferación; una dieta a base de caldos, hortalizas y frutas maceradas; y una sangría urgente para drenar los humores mal acumulados. Todo en conjunto podría reestablecer la salud del pequeño, pero le advirtió que no debía albergar muchas esperanzas.

Elena con premura fue a la botica Mano de Santo, donde el

boticario Sánchez, propietario de la misma, tenía por esos días tanta demanda de sus medicinas que era común pagar precios exorbitados por estas, o tener que esperar a que las preparara, ya que las existencias se agotaban con mucha rapidez. Elena con el rostro circunspecto se metió la mano en el pecho, sacó un papel doblado en dos mitades, y se lo entregó sin decir nada. Sánchez lo abrió con recelo, leyó la prescripción en voz alta, y mirándola con pena le pidió que esperara, mientras él buscaba las medicinas en recipientes de madera, frascos de cristal y albarelos de un armario alto que ocupaba una pared entera de la botica.

Colocó sobre el mostrador los remedios previamente pesados, y luego, en una página en blanco de un libro gordo comenzó a anotar con pulso tembloroso cada cosa.

—¿Martín o Gregorio? —preguntó el hombre sin malicia, solo con el interés de llevar al día un control de cada enfermo por la epidemia.

—Gregorio —respondió compungida.

—Bueno, mucho ánimo. Esa es la mejor medicina —añadió; y tras anotar el valor total de la cuenta preguntó el método de pago.

—¿Al contado o a plazo?

—A plazo, si me hace el favor. Le dejaré en custodia estos pendientes de oro que llevo puestos y que volveré a ponerme una vez regrese mi marido y pague la deuda.

Sánchez aceptó la garantía sin reparos, aparte de que era una persona conocida, las veces que le había dado crédito siempre había respondido; de igual forma, en el peor de los casos, dinero no perdería.

Elena agradeció la buena voluntad del boticario con una sonrisa pesarosa, y a paso ligero regresó a su casa con toda la prescripción médica y con un rayo de esperanza en los ojos.

Inmediatamente comenzó el tratamiento volcándose hacia el hijo menor. Lo atendía día y noche; noche y día. Con ayuda de una esclava le daba la toma del jarabe mundificativo de color caqui y olor a cañafístula que el pequeño se negaba a beber, escupiéndole a la cara. Le aplicaba con suma delicadeza el ungüento sobre cada nueva mancha, mientras le contaba fábulas infantiles para distraer sus dolores. Le alimentaba con infinita paciencia, aunque el niño

demorara un siglo en tomarse media tacita de caldo colado; y se acostaba a su lado, le rezaba y le cantaba para dormirlo. El tratamiento parecía dar resultado, pues Gregorio mostró una mejoría en su condición durante los primeros días, pero luego empeoró; las manchas se tornaron en bultitos llenos de líquido y se multiplicaron extendiéndose por todo su cuerpecillo, de la cara a los pies. Elena al ver impotente cómo su hijo se iba debilitando, le prohibió a Martín entrar a la habitación en la que su hermano y ella estaban.

Goyo, como le decían cariñosamente, se negaba a recibir alimentos por más que su madre insistía, y estaba tan delgado que su cuerpo era puro hueso y pellejo. Todo le dolía y no paraba de quejarse; sobre todo cuando le daban los dolores de cabeza, cada vez más frecuentes e intensos, llegando incluso a desvariar, y a perder el sentido en un par de ocasiones. La última vez que sucedió fue una medianoche, en que Goyo se llevó las manos a la cabeza chillando a causa del insoportable dolor, la madre lo cargó y sentó en las piernas, lo trajo hacia sí posándolo sobre su pecho y suavemente le besó la frente y le acarició, hasta que se calmó quedándose dormido en sus brazos; dormido sin volverse a levantar jamás.

Elena se quedó el resto de la noche abrazándole y llorándole hasta que la esclava horas más tarde se lo quitó suavemente de los brazos para untarle sobre el cuerpo ya frío áloes aromáticos.

Esa misma mañana Goyo fue sepultado. Al entierro asistieron el párroco, la esclava, el sepulturero y Elena, quien para entonces ya tenía calenturas que ni siquiera había notado. No hubo misa, no hubo procesión, tan solo un lánguido, escueto y corto repique de campanas; un breve responso y una bendición post mortem, tras la cual los restos mortales del niño fueron llevados a una plazoleta anexa a la iglesia, en donde enterraban a todos los que morían a causa de la enfermedad. Allí, en un pequeño hoyo cavado sobre la piadosa tierra metieron al niño envuelto con una simple mortaja rociada con cal viva para que las tiernas carnes tuvieran una descomposición angelical.

La gente se enteró de la muerte de Goyo después de que lo enterraron. Algunos vecinos se acercaron a la casa para acompañar a los dolientes y expresarles el sentido pésame, que en la mayoría

de los casos ni era sentido, ni les pesaba, sino que era más bien un acto protocolario para conocer detalles del fatal desenlace. Todo el que llegó dio sus condolencias a Martín, porque Elena se había negado a recibir visita encerrándose en su habitación.

En la sala las mujeres se fueron posicionando en sillas que ellas mismas trajeron de sus casas para rezar los misterios del santo Rosario dedicados al eterno descanso del niño, y en el patio los hombres conversaban en voz baja mientras Martín encogido de hombros y con la mirada perdida no se acomodaba ni con las de la sala ni con los del patio. El velorio fue corto, acorde a la edad del finado, y en menos de dos horas los escasos asistentes se habían marchado para no regresar, quizá por miedo a la enfermedad, o hastiados de tantos velorios, o simplemente por no tener a quién consolar.

Martín no tuvo ocasión de darle un último adiós a su hermano; solo pudo compartir las lágrimas con su madre cuando esta le dijo que Dios había mandado llamar a Goyo porque su alma era tan pura y blanca que deseaba tenerla en su presencia. Martín se sintió triste, decepcionado y enojado a la misma vez; pensó que Dios era muy egoísta; le reclamó al todo poderoso si acaso no podía haber esperado unos años para llevárselo; si era necesario haber hecho pasar por tanto sufrimiento a su hermano, o si era que no le importaba el dolor que le ocasionaba a su madre y a él la partida de Goyo. Simplemente no entendía esos designios, que para él eran malvados; y se quedaría sin entenderlos, porque no había nadie en el mundo que pudiera darle una explicación que no estuviera basada en el credo religioso, credo del que se apartó desde entonces.

Los días pasaban y Elena seguía sumida en la tristeza por la muerte de Goyo. Lucía ojerosa, demacrada, cansada. Cierta tarde acostada en la cama le pidió a Martín sentarse a su lado para que la acompañara un rato. Él obedeció apoyando la cabeza en su pecho, el lugar más sacrosanto del universo donde se sentía amado, seguro, y donde cualquier tristeza o dolor podía diluirse. Ella acariciándole los cabellos le pidió perdón, a lo que él respondió encogiendo los hombros, pues no entendía el porqué, si ella nada había hecho, nada tenía que perdonarle. De los ojos de Elena una lágrima rodó por su

mejilla, la enjugó sin que él lo notara, y sonriendo le dejó saber lo buen hijo que era; sin duda, mejor que ella y mejor que su padre; le dijo también cuánto lo amaba, y que por eso mismo necesitaba en ese momento de su ayuda, pues sospechaba que estaba enferma, y para recuperarse necesitaba descansar, mas hizo hincapié en que no debía preocuparse, ya que en unos de días recobraría la salud y le compensaría el tiempo que no había podido estar con él. Martín, confundido, le preguntó si iba a morir como Goyo; si era mentira lo que decía y si lo iba a dejar a solo. Ella dulcemente le contestó que sí iba a morir, igual que su padre, igual que él, igual que todo el mundo; pero eso sería cuando Dios así lo tuviera dispuesto, que no debía angustiarse, porque cuando eso ocurriera, ella siempre, siempre, estaría con él. Aquella fue la última vez que Martín estuvo junto a su madre, que sintió el calor de su abrazo, la firmeza de sus manos y tibieza de sus besos.

Pasadas casi dos semanas, Martín escuchó la voz de su padre fuera de la casa; pensó en salir a recibirlo, pero no lo hizo; se quedó en el patio jugando con unos caracoles de tierra. Diego había regresado y llegaba extenuado del viaje, pero la desilusión le pesaba más que el agotamiento físico, pues no encontró ni rastro de la ciudad dorada, ni una mísera pepita de oro. Llevaba días pensado cómo decirle a su mujer que la expedición de su vida había sido un fracaso; que había vuelto con las manos limpias y las bolsas vacías después de buscar exhaustivamente donde su padre tanto le había señalado; donde estaba seguro de que descubriría El Dorado. Fue recibido por una ciudad desconocida, de calles mudas y puertas trancadas, y en su casa por un silencio fúnebre. No encontró a su mujer sentada afuera cogiendo el fresco de la tarde, ni a los niños jugando en la calle. Tocó la puerta, y una esclava lo recibió con apuro. Sin saludarlo lo llevó corriendo a ver a su mujer. Supo entonces que algo no estaba bien. Entró en la habitación cargada de vapores y olores a remedios. Vio a Elena acostada en la cama, con el rostro inexpresivo, tapada hasta el cuello con una fina sábana, y con un paño húmedo sobre la frente. Diego se acercó temeroso, la saludó con un beso que ella rechazó moviendo levemente la cabeza; le preguntó que si estaba enferma y por dónde andaban sus hijos. Ella respondió

preguntándole si había encontrado lo que fue a buscar, pero no le dejó contestar; intuyó la respuesta al verle tan delgado, ojeroso y desaliñado; casi, casi como lucía ella.

—Debes saber que Dios nos ha abandonado —afirmó con voz dificultosa—. Ya no escucha el clamor de los suyos, mas el maligno no deja de complacer las conjuras de los impíos. Ha escupido sobre Cartagena enfermedad, dolor y muerte como nunca habíamos visto, y nosotros… nosotros no fuimos la excepción. —Hizo una pausa para tomar el poco aliento que le quedaba—. Por aquí pasó, se cobró la vida de mi pobre Goyo, y ahora ha vuelto por mí.

Elena hizo un último esfuerzo para levantar la sábana que la cubría mostrándole el cuerpo lleno de pústulas.

—Te dejo a mi amado Martín.

Diego no dijo nada, y nada podía decir, porque su lengua era una maraña de llanto amargo; aflicción que inundó sus ojos cegándolo hasta que las pupilas se lavaron, pudiendo ver otra vez los ojos ya áridos de su mujer, entonces, posó su cabeza junto a la de ella y encharcando las sábanas de lágrimas se quedó un largo rato hasta que la lengua se le desenmarañó.

—¿Martín?, ¿dónde está? —preguntó pensando que su mujer había guardado las últimas fuerzas esperando a que él regresara para que Martín no estuviera solo.

La esclava que lloraba de rodillas junto a la puerta señaló al patio. Diego se limpió el rostro, cerró los ojos de Elena, la cubrió con la sábana y salió de la habitación. Encontró a su hijo sentado en la tierra jugando con dos caracoles. Se acercó y le dio un fuerte abrazo que no fue correspondido; en ese momento, Diego supo que su mujer tenía razón, en verdad el diablo estaba suelto, se paseaba por Cartagena y en su casa estuvo hospedado dejándole viudo y sin uno de sus dos hijos.

Elena recibió santa sepultura junto a su hijo de acuerdo a su voluntad, pero a diferencia de este, tuvo unas exequias cristianas muy sentidas.

Después de muchos entierros y largas vigilias de oración en las iglesias, las campanas dejaron por fin de anunciar muerte. El rumor ampliamente extendido de que la epidemia que azotó la ciudad fue

por el pacto que Francisco Congo hizo con Satanás llegó a oídos de la Santa Madre Iglesia, teniendo esta que tomar cartas en el asunto. Desde entonces se desaprobó hablar de ese tema en público y en privado, y se pidió no mencionar el nombre del esclavo para socavar tal infundio. En los sermones de las misas se comenzaron a escuchar advertencias por las tantas ofensas que el pueblo cometía contra Dios; exponían los clérigos que la avaricia, la bigamia, el libertinaje sexual, las blasfemias, la creencia en falsos dioses de negros e indios conversos y la brujería, se estaban incrementado en la ciudad, y que si ese caldo de pecados no era erradicado por voluntad de los mismos pecadores, la verdadera religión tenía mecanismos, como la Santa Inquisición, para ayudar a salvar el alma de los débiles de espíritu, o de quienes aposta se negaban a obedecer los mandatos de Dios.

Con el paso de los días la ciudad recobró la normalidad. La gente se acostumbró a la ausencia de los fallecidos por la epidemia y los sermones amenazadores, y al susurro del nombre Francisco Congo en algunas esquinas.

Para Diego habían pasado muchos días antes de que volviera a pararse al frente de la casa en la que murieron su mujer y su hijo. No fue fácil abrir la puerta y enfrentar el dolor que aún sentía. Agradecía haberse tropezado con Pedro, un desconocido a quien sin saber por qué le contó sus penas, penas que a nadie había contado, y es que era consciente de ser un hombre de aire antipático, de pocos afectos y muchos humores ácidos, que se había quedado solo y sin amigos, pero ahí estaba con Pedro, delante de la casa en la que había vivido los días más felices y tristes de su vida.

Ana Teresa y las niñas no se acercaron a la casa hasta que Diego terminó de hablar con Pedro; parecía importante todo lo que contaba por las expresiones de su rostro y por la empatía con la que su marido lo atendía. Ella, ajena a las revelaciones que Diego acababa de hacer, esperó prudentemente hasta que fue notorio que los hombres cambiaron el hilo de la conversación y se centraron en el alquiler del inmueble, entonces Diego le sonrió agradeciendo su gesto y abrió la puerta de la casa.

—Antes de entrar esperemos a que se ventilen un poco los

espacios —dijo haciendo una señal con la mano para que la esclava y los dos niños que le acompañaban se acercaran.

La esclava que estaba alejada de su amo cargó a la más pequeña en la espalda, tomó de la mano al otro y caminó afanada.

—Abran todas las ventanas y puertas —ordenó con desprecio—. Los negros son unas buenas bestias —comentó mientras esperaba que la luz iluminara los espacios de la casa, pero sobre todo para evitar que se notara su repentina nostalgia.

—Sí lo son. ¿Cuántos esclavos tienes? —preguntó Pedro.

—A ratos algunos, a ratos muchos y a ratos ninguno. Como compro y vendo…

—Parece ser un negocio muy lucrativo.

—Lo es, pero también riesgoso si no tienes buen ojo; he conocido a más de uno que se ha arruinado por comprar piezas que salen defectuosas, que no sirven para nada y no pueden ser revendidas —explicaba cuando la esclava se asomó a la puerta.

—Ya está, amo —dijo con voz mansa.

Diego se adelantó entrando primero; tan pronto dio un paso en el salón tuvo la sensación de que el tiempo se había quedado estático, que en cualquier momento vería a Elena bajar por las escaleras que estaban a un lado, y que Goyo saldría corriendo detrás de ella, entonces sintió ganas de salir y volver a cerrar la casa, mas no lo hizo. Miró a su alrededor y vio que todo estaba igual a como lo había dejado, solo que cubierto con una capa de polvo aterciopelado, telarañas bien acomodadas en los rincones, paredes tapizadas de forma parcheada con un moho salitroso que parecía dibujar mapas, y un olor putrefacto impregnado por doquier.

—Adelante, familia, disculpen la suciedad y el mal olor —animó Diego a seguir.

—¿Mal olor?, si esto no es nada —respondió Ana Teresa quitándole importancia a la rancia fragancia de la casa.

—Se nota, mi estimado, que nunca has estado en un galeón; en una travesía larga —añadió Pedro con una sonrisa franca.

—Cierto es, nunca he hecho una travesía en el mar, ni larga ni corta, y espero nunca hacerla. No soy amigo del mar —aseveró sonriendo—. Pueden recorrer la casa a su antojo. Como ven, la

planta baja tiene este salón, una estancia adicional, un patio bastante amplio y detrás de este, un segundo patio más pequeño con una estancia para los esclavos y los animales.

—Es una casa muy buena —apuntó Ana Teresa reparándola.

—Lo es, pero la verdad es que, casa que no se habita se cae a pedazos; fíjense cómo el patio se ha cuajado de maleza; así que antes de que eso ocurra prefiero que una familia la usufructúe y de paso me permita obtener un beneficio por ello. Ahora les enseñaré las dos estancias superiores —añadió subiendo las escaleras—. Son bastante frescas; en las tardes corre una brisa marina que es todo un deleite. Decirles que, en caso de que se la queden, tendrían además de limpiarla, que adecuarla a su gusto, porque como ven, aparte de las paredes no hay nada más, pues lo que había fue quemado para que no quedara rastro de la enfermedad.

—¡La tomamos! —exclamó Pedro—. Nos la quedamos desde hoy si fuese posible, y si llegamos a un acuerdo, claro está, pues tengo un requerimiento.

—Soy todo oídos, dígame cuál es.

—Como sabes, yo he sido, soy y seré en el fondo de mi corazón un hombre de mar, y no quiero olvidar nunca eso a pesar de que navegar es ahora mi pasado. En fin, me pregunto si me permitiría construir en una esquina del patio un habitáculo con algunas maderas del Inmaculada Concepción, el galeón que nos trajo aquí.

—Vaya, pues no veo ningún inconveniente en ello, espacio hay de sobra.

—Perfecto entonces.

Minutos más tarde con un fuerte apretón de manos, Pedro y Diego cerraron un trato de palabra, quedando pendiente el mero trámite de redactar el contrato para ser firmado por ambas partes, en el cual debía constar que a partir de ese día tomaban posesión del inmueble. Diego recibió a conformidad la paga por adelantado de seis meses por el usufructo del mismo y el contrato se renovaría cada año.

—¡Mujer!, desde hoy tienes techo permanente —gritó Pedro a Ana Teresa quien asintió al comentario con una sonrisa reposada.

Diego llamó nuevamente a los esclavos para que se acercaran.

—Pedro, me olvidaba de algo, aquí tienes la llave de la casa, y aparte les dejo temporalmente a Dominga y sus dos muleques, Juan y Tomasa. La negra es ladina, fuerte, y sabe cocinar. Los hijos son criollos, aún son blandengues para trabajos de fuerza, pero en una casa son útiles. Desde ahora están a su disposición para servirles.

—Pero Diego, ¿de qué hablas?, esto no hace parte de lo que acordamos.

—Ya lo sé, ya lo sé; quédense con ellos unas semanas mientras limpian y organizan todo, y cuando estén más habituados me los devuelven. Es solo un préstamo que les será de mucha ayuda para las cuestiones de la casa.

—Y tú, ¿con qué te quedas?

—No se preocupen por eso, que no estoy solo. En este momento tengo mercancía.

La situación era tan inusual que Pedro y Ana Teresa se miraban sin saber qué decir ni qué hacer.

—¡Dominga, ven para acá! —gruñó—. A partir de hoy, tú y los muleques quedan a cargo de Pedro y su señora. Obedezcan en todo —ordenó presentándolos—. ¡Ah!, y busquen por todos lados el animal muerto que debe estar pudriéndose por algún lado y que tiene esto oliendo a demonio.

—Sí, amo —contestó la esclava con la mirada clavada al suelo.

Pedro aceptó el préstamo con cierta vergüenza y acompañó a la puerta a Diego, quien se marchó con más de una moneda en su bolsa, un negocio cerrado y una rara sensación de sosiego al volver a pisar esa casa.

Ana Teresa recorría nuevamente la vivienda con las crías siguiéndole los pasos; no les gustaba la idea de vivir en una casa donde habían muerto una mujer y un niño.

—¿Por qué estáis tan calladas?, ¿acaso habéis visto algún espíritu? —preguntó la madre en tono burlesco.

Ellas respondieron chillando y aferrándose a ella, lo que provocó risotadas en Ana Teresa.

—No seáis tontas, tenedle miedo a los vivos y rezad por los muertos; ahora soltadme que me arrugáis el vestido. Bueno, ya tenemos techo, ¿qué os parece?

—A mí me parece una pocilga, igual que el cuchitril del galeón —opinó Carmen frunciendo el ceño.

—¡No digas esa insolencia!, si te escuchara tu padre te daría un buen bofetón —replicó pensando que Carmen seguía muy irascible, pero entendía que estaba en una edad difícil, de muchos cambios, y le estaba costando adaptarse.

Lucía quiso mofarse de su hermana, pero estaba demasiado asustada para hacerlo, así que la secundó en el sentir.

—La verdad, mamá, es que esta casa es horrible, tenebrosa; y lo peor es que aquí habitan dos espíritus y quién sabe qué nos pueden hacer.

—Pero bueno, dejad ya la tontería y cerrad la boca que terminareis asustando a Rosario —rechistó volviendo la mirada a su marido que entraba a la casa tras despedir a Diego y se dirigía hacia ella.

—Qué personalidad tan peculiar la de Diego; es el hombre más tosco en el trato que he conocido, pero a la vez el más servicial —apuntó ella.

—Sí, tienes toda la razón. La verdad es que de entrada cae mal, pero con el trato cambia la percepción. En todo caso, como todos los mortales, tenemos cosas buenas y malas. Bueno, mujer, desde hoy dormiremos aquí.

—¡Qué alegría, Pedro! —exclamó emocionada—. Hay mucho que hacer; lo mejor será que empecemos enviando a la negra y a su hija por agua, y de paso que traigan sus petates. Tú puedes ir con el chico por nuestras cosas al albergue, y nosotras podríamos buscar unas velas y candiles, y algo para comer.

—Sí, ¡lo que ordene la capitana de este galeón! —respondió jocosamente.

Tras las muchas preocupaciones de los últimos meses, Pedro comenzó a sentir que la pesada carga que llevaba en los hombros se hacía más ligera, y es que el tener a su familia instalada en una casa y ver cómo las cosas marchaban bien le alivianaba el espíritu.

Ana Teresa era una mujer recelosa con la gente de piel oscura, para ella los negros eran de naturaleza agreste, impredecibles y salvajes, aunque como era sabido, guiándoles y adiestrándoles correctamente podían ser de mucha ayuda en diferentes trabajos, y

la verdad es que pensaba que no le venía nada mal la ayuda, aunque fuera solo para abanicarla. Con cierto desdén se acercó a Dominga, una mujer de piel apergaminada, de cabello corto y apretado, completamente desnarigada, y por la forma ancha de los pies callosos sospechó que no conocía los zapatos. Observó de igual forma a los muleques, de facciones menos bastas y de piel más clara que la madre, pero eso daba igual. Como todos los negritos de tierna edad, estaban andrajosos, descalzos, y vestidos únicamente con un remedo de pantalón corto sostenidos en la cintura con una sucia cabuyita.

—Dominga, antes que nada, quiero dejarte algo muy claro. Tus hijos se podrán quedar siempre y cuando se mantengan en silencio. No quiero oírles la voz. Si no los mantienes callados los devolveré a Diego. ¿Está claro? —espetó sin titubear.

—No será necesario, ama. Ellos estarán mudos —afirmó con cierto afán.

—¿Cómo se llaman los muleques?

—Juan y Tomasa.

—¿Qué edad tienen? —preguntó observándolos con aversión.

—La verdad es que no estoy segura, ama.

—Lucía, ven un momento. Ponte recta al lado de Juan y Tomasa.

Ana Teresa comparó la estatura y los dientes de estos con los de Lucía, quien ya había cumplido diez años, concluyendo que Juan debía de tener unos dos años más que su hija y que Tomasa rondaría la misma edad.

—¿Están bautizados?

—Sí, ama.

—¿Son obedientes?

—Sí, ama.

—¿Laboriosos?

—Sí ama, pueden y harán lo que los amos ordenen.

—¿Enfermizos?

—No, ama.

—¿Purgados?

—Sí, ama. Cada tanto con extracto de ricino.

—Bien, ya veré si todo lo que dices es cierto.

El primer encargo de Ana Teresa a Dominga fue ir en busca del aguatero para comprarle agua, y en caso de que este ya no tuviera, dirigirse a los jagüeyes y traerla desde allí, pero antes debía comprar un cántaro. Luego de eso, podría ir a recoger sus cosas en casa de Diego. La esclava en aras de cumplir con prontitud su primera tarea, cargó a la cría en la espalda, y como sabía que el aguatero al mediodía se quedaba sin agua que vender, decidió no perder tiempo buscándolo, sino que se fue directamente a la plaza de los jagüeyes, lugar que abastecía a la urbe con agua potable recogida en época de lluvia. Aquel era el único sitio de la ciudad en donde la gente blanca nunca hacía presencia, porque para tal oficio recurrían a los esclavos, criados, o aguadores, quienes recogían el líquido en botijas para luego venderlas de casa en casa, por lo tanto, para las castas inferiores, aquel lugar era el punto de encuentro por excelencia en donde podían hablar con libertad de sus cotidianidades, organizar reuniones, e incluso cortejarse entre ellos. Dominga compró de camino el cántaro, aligeró el paso y llegó a un descampado en el que había un pozo grande, profundo y otros no tan grandes. Le dijo a la hija que la esperara sentada a la sombra de un árbol de hojas pichonas, mientras ella sofocada se fue a llenar el cántaro. Cogió un poco de agua entre las manos y se la echó en la cara, cogió un poco más y se restregó el cuello y los brazos para refrescarse un poco, entonces comenzó a reírse sola. Dominga se sentía inmensamente feliz porque a partir de ese día servía a otros amos, y para ella ese era un bálsamo que curaría las heridas que tenía en el cuerpo y en el corazón. Pensaba que por fin los rezos que aprendió de su madre, y que en secreto había estado haciendo en contra del amo Diego, empezaban a dar resultado; no como ella esperaba, pues en cualquier momento podrían ser devueltos a quien legalmente pertenecían sus vidas, pero en todo caso era un gran cambio, una oportunidad, y aunque no conocía a sus nuevos señores, estaba segura de que no serían tan severos en el trato como el amo Diego. Se acababan por fin los tirones de pelo, las uñas enterradas en la espalda y los fuetazos que recibía en las noches que le tocaba complacerlo en su lecho, porque como él le decía, esa era la única manera de someter a las bestias como ella. Así que, a partir de ese

día, comenzaría unos nuevos rezos para que sus deidades la ayudaran a ganarse el aprecio y confianza de los nuevos señores, de tal forma que decidieran comprarlos y poder librarse para siempre de lo que para ella era no era un hombre sino un animal; sí, un cerdo salvaje, de colmillos y garras afiladas. Por estar distraída con sus pensamientos, no se dio cuenta de que Tomasa se había acercado, había cogido también un poco de agua y la imitaba.

—Mamá Dominga está contenta, ¿verdad?

—Lo estoy, sí que lo estoy —contestó mirándola con ojos de madre amorosa, y sonriéndole le salpicó unas gotas de agua en el rostro.

Luego, regresó por donde había ido cargando en hombros a su hija y llevando entre brazos el cántaro lleno que la hizo caminar a paso lento por el peso que llevaba encima.

Cuando llegaron a la casa ya Pedro había traído las cajas con las pertenencias de la familia y había vuelto a salir con Juan a comprar unos jergones de paja mullida para no dormir esa noche en el piso hasta que tuvieran unas camas en condición.

La tarde avanzaba, y con la novedad de la mudanza se habían olvidado de comer. Rosario se lo recordó a su madre de la manera que mejor sabía hacerlo, sacándose el dedo chupeteado de la boca, gritando que le dolía la tripa, que nadie le daba nada de comer, y que si mamá Trini estuviera allí nunca la habría dejado pasar hambre. Para completar su berrinche teatral, tirándose al piso se puso a chillar; una pataleta que fue secundada por Lucía y Carmen exigiendo comida. Ana Teresa se dio cuenta de que ella también sentía los intestinos retorcerse, así que decidió salir con las niñas por comida, ordenando a Dominga que entretanto sacudiera el polvo, y aseara con el agua que trajo la habitación en la que ella y su familia dormirían esa noche.

La esclava todavía con la frente empapada de sudor y los pies calientes cogió el agua, algunos trapos y subió las escaleras seguida de Tomasa para ponerse enseguida en la labor. La algarabía que formó Rosario alertó a los vecinos, que curiosos se asomaron por las ventanas a ver qué pasaba en casa de la difunta Elena, descubriendo que nuevos inquilinos volvían a llenar la casa de vida con tres niñas revoltosas.

Ana Teresa y sus hijas recorrieron el mercado, pero a esa hora de la tarde todos los tenderetes estaban cerrados. Caminaron varias calles sin encontrar nada; por fortuna para ellas se toparon con una vieja india de pecho descolgado y piernas cazcorvas que llevaba sobre la cabeza una palangana con los últimos bollos de maíz y queso fresco que le quedaban por vender. Ana Teresa compró todo lo que le quedaba, que, aunque no era mucho, por lo menos no se acostarían con las tripas vacías, y eso ya era bastante.

Al volver a la casa subió las escaleras, y encontró a Dominga y a Tomasa arrodilladas bregando aún en la habitación; habían logrado quitar el polvo, pero no el olor a moho impregnado en las paredes. Dominga con actitud temerosa se puso de pie, y antes de que su ama pronunciara cualquier palabra le dijo que ella sabía preparar una mezcla capaz de eliminar cualquier mal olor, y que, si lo deseaba, al día siguiente muy temprano recogería agua de mar, pencas de sábila, flores de mata ratón, vinagre, frutos del uvero de playa y unos limones para prepararla; con eso limpiaría la casa dejándola con buen aroma. Ana Teresa accedió con un simple sí para no escucharla hablar, sintiéndose aliviada de no ser ella quien se tendría que ocupar de hacer la limpieza y pensando en lo útil que hubiera sido tener a mano esa mezcla en el galeón.

Pedro y Juan se presentaron en la casa con pesados jergones que fueron acomodados en la habitación una vez estuvo limpia y seca. Pronto la noche cayó sorprendiéndolos sin vela y sin nada para alumbrar, así que a oscuras, la familia se sentó en el piso del salón para comer con ansias lo que Ana Teresa pudo conseguir, y en el patio Dominga y los muleques hicieron lo mismo con lo que el ama les dio, y aunque ninguno sació por completo el hambre, nadie se quejó, ni siquiera las hijas de la Flor y Olmos, porque la oscuridad de la casa les había quitado el hambre e infundido miedo, así que pegadas de la falda de su madre le pidieron irse pronto a dormir, cosa que no tardaron en hacer. Subieron a la habitación, juntaron los jergones, se acomodaron quedando muy juntitos y así se fueron durmiendo todos.

Más incomodos durmieron los esclavos, que, entre una cosa y otra, no tuvieron tiempo de ir a recoger los petates a casa de Diego,

teniendo que pasar la noche sobre el suelo duro y sucio en la estancia al fondo del patio trasero; aunque en realidad eso nos les importó, y pensó Dominga, que mejor ni los recogía, así evitaba la tentación a su verdadero amo de retractarse de haberlos prestado, total si prácticamente nada tenían, ya se las apañarían para lo que fuesen necesitando.

Dominga se levantó antes de despuntar el alba cuando nadie en la casa se había despertado; tras hacer sus rezos y encomendarse a sus dioses empezó el día con la intención de sorprender y complacer a los nuevos amos. Decidió arriesgarse a coger dos baldes y salir sin permiso de la casa cuando el cielo comenzaba a aclarar; regresó tan pronto consiguió lo que salió a buscar encontrando que todos seguían dormidos, incluso sus hijos. Dominga levantó a Juan para que le ayudara a montar un fogón y dejó que Tomasa siguiera durmiendo; suavemente le dio un beso en la cabeza a la niña y le acarició con ternura una pierna. Juan se fue al fondo del patio y se puso a arrancar con las manos la maleza que había para despejar un poco el espacio; luego buscó unas piedras grandes y unos palos secos, mientras Dominga echaba en una olla los ingredientes para preparar el agua con que limpiaría la casa. Estando en eso escuchó la voz de Ana Teresa que se acercaba donde ellos estaban. La esclava saludó incapaz de mirarla a los ojos; le explicó que se había levantado muy temprano y que para aprovechar el tiempo salió a buscar los ingredientes de la mezcla limpiadora en sitios donde ella sabía que crecían; que solamente le faltaba conseguir vinagre y estaría lista. Le mostró también el entarimado de tres piedras y palitroques que Juan estaba montado para cocinar lo que ella dispusiera.

Ana Teresa no sabía muy bien cómo lidiar con Dominga. Recordó las palabras de Diego cuando dijo que los negros eran unas buenas bestias para el trabajo, y por lo que veía tenía razón, en cualquier caso, aprobó sin ninguna emoción la iniciativa de la esclava y le pidió que en un rato la acompañara a comprar algunos enseres y alimentos y de paso el vinagre, ya que no tenía la intención de cenar otra vez a oscuras y en el piso, y mucho menos llevarse a la boca comida de indios, que nada le gustó.

Ese día Dominga, Juan e incluso Ana Teresa, le metieron el hombro al trabajo en la casa. Fue muy productivo, según Ana Teresa, porque al atardecer había una tinaja con agua fresca para beber, comida preparada, velas y un candil encendido para alumbrar la noche, pero sobre todo una casa con un olor tan acendrado que borró hasta los vestigios de los sudores y penas de quienes ahí perecieron, justo como Dominga predijo que pasaría si aplicaba el menjunje que ella bien sabía hacer. A esas horas la casa lucía otro aspecto, incluso las hijas de Ana Teresa comenzaban a verla menos lúgubre a pesar de carecer de pretensiones arquitectónicas, mobiliario y elementos decorativos.

Según iban pasando los días, Ana Teresa se sentía cada vez más complacida de que sin ella pedirlo, y por algo de comida y poco más, tenía una esclava con dos muleques a su servicio, y aunque no gustaba de negros, sí le gustaba que estos vivieran para atender sus necesidades, las de su marido, sus hijas y las de la casa. Dominga desde que se levantaba hasta que se acostaba ensalzaba a los amos para que no tuvieran ni un solo reparo en ella, ni en sus hijos. Gracias al poder ancestral que recibió de su madre el día que nació esclava, pudo reconocer con solo oírlos hablar, los gustos de cada uno, por eso, cada mañana cuando los amos se levantaban, encontraban en la puerta de la habitación dos toallitas blancas y limpias, una seca con unas gotas de vinagre rosado para que el ama se aseara, y la otra embebida de agua fresca para el mismo propósito del amo. A la hora de comer servía la comida humeante a su señora, y al señor se la servía fresca; y después de comer, a ella le ofrecía una tajada de mamey y a él otra de mango verde y ácido.

Los rezos y plegarias diarias que Dominga hacía a sus dioses comenzó a hacerlos también al Dios de sus amos, pues no perdía nada si había otra deidad que pudiese darle lo que anhelaba; y como escuchaba en las misas a las que asistía obligada que Dios nunca desamparaba a sus hijos, y que siempre respondía a quien lo llamaba y buscaba, decidió buscarle también a Él en sus oraciones. Sus peticiones estaban siendo escuchadas, aunque no sabía quién la favorecía; el caso es que su ama comenzaba a dejar de sentir el repudio que su presencia le producía, y le dirigía la palabra sin

desprecio, incluso comenzaba a sentirse cómoda con ella enseñándole a preparar comida castellana, sustituyendo, claro está, aquellos ingredientes que no conseguían por otros similares autóctonos.

Los hijos de Dominga estaban adiestrados para ser casi invisibles ante la presencia de los amos y en general de cualquier blanco. Ayudaban en todo a su madre, tanto para ganarse el bocado diario, como por evitar que los separaran de ella, lo que afortunadamente para ellos, había sido así hasta entonces. Eran conscientes de que el amo Diego, al tener la potestad sobre ellos, podía prestarlos, alquilarlos o venderlos juntos o individualmente cuando quisiera, y si eso último ocurría, lo más seguro era que sus vidas nunca volvieran a cruzarse, cosa que a toda costa deseaban evitar. Por eso, para demostrar valía con los nuevos señores debían esmerarse en los quehaceres; Tomasa sacudía la casa, regaba las plantas que Ana Teresa sembraba en patio, ayudaba a su madre en la cocina, y cuando le decían, acompañaba y distraía a las hermanas de la Flor y Olmos. Juan se encargaba de que en la casa siempre hubiera agua, mantenía el patio libre de malezas, buscaba leña, prendía fogones, cuidaba el caballo del señor, y velaba que la parte frontal de la casa estuviese libre de basura, desperdicios y sobre todo de heces fecales debido a la nueva ordenanza impuesta por el gobernador que prohibía lanzar los excrementos a las calles, en aras de darle a la ciudad un aire más cosmopolita, y es que en caso de incumplimiento, se verían los amos obligados a pagar una multa, multa que seguro le cobrarían directamente a él.

# Capítulo V
# La ventana al cielo

El día que la flota de tierra firme partió de Cartagena de Indias hacia el puerto de Nombre de Dios, Ana Teresa acompañó a Pedro para ver desde tierra cómo las embarcaciones levantaban las velas y se hacían a la mar; todas menos una, el amado galeón de su marido, el Inmaculada Concepción. Ana Teresa lo escoltó no por gusto, sino por el sentimiento de congoja que este disimulaba no estar sintiendo, pero ella, que lo conocía mejor que nadie, bien sabía lo que le costaba quedarse en tierra y no seguir navegando.

Sus hijas hartas del mar prefirieron quedarse en casa bajo el cuidado de Dominga. En el salón, Rosario chupándose el dedo jugaba con la muñeca de trapo que le había confeccionado y regalado su abuela, y Carmen y Lucía practicaban un bordado sobre tul. Lucía no era muy hábil con la aguja y el hilo; encontraba tediosa esa actividad y, a diferencia de Carmen, solo mal tejía para no escuchar la eterna perorata de su madre: «La mujer debe honrar al cuerpo como templo sagrado del Espíritu Santo. Debe ser sumisa y virtuosa. Debe llevar con soltura las riendas de una casa; y debe saber coser, bordar y tejer»; pero como ella no estaba, decidió simplemente dejar el hilo y la aguja a un lado, y hacer otra cosa. Encontró entretenimiento al espiar a Juan y a Tomasa en sus labores. Ya en un par de ocasiones se había acercado a ellos, pero ambos la ignoraban bajando la cabeza como les había indicado su madre; y es que Lucía entre que se aburría con facilidad, que su hermana mayor poco caso le hacía y que la menor no le seguía el ritmo de los juegos, veía en los muleques dos posibles compañeros. Se acercó, pues, al patio donde estaba Tomasa abonando las plantas de Ana Teresa con cagajón seco de caballo.

—Eres Tomasa, ¿verdad? —preguntó, pero igual que otras veces, no recibió contestación.

Lucía insistió en sacarle una palabra.

—No serás muda, ¿verdad?

La pequeña esclava bajó aún más cabeza y siguió con su quehacer.

—¿Por qué no me respondes? Seguro mi madre te lo ordenó, ¿verdad?, pero, ¿sabes algo? —dijo acercándose más a ella—, a nosotras también nos pasa dando órdenes; debe de ser el calor que la agobia, como ella dice; ahora bien, como ni ella ni mi padre están, puedes hablarme con tranquilidad, que yo no soy ellos.

—Sí, ama —respondió con voz baja sin levantar la mirada.

—¡Eh, por fin has hablado!, pero no me llames ama, soy Lucía. Llámame Lucía.

—Sí, ama.

—Sabrás decir algo diferente a «sí, ama», ¿verdad?

—Sí, ama —contestó dejando escapar una sonrisilla mientras se animaba a levantar la cabeza para ver por primera vez y de cerca los grandes ojos azules de Lucía.

—En serio no me llames ama, porque no lo soy.

—Entonces la llamaré amita.

—Amita… bueno, vamos mejorando. Me he fijado que caminas raro, como arrastrando un pie, ¿por qué?

—Es que aún me molesta la pata.

—La pierna, ¿qué te pasó?

—Que antes de venir aquí el amo Diego me castigó dándome una fuetera.

—¿Y por qué?

—Por haber partido una joya de la difunta ama.

—¿Y cómo ocurrió?

—Yo estaba limpiando la habitación del amo y en el cajón de una mesita esquinera vi un cofrecito de madera, lo tomé en mis manos para limpiarlo y sin querer lo abrí, dentro había un collar de perlas; me quedé mirándolo; era hermoso, muy hermoso; en eso escuché unos pasos acercándose así que me apuré a cerrarla y dejarla en el mismo sitio, pero mis manos torpes se enredaron, y tanto el cofre como el collar cayeron al piso. En eso mamá Dominga entró en la

habitación cuando las bolitas aún rodaban por todos lados; yo al verla me asusté porque pensé que era el amo y se me escapó un grito que la dejó quieta como una estatua de la iglesia, entonces me tiré al piso para recoger las perlas, y de repente el amo, que venía detrás de ella, entró a ver qué pasaba.

—Y claro, tu amo se puso furioso al ver el collar desparramado.

—Muy furioso; se acercó a mí refunfuñando; me agarró por el pelo y de un tirón me levantó del piso, y ahí se ensañó zarandeándome y pegándome. Yo le decía llorando que no lo había hecho aposta, que yo le arreglaba el collar, pero responderle fue peor, porque más rabia le dio y comenzó a pegarme más fuerte; me movía intentando esquivar los golpes salvándome de un par de manotazos, pero no vi uno que me mandó hasta el otro lado de la habitación en donde me esperó un baúl ropero, y al chocar con una de las esquinas me hice mucho daño en la cadera. Mamá Dominga seguía muy quieta en la puerta observando el castigo y solo se atrevió a ir en mi ayuda cuando caí en el piso por segunda vez. Ella corrió, se arrodilló y me cubrió con su cuerpo. Le dijo al amo Diego que por piedad no me pegara más, que le pegara a ella, y así lo hizo; le dio muchos fuetazos en la espalda mientras nos gritaba «¡malditas negras!, ¡malditas bestias!» y todo lo que le salió de la boca, hasta que por fin se cansó y se fue, dejándonos tiradas en el piso.

—Qué desalmado ese hombre, ¿y todavía te duele?

—Por fuera no, por dentro sí y mucho, pero mamá Dominga me va a llevar donde el sobandero; ella dice que sabe recolocar los huesos, sacar los males y el dolor, así que espero que se vaya mi dolor y no quedar con la pata coja.

—Pierna, se dice pierna Tomasa. Bueno, no te preocupes, le diré a mi madre que te dé de un jarabe especial que tiene y verás cómo en un santiamén se te quita el dolor y vuelves a caminar bien.

—¡No, ama! —exclamó angustiada abriendo bien los ojos—, no diga nada, se lo pido por favor, no diga nada.

—Vale, no diré nada, pero a cambio llámame solo Lucía. ¿Por qué no dejas de limpiar y jugamos un rato?

—¿Jugar? No, no puedo; tengo que acabar mis oficios, y si llega el ama Ana Teresa y nos ve jugando, fijo me gano una muenda,

además, me está doliendo la pata y así no puedo jugar, aunque quisiera.

—Pierna, se dice pierna, no pata. Está bien, pero después jugaremos. Cuando regrese mi madre le pediré que nos deje jugar, así ya no tendrás nada que temer, ¿vale?

Lucía dejó tranquila a Tomasa; ya había logrado lo más difícil, que era acercarse a ella y que le hablara. Regresó al salón y se sentó junto a sus hermanas a esperar a su madre. Cuando los padres llegaron, Pedro sin saludar subió a la habitación; se le veía cabizbajo y desalentado. Lucía al verlo en ese estado cambió de parecer, y en vez de pedirle a su madre que le dejara jugar con Tomasa, cogió su pedazo de tela, y sin esperar a que Carmen se le adelantara y le mostrara lo que había avanzado en el bordado, dio un brinco abalanzándose sobre Ana Teresa; entonces comenzó a llorar y a dar alaridos porque las puntadas le salían muy mal, porque su bordado era horrible, porque estuvo a punto de dañar la tela, y si la dañaba seguro le harían el peor vestido de las tres. Ana Teresa sabiendo que era un mal momento para lidiar con un berrinche le pidió que dejara de chillar, que Pedro no se sentía bien y deseaba descansar sin ser molestado, mas Lucía en vez de callar daba alaridos más fuertes; Ana Teresa para quitársela de encima llamó a los muleques para que salieran a la calle con Lucía y la distrajeran. Tan pronto salió a la calle, las lágrimas falsas de Lucía se convirtieron en risotadas ganándose desde ese día la confianza de Tomasa y de paso la de Juan, con quienes comenzó a jugar con el visto bueno de su madre, siempre y cuando estos no tuvieran pendiente algún quehacer.

Con la partida de la flota, la calma volvía a la ciudad. Las calles sin los tenderetes de la feria ya no lucían tan concurridas; las gentes volvían a ver solo rostros conocidos, y la desmesurada belleza de la bahía quedaba desteñida esperando el regreso de las naves de altivas velas, y coloridas proas y popas. La rutina diaria se instalaba de nuevo en la ciudad iniciándose de este modo un nuevo ciclo de trabajo y preparativos para la próxima fiesta patronal y feria. Al domingo siguiente de haber partido la flota, la familia de la Flor y Olmos se alistó temprano para asistir a misa. Salieron temprano cuando la temperatura era agradable y el calor aún no agobiaba,

pero antes pasaron por la casa de Diego. Pedro le llevaba el resto de dinero acordado por el alquiler de la casa, y el contrato que como escribano redactó para ser firmado por ambos. Diego les hizo pasar, les ofreció asiento y bebidas a las mujeres mientras él y Pedro trataban el tema en cuestión. Cuando sonaron las campanadas anunciando que en un cuarto de hora la ceremonia comenzaría, Pedro se apuró en finiquitar por escrito lo pactado verbalmente porque estaba muy mal visto llegar a la iglesia cuando el oficio hubiera empezado, mas Diego le comentó que ellos también irían a misa así que llamó a Martín obligándole a bajar de la habitación para salir todos juntos. El joven peinado y vestido con ropa limpia de domingo bajó las escaleras, pero al ver que las hermanas de la Flor y Olmos estaban en la casa, no pudo ocultar su cara de desagrado. Saludó con un seco «buenos días» y afanado pretendió caminar hacia la salida de la casa cuando Diego lo detuvo dándole con la palma de la mano en la cabeza.

—¿Y es que se te ha olvidado saludar cortésmente?, o ¿es que quieres que piensen que eres un hosco montuno?

—No, solo pensé que estábamos afanados por ir a la casa de Dios —respondió con sarcasmo.

—Pues sí lo estamos, pero para saludar siempre hay tiempo, y más si estás ante la presencia de bellas doncellas.

Martín entonces refinando los modales besó suavemente la mano de Ana Teresa y sus hijas. Carmen se sonrojó con el gesto sintiendo que las tripas se le revolvían, mientras que Lucía y Rosario se limpiaron disimuladamente la mano con la falda de sus vestidos. Entonces salieron de la casa y caminaron hasta la catedral cuya advocación había sido dedicada a Santa Catalina de Alejandría, según comentó Diego. Se sentaron a esperar que diera comienzo la ceremonia, y mientras tanto, Pedro detallaba con interés el interior.

—¿Verdad que está quedando preciosa? —le preguntó Diego.

—Sí, que lo está.

—Fíjate en las tres naves que la conforman; la central, que es más alta, tiene columnas de fustes lisos, con bóveda de arista; y el muro es testero, ochavado, que es el que se refleja en el volumen exterior —explicaba con maestría Diego señalando con los dedos de las

manos—. Los muros periféricos son gruesos, con pocas ventanas; a mi parecer una decisión muy acertada por parte de su diseñador, el maestro Simón González, ya que los haces de luz entran en la justa medida proyectándose sobre las imágenes más preciadas del santuario. Ahora observa la estructura cubierta, es de madera fina, de par y nudillo…

—Vaya, debes perdonarme —interrumpió Pedro el discurso—, pero es que no he entendido ni una palabra de lo que has dicho, nada de nada, solo sé que me recuerda un cierto aire al mudéjar. ¿Y cómo es que sabes tanto? —preguntó intrigado.

—Es que parte de las piedras con las que está construida las he traído de la vecina isla de Carex, bueno yo no propiamente, unos esclavos que alquilé para esa labor, y cada vez que venía por aquí el maestro me repetía con la misma emoción los detalles de la construcción, tantas veces me los dijo, que terminé recitándolos como ves. Pero la verdad, yo solo sé lo que aquí todos saben, que este es nuestro más preciado bien y quienes hemos sido participes de su construcción soñamos con el día en que podamos verla completamente terminada.

—Bueno, por lo que veo no es mucho lo que falta para acabar las naves laterales.

—La verdad es que su construcción ha sido muy rápida, gracias también a que muchos vecinos han hecho generosas donaciones para esta obra pía, ya sabes… una manera más directa de ganar indulgencias para entrar al Cielo y respeto en la Tierra.

Una canción en latín comenzó a escucharse haciéndoles callar y ponerse de pie para recibir al obispo y su corte de ministros y acólitos que hacían su entrada a la iglesia iniciando la celebración de la eucaristía que duró una hora y cuarto. Al finalizar esta, ambas familias se quedaron en los alrededores de la plaza, en donde la gente cada domingo socializaba y se actualizaban los acontecimientos de la semana, hasta que el sol o el hambre los espantara.

A las hijas de Pedro les agradaba ir a misa los domingos, no porque quisieran poner en práctica el latín que fray Antonio les enseñaba cuando no estaba de viaje en jornadas evangelizadoras, o

porque quisieran rezar, sino porque ese día comían en la plaza exquisitos dulces y conservas recién hechas. Ellas esperaban ansiosamente a que su padre les convidara como siempre hacía, pero en esa ocasión, desde que salieron de la catedral él siguió hablando con Diego sin hacerles mucho caso, así que Lucía se acercó y sin ningún tapujo le interrumpió implorando con carita inocente que le comprara una conservita de coco a su hijita que tan bien se había portado toda la semana. Pedro y Diego soltaron la risa por el desparpajo de la niña, y mandaron a Carmen y a Martín comprar y traer dulces para todos. Caminaban los dos hacia los puestos de venta cuando Carmen sintió nuevamente las tripas retorcerse, «qué raro; cada vez que me encuentro cerca de Martín siento este extraño dolor» pensó.

—¿Cuáles compramos? —preguntó Martín ante la variedad de conservas y dulces que vendían.

—Pues… dulces de leche y de papaya —contestó nerviosa lo primero que vio.

Regresaron con los dulces y Carmen los ofreció. Todos cogieron uno, todos menos Lucía que se quedó mirando a su hermana con gesto de enfado hasta que le increpó.

—¿Y mi dulce de coco?, ¡sabes que ese es el que me gusta!

—No traje de coco, se me olvidó.

—¿Se te olvidó? ¡No lo creo, lo has hecho aposta!

—Tú tampoco se lo has recordado —apuntó Martín.

—¿Acaso estoy hablando contigo?, pero si eres más tonto de lo que pensaba.

—¡Niñata!

—Seré una niñata, pero una niñata que tiene madre, y tú en cambio no.

—¡Lucía, calla! —espetó Ana Teresa al oír la discusión.

—Discúlpate inmediatamente —exigió dándole una manotada en la mejilla; pero Martín se había ido corriendo—. ¡Cómo se te ocurre decirle eso!

—Pero mamá… —intentó explicar cuando su madre le cortó a viva voz.

—¡Que te calles!, he dicho.

Ana Teresa se acercó a Pedro y Diego que estaban más alejados. Explicó lo sucedido y se disculpó con Diego de la manera más sutil que encontró. Diego no le dio importancia al asunto, aduciendo que eso eran cosas de críos y que su hijo tenía que aprender a ser un hombre y a vivir de una vez por todas con su realidad; pero Ana Teresa insistió en que Lucía debía disculparse con Martín y aprender una lección, así que se fueron a buscarlo a su casa, donde Diego aseguraba estaría. Lucía de camino temblaba de rabia; según su parecer, ella era la víctima, ya que después de atreverse a interrumpir a su padre y pedirle el dinero para los dulces, no le compraron el que quería.

Diego tenía razón. Martín estaba en casa y salió de su habitación cuando este le llamó. Le pidió que bajara, que Lucía deseaba hablar con él. El chico aceptó con gusto, porque pensaba sacarse la astilla pagándole con la misma moneda. Bajó las escaleras con gesto serio y salió al patio, seguido de Lucía como le ordenó su madre.

—Siento mucho si te ofendí. Te pido perdón. No debí decir lo que dije —se disculpó indignada.

—Pues, yo también tengo algo que decirte… —espetó con altivez, pero cuando vio plasmados en su mejilla los dedos de una mano en alto relieve, le preguntó—. ¿Qué tienes en la mejilla?

—Nada, un recuerdo por el comentario que hice.

—Así que tu padre también es estricto —apuntó cambiando el discurso sobre la marcha.

—Mucho, pero fue mi madre quien me pegó. Cuando llegue a casa será el turno de mi padre.

—Ah, entonces te espera un castigo…

—Sí, y si tú no te hubieras metido, nada habría pasado.

—¿Vaya, ahora todo ha sido culpa mía?

—Pues, claro que sí. Mira, piensa lo que quieras, ya me he disculpado, que era lo que mis padres querían; ya me han pegado y todavía me espera otra reprimenda; y lo último que quiero es quedarme aquí hablando contigo —respondió furiosa regresando al salón. Mientras caminaba cambió el ceño fruncido que le mostraba a Martín por una sonrisilla inocente que le enseñó a sus padres, como si con eso fuese suficiente para librarse del castigo que aún le

esperaba; no así de sonriente quedó Martín en el patio, que sin saber cómo, la niñata acababa de dejarlo nuevamente mudo.

Las niñas de la Flor y Olmos pasaban los días en el trópico entre juegos, peleas, travesuras y lecciones para convertirse en mujeres de bien; días que trascurrían muy lentos para ellas y muy rápido para sus padres; Pedro se dedicaba a conocer a la gente de Cartagena, a saber, quién era quién, lo qué hacían, cuánto tenían y hasta cuánto debían, eso mientras adquiría la suficiente pericia para desarrollar las funciones de escribano con soltura, algo que creyó sería más fácil de lo que estaba siendo, porque había casos que ponían en aprieto su juicio, como aquel de una esclava llamada Juana, quien tras fallecer su amo solicitó hacer valer el deseo de este en vida de otorgarle la libertad una vez muriera, esto por el aprecio que le tuvo durante cuarenta y seis años a su servicio. Como prueba de ello tenía una carta firmada y testigos que podían corroborarlo, sin embargo, los frailes dominicos reclamaban a la esclava, ya que estos tenían en su poder un documento donde constaba un cambio en la voluntad final del amo, de donar a la esclava a esa comunidad. En todo caso, Eusebio, con su experiencia casi milenaria en trámites de valoraciones terrenales, le ayudaba siempre que dudaba, aconsejándole que siguiera la lógica y la razón de las cosas.

Ana Teresa en cambio, contrario a lo que jamás hubiera imaginado, se adaptaba con pasmosa rapidez a la cómoda vida en el «fin del mundo», aunque se negaba a reconocerlo. Su rutina diaria estaba cambiando, y sin notarlo, ella también lo hacía; ahora cosía y bordaba en las mañanas sin preocuparse de limpiar, atender a las crías, o meterse en los fogones a cocinar. En las tardes iba a misa, y tras esta, se quedaba con sus nuevas amistades para pasar el tiempo hablando de lo humano y lo divino. Con abanico en mano se quejaba de los sofocos que repentinamente padecía, de lo mal que le sentaba el aire húmedo, de que el agua que bebía tenía un sabor a tierra, de que aun estando en un mes de invierno sentía más calor que en la canícula, y de los jejenes que la acribillaban picando las partes descubiertas de su cuerpo. Pero no todo era quejadera; también alardeaba de tener cada noche a su marido en casa, lo que

le permitía dormir sin el suplicio de pensar en los peligros que acechan a los hombres en el mar, esos que ella en carne propia había vivido; de la comida que en su hogar abundaba, y de estar recuperando las carnes y el color de las mejillas que había perdido.

Diego Martínez ultimaba los preparativos del viaje de su hijo a Santa Fe. En cierto modo lo hacía porque se sentía en deuda con su difunta mujer, ya que no le había prestado a Martín el cuidado que ella pidió. Al igual que él, su hijo no conocía de letras, no había recibido lecciones de la Iglesia, ni siquiera quiso ser monaguillo. Lo único que sabía hacer era darle de comer a las aves de corral y pasar el tiempo jugando con caracoles que ponía a competir en circuitos de carreras que dibujaba con el dedo en la tierra; así que darle la oportunidad de convertirse en una persona culta, era la mejor manera de cumplir su palabra, aunque eso implicara separarse por unos años de lo único que le quedaba en la vida, mas le reconfortaba el hecho de que regresaría convertido en un hombre mejor que él, por eso rogaba al cielo con vehemente anhelo que durante la estancia en la fría sabana no fuera a pasar ninguna vicisitud, y que el alojarse en casa de un pariente materno, le ayudara a superar de una buena vez la pérdida de su madre y hermano.

Un asunto importante para Diego antes de que partiera Martín era que conociera el universo femenino, porque en esas cuestiones el joven era un imberbe. Para ello, le pidió una tarde que lo acompañara a hacer una diligencia. Padre e hijo salieron a la calle caminando en silencio; Diego lo miraba de reojo esperando que le preguntara para dónde iban, pero Martín no decía nada, como era habitual en él. Pasaron por la calle de los puestos de baratillos, por la calle de los carpinteros con su eterno martilleo, por la calle de la marroquinería, y solo cuando llegaron casi a las afueras de la ciudad, a la calle en donde vivían las féminas que se dedicaban al arte de satisfacer los deseos de los hombres, levantó la cabeza.

—¿Adónde vamos? —preguntó intrigado.

—¡A qué te estrenes! —escupió Diego por fin las palabras que traía atoradas.

Martín miró a su padre con una sonrisa que se transformó en una mueca.

—No pongas esa cara, que allí no muerden —apuntó dándole una palmada en el hombro para infundirle valor, pero el comentario causó justo el efecto contrario haciendo que la mandíbula del joven se trabara impidiéndole pronunciar cualquier palabra.

Diego se detuvo frente a una de las casas hechas con cañas entretejidas y recubiertas con barro y techo de palma. Tocó la puerta un par de veces y al momento esta se entreabrió; sin esperar respuesta la empujó y entró con propiedad seguido del hijo.

—Y yo que pensaba que hoy no sería un buen día —dijo una mujer recibiéndolos detrás de la puerta.

—Se te arregló el día, Lorenza —afirmó Diego al verla—. Por ahí he escuchado que apareció tu madre —notificó a modo de chanza.

—¿Mi madre?, estarán confundidos porque a mí me parió la tierra —respondió mostrándole su sonrisa más falsa.

—Entonces bendita sea la tierra que parió ese par de tetas —replicó con sorna.

Lorenza era una mestiza de piel tostada, voluptuosos pechos y cuerpo atocinado; refugio de incontables amores fugaces que rasgaban una y otra vez la ilusión de levantarse cualquier mañana siendo lo que no era.

—Traigo a mi hijo para que se estrene contigo; servicio que pagaré generosamente, tanto, que me quedarás debiendo, así que ya puedes esforzarte, lindura —espetó entregándole en la mano un pequeño envuelto de papel.

Los ojos apagados de Lorenza se iluminaron al ver el contenido, y aceptó gustosa con palabras que denotaron una falta total de recato y prejuicios, causantes de una inesperada ingurgitación en las venas del escuálido joven, quien terminó por alebrestarse al punto de no saber si quería salir corriendo de aquella mancebía o quedarse por siempre en ella. Diego se despidió pellizcando una mejilla de Lorenza y salió del bohío para darles la privacidad que la ocasión requería. Martín quiso seguirle, pero las piernas no le respondieron dejándole íngrimo y a merced de aquella mujer.

—Bueno… habrá que amansar a esa bestia —pronunció libidinosa.

Martín no entendió sus palabras, pero al dirigir la vista hacia donde miraban los rasgados ojos de Lorenza se dio cuenta de que el comentario era una apología a su tremenda erección, y no le quedó más remedio que tragarse la vergüenza y bajar las manos para intentar ocultarla.

—Ven conmigo —le convidó con naturalidad.

Martín torpemente siguió el contoneo de las caderas hasta una estancia que por puerta tenía una cortina de tela gruesa y negruzca. Era el santuario de Lorenza. Un espacio diáfano con un camastro de cuerpo sencillo y una mesa aderezada con un jarrón con bonches rojas, un frasco con aceite de coco y una jarra con agua. Cuando entraron ella cerró la cortina y el espacio se oscureció por unos segundos hasta que los ojos del joven se adaptaron a la tenue atmósfera creada por los rayos de luz que se colaban entre los agujeros del techo de palma. La experimentada mujer en el arte del placer carnal lo miró de manera obscena, y tal vez por aburrimiento o desesperanza, decidió entregarse y disfrutar como una vez hizo cuando aún vivía con ilusión; entonces Martín inmóvil vio a Lorenza elevarse en el aire y acercarse a él de una manera tan exquisita que aquello solo podía significar que estaba ante presencia de un ángel o una hechicera.

—Relájate —dijo con voz aterciopelada mientras enlazaba entre sus dedos las manos sudorosas y gélidas del muchacho, que paseó sin prisa por sus grandes pechos para tibiarlas. Luego, acercó su boca carmín al oído de Martín.

—Te confieso algo —susurró—, para mí no hay nada como un ternerito recién destetado.

—¿Ah sí?, ¿por qué? —musitó.

—Porque una vez que le pongo mi marca, siempre vuelve a mí.

—¿Cuál marca?

—Ya lo verás.

Lorenza comenzó a alardear de los poderes que natura le confirió el día que la tierra la parió. Con una mirada lo desnudó, luego, las experimentadas manos envolvieron todo su cuerpo con fogosas caricias mientras su boca añeja le ofrendaba besos. Martín se sentía apabullado ante el poderío de aquella mujer, así que simplemente se

dejó llevar. Cerró los ojos para intentar canalizar el torrente incesante de sensaciones que estaba descubriendo, y que hicieron que al igual que Lorenza, se elevara del piso y flotara, pero cuando las manos y la boca de ella se dieron cita en su miembro para batirse a muerte por su amor, sus entrañas se arremolinaron en un placer agónico por el que estuvo a punto de perder la consciencia, si no hubiera sido por la precipitada explosión del simiente que brotó de su ser, y que Lorenza festejó soltando una grotesca carcajada que estremeció las paredes de bahareque del santuario. Martín buscó sus ojos y sonrió incitando a Lorenza a seguir instruyéndole en el amor, y ella así lo hizo hasta que le dio el único beso virgen que por años había guardado en su alma, y sofocada por el empeño de sus energías, se quedó tumbada y desnuda sobre la cama, que era como más cómoda se sentía.

—Aquí estaré cuando quieras volver —apuntó Lorenza antes de cerrar los ojos para dormir una buena siesta. Martín asintió con la cabeza terminando de vestirse, abrió la cortina y la dejó sola, cristalizada y en la penumbra de su santuario. Al salir de la casa sintió que las piernas le temblaban como las de un ternero recién nacido al caminar por primera vez, y no pudo evitar sonreír porque justamente eso era para ella.

Diego lo esperaba con una bota de vino al otro lado de la calle, y cuando le vio el brillo en los ojos y una sonrisa atascada, abrió la bota.

—¡Por el nacimiento de tu hombría! —brindó dándose un trago.

Pasó la bota a Martín, quien se bebió de golpe un largo trago, más por sed que por festejar su hombría. Diego le dio unas palmadas en el hombro que su hijo tomó como expresión de afecto. De regreso a casa el orgulloso padre se pavoneaba por las calles contando a cuanto conocido se encontraba que su hijo ya no era un niño, recibiendo Martín los respectivos elogios por demostrar su hombría. Pasó también por donde Pedro, a quien encontró en el patio tomando medidas para el habitáculo que construiría con las eternas e indestructibles maderas del galeón; habitáculo que sería para su amigo, según le contó, una reliquia sin más valor que el de haber llevado y traído con bien a puertos seguros a muchas almas.

Diego con efusivo entusiasmo le contó lo que había pasado, mientras que Martín comenzaba a hartase de volver a escuchar su proeza, mas cuando se dio cuenta de que las mujeres de la casa escuchaban la novedad, se puso firme, sacó pecho y alterando la voz para que sonara más grave le preguntó a Pedro si podría ser su ayudante a cambio de que le enseñara a trabajar la madera, y de paso le hablara de la vida en el mar. Pedro tras darle la enhorabuena aceptó más que complacido, quedando citado todos los fines de semana en las tardes hasta que partiera. El joven tras su irreflexivo ofrecimiento se arrepintió inmediatamente de haber abierto la boca; las ganas de que lo vieran como un hombre le impidieron caer en cuenta de que volver a la casa donde murieron su madre y hermano solo le traería recuerdos tristes, pero no pudo cambiar de parecer porque empezaría a ser tratado como un adulto, y faltar a su palabra lo dejaría muy mal parado ante Pedro y su padre.

Desde entonces Carmen dedicaba la mañana de los sábados y domingos a emperifollarse. Se acicalaba los cabellos, se perfumaba la piel con aceites de esencias frutales, se limpiaba las uñas, se aplicaba en el rostro una fina capa de polvo de arroz, colorete para resaltar las mejillas y bálsamo en los labios, luego se sentaba en la sala con una madeja de hilo y una aguja con la que mal bordaba pañuelos de olán por el nerviosismo que se apoderaba de ella mientras esperaba a Martín.

Cada vez que lo veía llegar sentía cómo las tripas no solo se le retorcían, sino que los latidos del corazón se aceleraban, y la mente se bloqueaba al punto de quedar sin habla. Sensaciones poderosas que crecían dentro de ella sin control, tan poderosas que eran capaces de poner su mundo al revés, arrancar el rencor incrustado en su alma y quedar irónicamente agradecida con su padre por convertirse sin querer en el artífice del primer amor de su vida.

Martín no estaba seguro de si tendría que faltar a su palabra con tal de evitar ir a la casa donde sufrió tanto, pero resultó que la tristeza que sentía se fue disipando gracias a las dulces atenciones que de Carmen recibía, y al cariño que Pedro rápidamente le profesó; sentimiento que incordiaba a Ana Teresa por ver en él al anhelado hijo que hasta ese día no había podido dar a su marido, y

no menos a Lucía, que no soportaba la chulería de Martín, quien además le usurpaba en sus narices el afecto de su padre.

Uno de esos sábados cuando el sol de la tarde aún asfixiaba, Lucía con dos palos secos en mano se puso al frente de su padre, que en ese momento hacía la digestión de la comida echado en una mecedora. Ella lo miró y le lanzó uno de los palos sobre las piernas.

—Os desafío, bribón —retó apuntándole al pecho con la improvisada arma.

Pedro no se inmutó. Se quedó mirándola recordando la última vez que había jugado con ella a los espadachines, y de eso hacía mucho tiempo en Sevilla.

—¡En guardia! Vais a probar el filo de mi espada —respondió incorporándose y poniéndose en posición de ataque.

Lucía lo miró con sorna, y con soberano desdén le zurró un golpe en el hombro.

—¡Muere, bellaco! —gritó levantando con las manos el arma letal.

Pedro sorprendido con la agilidad de la pequeña, se defendía corriendo por el patio mientras Lucía lo perseguía. Rosario, al ver la algarabía, se contagió del desorden y se unió a su hermana en la batalla. La intensa lucha dejaba al hombre postrado en el piso, sin aire, y muerto de la risa. En ese momento hizo presencia en la casa Martín. Pedro lo recibió pidiéndole ayuda para liberarse y contratacar al enemigo, pero Lucía impidió que se acercara dándole estocadas y arañazos, y no precisamente a modo de juego. Fue entonces cuando Carmen, se dejó llevar aliándose al bando femenino. Las risotadas de ambos bandos se escuchaban por toda la casa y duraron bastante, hasta que Ana Teresa al ver la zalagarda que habían montado sentenció el cese de la batalla con un «¡suficiente!, ¡parad todos! ¿No ves, Pedro, que ese juego no es para niñas?».

Todos al oírla dejaron de jugar recobrando la compostura, mas Lucía no paró hasta darle un par de estocadas a Martín.

—¡Que lo dejes ya! —protestó el joven—. ¿Es que no escuchas a tu madre?, que las espadas, aunque sean de palo, son cosa de hombres.

—Ya lo sé, pero como Rosario parece más hombre que tú —rechistó con ironía.

—Lucía, ¿otra vez?, calla por favor —dictaminó Ana Teresa.

—Callaré cuando se largue de aquí.

—Eso no lo decides tú. ¿Acaso se te olvida de quién es esta casa? —increpó Carmen.

—¿Y tú por qué lo defiendes? —recriminó Lucía.

—¿Y tú por qué lo atacas? —contestó la mayor de las hermanas.

—Bueno, ustedes dos, dejad ya la fregantina. Se acabó el juego —aseveró Pedro llamando a Martín para ponerse manos a la obra.

Lucía no tenía ganas de quedarse en el patio junto a su madre y hermanas para que por cualquier cosa que hiciera o dijera le rechistaran, y menos quedarse viendo a los hombres cortar y lijar maderas, por lo que indignada prefirió irse a la calle a jugar con Juan y Tomasa pensando que ahora incluso las broncas no solo se las echaban por sus hermanas, sino también por alguien que no era nada de ellos.

Los hijos de Dominga se sentían más que felices con el trato que recibían de los nuevos amos; seguían mostrándose retraídos y callados en presencia de ellos, aunque con Lucía se dejaban ver tal y como eran, unos niños risueños igual que ella; unos niños a los que su madre no había podido darles el valiosísimo regalo de ser dueños de su propia vida, pero a cambio, les enseñó desde muy pequeños a cuidar el uno del otro, por eso Lucía nunca los había visto discutir y menos pelear.

—Amita, ¿le gustaría conocer un lugar secreto que tenemos? —le preguntó Tomasa.

Los ojos de Lucía brillaron intrigados.

—No, Tomasa, no podemos llevarla —replicó Juan frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué no?, ¿quién eres tú para decidirlo? —le increpó Lucía.

—Nadie, amita, pero eso sería meternos en un buen problema; si nos pillan no quiero ni pensar en el castigo, qué castigo, digo azote, qué azote, digo mochar un dedo, una oreja; ¡quién sabe lo que nos harían!

—Nadie nos va a pillar, ¿y cómo se te ocurre pensar que mis padres os harían esas cosas? Ellos no serían capaces de hacer nada

de eso. ¡Qué locuras dices, Juan!

—Quizás el amo Pedro y la ama Ana Teresa no, pero el amo Diego seguro. Además, amita, ese lugar se encuentra lejos, en las afuera de la ciudad, y puede ser muy peligroso —añadió Juan intentando persuadirla para que desistiera de la idea.

—Para ti hasta una hormiga es peligrosa. ¿Cuánto tiempo demoraríamos yendo a caballo?

—Más o menos un cuarto de tabaco fumado, pero si el amo Pedro se entera de que cogimos el azabache sin su permiso, de verdad que nos mata.

—¿Acaso, Juan, tú no pasas horas y horas acicalándolo, paseándolo y haciendo no sé qué cosas con ese animal? ¡Venga ya!, sabes que eso no es ningún problema.

—Además Juan, tú y yo hemos ido casi todos los sábados y nunca nos han dicho nada —añadió Tomasa.

—¡Iremos, Tomasa! ¡Está decidido! Juan, ¿vas a venir con nosotras o no, cobardica?

—No soy ningún cobarde, pero si ocurre algo la culpa será de la amita.

—Que no pasará nada. Entonces iremos en el caballo azabache para llegar más rápido. Este será nuestro secreto, y aunque a vosotros en la casa no se os escucha la voz, debéis tener cuidado de no comentar nada de esto frente a Rosario, porque seguro nos chivaría sin querer, y mucho menos delante de Carmen, porque esa nos chivaría queriendo.

—Eso no será problema, amita —aseguró Tomasa.

—Creo que debemos ir el próximo sábado a la hora de la siesta, cuando el calor es tan fuerte que ni el diablo se asoma a las calles. Tendremos tiempo más que suficiente para ir y volver. En todo caso, si notaran nuestra ausencia y nos preguntaran algo, vosotros diréis que estabais bañando al caballo, y yo recogiendo cangrejos o caracoles de esos que pululan en la playa —planeó Lucía.

Así pues, con el desenfreno de hacer algo prohibido se dispusieron a llevar a cabo el plan el día y a la hora indicada. Lucía salió de la casa sentada sobre el azabache, y Juan y Tomasa caminaban por la arena abrasadora cada uno a un lado del caballo. Sus corazones

latían más rápido de normal y las manos les sudaban más por los nervios que por el calor bochornoso.

Al dejar atrás la empalizada ciudad, aceleraron el andar vigilados por una interminable hilera de esbeltos cocoteros; cuando consideraron estar lejos de la mirada de cualquier cotilla, los dos muleques se subieron al lomo del animal y galoparon hacia el norte por la línea costera. La brisa tibia que acariciaba sus rostros apaciguaba la dureza de aquel sol de mediodía. Anduvieron a ese ritmo hasta toparse con unas rocas de formas caprichosas, dispuestas en desorden sobre la arena de la playa. Allí cambiaron de dirección y se internaron en el monte. Avanzaban en zigzag como una culebra que se abre paso entre árboles, matorrales, palmeras y corozales. Entonces el terreno plano comenzó a tomar inclinación. Juan bajó del caballo para quitarle carga al animal llevándolo agarrado con una mano por la brida.

—¿Falta mucho? —preguntó Lucía algo inquieta.

—No, amita, ya estamos llegando —respondió Juan.

Al rato de seguir cuesta arriba, Juan y Tomasa se miraron de reojo.

—¡Aquí es! —exclamaron casi a la misma vez.

Se detuvieron y bajaron del caballo atándolo a un árbol. Lucía confundida miró en todas direcciones y solo veía verde y más verde.

—Así que este es el famoso sitio, pues no veo qué tiene de especial —recriminó molesta pensando que todo era una broma tonta.

—Es porque la amita no ha visto bien —dijo Tomasa soltando una risotada.

Juan se acercó a una cortina de bejucos, las zarandeó con fuerza y un agujero en la montaña no mucho más grande que ellos se abrió ante sus ojos. Armado con un cuchillo en una mano y una varita de palma en la otra, entró sigiloso para asegurarse de que no hubiera ningún animal adentro. Tras ratificar que no había nada dio aviso para que sus compañeras entraran en las fauces de la montaña. Así lo hicieron. Se detuvieron cuando quedaron a oscuras distinguiendo solo unos tenues haces de luz que parecían luciérnagas revoloteando en una noche oscura.

—¿Qué es este lugar?, y ¿qué es lo que brilla al fondo? —preguntó Lucía.

—Lo llamamos «La Ventana al Cielo». Acérquese, amita… acérquese —indicó Juan separando con las manos una tupida pared de trepadoras.

La luz del sol iluminó el paraje dejando ver el piso disparejo y los rugosos muros de roca oscura. Entonces Lucía se acercó a Juan quedando descubiertas ante ella unas vistas que ni en sueños hubiera podido ver. Sonrió, suspiró y se sentó en un trono de tierra en aquel castillete inhóspito.

—Pues sí que hace honor a su nombre —comentó asombrada.

—¿Le gusta a la amita? —preguntó Juan.

—No he visto nada más bonito.

—Te dije, Juan, que le que gustaría, y no me querías creer —le reprochó Tomasa.

Los muleques se sentaron a su lado observando a lo lejos cómo el cielo y el océano se fundían en una sola cosa.

—Daría mi vida por ver qué hay allá, en el fin del mar —expuso Juan.

—Que no os engañen los ojos, ese mar que veis tan sereno es un lobo disfrazado de cordero, que a punto estuvo de arrancarnos la vida —apuntó Lucía al tiempo que preguntó—, ¿cómo habéis encontrado este lugar?

—Mamá Dominga nos lo enseñó una vez cuando vinimos a un encuentro de esclavos en la playa de piedras. Nos contó que fue encontrado de casualidad por unos esclavos que estaban siendo perseguidos para ser ajusticiados, pero gracias a que se toparon con la cueva pudieron esconderse salvando los pellejos, después huyeron dizque al sur, lejos de Cartagena, lejos de los amos.

—¿Y ella cómo supo que eso ocurrió así?

—Porque un hermano de ella fue uno de huidos, y mucho tiempo después él la buscó y le contó lo que pasó —respondió Tomasa.

—Vaya por Dios. ¿Por qué vosotros no vivís aquí?, o en el sur de Cartagena con los otros huidos, lejos de la gente que os ha maltratado.

—La respuesta es sencilla; por mamá Dominga. No queremos separarnos de ella, y porque preferimos vivir. Si nos escapamos, el amo Diego nos buscaría hasta encontrarnos y seguro nos mataría

—aseguraba Juan apenado—, además, ya mamá Dominga es feliz, porque ella imploró a los dioses para que tuviésemos otro amo y mire lo que ha pasado.

—No lo entiendo. Mirad qué inmenso es el mar y la tierra, entonces ¿por qué no podemos vivir todos en armonía?

—Porque no somos iguales, amita.

—¿Qué quieres decir, Tomasa?

—Pues eso, que no somos iguales porque la piel de la amita es…, es blanca, limpia, pura, en cambio la nuestra es oscura, sucia, impura, y no importa en qué parte del mundo estemos o cuántos años tengamos, siempre será así. Por más que he intentado lavar mi piel el sucio no sale, el color no se destiñe —explicaba sobándose los brazos—. A veces quisiera arrancármela, pero eso tampoco serviría porque la piel volvería a salirme oscura. El color es lo único que importa en este mundo, amita.

—Entiendo, pero, aunque os cueste creerlo, no somos tan diferentes como decís. Mi abuela Trini solía decir que todos tenemos luces y sombras; que las sombras hay que llevarlas con uno, nos guste o no, y que de uno depende que estas opaquen o no nuestras luces. Yo nací blanca, es verdad, pero eso no me sirve de nada porque soy mujer y no puedo decidir nada o casi nada de mi vida. Así que en verdad creo que somos más parecidos de lo que pensáis.

Juan y Tomasa se miraron sin decir nada.

—Bueno, me ha hecho mucha ilusión conocer este paraje, será nuestro lugar secreto y volveremos, pero ahora mejor regresemos —precisó Lucía.

—Sí, lo que diga la amita —contestó Tomasa.

Soltaron los bejucos, taparon bien las entradas y regresaron por el mismo camino. Aún brillaba el sol cuando entraron a la ciudad. Juan y Tomasa llegaron primero a la casa. Entraron juntos por la puerta trasera, en silencio caminaron por el patio, metieron al caballo en su rústica caballeriza, le dieron agua y pasto, y cerraron la verja de barrotes. Asustados se metieron en el cuarto donde dormían y ahí se quedaron esperando a que en cualquier momento aparecieran los amos preguntando que en dónde habían estado y castigarles. Lucía se había quedado en la playa para que no la vieran llegar al mismo

tiempo que los esclavos. Recogió algunas caracuchas y caracolas, y caminó hasta a su casa. Al llegar vio que la puerta estaba abierta y enseguida supo qué hacer. Sujetó con ambas manos las conchas, llenó de aire los pulmones y entró corriendo como caballo desbocado. Pasaba por el salón y antes de subir las escaleras escuchó una voz masculina.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

Lucía se asustó, levantó la mirada, y dio un mal paso cayendo al suelo. Las caracuchas y caracolas salieron volando quedando regadas por todo el salón y ella se dio un buen golpe. Martín, causante involuntario del accidente, arrugó la cara y se llevó las manos a la cabeza al verla caer; se acercó enseguida y la sujetó de los brazos para ayudarla a ponerse de pie, pero la buena intención fue correspondida con una fuerte patada en sus partes nobles que le hizo contraer los músculos de la cara, apretar los dientes y exhalar un gemido de dolor cayendo de rodillas al piso.

—Solo quería… —balbuceó.

Lucía, ya en pie, se encorvó quedando a su altura.

—¡Martín Martínez, de una buena vez, deja de venir aquí! —le espetó con ira contenida.

—¿Estás loca?, cómo se te ocurre patearme. Qué daño —reprochó encogido.

Lucía recogía con afán las caracuchas del piso cuando su padre entró al salón.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó con severidad.

—Que me he caído, y sin querer le he pegado a Martín que estaba por aquí —se apresuró en contestar.

—¿De dónde han salido todas estas caracolas?

—Las encontré en la playa. Es un regalo que te estoy haciendo. Para que lo pongas en el habitáculo cuando esté terminado.

—¿Y por qué tienes la ropa mojada?

—Es que el agua me salpicó un poco.

—¿Un poco?, ¡si estás empapada!

Lucía se puso nerviosa. Ya no sabía que más inventar y si Martín la delataba, un castigo le darían. Pedro la miró con recelo mientras le

daba la mano al joven ayudándolo a ponerse de pie.

—¿Estás bien, grumete?

—Sí —afirmó mirando fijamente a Lucía con la frente arrugada.

—Anda, niña, ve a secarte. Por qué será que siempre que te veo estás corriendo, neceando o peleando.

Ella en silencio terminó de recoger las caracuchas y aprisa subió las escaleras. Pensó, que por lo menos algo bueno había salido del golpe que se dio, y es que Martín había recibido uno más fuerte.

Como el plan de ir a la Ventana al Cielo les había salido tal cual lo planearon, Lucía, Tomasa y Juan decidieron volver el siguiente sábado, y el siguiente, y todos los siguientes que pudieran. Allí los temores de los muleques desaparecían, sus ojos no miraban al suelo y se sentían libres. Lucía les contaba historias de la tierra de donde venía, de las hazañas de su padre en los mares, y de todo lo que vivieron al cruzar el mar tenebroso. Tomasa, en cambio, hablaba de su gente, de los esclavos que al morir lejos de sus tierras seguían siendo esclavos, incluso después de muertos, porque los espíritus al no poder cruzar el mar no encontraban el camino de regreso; y Juan, sin saber sumar, sacaba cuentas de cuántos días, años o siglos tendría que trabajar para comprar su libertad, la de mamá Dominga y la de su hermana; trabajar era, en todo caso, la forma más fácil de conseguirlo, según les explicaba, pues obtener la libertad por gracia o voluntad testamentaria por parte del amo Diego, era a su criterio aún más difícil, por no decir imposible.

Un fuerte lazo amistad se creaba entre los tres. Lucía aprendía de ellos el lenguaje secreto con que estos se comunicaban sin hablar, a sentir compasión por el dolor del otro, y ellos aprendían de Lucía que no todos los blancos eran iguales, y que a pesar de ser esclavos podían soñar con ser algún día dueños de su propia vida.

# Capítulo VI
# El mercado de ébano

Pedro deseaba darle a su mujer todas las cosas que durante años no había podido ofrecerle y que ahora podía, como compensando los sacrificios que esta había hecho por él y las vicisitudes que había tenido que pasar. Un día quiso sorprenderla regalándole su primer esclavo; una manera de demostrarle que en Cartagena llevaría una vida mucho mejor que la tenía en la España. Inicialmente pensó en hablar con Diego para comprarle a Dominga, la negra que gentilmente le había prestado y que iba siendo momento de devolver a su dueño, pero no estaba interesado en adquirir una hembra y menos dos muleques, por lo que consideró mejor esperar la próxima subasta y conseguir un macho a buen precio. Como escribano, ya había registrado en libros unos pocos asientos de compra-venta de esclavos con los que se daba validez a los títulos de propiedad, pero nunca había estado en una subasta pública en calidad de comprador.

Ese día, Pedro, animoso le pidió a su mujer y a sus hijas que lo acompañaran a hacer una diligencia a la que Carmen no pudo, o más bien, no quiso ir porque estaba demasiado ocupada peinando sus cabellos; tampoco pudo Rosario por haberse quedado dormida abrazada a su muñeca con el dedo en la boca; así que solo Lucía los acompañó. Sin decirles para dónde ni qué iban a hacer, padres e hija caminaban por las calles bajo un cielo azul que anunciaba un día soleado y caluroso. Ana Teresa imponía el ritmo del andar cuidando que la parte inferior del vestido no terminara pintada de ocre por la arena. Se detuvieron cuando llegaron a la plaza de yerba. Allí una aglomeración de gentes se formaba delante de una tarima de madera, sobre la cual un mestizo viejo, gordo y de aspecto grasoso

pregonaba con voz enérgica.

—¡Llegó el día que estaban esperando! Acérquense que en breve comenzará la subasta de un lote de quince piezas de ébano a unos precios de salida que no se volverán a ver en mucho tiempo en esta plaza. ¡Vengan y llévense uno, llévense dos, llévenselos todos! Hay bozales, ladinos; llévense el que más les guste. Con estos precios no hay quien se resista. La puja ya va a comenzar.

—¿Pedro, y para que me traes aquí? —preguntó desconcertada.

—Justamente para lo que estás pensando.

—¿Venimos por un esclavo? —preguntó abriendo los ojos.

Él afirmó con la cabeza dejando entrever una sonrisilla que tenía en remojo desde hacía días para la ocasión.

—Me han chivado que la subasta de hoy es una ganga, así que aprovecharemos para que escojas tu primer esclavo en esta tierra.

La subasta dio inicio con un desfile. Las piezas de ébano sudando miedo puro se subieron a la tarima arrastrando gruesas y pesadas cadenas que llevaban en los pies. Uno seguido del otro se fueron ubicando detrás de una línea blanca dibujada con piedra caliza. Los cuerpos cubiertos con un pequeño taparrabo de cuero brillaban bajo el sol, efecto de una previa embadurnada con grasa de palma para homogeneizarles el color de la piel, atenuarles cualquier cicatriz y hacerlos lucir más atractivos.

Les hicieron levantar las manos, girar a un lado, girar al otro, abrir la boca, sacar la lengua y mostrar los dientes para que los interesados se dieran una idea general de lo que se vendería; luego los bajaron de la tarima dejando arriba solo a uno para subastarlos individualmente. El pregonero inició la primera subasta recordando que se mencionarían todas las señas particulares, habilidades, tachas o escarificaciones que se tuviesen, y que se permitiría en ese momento a los interesados acercarse para mirar más de cerca o hacer una inspección más detallada. Vista la pieza comenzaría la puja y el mejor postor se la llevaría. Pedro animó a su mujer a comprar la pieza que más le gustara. Ella con la emoción del momento subiéndole a la cabeza se acercó a las dos primeras piezas subastadas, más que nada para ver cómo los duchos compradores examinaban las orejas, la nariz, los dientes, el pecho, los dedos de

las manos y pies, las partes íntimas, y por último el sudor, llevándose a la nariz y a la lengua el dedo impregnado para determinar si el estado de salud era el que realmente ofertaban.

Ana Teresa se sentía muy contenta con lo que había visto y estaba preparada para entrar en la puja si algún esclavo le gustaba.

Subastaban la quinta pieza cuando Lucía comenzó a halarle el vestido.

—No me siento bien.

—¿Qué te pasa? —preguntó mirándola de refilón, volviendo a posar los ojos en la pieza que subastaban.

—No sé, me duele la cabeza y no puedo respirar bien. El aire se ha espesado —se quejó apoyando la cara en el brazo de la madre.

—¡Pero niña, si estás ardiendo! —exclamó dejando de sonreír.

—Quiero irme a casa, mamá.

Ana Teresa tomó la mano de Pedro y la puso en la frente de Lucía.

—Esta niña tiene mucha calentura —apuntó—. Hay que llevarla a la casa; parece que le está dando un golpe de calor, mira cómo tiene las mejillas de encendidas.

—Yo creo que se ha enfermado por tantos baños de mar que se da; y eso que le he dicho hasta la saciedad que el agua no es buena para la piel, que la abre permitiendo la entrada de enfermedades, pero es que ella no escucha consejo.

—Bueno, mujer, pues habrá que prohibírselo.

—Ya hablaré con ella de eso. Pedro, lo mejor será que me lleve a Lucía y que tú te quedes y elijas la pieza que más te guste, igual yo ni sé qué comprar.

—De acuerdo, mujer. Quítale la ropa, acuéstala, ponle paños húmedos en la frente y que beba mucha agua. Yo llegaré después.

Entonces, Ana Teresa, poniendo un pañuelo sobre la cabeza de la niña y tomándola de la mano la sacó de la plaza. Al llegar a la casa hizo lo que le indicó Pedro, le quitó el vestido, la acostó en la cama y le pidió a Dominga que le subiera agua y unos paños de tela.

—Pobre criaturilla, a lo mejor no es ni un golpe de calor, ni los baños, a lo mejor es este clima. Desde que llegamos supe que nos sentaría fatal; y es que cómo no enfermarse aquí con tanta humedad, tanto calor que nos hace sudar como negros

—conjeturaba mientras afanada por bajarle la temperatura le ponía un paño húmedo en la frente y otro en el cuello.

—¿Mamá, puedo preguntarte algo?

—Claro, mi niña.

—¿Por qué esos negros estaban encadenados?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, olvídalo.

—Venga, dime.

—Es que por un momento imaginé que fuéramos nosotros los que lleváramos las cadenas y me sentí mal por lo que les hacen.

—Pero qué cosas dices, Lucía. No tienes que sentirte mal. Las cadenas son el castigo que algunos esclavos necesitan sufrir para purificarse de las falsas creencias; los cristianos, estamos en la obligación moral de ayudarles en ese proceso, aunque, yo creo que todo lo que se hace por los negros es en vano, porque estos no tienen alma y eso los condena irremediablemente. ¿Entiendes ahora?

—¿Yo tengo alma?

—Claro que sí.

—Entonces… ¿Dominga, Tomasa y Juan no tienen alma?

—No, no tienen.

—¿Y cómo puedes saber que yo tengo alma y ellos no?

—Yo creo que no escuchas las enseñanzas de fray Antonio, o la fiebre te está afectando el entendimiento. Más bien, deja ya de preguntar tonterías y descansa.

Ana Teresa se recostó junto a ella y llamó nuevamente a Dominga y a Tomasa para que las abanicaran un rato. Las esclavas así lo hicieron. Se turnaban cuando la mano se les cansaba, y siguieron haciéndolo incluso después de que madre e hija se quedaron dormidas.

—Mamá Dominga, ¿de verdad ese es el dios de los amos? —preguntó Tomasa con voz apagada en uno de sus descansos al mirar fijamente un Cristo lastimero que colgaba de la pared.

—Sí, ese es.

—Qué raro, tiene pinta de todo menos de ser un dios; míralo, pero sí parece más un esclavo que otra cosa. Si hasta da pena; mira

cuántas heridas tiene… la herida que tuve en mi pata se parece a una de él. Yo no creo, mamá Dominga, que sea un dios —opinó—, y si lo es, no es nada poderoso, y si lo es, quien le hizo ese daño es mucho más poderoso que él. No entiendo por qué adoran a un dios tan débil, tan insignificante.

—Pues la verdad yo tampoco, pero ese es el dios de los blancos, no el mío, y mejor hagamos silencio para no despertarlas —masculló Dominga.

Cuando Lucía se levantó con los rayos de sol que entraban por la ventana, se percató de que no llevaba ropa puesta y que sus hermanas estaban dormidas a su lado. Caminó a la habitación contigua, se vistió con una enagua de su madre que le quedaba como un vestido y bajó las escaleras. En el salón vio a su padre hablar con un hombre, negro como una noche sin luna, más alto que él y más delgado también. Tenía en la espalda y en el pecho una marca, y seguro muy mala suerte porque le faltaba media oreja y un dedo en un pie.

Ana Teresa que estaba cortando algunas flores en el patio se acercó a ella al verla.

—Por fin te levantas, has dormido toda la tarde y toda la noche de ayer.

—¿He dormido tanto?

—Sí, ya es un nuevo día —afirmó tocándole la frente con una mano—. No tienes fiebre, ¿cómo te sientes?

—Con hambre, ¡con mucha hambre!

—Cuánto me alegro, el hambre es un buen síntoma y el ánimo también.

—Ve con Dominga. Que te ponga un poco de fruta, huevo, leche, o lo que te apetezca.

Lucía así lo hizo. Al llegar al patio de atrás encontró a Dominga pelando mangos y papaya.

—Dominga, tengo hambre. ¿Me das algo de comer?

—Enseguida le sirvo, niña. Veo que ya está bien.

—Si —respondió extrañada de que Dominga evitara mirarla a los ojos y de que su voz sonara apagada.

—¿Te pasa algo?

—No, niña, no me pasa nada.

—¿Entonces por qué parece que estuvieras llorando?

—Es por el humo del fogón, niña. Si uno acerca mucho la cabeza le lloran los ojos.

Lucía pensó que la negra no le decía la verdad, pero tenía demasiada hambre para seguir indagando; más tarde le preguntaría a Tomasa y se enteraría de todos modos, así que esperó a que le sirviera en un plato, y regresó con su madre.

—¿Quién es? —preguntó cuando se acercó a su madre.

—El regalo que me hizo tu padre —contestó emocionada—. Mi primer esclavo. Míralo —dijo señalándolo—. Es un negro ladino, nacido en el corazón de África. Aprendió nuestra lengua y la cultura castellana en La Española, donde vivió varios años sacando oro de una mina antes de ser traído a Cartagena.

—¿Puedo verlo de cerca?

—Si, pero primero come.

Lucía engulló los trozos de frutas que tenía en el plato y con la boca llena se fue al salón donde su padre continuaba instruyendo al esclavo; entre otras cosas le dijo que su función en la casa era la de servir a su mujer, que la fidelidad hacia ellos sería correspondida con un buen trato, comida, techo y vestido. Le prohibió bajo todo concepto subir a las habitaciones del segundo piso, salir de la casa sin autorización y nunca hacerlo de noche. El esclavo asentía con la cabeza a todas las indicaciones manteniéndose muy erguido. Su cuerpo estaba presente, pero sus pensamientos parecían estar en otro lugar, porque cuando Lucía se acercó y le preguntó cómo se llamaba, este no le respondió. Ni la miró siquiera.

—¿Sabe hablar, papa?

—Si, sabe hablar, pero ahora estoy explicándole algunas cosas —contestó Pedro.

Lucía los dejó y se fue a buscar a Tomasa, seguro ella la pondría al tanto de todo. La encontró sentada a la sombra del árbol del patio de atrás desgranando guandules. Se sentó a su lado; cogió una vaina sedosa, la abrió por la mitad y con el dedo índice barrió los granos verdosos que cayeron en una cazuela de barro. Le preguntó por el esclavo, que en dónde había dormido, y si habían hablado con

él. Ella le contestó que pasó la noche con ellos, que se acomodó en una esquina y ahí durmió sobre una esterilla, pero que la voz aún no se la había escuchado. También le dijo que su madre moqueó y jipió toda la noche, porque a partir de ahora en cualquier momento los mandarían de vuelta con el amo Diego, y eso la tenía muy triste, y a Juan y a ella también. Lucía al escucharla abrió los ojos parpadeando nerviosamente; se sintió la más tonta de las tontas por no haber pensado antes en las consecuencias que traería el regalo que le dieron a su madre, sobre todo porque esto le afectaba a ella también, ya que, si los devolvían, se quedaría sin compañeros de juego y sin ir a la Ventana al Cielo. Lucía dejó una vaina a medio desgranar, a Tomasa con los ojos llorosos y regresó corriendo a los fogones. Miró a la negra y le dijo que sabía lo que pasaba, que tenía que dejar lo que estaba haciendo, y que debía ir enseguida donde su madre a expresarle su deseo de quedarse aquí. Dominga le reconoció el motivo de su aflicción, pero no quería hacer lo que le pedía, pues nunca había sido buena para hablar, ni para pedir favores, y menos a los blancos, mas comprendió que la amita, como le decían cariñosamente sus hijos, tenía razón y debía intentarlo. Medio se limpió las manos de hollín y salió en busca del ama que en ese momento estaba sentada en el salón bordando. Al verla, el llanto volvió a brotar de sus ojos.

—¡Ama deje que nos quedemos con usted! ¡Haremos lo que sea, pero no nos devuelva! —rogó sollozando.

—¿Qué pasa, negra?, no te entiendo nada —dijo Ana Teresa exaltada.

—Por favor, ama, no nos devuelva al amo Diego —clamó haciendo un esfuerzo por aclarar la garganta y limpiándose los mocos que le escurrían.

—¡Deja de llorar!, que me alteras los nervios —respondió casi con pena por la esclava—. No está en mis manos que te quedes en esta casa. Cuando llegue el momento tú y los muleques regresaréis con vuestro verdadero amo, pero de momento seguiréis aquí hasta que Diego quiera. Ahora seca esas lágrimas, y vuelve a tus labores —sentenció con afable desprecio.

Las palabras que Dominga tenía en la punta de la lengua se

escondieron en la boca negándose a salir. Abatida dio media vuelta y se retiró a los fogones con la sensación de llevar sobre la espalda una pesada piedra que la obligaba a arrastrar los pies y a apoyar una mano en la cintura para equilibrarse.

Lucía la vio llegar al patio de atrás arqueada, y con la cara lavada en llanto; un claro vaticinio de una rotunda negativa a su requerimiento. La niña no le dijo nada y respetó su desdicha dejándola sola, era evidente que deseaba estarlo.

Dominga sintió una desmesurada lástima de sí misma y en silencio lamentó su infortunio; lo único que había conseguido era ratificar que no estaría en el seno de la familia de la Flor y Olmos por mucho tiempo, y que solo le quedaba seguir sirviéndoles disimulando su decepción con sonrisas amargas y aceptar su condición.

No había pasado una semana de haber comprado Pedro al esclavo cuando este cayó enfermo; una rara debilidad le impedía trabajar, al punto que ni siquiera podía levantarse de la esterilla de paja donde dormía. Dominga dio aviso a los amos, quienes extrañados se acercaron a la estancia perfumada a heces de gallina y patos para ver qué le ocurría.

—¿Qué te aqueja, negro? —preguntó Pedro acercándose a la esterilla.

—Un dolor en el costado, amo.

—¿Un dolor en el costado?, ¿no será que lo estás inventando para no trabajar? —preguntó con desconfianza Ana Teresa.

—No ama. Yo nunca inventaría eso —contestó lacrimoso—. El dolor empezó hace tres días como una dolencia suave, pero ahora es muy fuerte y me cuesta hasta moverme; míreme las patas, ama, mírelas amo, están muy hinchadas.

—Sí, eso veo —aseveró Pedro agachándose y viéndolo más de cerca—. Qué faena, hombre. Quédate acostado, y si no mejoras en un par de días, mando traer al médico. Dominga, deja las ventanas y la puerta abierta para que el aire no se vicie; pon a tibiar agua, y prepara unos paños para ponerle en las piernas. Dale de comer sopa de huevos y que se quede tumbado sin hacer nada para que se restablezca —ordenó Pedro saliendo del lugar, seguido por Ana

Teresa quien iba visiblemente contrariada.

—¡No puedo creerlo!, un esclavo maltrecho. Si recién llegado no se puede levantar, ¿qué vendrá después? Pedro, me temo que habrá que devolverlo.

—Cálmate, mujer. Ese pobre hombre se ha enfermado por el viaje que ha hecho. Tú mejor que nadie deberías saber que la gente se enferma en las travesías, seas esclavo o no. ¿Es que ya no recuerdas cómo te pusiste en el Inmaculada?, así que deja al negro en paz, que en unos días estará bien —aseguró.

A Dominga le convenía que el esclavo estuviera enfermo, que su salud se deteriorara y mejor aún, que muriera, mas no estaba en ella desearle mal ni maltratar a alguien de su misma condición. Por el contrario, se compadeció de él cuando vio en sus ojos que el mal que lo aquejaba era una profunda tristeza, así que se esmeró en cuidarlo haciendo todo lo que le ordenaron, y hasta más, porque puso a sus hijos a que le dieran frecuentemente sorbos de agua endulzada con miel y ella misma le masajeó las piernas con un ungüento de sebo de carnero para bajar la hinchazón.

Lucía se sentía intrigada por la suerte de aquel hombre al que ni siquiera conocía. Cuando nadie la veía, aprovechaba para pasearse por la estancia de los esclavos, asomarse a la puerta, y verlo disimuladamente; no se atrevía a entrar, pero le hacía señas a Tomasa para que le indicara con el dedo pulgar de la mano si el esclavo estaba mejorando o no, obteniendo por respuesta el pulgar hacia abajo. Al tercer día de hacer lo mismo le preguntó directamente a Dominga si pensaba que el esclavo moriría, ella le contestó que esperaba que no, que parecía ser un hombre fuerte lidiando con una enfermedad, como otras tantas. Lucía entonces entró a la habitación en contra del parecer de Dominga, saludó con los ojos a Juan y a Tomasa que estaban acostados en los catres, y se sentó al lado del esclavo. Escuchaba su respiración muy lenta y muy pesada mientras le observaba una cicatriz en el pecho.

—¿Cómo te sientes?

—Mal —respondió girando lentamente la cabeza hacia ella al escucharla—. Sus ojos negros y hundidos se posaron sobre los azules ojos de Lucía, y tras mirarla detenidamente susurró—. La

muerte ronda por aquí; siento su presencia, pero no puedo verla, de pronto el ama sí pueda. Pregúntele si me va a llevar; dígale que lo haga pronto, que estoy cansado —pidió observándola con rostro taciturno.

—¿Qué has dicho?

—Nada, ama, no haga caso a mis disparates.

—Repite lo que has dicho, ¿qué le pregunte a quien qué?

—A nadie, nada. Ama, váyase de aquí antes de que los amos la vean y la regañen —respondió con una resignación dolorosa.

—Tus amos están dormidos y como no tengo otra cosa que hacer vengo a conocerte. Te vi el día de la subasta.

—Yo no la vi, me acordaría de su rostro.

—¿Qué tal si me hablas un poco de ti?

—Lo que quiera el ama, pero qué interés puede tener la vida de un infeliz esclavo enfermo —repuso lacónico.

—Pues si estoy aquí es porque algún interés debo de tener, además, según me parece no tienes mucho que hacer.

—Como diga el ama.

—¿Cómo te llamas?, ni siquiera se tu nombre, ¿de dónde eres?

—Braima Biojó es mi nombre verdadero —comentó sin muchas ganas, mirando fijamente el techo de palma—. Nací en una tierra muy lejos de aquí, donde fui un guerrero.

—Así que te llamas Braima; ¿y fuiste un guerrero? —preguntó más intrigada.

—Si, uno muy respetado.

—Y Braima Biojó, el guerrero, ¿tenía familia?

—Tenía mujer y un hijo pequeño llamado Benkos.

—¿Y dónde están?, ¿por qué no estás con ellos?

—Estuve con ellos hasta el día que fuimos atacados.

—¿Atacados?

—Si. Atacados por sorpresa. No era la primera vez que ocurría. Mi tribu, guerrera por naturaleza, sabía responder a un ataque; pero aquellos enemigos eran diferentes; parecían demonios de piel blanca y plateada —respondió mirando con recelo a Lucía dejando entrever su odio en medio del dolor—. Sus armaduras y su técnica de lucha eran superiores a las nuestras; y sus armas escupían fuego, un

fuego que mataba a pies de distancia. Mis hermanos guerreros y yo los enfrentamos, enviando a nuestras mujeres y niños a refugiarse en la selva. Un grave error, aunque tarde caímos en la cuenta.

—¿Por qué fue un grave error?

—Porque les inviamos directo a una trampa. La selva misma escupía a los enemigos que aparecían detrás de los árboles lanzando redes que les hicieron caer. Precisamente, de esa forma, capturaron a mi mujer y a mi hijo. En medio de la lucha vi cómo uno de los demonios los atrapó, y agarrándolos por el pelo les gritaba cosas en una lengua hasta entonces desconocida para nosotros.

—¿Y qué pasó con ellos?

—Mi mujer lloraba, rogaba para que liberaran al niño, pero sus ruegos fueron respondidos con patadas y golpes. En ese instante me volví loco de ira y corrí hacia ellos quitándome del camino a uno sajándole el cuello. Seguí corriendo, y el guerrero que los tenía me apuntó con su arma, pero antes de que pudiera usarla, di un salto, cerré el puño de la mano y en el aire le aticé un golpe en la cabeza que lo dejó tumbado en la tierra. Los liberé de la red y les grité que corrieran, y eso hicieron; en eso, vi que otros dos enemigos venían hacia nosotros. Yo intenté distraerlos saltando y moviéndome de un lado a otro para darles una oportunidad de huir. Entonces, uno me apuntó con el arma, disparó y falló; el otro en cambio apuntó a mi mujer, disparó, y ella cayó desplomada al suelo. Benkos se arrodilló a su lado intentando levantarla, más ella no se movía. Lloraba confundido sin saber qué hacer; le grité «¡Benkos corre!, ¡huye!». Él me miró y pude ver en sus ojos lo aterrorizado que estaba, volví a gritarle para que reaccionara, y así soltó la mano de su madre y corrió escabulléndose en la selva desapareciendo de mi vista —El esclavo hizo un breve silencio para soltar un profundo suspiro—. Todas las noches cuando cierro los ojos recuerdo su mirada.

—Es muy triste, Braima —se condolió con lágrimas en los ojos—. ¿Y Benkos, escapó?

—No estoy seguro, porque eso es lo último que recuerdo del ataque, me golpearon en la cabeza y por un rato estuve sin saber de mí. Cuando desperté tenía las manos atadas y estaba aturdido. Pregunté a quienes estaban junto a mí qué había pasado, si habían

visto a Benkos, si sabían algo de él. Solo me dijeron que fuimos vencidos, y que no sabían nada de él ni de muchos otros. En ese instante el dolor en mi corazón fue infinitamente mayor al dolor físico que sentía —decía con una voz que se tornaba más grave y rota—. Pensé en quitarme la vida, ya nada me importaba, pero no podía morir porque aún guardaba la esperanza de que Benkos hubiera logrado escapar, y estaba decidido a encontrarlo.

—¿Y lo encontraste? —preguntó ella secándose las lágrimas con las manos.

—No, pero mi corazón me dice que está vivo.

—¿Y qué pasó contigo?, ¿qué pasó con tu gente?

—Aquel día perdimos todo cuanto teníamos, nuestra tierra, nuestras mujeres, nuestros hijos, nuestra vida. Fue entonces cuando conocí las cadenas; mi cuello, mis manos y mis pies las cargaron por primera vez. Eran pesadas y hacían mucho daño descuajándonos la piel. Las arrastramos caminando largas jornadas y con cada paso que dábamos, pensábamos en cómo arrancarlas para tomar venganza. Algunos de la tribu se dejaron llevar por la ira y la desesperación, y se precipitaron atacando a nuestros captores usando las mismas cadenas para someterles, pero los intentos fueron fallidos, y solo consiguieron como castigo una muerte terriblemente dolorosa y cruel que nos obligaron ver para que supiéramos lo que nos esperaba al resto en caso de sublevarnos.

—¿Acaso, qué les hacían? —preguntó casi sin querer saber la respuesta.

—Les azotaban con sogas breadas que arrancaban pedazos de carne viva, quedando expuestos a la vista los huesos de algunas partes de sus cuerpos, y no satisfechos con el dolor infringido, les bañaban en vinagre y aceite caliente, y finalizaban el castigo tirándolos moribundos en la arena bajo el sol para que las aves de rapiña los remataran.

—¡Virgen Santa! —exclamó horrorizada con lágrimas en los ojos.

—La gran mayoría decidimos obedecer para vivir. Caminamos dos o tres días seguidos, no lo recuerdo bien, hasta llegar a un descampado frente al mar; estábamos medio muertos de hambre y sed, y con llagas sangrantes en las partes donde las cadenas

rozaban la piel.

Llegó a nuestros oídos que al otro lado de aquellas aguas vivía un demonio poderoso, el más poderoso de todos; era el que dotaba al ejército de hombres blancos con armas a cambio de que le llevaran negros para extraerles la grasa y la sangre de los cuerpos; con ello hacían una especie de pintura que aplicaban en las muchas embarcaciones que el demonio poseía. Luego constatamos que el rumor era falso, pero cierto era que allí quedaba una de sus guaridas. Ese demonio venció a muchas tribus, algunas de ellas enemigas nuestras, otras no, y a otras no las conocíamos, aunque eso ya no importaba porque todos fuimos avasallados por sus guerreros y sometidos mediante un extraño ritual.

—¿Un extraño ritual, dices?

—Sí. Un ritual que creímos era para matarnos, o por lo menos fue lo que en ese momento pensamos, porque dispuestos en filas como estábamos, nos obligaron a hincarnos de rodillas, nos salpicaron con agua y nos recitaron unas palabras que no entendimos, luego, nos abrieron la boca y nos tiraron de la lengua para ponernos un pedacito de pan que debíamos tragar. Quienes se negaban a abrir la boca eran fuertemente azotados; de nada servía oponer resistencia porque lo único que se conseguía era aumentar el sufrimiento. Llegado mi turno, saqué toda la lengua y abrí bien los ojos para ver con claridad al verdugo que acabaría con mi vida usando aquel trocillo de pan envenenado. Si iba a morir lo haría con dignidad, como un guerrero. Pero no fue así. No morí, ninguno lo hizo; no ese día.

—Claro que no, comentó Lucía. Me parece que solo los estaban bautizando y dando la comunión.

—Así es. Con el ritual nos dieron un nuevo nombre; a mí comenzaron a llamarme Tiburcio, porque Braima era un nombre infiel. Desde entonces ya no nos permitían hablar en nuestra lengua; si queríamos decir algo debíamos hacerlo en castellano, o como decían ellos, debíamos ladinizarnos. Después de unos cuantos azotes aprendí a comunicarme bastante rápido. La verdad es que todo carecía de sentido, yo no imaginaba cuál sería nuestro destino, o qué harían con nosotros.

—¿Qué les hicieron? —preguntó atribulada por las penurias que aquel esclavo le relataba.

—Fuimos separados en pequeños grupos y llevados a unas barracas algo alejadas de la playa. Pasamos por un barracón en el que había decenas de prisioneros con las caras largas viéndonos pasar con lástima; en ese momento no entendí sus miradas, pero cuando escuchamos gritos desgarradores y un fuerte olor a carne chamuscada supimos que algo muy malo nos iba a pasar. Uno de los captores, el más gordo, maloliente y seboso, me separó del grupo y me llevó a empellones hacia la sombra de unos árboles en donde nos esperaban otros tres que parecían distraídos en ese momento, entonces aquel grotesco hombre blanco cometió un error, o eso creí, pues me liberó de todas las cadenas que llevaba. En ese instante vi la oportunidad perfecta para derribarlo de un golpe, coger su arma y huir corriendo; yo era fuerte y veloz, sabía que podía y debía hacerlo, porque no tendría otra oportunidad igual, así que, sin pensarlo, me lancé contra él con todas mis fuerzas, pero mis pies entumecidos de tantos días de usar grilletes trastabillaron y al suelo fui a parar. Mi opresor sin inmutarse me vio, soltó una carcajada y me dio un culatazo en la cabeza. Algo dijo, que no entendí, y ni falta que hacía, porque estaba claro que se burlaba y sabía de antemano lo que iba a ocurrir. Supuse que el fin de mi vida ahora sí había llegado. A patadas me indicó que me arrastrara hacia los árboles donde estaban sus compañeros, quienes, festejando la befa, nuevamente inmovilizaron mis pies metiéndolos en una barra de hierro; me arrodillaron con las manos bien atadas a la espalda, y luego, uno de ellos me agarró con fuerza la cabeza mientras otro me puso en el pecho un papel con aceite. Vi entonces venir hacia mí un hierro candente, cerré los ojos y sentí un terrible dolor que atravesó todo mi cuerpo.

—¡Jesús Sacramentado!, es la marca que tienes en el pecho, ¿verdad?

—Si —respondió tocándose la cicatriz en alto relieve sobre la piel—. Con un dolor tremebundo y a rastras me llevaron al barracón, ahí dejaban a los marcados mientras la herida cicatrizaba. Por algún motivo los que nos apresaron querían mantenernos vivos, pues nos

daban de comer dos veces al día un cazo con un mazacote que no era bueno de sabor ni mucha la cantidad, pero tocaba comerlo; también nos daban una cera para untarla sobre las heridas. Así estuvimos días, esperando a que cicatrizaran, y esperando a ver qué sería de nuestra suerte, hasta que uno de esos días, nos hicieron subir a una de las embarcaciones del demonio. Era grande, oscura, con varios velámenes. Nunca había visto cosa igual.

—Conozco esas embarcaciones, pero creo que tu demonio, en realidad no era un demonio.

—Para nosotros sí lo era. En ese entonces, no había cautivo que no estuviera azarado; reconozco que yo mismo temblé de miedo cuando me metieron en un hueco sin poder ver la luz del día. A uno tras otro nos fueron apiñando hasta casi no poder movernos, y, sin embargo, lo más espantoso estaba aún por ocurrir.

—¿Pero que puede haber peor?

—Cuando la embarcación comenzó a moverse de un lado a otro, muchos cayeron en la desesperación; algunos gritaban que por piedad los matasen de una vez, otros se hacían daño a sí mismos golpeándose, arrancándose los pelos, y en un momento u otro, todos llorábamos. El calor, la falta de aire, y ese ambiente inmundo viciado por nuestros propios sudores, vómitos y excrementos, superaban cualquier resistencia, incluso la del mejor guerrero.

—Cómo no enloquecer y morir con todo lo que les hacían.

—Es que no querían que muriésemos, por eso cada tanto, nos soplaban aire con un fuelle que nos permitía respirar un poco mejor; también sacaban cada día grupos pequeños al exterior para desentumecer el cuerpo y ver la luz del sol; ese breve momento nos devolvía a la vida, sin duda alguna, pero eso cambió el día en que cinco encadenados estando arriba se las arreglaron para lanzarse a una muerte segura en las profundas aguas, así que de castigo no volvimos a ver el sol. La sed y el hambre que pasamos eran el menor de nuestros males, porque el dolor y sufrimiento, causado por las terribles enfermedades que aparecieron, sentenciaron a muchos a morir. Nuestros captores intentaron disminuir la gran mortandad rociándonos con vinagre, volviéndonos a soplar aire y dando a los enfermos raciones más generosas del mazacote que comíamos, pero

eso nada nos aliviaba. Quienes no moríamos seguíamos en agonía y quienes morían eran cargados como bultos y arrojados al agua sin más.

—¡Cuánto sufrimiento! —exclamó Lucía.

—Sí, ¡cuánto sufrimiento padecimos!, ¡cuánta cosa vil presencié! Vi a los que se dejaron morir de hambre. A esos les abrían la boca y les metían la comida a las malas; si se negaban a tragar eran azotados, si vomitaban también, pero las ganas de morir de algunos eran tan fuertes, que cualquier castigo lejos de apabullarles les acercaba más rápido a la muerte. Vi a los que perdieron irremediablemente la razón. Admito que llegué a envidiar su locura, porque creo que eran los que menos sufrían. Sus cuerpos seguían en aquel hueco, pero sus mentes estaban lejos, fuera del alcance de cualquier enemigo, de cualquier circunstancia, de cualquier dolor; y también vi a quienes no lograron controlar la ira, la frustración y mataron con sus propias manos al hermano que estaba al lado simplemente para tener un poco más de espacio. Vi tantas cosas que hubiera querido no ver.

—No puedo ni imaginarlo.

—Yo solo intentaba mantenerme con vida pensado en mi hijo. Esa idea me mantuvo vivo hasta que llegamos a este lado del mundo, y me sigue manteniendo vivo hasta hoy, sin embargo, después de lo que he vivido todos estos años, sé que moriré sin saber qué fue de él; si murió o logró vivir. Sé también que nunca volveré a pisar mi tierra; prefiero matarme antes subir otra vez a una embarcación. Y esta, ama, es la historia de mi vida, bueno, la parte que puede ser escuchada por una niña.

Lucía tragó saliva, se levantó del suelo y enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Benkos, Benkos Biojó. No olvidaré el nombre de tu hijo —aseveró saliendo de la habitación desconociendo el mundo en que vivía. «¿Acaso era la única persona que creía que los negros no eran animales, sino humanos?, que sentían el mismo dolor que cualquiera pudiera sentir. ¿Cómo podía haber gente capaz de hacer tanto daño?» se preguntaba entristecida.

Buscó con desespero a su madre, necesitaba refugiarse en sus

brazos, necesitaba sentir su amor, necesitaba que le devolviera la fe que perdía en la humanidad. La encontró sentada en el salón, pero no pudo abrazarla porque estaba recibiendo la visita de una ostentosa mujer, emperifollada desde el pelo hasta los pies; no recordaba su nombre, pero sabía que era una viuda que había heredado una gran fortuna convirtiéndose en una señora muy acaudalada, respetada y envidiada en igual proporción en Cartagena. Vivía en una hermosa casona, atendida solo por esclavos machos, quienes, según las malas lenguas, en las noches hacían fila detrás de la puerta de su habitación, hasta que alguno era elegido para calentarle el lecho. Así mismo, se decía que era experta conocedora de las prácticas más efectivas para que las mujeres en el trópico quedaran preñadas, o, por el contrario, para evitar quedar en estado de gravidez. Lucía sollozando se sentó acurrucada detrás del salón a esperar que la viuda se fuera, pero por el ánimo con que esta hablaba le pareció que la cosa iba para largo. Escuchaba que le recomendaba a su madre que comiera carne de iguana, por la facilidad que tenían estos animales para poner huevos; que tomara una cucharada de miel en las mañanas para que se le pegara la fecundidad de las abejas, que bebiera un vaso de leche cada noche antes de dormir para que los pechos se animaran a producirla, y tantas cosas más, que terminaron por aburrirla quedándose con las ganas de abrazarla en ese momento.

Por suerte para Ana Teresa el esclavo dio señales de recuperación y pasados unos días tal como dijo Pedro, pudo levantarse y ponerse a disposición de ella; una alegría que le duro muy poco, porque la vez que enviaron a Tiburcio a buscar leña, desapareció. Tras un par de horas Pedro, Dominga y Juan salieron a buscarlo pensando que se había perdido, pero no lo encontraron por ningún lado y nadie dio razón de haberlo visto; se había esfumado sin dejar rastro. Ana Teresa se resistía a creer que el esclavo hubiese huido; acababa de comprarlo y no tenía motivo para ello, pero al enterarse de que el dedo del pie y la media oreja que le faltaban fueron castigos infligidos por dos intentos de fuga, lo dio por perdido, entrando en cólera contra su marido alegando que nunca debió comprarlo por

más barato que le hubiera costado. En ese momento hasta regalado le parecía caro, y era claro que haría lo mismo apenas tuviera ocasión, como en efecto hizo. Ahora volvía a quedarse sin esclavo propio y debían explicarle a Diego la desafortunada situación para que les permitiera quedarse más tiempo con Dominga y los muleques, pero a partir de ahora pagando por ellos un alquiler, lo que significó para la negra una nueva oportunidad de llevar a cabo su plan terco de ganarse la buena voluntad de los amos y liberarse de Diego Martínez.

Lucía escuchaba las querellas que voceaba su madre, pero estaba segura de que algo le había pasado a Tiburcio, que lo estaban juzgando mal, y es que después de todas las cosas que le había contado, fugarse no tenía ningún sentido, a menos que todo hubiera sido una mentira engañándola a ella también. Quien sí se alegraba con lo sucedido era Dominga, ya que con cada hora que pasaba sin saberse nada del esclavo, la esperanza volvía a su vida. Estaba segura de que si en realidad se había fugado encontraría alguna estacada de madera oculta entre matorrales, y clavada en el corazón de alguna ciénaga donde se escondían los negros huidos, y allí moriría sin regresar jamás.

En medio de ese acontecer Pedro fue avisado que Martín partía para Santa Fe, así que se presentó con la familia en casa de Diego para despedirlo y de paso tratar el tema de Dominga y los muleques, solo así se quitaría de encima las constantes recriminaciones de su mujer. Martín agradecía la visita, sobre todo la de Pedro, quien por mantener distraído a su padre en esos asuntos, lo liberaba del agobio al que lo tenía sometido con una interminable retahíla de todos los consejos que nunca le dio y que de repente quería embutirle de golpe; pero lo que más le aturdía era la manera de decírselos, y es que le hablaba levantando tanto el tono de la voz y frunciendo tanto el ceño que llegaba a unir las dos cejas en una sola, dándole la sensación de que más que aconsejarlo lo estaba regañando.

Ana Teresa y Lucía se acercaron al joven, como nunca habían hecho lo saludaron y despidieron con dos efusivos besos, uno por mejilla; le preguntaron detalles del viaje y le desearon que fuera

muy venturoso, aunque por dentro esperaban no volverlo a ver por mucho tiempo. Carmen, por el contrario, se sentía tan apenada por su partida que no le deseó nada; nuevamente se vio pidiendo al cielo para que alguna potestad divina impidiera el viaje de su amigo, quien para entonces se había convertido en su alegría, su ilusión; pero como en otras ocasiones que pidió, nada sucedió, y el joven muy campante irradiando una singular tranquilidad partió a cumplir los deseos de su progenitor.

No habían pasado ni dos semanas desde que Martín partió, cuando apareció en la puerta de su casa. Diego al verlo casi sufrió un soponcio de la impresión. «¿Qué le había pasado?, ¿estaba herido?, ¿enfermo?», se preguntaba acercándose a él con el ceño fruncido y una regañina nerviosa a punto de descontrolarse una vez que le vio el buen semblante.

Martín se quedó tranquilo en la puerta dejando que estallara iracundo, que vociferara todo cuanto quisiera, y solo cuando se calmó el mar de leva que había en su sangre le explicó las razones de su pronto e inesperado retorno. Le dijo que se encontraba bien, que no estaba ni herido ni enfermo como podía ver, pero que durante el viaje comenzó a pensar en lo que realmente deseaba, y la verdad era que no tenía ningún interés en ir a vivir a una ciudad fría y lluviosa, en la que seguro se sentiría más solo de lo que ya se sentía, y menos si era para aprender cosas que no necesitaba. Le recalcó además que ya había perdido a su madre y a su hermano, y no quería perder a su padre, así que, aun a sabiendas de que su proceder le causaría un gran desaire, decidió regresar, pararse frente a él para contarle la verdad y aceptar el castigo que le impusiera.

Diego, mirándolo con los ojos espepitados, no sabía si golpearlo o abrazarlo, si desheredarlo o premiarlo, simplemente no daba crédito a la estupidez de su hijo por dejar pasar una oportunidad que muchos anhelaban tener, como tampoco al desparpajo con el que ahora se revelaba mostrando por fin algo de carácter. Finalmente, Diego decidió castigar la tremenda desobediencia despojándolo de las comodidades con las que vivía en Cartagena, poniéndole a trabajar en la parcela que tenía en las tierras altas de Turbaco, para

que aprendiera lo que costaba llevarse a la boca un bocado de comida. El joven humillado aceptó sin ninguna objeción el castigo impuesto; pensó que era excesivo, pero pudo haber sido peor considerando la severidad con que su padre siempre lo trataba.

Hacía mucho que no iba por allá, pero recordaba el rancho de bahareque donde dormían cuando iba con toda la familia, un galpón a medio construir, un pequeño corral con gallinas, pero lo que más recordaba, y lo único que a sus ojos valía la pena, era un manantial de aguas cristalinas que pasaba por ahí.

Cuando Diego llevó a Martín a la parcela, el joven la encontró justo como la recordaba, y aunque no le gustaba nada la idea de quedarse a vivir allí, no le quedaba otra opción que comenzar a cumplir su castigo alejado de la ciudad y alejado de su padre; sin embargo, por orgullo propio desde el día siguiente se le pegó a Joaco el capataz, quien le enseñó a cortar leña, a ordeñar, a sembrar caña y hasta cambiar el techo de palma de la casa.

Pasaron un par de meses antes de que a Martín le levantaran el castigo y pudiera ir a Cartagena. El día que lo hizo, antes de llegar a ver a su padre, se presentó sin avisar en casa de Pedro. La visita ocasionó un revuelo en la familia propiciado por Carmen que, al verlo llegar, así de improviso, tiró al piso el bordado que estaba haciendo, se levantó bruscamente de la silla, salió corriendo y gritando de la emoción, y se lanzó a sus brazos dándole un par de besos. Martín estaba contentísimo de verlos y deseoso de contarle a Pedro lo que había hecho, pero no tuvo nada que decir porque Pedro, su familia y todos en Cartagena lo supieron desde el mismo día en que Diego lo dejó en la parcela. Pedro y Ana Teresa no paraban de reír celebrando la tozudez del joven, aunque ella seguía sintiendo que su presencia volvía a encender la frustración de no poder dar a su marido un hijo varón, a pesar de haber practicado todas las técnicas y haberse alimentado con todo lo que la experta viuda le recomendó. Pedro, tras escuchar los pormenores del castigo y del trabajo que hacía en la parcela, le enseñó cómo había quedado el habitáculo que él en parte le ayudó a construir con las maderas heredadas del galeón. A Martín le gustó la disposición final de las tablas y lo rejuvenecidas que se veían barnizadas, pero lo que más

le atrajo fue ver el timón del Inmaculada colgado en la pared de fondo; lucía eterno en aquel espacio de maderas vivas que crujían en las tardes intentando regresar al mar. Pedro que estaba más que complacido con el resultado, le contó que había valido la pena cada hora invertida en la construcción, y le retó, a modo de broma, que adivinara con qué había rematado la decoración, Martín acertó a la primera, con los cientos de caracolas y conchas de mar que Lucía recogió y le regaló y que reposaban en un cesto al lado de un pequeño escritorio rústico.

Martín se sentía muy cómodo con Pedro y su familia, les tenía en tan alta estima, que prefería pasar más tiempo con ellos que, con su propio padre, y es que, aunque lo respetaba y lo quería tenían personalidades tan opuestas que no dejaban de chocar.

Pedro se labraba un nombre en Cartagena a la vez que enterraba la vida que vivió en el mar. Casi nadie sabía que había sido capitán de un galeón; él llegó a la ciudad como escribano y como tal era relacionado, mas cada vez que se paseaba por los muelles de la bahía viendo embarcaciones zarpar o arribar, le entraban ganas de volver a navegar; un sentimiento que se desvanecía al verse los dedos manchados con tinta y al recordar que estaba allí por un voto de confianza depositado en él. Le costó meses aprender a llevar con naturalidad el secreto de su vida, a caminar por las calles sin sentir que quienes lo miraban, saludaban o contrataban sus servicios como escribano, estuviesen sospechando que era un informante real; tiempo en que comprendió que el sueño de propios y foráneos en esa ciudad tan próspera era vivir bien con el mínimo esfuerzo; pero hacer fortuna no era nada fácil a menos de que esta fuese heredada, o de que se tuviera una ejecutoria de hidalguía, o de que el destino simplemente sonriera encontrando en la tierra oro o plata. En todo caso, la mayoría de la gente no contaba con tanta suerte, por lo que buscaban otras maneras de hacer riqueza, o de al menos no perder gran parte de lo que conseguían, teniendo que elegir entre dos males: pagar unos impuestos altísimos que a muchos desangraban, o no pagarlos y cometer un delito contra la corona a riesgo propio.

A Pedro no le resultó difícil conocer la proveniencia de los ingresos

de los habitantes de Cartagena pudiendo recabar en poco tiempo suficiente información de las actividades ilícitas y de quiénes las practicaban, y cuando él mismo la corroboró, comenzó a redactar los informes para el rey. Lastimosamente los nombres que en ellos aparecerían no eran pocos, estando incluido el de su amigo Diego Martínez, a quien sutilmente quiso persuadir para que se alejara de la ilegalidad. Fue el mismo Diego quien con total naturalidad y casi vanagloriándose de su astucia, le comentó de las muy buenas rentas que conseguía comprando lotes muy baratos de esclavos a unos mercaderes portugueses, quienes descargaban en las noches barcos con mercancía robada que no pasaba por ningún registro oficial. Las piezas que Diego adquiría las llevaba directamente a la parcela en Turbaco para engordarlas y luego venderlas en otras ciudades, todo sin pagar a la corona los correspondientes impuestos. Pero su amigo no era una excepción, en muchos otros florecía el ingenio para introducir al puerto piezas de esclavos sin licencia o registro. Los más discretos lo hacían de noche, entrándolos por sitios impensables, y los más arrestados lo hacían de día, frente a las narices de todos. Muchas embarcaciones solicitaban permiso para arribar con la excusa de abastecerse de agua y bastimento, o aludiendo alguna avería, mas Pedro solo con verlas reconocía cuales desembarcaban la mercancía de ébano a escondidas; o cuales al llegar al puerto declaraban legalmente la entrada de cierto número, y a la hora de desembarcar lo hacían tan rápido que bajaban un número superior a la cantidad declarada.

Los días se convertían en semanas, las semanas en meses, los meses en años y así pasaron más de tres desde la llegada de la familia de la Flor y Olmos a Cartagena de Indias. Durante todo ese tiempo Pedro aguardó paciente por el emisario que recogería las misivas que tenía preparadas y que había pasado en limpio varias veces; tiempo en que se preguntó muchas veces por qué aún no lo habían contactado; si es que acaso lo habrían intentado localizar sin poder hallarlo, o si habían contactado a otra persona por error, poniendo en peligro la misión. Como esas, mil preguntas más se hizo, siendo todas despejadas un jueves bien entrada la noche, cuando llamaron a la puerta de la casa. No era habitual que la gente

llamara a las puertas en horas de la noche, y si eso ocurría, era por alguna necesidad mayor, para dar aviso de que algún familiar o conocido había fallecido, para alertar por un incendio, o cualquier otra amenaza que tuviese que ser anunciada.

Pedro se encontraba dormido cuando escuchó que tocaban la puerta. Se levantó extrañado, cogió una esperma encendida sobre una palmatoria, y al ver que su mujer también se levantaba, le insistió para que se quedara en cama que él atendería el llamado. Así, bajó las escaleras, llegó a la puerta y abrió. Levantó y bajó la mano con un suave movimiento para iluminar y ver al solicitante, pero, por la débil claridad que difundía la luz no logró distinguir el rostro de aquel hombre bajo de estatura, fornido y vestido de riguroso negro que frente a él estaba.

—¿Quién sois y qué se os ofrece a esta hora? —preguntó acercando aún más la vela a la cara para verlo mejor; entonces Pedro le detalló el rostro. Los ojos eran grandes y claros, puntiaguda la nariz y denso el mostacho.

El hombre ladeó la cabeza para ver si en el salón había alguien más, al notar que estaban solos, volvió la vista a Pedro, y con voz pausada y ceremoniosa pronunció.

*atisiv so odnum ojeiv led orejasneM—*
*osomreh erdap arap savisim rop ogneV.*
*ozarb im ne raifnoc sart onamreh neub im saldagertnE.*

Tras una breve pausa se remangó la camisa descubriéndose y extendiendo el antebrazo tatuado con un león y las letras CdI que Pedro reconoció al instante, pues era el dibujo del sello que el segundo Felipe le había entregado para colocar en sus cartas. Pedro quedó estupefacto al escuchar de aquel extraño la frase que recitó sagradamente día y noche durante tanto tiempo, y en ese instante, se le olvidó por completo la segunda parte de la misma, esa que debía responder. Miró a las escaleras para ratificar que su mujer no se hubiera levantado de la cama, aunque eso era un paripé para ganar unos segundos y recordar las palabras que le eran esquivas, cosa que le funcionó pudiendo contestar con igual voz ceremoniosa.

*obicer y odulas so odicalpmoC—*
*savisim sal narajaiv odnum oveun leD.*

*onroter ortseuv arap ogiart sal onamreh neub im emditimreP.*

Ambos escucharon y dijeron lo que tenían que decir, ni una palabra más ni una palabra menos, tras hacerlo, inclinaron las cabezas en señal de aprobación. Pedro entró a la casa caminando con una afanosa calma; al llegar al patio entró al habitáculo, corrió un par de palmos el pequeño escritorio, se puso de rodillas y levantó dos tablas de madera superpuestas dejando al descubierto un hueco en el que escondía la caja de madera. La abrió, sacó unas cartas enrolladas, cerró nuevamente la caja dejándola en el mismo lugar y volvió casi que corriendo a la puerta de la casa donde el emisario lo esperaba inmóvil. Pedro entregó el paquete al emisario del Rey, quien lo depositó en una bolsa que ató como cinturón a la altura de los riñones y ocultó bajo una capa. Se despidieron con un fuerte apretón de manos tras el cual el emisario hábilmente le puso en la palma de la mano de Pedro una bolsa pequeña de terciopelo; Pedro al sentir el peso, la agitó un poco, la abrió y observó que en el interior había una carta y unas brillantes monedas; cerró nuevamente la bolsa y cuando levantó la mirada el hombre había desaparecido en la oscuridad de la noche.

Entendió que así debía ser aquel encuentro, justo como le habían indicado que sería. Entró a la casa, cerró la puerta y caminó con la misma calma afanosa al habitáculo. Se apoyó en el escritorio y aún perplejo leyó la carta, contó 26 monedas de plata, y se quedó repasando mentalmente el contenido de las misivas dirigidas a su católica majestad, en las que había plasmado cuestiones delicadas, como el sentimiento de desarraigo de muchos vasallos hacia la corona al considerarlo un rey indiferente a sus necesidades y asfixiante en el recaudo; disconformidad que a su juicio era el mayor motivo por el que los defraudadores, a quienes había delatado con nombre y apellido, preferían cometer fraudes arriesgándose a ser apresados y severamente castigados a pagar cantidades exorbitadas de impuestos.

# Capítulo VII
# Noche de capuchones

En el trópico los de la Flor y Olmos eran reconocidos como hijos sevillanos de buena sangre, estimados y servidos. El cambio de aires les había hecho mudar por dentro y por fuera. Pedro, tras haber enviado las primeras misivas al rey y llevar unos años con una vida muy diferente a la que llevaba en la península, lograba dormir de un solo tirón toda la noche sin pasar hambre ni frío, sin desvelarse anhelando el calor de su mujer, y sin escuchar a media noche ningún sueño premonitorio de una calamidad; un estado de bienestar que comenzaba a reflejarse en una incipiente panza. Ana Teresa, había cambiado aún más, pues afloró en ella una especie de voluntad aristocrática natural y un cierto refinamiento en el actuar llegando a dominar, al igual que otras damas de la sociedad, el místico arte de levitar para que los largos vestidos no se ensuciasen con la arena al pasearse por las plazas, pavoneándose de llevar detrás de la falda a Dominga y los dos muleques, a quienes Pedro terminó comprando para que la atendieran en esta vida y en la eternidad, como se lo ofreció Dominga chillando de alegría y besándole los pies la tarde que se enteró de que los rezos y la dedicación en sus labores habían dado su fruto. Una compra que para los amos resultó ser excelente inversión, porque los hijos de Dominga con el pasar de días soleados y calurosos, y de otros lluviosos y frescos, fueron creciendo, y por el precio de una esclava y dos muleques, terminaron con tres esclavos adultos, laboriosos y sumisos. De ellos, Juan era el más valioso, según Pedro, ya que, tras el desarrollo, se convirtió en un negro colosal, corpulento, y de temple sereno, aunque escaso de inteligencia y demasiado melancólico para su gusto. Tomasa, en cambio, por quedar con una leve cojera al caminar y tener la

dentadura incompleta, era la de menor calidad, lo cual incidiría en su precio el día que quisieran venderla. Por suerte para la joven esclava, compensaba esas tachas siendo con diferencia la más laboriosa, encargándose de las necesidades de las hijas del matrimonio, de mantener la casa limpia, de ayudar a su madre en la cocina, de lavar la ropa de los amos cuidando que las prendas blancas quedaran impolutas, las negras bien negras y las de color sin desteñir, y en general de todo lo que se ofrecía en la casa, lo que le valió para que Ana Teresa decidiera quedársela.

La mujer de Pedro de la flor y Olmos estaba tan complacida con las atenciones del marido y de los esclavos, que le parecía estar viviendo en el aire, como cuando levitaba, acostumbrándose a vivir en las nubes y bajando a la tierra solo para atender ocupaciones de índole social y religioso. Su mente y su espíritu habían completado una metamorfosis al igual que sus hijas, quienes también habían cambiado, sobre todo físicamente convirtiéndose en hermosas doncellas. Carmen, próxima a cumplir quince años, seguía siendo la más introvertida, delicada y femenina de las tres. Como siempre, llevaba su larga cabellera castaña perfectamente recogida y peinada con trenzas que ella misma se hacía con mucha soltura de tanto practicar, el rostro suavemente maquillado, y el vestido sin asomo de arrugas ni suciedad que lucía al caminar con más gracia y donaire que su madre. Muchos eran sus pretendientes y fe de ello eran los poemas, sonetos y serenatas que a menudo recibía. Ella, por su parte, no mostraba interés en ninguno, porque esperaba que la cortejara uno de los pocos que aún no lo había hecho, mas sabía que estaba en edad de merecer y que sus padres pronto escogerían a quien consideraran más idóneo para bien casarla.

Pedro no descartaba ni se decantaba por ninguno de los pretendientes, quizá porque inconscientemente se inclinaba por Martín Martínez, no solo por el aprecio que le tenía a su padre, sino por la estima que en sí le había ganado al joven, quien ocasionalmente seguía visitándoles los fines de semana, y aunque hasta ese momento Martín no le había declarado ninguna intención a Carmen, ni pedido permiso para cortejarla, pensaba que era cuestión de tiempo porque los jóvenes se profesaban una estrecha amistad

desde que se conocieron.

El 16 de julio, día en que celebraba Carmen su santo, Dominga, Juan y Tomasa se levantaron antes de que salieran los primeros rayos de sol para comenzar con los preparativos del agasajo que su madre organizó; una manera distinguida de presentar a la mayor de sus hijas en sociedad. Ana Teresa no escatimó en gastos, y aunque el ágape lo ofrecía en honor a su primogénita parecía estar más interesada en demostrar a sus amistades lo bien que le iba en el nuevo mundo, pues mandó a pintar de blanco todas las paredes de la casa, decoró el patio con llamativas plantas floridas y lo llenó con sillas y mesas para los invitados; para el banquete mandó matar dos pavos de pecho ancho y un cerdo gordo; para beber mandó enterrar una tinaja de barro llena con agua, otra con vino y otra con jugo de frutas tropicales para que al servirlos estuvieran fríos; y para enmelar la velada, mandó preparar dulces y tartas de leche, coco, piña y papaya.

Carmen también se levantó más temprano de lo habitual; necesitaba más tiempo que su madre y hermanas para estar arreglada antes de que sonaran las campanas anunciando la misa de las diez, misa a la que asistiría con la familia, pues se ofrecería en acción de gracias por su santo. A la hora señalada, todos listos para salir esperaban a la agasajada, quien no había terminado de arreglarse pues su ritual de belleza fue interrumpido varias veces por esclavos que con bandeja en mano llegaron a la casa solicitando su presencia para entregarle regalos que pretendientes y amigos de la familia le enviaban, y que ella recibió con enorme sorpresa y agrado. Finalmente, tras un par de llamados de su padre apurándola, salió de la casa muy peripuesta. Llevaba el pelo extremadamente peinado recogido en un moño alto, y vestía de color violeta, que, al verla su padre, le pareció un hermoso lirio florecido en primavera. La joven no caminaba por las calles polvorientas, sino que al igual que su madre flotaba con la misma soltura recibiendo los piropos y felicitaciones de vecinos al verla camino de la iglesia.

La casa estaba de fiesta; dos mesas vestidas de blanco y un arreglo floral en cada una daban la bienvenida a los invitados que en

la tarde fueron llegando, y hasta fray Antonio reajustó la fecha de un viaje pendiente para acompañar a la homenajeada y bendecir los alimentos que en su honor se brindaban, pero a Carmen solo le interesaba la asistencia de un invitado, Martín, quien junto con su padre hizo acto de presencia. Llegó recién bañado, con el pelo peinado hacia atrás aún a medio secar. Vestía una camisa blanca de manga larga y ancha, muy limpia y tiesa al igual que el pantalón negro. Carmen desde el patio lo vio llegar, entonces como siempre sintió el corazón acelerarse y el estómago retorcerse. Presa de una emoción avasalladora que paralizaba sus facultades se acercó a la puerta para recibirlo, mas se percató de que no era la única que lo observaba, y es que del impúber largurucho con bozo que conoció años atrás nada quedaba, el castigo impuesto por su padre le había endurecido los miembros, estirado los huesos, esculpido los músculos y bronceado la piel.

Las féminas reunidas coincidían que los expresivos ojos negros, los dientes bien alineados y el porte que tenía, lo convertían en un hombre muy apuesto. Martín sin percatarse de las miradas que sobre él posaban, se acercó a la agasajada y la felicitó dándole un beso en la mano.

—Una perla para la más bella perla —alabó entregándole un pequeño broche en forma de flor hecho de nácar, con una perla guajira montada en el medio—. Y una flor por cada año de tu vida —continuó mientras le daba unas rosas rosadas atadas con una cinta del mismo color que terminaba en un lazo.

Carmen se puso el broche en el vestido, recibió las flores, las olió y las contó mientras sus mejillas se pintaban en arreboles.

—Me temo que te has equivocado. Aquí hay catorce rosas y yo tengo quince —protestó con suave dulzura.

—No hay ninguna equivocación, porque la número quince eres tú —replicó con una rápida y sagaz ocurrencia para enmendar el tremendo error.

Carmen suspiró halagada, y si no fuera porque su madre y las amigas de su madre estaban mirándoles, se hubiera lanzado a sus brazos, pero pronto llegaría el momento de hacerlo, porque estaba convencida de que él aprovecharía la ocasión para pedir a su padre

permiso para cortejarla.

Ese día Carmen no podía estar más dichosa; con tantas atenciones y reclamos de su compañía se sentía la reina de la casa, la reina de Cartagena, pero sobre todo la reina del corazón de Martín.

El ambiente de la reunión era distendido, y entre risas, cantos, bailes y cuentos, se ofrecían interminables bandejas con opípara comida por las que Ana Teresa era elogiada. Un festejo que se extendió hasta bien entrada la noche, que acabó con un caldo de gallina para bajar el alcohol a quienes se les había subido a la cabeza, y sin que Martín hablara con el padre de la agasajada sobre ninguna intención, cosa que ella atribuyó a que él no encontró oportuna la ocasión para tratar tan íntimo tramite, por lo que tendría que seguir esperando; una espera en la que pasaba horas soñando despierta, mirando a la nada y peinando su ya peinado cabello; una espera que le quitaba el apetito, le daba dolores de estómago y le estrujaba el corazón.

Entretanto, el causante de sus añoranzas estaba de regreso en Turbaco, trabajando lejos del aire salitroso de la bahía. El trabajo que comenzó como un castigo impuesto por su padre hacía mucho, y que encontró humillante al principio, se convirtió en una pasión que practicaba a diario sin verlo ya ni como castigo, ni como trabajo, y como el mismo Martín decía, al no ser hidalgo, no violaba la más pura regla de la hidalguía: «no trabajar», y aunque se convirtiera en uno, tampoco dejaría de hacerlo.

Martín, con un gallo y unas pocas gallinas inició sin querer un negocio que le permitió tener rentas propias. Por su cuenta, comenzó a criarlas, y al tiempo, las pocas gallinas eran muchas, y se vio enviando a Joaco y a su mujer a vender en el mercado en Cartagena huevos y gordas aves de corral; con las ganancias compró cerdos pequeños, que también engordaba, les sacaba crías y luego vendía.

Las labores de campo lejos de amilanarlo lo alegraban. Desde que se levantaba, a la misma hora que las gallinas, se mantenía ocupado. Para él, recoger cañas de azúcar no tenía misterio; construir porquerizas era un reto; y ver crecer el número de animales que criaba una satisfacción. Aprendió con su castigo que

las cosas malas que pasaban en la vida no siempre realmente lo eran, que, si se miraba bien, de las situaciones adversas algo bueno podía salir; aprendió que en la vida hay cosas que simplemente no se pueden cambiar, como la muerte de un ser querido cuando Dios así lo dispone, pero hay otras muchas que sí, como decidir ser feliz con lo que se es y lo que se tiene.

Entraba el mes de febrero de 1585, un mes festivo no solo para los señores, sino también para los esclavos, porque la entrega total a los amos era recompensada con un descanso por la fiesta de San Blas, patrono de los aquejados con males en la garganta; un descanso alargado ese año por que la fiesta religiosa coincidió con la llegada del carnaval.

El primer viernes de ese mes en horas de la tarde un repique doble de las campanas anunció la misa solemne en honor al santo. Todos los fieles, incluidos los de la Flor y Olmos y sus esclavos, se congregaron en la iglesia mayor para la celebración que inició con una rigurosa procesión desde la puerta de entrada hasta el altar en la que monaguillos, portando una cruz procesal con dos cirios encendidos, uno a cada lado, le abrían paso a un diácono que llevaba el Evangelio entre las manos elevadas, a un sacerdote que con turíbulo en mano ahumaba el espacio con aromático incienso, y al obispo, que rociaba agua bendita sobre las cabezas de los feligreses. La misa daba comienzo y el respeto por lo sagrado se evidenciaba por el recogimiento, la compostura y el silencio durante las lecturas, el sermón y la consagración, en la que ni siquiera el aleteo de una mosca era capaz de quebrantarlo; solo cuando se pronunciaron las palabras *«Ite, missa est»*, los rostros de los congregados se distendieron para salir a la calle y recibir de los monaguillos rosquillas y panecillos bendecidos que se comían pidiendo al santo la protección de la garganta.

Las hijas de la Flor y Olmos vivían con entusiasmo esa tradición, no porque le tuvieran fe al santo, ni por las rosquillas que comían, sino porque la fiesta de San Blas daba paso a las celebraciones del carnaval; festejos en que los ciudadanos dejaban por unos días la rigurosa vida que llevaban para divertirse con desenfreno antes de

que comenzara el tiempo de abstención, penitencia, y mortificación del cuerpo, por la muerte de Jesucristo. Todo aquel con ganas de participar en las fiestas podía hacerlo, fuese quien fuese, mercader o carpintero, zapatero o marinero, señor o esclavo; y es que hasta estos últimos también disfrutaban, ya que sus señores les daban licencia para hacer su propio carnaval, siempre y cuando el esclavo estuviera adoctrinado en la fe verdadera y se hubiese ganado el permiso por buen comportamiento, sin haber sido castigado o sin haber estado inmiscuido en ningún altercado durante el último año.

Los días siguientes a la fiesta religiosa se vivieron con una calma contenida hasta que la madrugada del 11 de febrero una algarabía repentina se tomó las calles despertando a la dormida ciudad. Las hijas de la Flor y Olmos se levantaron exaltadas al escuchar gritos apabullantes con insistentes golpes en la puerta de la casa y se pasaron a la habitación de Ana Teresa quien abría la ventana para asomarse a la calle. Las hojas de las plantas que posaban en el balcón aún vestían el rocío que la noche a su paso les había dejado, mientras que ya los alborozados jinetes desfilaban por las calles sobre sus relinchantes bestias.

El gobernador Fernández de Busto presidía una cabalgata para levantar y anunciar a la ciudad que desde ese día hasta el Miércoles de Ceniza se celebrarían los carnavales; días en los que habría todo tipo de actividades carnestolendas, incluidas carreras a caballos, corralejas con vaquillas y toros, teatro callejero, festival gastronómico y fiesta de máscaras y disfraces. Ana Teresa y sus hijas buscaban entre los jinetes a Pedro, quien antes del amanecer había salido para reunirse en la plaza mayor con todos los hombres que allí se dieron cita; pero con el gentío no lo ubicaban, y solo cuando este se apoyó sobre los estribos de la bestia y agitó su sombrero, pudieron verlo y saludarlo.

Los días del año que las hijas de la Flor y Olmos más disfrutaban habían llegado. Coincidían en que lo mejor de los carnavales era la fiesta de disfraces, fiesta que para ellas no tenía parangón, ya que era el único evento que empezaba aún con el sol en lo alto y continuaba al caer la noche iluminándola con brillantes y estruendosos fuegos artificiales; una fiesta en la que la gente se

esmeraba en esconder sus identidades luciendo disfraces cada vez más burlones y estrambóticos; una fiesta en donde comer, beber y reír en exceso era bien visto.

Ese día en la casa no se hablaba de otra cosa. Carmen, Lucía y Rosario daban las últimas puntadas a los atuendos que lucirían, y hasta Juan y Tomasa, que rara vez se les escuchaba la voz, pasaron la mañana en el patio de atrás hablando y riéndose a carcajadas, porque ellos más tarde, también irían a su propia fiesta, la cual, a pesar de que no sería en la plaza de la yerba, de que no tendría concurso de disfraces, de que no se bebería vino, ni se lanzarían al cielo fuegos artificiales, era para ellos mucho más animosa y sentida, sobre todo porque esa noche eran en cierto modo libres de hacer cuanto quisieran.

En la tarde cuando la brisa del mar comenzaba a sentirse en las calles aplacando el calor sofocante, Pedro, Ana Teresa y sus hijas salieron de la casa uniformados con largas túnicas negras con capucha y mangas largas que les cubrían desde la cabeza hasta los pies, y para ocultar los rostros se pusieron unas máscaras blancas que Juan y Tomasa confeccionaron durante casi dos semanas. Cuando llegaron a la plaza había tantos y tan variados disfraces que era un juego y un reto reconocer la identidad de los portadores. Había blancos tiznados de negro, negros pintados de blancos, hombres con el rostro enharinado, labios carmesí y apretados corsés, mujeres enmascaradas con tocados hechos con plumas de pavo y gallinazos sobre sus cabezas, moros con cristianos fingiendo luchar, palmeras que caminaban, falsos cojos y tullidos que bailaban, toros con grandes cuernos que envestían a la gente bramando, gallinas que cacareaban y ponían huevos llenos de harina con los que ensuciaban a la gente, jinetes sobre caballos de madera, y hasta un esqueleto asistió a la fiesta para bailar y asustar a los niños que se acercaban a tocarle los huesos.

Los capuchones negros se pasearon por la plaza buscando a Dominga, Juan y Tomasa quienes vestidos casi igual que los amos habían ido antes para reservarles mesa, bebidas y comida. Reunidos y ubicados señores y esclavos, Pedro y Ana Teresa se dispusieron a dar una vuelta para saludar a las amistades, algunos muy difíciles de

identificar, pero descubiertas las identidades de los unos y de los otros lo celebraban con carcajadas, alcohol y juntándose según sus pareceres. Por doquier, se escuchaba el bullicio de guitarras, flautas y panderetas que levantaban el ánimo de cuanto disfrazado había, y hasta de las indias, mestizas y mulatas, quienes desde discretos puestecitos de venta ofrecían agua, bebidas espirituosas, carnes a la brasa y dulces, con los que se sacaban unas buenas monedas.

La tarde se vistió de dorado al caer los últimos rayos de sol, mientras la noche poco a poco se levantaba propagando risas eufóricas que subían de tono, coros avinagrados y tiros de pólvora que estallaban en el cielo. Las antorchas y farolas comenzaban a ser encendidas para ayudar a la menguante luna a mantener claras las vistas, y que unos y otros siguieran de fiesta hasta que los cuerpos aguantaran. Los esclavos que acompañaban a sus amos ya no hacían más que estorbar, así que con la venia de estos fueron dejando la plaza para ir a su propio festejo en las afueras de la ciudad.

Dominga, Juan y Tomasa hicieron lo mismo; se dirigieron hacia Punta Icacos siguiendo las hachas de cera clavadas en la playa, mientras una suave brisa les traía el eco del retumbar de un llamador que parecía el latido de la tierra haciéndose más sonoro, más claro, y más fuerte con cada paso que daban. A paso ligero no les llevó mucho tiempo llegar al punto de encuentro en el que dos grandes hogueras ardiendo en una amplísima playa descampada les dieron la bienvenida. Una muchedumbre ya estaba congregada y otros más seguían llegando; eran los mismos a los que el resto de días se les veía por las casas, plazas y calles de Cartagena impregnándolas con olor a pescado y amonio. Así como llegaban se acercaban a dos fogones que estaban montando a cierta distancia de la playa y de las fogatas; allí las mujeres mayores iban recibiendo cuanto bastimento, carnes de animal de monte y especias en hojas les llevaban, para preparar en ollas de respetables proporciones una sopa que se repartiría en totumas por la madrugada. Entregado el obligado aporte a la fiesta, cada quien se daba a la labor de beber guarapo de caña fermentado para que los cuerpos y espíritus

conectaran entre sí, con la tierra y los ancestros, porque esa noche eran libres; libres para llorar por su tierra, por sus seres queridos, por la vida que les había tocado vivir; libres para disfrutar, reír y ser ellos mismos, aunque fuese por una noche; porque al llegar el día, el cielo seguiría siendo azul, el viento seguiría soplando, el fuego seguiría quemando, el mar seguiría trayendo y llevando embarcaciones, y ellos seguirían siendo esclavos.

Dominga se unió a las cocineras y mandó a sus hijos a disfrutar de la noche, pero Tomasa prefirió quedarse con ella, porque le dolía la pierna y el guarapo que todos tomaban como si el mundo se fuera a acabar le sentaba muy mal y la enfermaba, así que disfrutaría escuchando el ritmo vibrante de los tambores y viendo a las hogueras arder mientras ayudaba en los fogones. Juan, por su parte, se puso a recorrer la playa buscando caras conocidas. Estando en eso, alguien le tomó de la mano. Se detuvo en seco al sentir el tacto de una piel muy suave. Se giró con miedo de saber la identidad y al ver un capuchón negro similar al que él vestía, un susto de muerte le recorrió todo el cuerpo. Confuso y desconcertado, no sabía qué pensar, hacer o decir, y por un impulso ajeno a su razón apretó la mano que lo tocaba y la arrastró con violencia hasta llegar al bosque tropical que tenía a sus espaldas, alejándose de la gente y de la playa. Oculto en la arboleda se detuvo, y volvió a ponerse de frente a la portadora del disfraz levantándole la capucha y quitándole la máscara que le ocultaba el rostro.

—¡Niña Rosario! —exclamó retrocediendo unos pasos—. ¿Se ha vuelto loca?, ¿qué hace aquí?, ¿cómo llegó hasta aquí? ¡Ay!, que San Basilio meta la mano para que nadie la vea —decía llevándose las manos a la cabeza con ofuscación.

La menor de las hermanas de la Flor y Olmos, caprichosa y consentida desde siempre, había dejado de jugar con la muñeca que le regaló su abuela Trini y de chuparse el dedo. Ya no era la niña pequeña de la casa, de abultada tripa, pues a sus casi catorce años era en estatura más alta que sus hermanas. Una hermosa doncella de abundante cabello cobrizo, ojos aceitunos y nariz respingada.

—Nadie me ha visto, Juan —respondió con franca naturalidad—, yo solo quiero ver un rato la fiesta, siempre me ha intrigado, pero si no

quieres acompañarme, pues vete, que yo me quedaré aquí y luego me regresaré por donde vine.

Juan quiso exigirle que se fuera inmediatamente, pero la idea de poder estar a solas con ella lo volvía loco.

—Niña, ¿es que no ve que este no es sitio para blancos, y menos para una doncella como usted? ¡Ay bendito! Es una locura lo que ha hecho. Vamos, niña, le acompaño de regreso —ofreció afanosamente.

—Ya dije que me quedaré un rato, tú vete si es lo que quieres —precisó sentándose y mirando las grandes fogatas entre el follaje de las plantas.

—Que pretende la niña, ¿qué me maten?, ¿qué la maten?

—Pero que exagerado eres, tan solo pretendo disfrutar un poco, no ves que estamos de fiesta, no ves que estamos en carnaval. Cierto es lo que dice Lucía, que eres un cobardica, siempre lo has sido y siempre lo serás. Todo te da miedo.

—¡No lo soy, niña!, pero, ¿cómo no tener miedo con lo que ha hecho? —replicó acercándose y sentándose junto a ella.

—Yo nunca había visto una fiesta así. Solo he escuchado rumores, ya sabes, que no se parece en nada a la fiesta de la plaza —decía viendo cómo todos se tomaban en un asalto de júbilo las playas—. Escucha, Juan, el ritmo de los tambores y mira cómo bailan, cómo menean los cuerpos. ¿Qué música es esa?, y ¿qué es lo que cantan?

—Es la música que nos conecta con nuestra tierra; es la música que llevamos bajo la piel. Cuando los tambores suenan, un entonador comienza a cantar, y con los cantos recuerda a nuestros ancestros, llora la tierra que lejos está, y mantiene vivas nuestras raíces; esas que nos enseñó mamá Dominga y que no debemos olvidar, porque el día que lo hagamos, ese día moriremos. Mire, niña, mire los tambores —explicaba apasionado—, los hay pequeños, medianos y grandes; todos están hechos a partir de vigas huecas cubiertas de cuero de animales bien tensado, y cada sonido que de ellos sale, vibra dentro de nosotros, nos llama, nos domina, y dicta el movimiento de nuestros cuerpos.

A medida que en la playa se bebía guarapo y se castigaba a los tambores con golpes rítmicos y rápidos, los esclavos se

arremolinaban alrededor de las hogueras dando palmadas, saltando, levantando los brazos, y agitando los hombros y caderas sin clemencia, con movimientos vehementes y sugestivos que los hacía revolcarse en la arena y levantarse para seguir bailando. Acalorados, sudorosos y en un estado de frenesí, hombres y mujeres se apretujaban al compás desbaratando los cuerpos, y desinhibidos se iban juntando parejas que se alejaban para hacer amores libres en la arena o en el mar.

Rosario, testigo de aquella liberación, sentía que el calor de la noche se hacía más intenso, denso y húmedo, mientras Juan alelado la observaba. Ella se puso de pie atendiendo el llamado de los tambores que la incitaron a bailar. Imitaba los frenéticos movimientos de cadera que las negras hacían, logrando moverse torpemente como cuando era pequeña y bailaba en el salón de su casa en Sevilla. Con una risotada extendió las manos a Juan invitándole a que siguiera su ritmo. Juan se levantó del suelo, tomó entre sus ásperas manos las delicadas manos de Rosario y tímidamente las puso en sus caderas indicándole que esa era la parte del cuerpo que debía mover si quería bailar como las mujeres de su raza. Sin voluntad propia, el movimiento de sus cuerpos siguiendo el compás de los tambores fue acercándolos hasta casi tocarse, y cuando el cuero de los tambores dejó de ser azotado, ella en un arrebato se puso de puntillas y acercó sus labios a los de él, rozándolos. Entonces, el fuerte y espigado esclavo reaccionó dándole la espalda para calmar el rugir de sus entrañas. Luchaba para no dejarse llevar por los impulsos, si lo hacía, jamás cumpliría el único sueño de su vida, comprar su libertad y la de su familia, pues se estaría ganando una sentencia de muerte. Con el puño cerrado se dio varios golpes en el pecho intentando hacer entrar en razón a su corazón. «¿Acaso la vida lo estaba compensando con algo que jamás hubiera podido ni siquiera soñar?, o ¿acaso le castigaba poniéndole la prueba más difícil de su existencia?», se preguntó. Después de tomar una bocanada de aire, se giró nuevamente para darle la cara a Rosario; la miró a los ojos, tragó saliva, y aún con el puño cerrado en el pecho imploró.

—Niña, yo la respeto, yo soy el vasallo que limpia y besa sus pies…

no me haga esto, que no puedo más.

Entonces ella con una mirada lasciva y un lujurioso movimiento se quitó la túnica tirándola a la tierra. Juan, alucinado con la indecente belleza de su desnudez, relajó los puños de las manos, se dejó caer de rodillas al suelo y bajó la cabeza notando cómo la sangre hirviente que emanaba de su corazón calentaba todo su ser. De rodillas y temblando se arrastró hasta ella y la abrazó rodeando su cintura con suma delicadeza, pues tuvo la impresión de que su delgado cuerpo era demasiado frágil; cuando recostó la cabeza entre los incipientes pechos aún en desarrollo, se sintió por primera vez completa y totalmente libre; una sensación que deseaba durara por siempre. A pesar de saber qué hacer, y de morirse por hacerlo, no se atrevía casi ni a respirar. Ella puso la mano en el mentón de él y con suavidad le levantó la cabeza hasta que sus miradas se encontraron comprobando que los ojos de Juan estaban llenos de desconcierto y lágrimas; fue entonces cuando le zumbó dos bofetadas para que el irremediablemente timorato esclavo se atreviera a recorrer con sus ásperas manos la anatomía tersa, menuda y dulcemente perfumada de su ama, y el esclavo así lo hizo. Entonces Rosario, viéndose incapaz de mantenerse en pie debido a las caricias que tantas sensaciones le producían y debilitaban sus piernas, se acomodó sobre un fino tul de hierbas, hojas y tierra. Juan, perdiendo la poca entereza que le quedaba, se deshizo de la tosca túnica que vestía y atraído por la fuerza de gravedad que como un sol Rosario ejercía sobre él, se acercó hasta que sus cuerpos perfectamente alineados quedaron piel con piel, dándose cuenta en aquel momento de que, bajo el manto de la noche, la piel del blanco y del negro se tornan en sombras del mismo color. Dos bofetadas más recibió Juan cuando ella sintió que en él se tensaba la carne por la espesura de su sangre, respondiendo el esclavo con tibios besos que le hicieron perder el rigor de una doncella casta y comedida entregándose por completo al placer. Segundos después padeció Rosario una arremetida dolorosamente placentera, y tras un agónico quejido empleó en represalia sus dientes, que, como un hierro candente, marcaron el pecho, el hombro y el cuello del esclavo, quien sofocó las afrentas con oleadas de tierna pasión. Una pasión que a la vez

era veneno y antídoto; una pasión que quemaba y helaba cada poro de su puberal cuerpo, y que acabó en el éxtasis eterno de un gemido, tan intenso y poderoso, que la tierra debajo de ellos tembló, que acalló los tambores y paralizó el fuego de las hogueras.

Tras haber pecado sin contrición alguna, Rosario sintió una repentina vergüenza que la hizo levantarse del suelo, ponerse el disfraz más rápido que cuando se lo quitó, y sin decir nada, salir corriendo perdiéndose en las sombras de la noche, dejando al negro sintiéndose de nuevo esclavo, pero esta vez de una mujer.

Desde aquella noche de carnaval, Rosario y Juan comenzaron a jugar con sus cuerpos. Un juego inocente para ella, mortal para él, y prohibido y delicioso para ambos. Un juego que acordaron practicar en las noches sin luna de cada mes. Noches en que una exquisita angustia mantenía despierta a Rosario, quien esperaba a que todos estuvieran profundamente dormidos para levantarse de la cama, bajar las escaleras de puntillas y sin hacer ruido salir al patio de la casa. En la oscuridad, sus pasos eran guiados por un inconfundible olor a leña, a caballo y a macho que podía percibir a leguas. Seguía caminando hasta el final del segundo patio donde abría una cerca de caña que limitaba el predio, y allí, entre matorrales, árboles y una tenue luz, la esperaba la silueta difusa de un hombre al que ella reconocía tocándole con las manos el rostro alargado, los labios gruesos y una marca de hierro en el torso. Él, la reconocía por el aroma dulce de su piel, por el sabor a melón fresco de sus labios y por el látigo de sus manos castigadoras.

En ese lugar, arrebatados por el deseo, amordazaban las voces y jugaban dándose y acumulando caricias con las que pudieran esperar un mes hasta el próximo encuentro. Una espera interminable, porque mientras más encuentros ocurrían más sed tenían de los mismos; la diferencia era que ella solo buscaba jugar y experimentar placer, mientras que él deseaba algo más que eso. En todo caso durante el día Juan y Rosario se comportaban igual que siempre, ninguno mostraba un ápice de interés por el otro, ni en la mirada, ni en la palabra; era como si la luz del sol los cegara y no se reconocieran.

En uno de esos encuentros, Juan intentó acercarse a Rosario, no

con el cuerpo, sino con palabras que le llegaran al corazón. Llevaba un mes escogiendo las más dulces y bonitas para halagarla, pero cuando tuvo la ocasión de decirlas, todas se escondieron debajo de su lengua negándose a salir por la boca. Él, que no quería esperar otro mes, le confesó sin más que de ella se había enamorado, y que, aunque sabía que todo era un juego, como ella lo llamaba, deseaba que supiera que su mente solo pensaba en ella y que su pecho solo alentaba por ella. Rosario, sentada en el suelo como estaba, se tapó la boca con la mano para que evitar que la risotada que acababa de soltar se escuchara, y cuando por fin dejó de reírse, también le confesó su verdad; le dijo que ella jugaba con él porque le daba la santa gana y porque podía hacerlo, pero que más pronto que tarde, esos encuentros acabarían porque sus padres no demorarían en casar a sus hermanas y a ella también, además, ¿qué podría haber entre ellos?, le preguntó, si él había nacido siendo un simple esclavo muerto de hambre y seguiría siéndolo en las postrimerías de su vida. Juan al escuchar esas palabras sintió una bofetada que le llegó muy adentro, no porque no fueran ciertas, sino por la persona que se las decía; entonces se quedó callado y encogido de hombros, mientras ella volvió a taparse la boca para burlarse nuevamente por la sensibilidad del fornido esclavo.

—Morenito tonto —le dijo casi sintiendo pena por él.

—Yo no soy moreno, soy negro —replicó orgulloso—, negra es mi piel, negros mis ancestros. Mi cuerpo se estremece cuando vibran los tambores y el sol no me quema como a usted. No, no soy moreno, soy negro, y usted es blanca, pero ¿sabe una cosa?, por dentro ambos tenemos la misma sangre roja, por dentro somos iguales. Y, ¿sabe otra cosa?, cuando estamos juntos, no solo somos iguales, sino que somos uno solo —espetó mirándola obstinado.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —rechistó indignada al no esperar de él un comentario tan grotesco como veraz.

—Niña Rosario, yo solo… —Quiso recoger y tragarse las palabras que, aunque las sentía no debió decir, pero era tarde, ya las había dicho, ya se habían ido por los aires y no podía alcanzarlas.

—Tú solo qué… Calla de una vez —ordenó energúmena—, y ¿sabes qué te digo yo?, que mejor dejamos esto hasta aquí, al fin y

al cabo, ya he perdido las ganas de jugar contigo.

Se puso de pie con una determinación atolondrada, se sacudió las manos, abrió la verja para entrar al patio, y regresó de puntillas a la casa, cobijada por el manto de la noche.

Juan no intentó detenerla. Sus palabras tibias habían causado el efecto contrario a lo que deseaba; se temía que si volvía a abrir la boca solo empeoraría la actitud resabiada de Rosario, así que se quedó sentado, sumido en amargas cavilaciones con el rostro oculto entre las manos trémulas por donde las lágrimas se escurrían, hasta que los gallos anunciaron la llegada del nuevo día, y por inercia se levantó para iniciar su trabajo.

Ese día y los siguientes sirvió con más ímpetu que nunca a los amos, aunque más retraído de lo habitual y con la mirada esquiva, excepto con Rosario. Cuando se cruzaba con ella, se aseguraba de que viera en sus ojos la tristeza que sentía por su proceder; él al ver la mirada inexpugnable de niña adulta, entendía que la sentencia cruel seguía en pie, y cierto era, porque en el firmamento a la luna se la veía crecer, llenarse y menguar, y cuando no se la veía, el pobre negro pasaba las noches detrás de la verja con una conduerma eterna esperando la aparición sideral de la niña.

Juan no podía hacer otra cosa que dejar a Rosario tranquila, esperar a que la rebeldía inverosímil que tenía se le pasara y matar el tiempo inútil de su vida haciendo cualquier cosa para no volverse loco; fueron los días en que, para alejarse un rato del entorno de su amada, visitó casi todas las tardes la Ventana al Cielo, tal vez así, pensaba, la adoración que por ella sentía menguaría, devolviéndole algo de paz a su vida.

Una de esas tardes que estuvo con Lucía y Tomasa contemplando aletargados el horizonte, Juan le pidió a su hermana que lo dejara un momento a solas con la amita porque necesitaba hablar con ella. Tomasa accedió con gran desazón. No era tonta. Conocía muy bien a Juan, sabía que el sutil cambio en el estado de ánimo y en la voz que ella percibía significaba que algo serio le estaba pasando, tan serio, que por primera vez en la vida su hermano le ocultaba algo, y aunque le preguntó en varias ocasiones, solo recibió argucias por respuestas. Al menos ahora Lucía sabría qué problema tenía y a lo

mejor podría enterarse por medio de ella.

Tan pronto Tomasa los dejó solos, Lucía vio lágrimas en los ojos de Juan sin siquiera empezar a hablar. «Algo grave pasa», pensó, porque nunca lo había visto tan descompuesto como en ese momento. Él le dijo que no aguantaba más la agonía con la que vivía, que ella era la única persona a la que podía contarle su verdad, pero que antes de hacerlo, necesitaba que le prometiera por lo más sagrado que tuviera en la vida que no contaría a nadie lo que iba a escuchar. Lucía prometió por el principio de confianza que le depositaban, entonces Juan comenzó a hablar del respeto que le tenía a la familia de la Flor y Olmos, de los buenos amos que eran, del cariño que les profesaba, de que él era un hombre honesto, trabajador, sin vicios… y mientras muchas cosas decía, Lucía cansada ya de oírlo hablar dando rodeos sin ir al asunto, le increpó.

—¡Dime de una buena vez qué es lo que pasa!

—¡Que conozco el amor! —respondió con la misma brusquedad con que le hablaron—. Que hace meses he amado y he sido amado.

—¿Y cuál es el problema de eso? —preguntó exasperada.

—Que desafortunadamente en este mundo ese amor es prohibido, es un imposible —explicó bajando la cabeza y encogiéndose hombros—, que lo que siento por ella me quema el alma y me duele más que diez hierros ardientes sobre mi pecho.

—Aparte de cobardica, eres la persona más dramática que he conocido. Seguro alguna salida habrá para ese amor. ¿De quién es la esclava?, ¿conozco a sus amos?

—No es esclava, ni es de mi raza, y usted la conoce muy bien —expuso con una vergüenza agravada por el bochorno de la hora nona en la que estaban.

—Por favor Juan, déjate de tonterías y dime ya quien es.

—La niña Rosario —pronunció con amargo dolor dándose golpes en el pecho con el puño de la mano.

Los ojos de Lucía se agrandaron desmesuradamente y suspiró tan fuerte que el aire que salió de sus pulmones resonó en las paredes de tierra.

Juan vio el rostro horrorizado de su amiga, seguramente era el mismo que él tenía, pensó. Turbado y bañado en lágrimas le pidió

que le dijera algo, lo que fuera, pero que no se quedara callada.

—¡Imposible! —sentenció ella poniéndose en pie de un brinco. Hizo una pausa para ensanchar los pulmones antes de seguir—. ¡Qué digo imposible!, ¡absoluta, total e infinitamente imposible! ¿Pero ustedes han… ustedes han…? —Lucía no se atrevió a pronunciar con palabras lo que era evidente, y Juan otorgó con su silencio una respuesta clara, que confirmó al enterrar su cabeza por debajo de sus hombros—. Juan, ¿qué has hecho? Si esto se descubre, ¡te matarán!, lo sabes, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Y no quiero pensar en lo que le harían a Rosario, si es que no la matan también.

—Niña. No diga eso… a mí lo que sea, pero a ella no. Por favor, amita Lucía, no me juzgue.

—No lo hago, cómo podría hacerlo si yo ni siquiera conozco el amor. Solo sé que esto es muy grave, pero aún estas a tiempo de evitar una tragedia. ¡Debes dejar esto ya!

—De eso la amita no tiene que preocuparse. Ella fue quien me buscó, y quien me dejó. Lo juro —aseveró haciendo una cruz con el dedo índice y pulgar—. Hace unos meses que no la veo. La cosa es que me enamoré hasta los tuétanos, y yo ya no vivo —confesó llorando sin sentir vergüenza por ello.

—¡Pues cuánto mejor! Siento decirlo, pero debes dejar las cosas así. Por Dios que sí.

—Dios no tiene nada que ver en esto, niña. Él nos ha creado a todos a su imagen y semejanza, ¿acaso no es eso lo que dicen las escrituras?, pero los blancos se han encargado de que eso no sea así, se han encargado de tergiversar lo escrito, y de mi negro destino. Me han condenado al desamor solo por ser como soy. Los blancos se han tomado atribuciones como si fueran Dios, pero el día que estén ante su presencia tendrán que rendirle una larga y terrible cuenta… ¡Malditos sean! —espetó con amargura—. Perdone mis palabras, amita, no quise decir eso, bien sabe que no; solo soy un deslenguado que ya no sabe ni lo que dice.

—Sé lo que quisiste decir Juan, pero tienes que sosegarte por tu bien, el de Rosario y el de todos —interrumpió irritada.

Lucía se quedó un momento en silencio. Casi no podía creer que su hermana menor hubiera mantenido una relación en secreto con Juan, a quien ella le profesaba un cariño casi de hermano, si bien eso no cambiaba lo que era, un esclavo, y que además Rosario estuviera desvirgada, «pero, ¿cómo?», se preguntaba, «si era una niña, la niña de sus padres, la niña de la casa».

—Juan, por mi parte esto nadie lo sabrá. Ahora busquemos a Tomasa. Nos vamos. Ya hablaremos luego, necesito algo de tiempo para asimilar todo esto —precisó agobiada.

—Gracias amita, gracias. Lo entiendo.

De camino a casa Lucía estuvo absorta en sus pensamientos; no dejaba de darle vueltas en la cabeza a la confesión que acababa de escuchar. Tenía contradictorios sentimientos; rabia, por la insensatez de ambos; pena, por un amor condenado a morir antes de nacer; miedo, por un terrible castigo si llegase a conocerse la falta cometida; decepción, por la traición al buen nombre de la familia; y en el fondo hasta envidia, por la osadía de lo que su hermana se atrevió a hacer; y es que Rosario tuvo desde siempre un carácter despreocupado que la llevaba a hacer lo que le daba la gana, al igual que ella, con la diferencia de que su hermana menor era discreta por naturaleza y hacía las cosas sin que nadie se percatara, como cuando cambió los patrones de confección y las telas que su madre había comprado para hacerles un vestido recien llegaron a Cartagena, y terminó Ana Teresa haciendo primero el de ella, a pesar de que los haría por edad, en orden descendente; o como cuando los domingos, después de misa se comía una conserva de más fingiendo que la suya se le había caído en un charco de barro, o que un perro callejero se la había arrebatado o cualquier otra invención para salirse con la suya.

Como siempre Juan y Tomasa llegaron primero a la casa y Lucía se quedó en la playa recogiendo por inercia algunas caracuchas. Al llegar a casa el sol todavía calentaba y la brisa de la tarde aún no se levantaba. No entró corriendo como solía hacer, sino que lo hizo caminando contemplando aletargada las conchas marinas que llevaba en las manos. Pasó por el salón donde sentados Diego y Martín hablaban con su padre. No los vio, no los escuchó, no los

saludó. Entonces, su nombre y apellido resonaron en toda la casa. El sonido hizo que se detuviera en seco percatándose solo hasta ese momento de la presencia del padre y la visita. Pedro la miró de arriba abajo con el ceño fruncido y la boca apretada.

—¿De dónde vienes, Lucía?, ¿por qué estás mojada, descalza y con los cabellos desordenados como una vulgar mujer? —recriminó duramente—. ¿Por qué no puedes ser como tus hermanas?, ¡siempre es lo mismo contigo!… ¡ya no eres una niña! Eres una mujer, ¡actúa como tal! —rechistó elevando tanto el tono de voz que Ana Teresa, Carmen y Rosario llegaron apresuradamente al salón para ver qué pasaba.

—Lo siento —contestó fingiendo estar avergonzada, porque la verdad fue que ni el incisivo regaño la sacó del estado de estupor en que se encontraba.

—Anda a secarte y a vestirte como Dios manda.

Diego levantó la ceja y cruzó los brazos asintiendo la decisión de Pedro de reprender a su hija; no así Martín, que incómodo con la escena se quedó observándola. La miraba de un modo extraño, de un modo que se le hizo muy familiar a Carmen, quien por una divina clarividencia supo exactamente lo que pasaba por la mente del joven. Entonces sintió miedo, mucho miedo. «¿Acaso había estado ciega?, ¿acaso todos estaban ciegos para no ver lo que era evidente?» se preguntó. De repente la mayor ilusión en su vida pendía de una duda que no se atrevía a verificar por temor a que le dieran una respuesta que su corazón ya sabía, pero que su razón necesitaba confirmar; así que esperó a que Lucía se retirara, y que los hombres terminaran sus asuntos para pedirle a Martín que la acompañara a la plaza a dar un paseo. Martín accedió encantado, como siempre. Hablaron un buen rato de cosas banales hasta que Carmen tuvo el suficiente valor para mirarlo fijamente a los ojos y hacerle la difícil pregunta.

—¿Qué sientes por mi hermana?

—¿Qué?, ¿de qué hablas?, yo no siento nada por Lucía —respondió nervioso.

—No he mencionado que fuese ella… tengo dos hermanas —apuntó esbozando una media sonrisa cargada de tristeza—. Me he

dado cuenta de cómo la miras, es muy evidente.

—Acaso, ¿cómo la miro? —rechistó mudando el semblante y poniéndose a la defensiva.

Carmen temblaba. Con el corazón en vilo hizo un gran esfuerzo para continuar el interrogatorio.

—Conmigo no tienes que fingir. Somos amigos, ¿no? Solo quiero saber qué sientes por ella.

Martín tomó una bocanada de aire y exhaló suavemente.

—No sé cómo lo has descubierto, pero te diré lo que siento. Yo, yo —empezó gagueando—, yo siento que el mundo es bueno cuando estoy cerca de ella. Siento que puedo con todo cuando veo su sonrisa, aunque esa sonrisa no sea para mí. Es algo que siento desde que la conocí, cuando era solo un amor de niño, pero ahora es un amor de adulto, y sé que sentiré por ella un amor de viejo, aunque ella solo me desprecie —expuso desanimado.

—Qué irónica es la vida…y qué envidia —aseveró limpiándose con los dedos una lágrima que cayó por su mejilla.

—¿Por qué dices eso?, ¿por qué lloras?

—Perdona, es que me he puesto sentimental al oírte hablar así, y es que da envidia, envidia de la buena que exista en la Tierra una persona que sienta por uno eso que tú sientes por ella. Bueno, espero al menos que algún día tus sentimientos sean correspondidos, porque ya la conoces, Lucía es como es —dijo encogiendo los hombros.

Desde aquel día, el mundo de ilusión que Carmen había construido junto a Martín se derrumbó provocándole un terrible desasosiego que debía ocultarle a él, a los suyos, y al resto de los mortales, mas no por mucho tiempo podría fingir esa serenidad agónica que la llevó diariamente a ayunar, a asistir a misas, a comulgar y a hacer penitencias para que Dios mitigara la desilusión en su corazón. Su entrega a la oración fue tal, que pidió a sus padres cesar la búsqueda de un marido para ella, porque lo único que deseaba era que la enviaran a un convento para atender un llamado divino, aunque omitió decirles que también deseaba entregarse a Dios en alma, vida y corazón para superar una decepción amorosa. Pedro al escucharla casi no la dejó terminar de hablar cuando le increpó un

tajante «¡no!», pues ya tenía planes para casarla con un pretendiente de buena calidad interesado en ella. Carmen, al oír la negativa se llevó las manos al vientre, porque el dolor que le corroía las tripas cuando veía a Martín apareció nuevamente, pero más punzante, más doloroso. Se arrodilló, y con lágrimas en los ojos miró a su madre para que la apoyara, pero Ana Teresa se quedó como siempre callada sin decir nada, sin contradecir a su marido; solo se limitó a arrodillarse junto a ella y abrazarla. Entonces Carmen se levantó de sopetón, se alejó de la madre dejándola en el piso y se volvió a su padre.

—¡Por favor, solo envíame unos meses!, si no lo haces creo que moriré irremediablemente por tu inadmisible terquedad —vociferó con desespero.

—¡Calla! —replicó él levantando la mano para darle una bofetada que se quedó en el aire—. ¡La decisión está tomada! Eres la mayor de mis hijas, te corresponde casarte, no ir al convento. Estoy cansado de las irreverencias tuyas y de tus hermanas —voceó furioso, y mirando a su mujer continuó—. Esto es culpa tuya, Ana Teresa, hace mucho dejaste de corregirlas, de estar pendiente de ellas, y aquí todo el mundo hace lo que le da la santa gana, ¡y eso se acabó! Aquí se hace lo que yo diga y ya está —aseveró zanjando el tema con un portazo al salir de la casa.

Ana Teresa se levantó y se acercó otra vez su hija, pero ella exasperada la rechazó con un «¡déjame!, ¡nunca haces nada!, ¡nunca dices nada!», y llorando se retiró a la habitación dejándose caer boca abajo en la cama.

Lucía y Rosario no entendían la sorpresiva petición de su hermana, tampoco les extrañó la tozudez de su padre; cuando ordenaba algo, había que obedecer, aunque estuviera equivocado.

Lucía se fue tras su hermana, y se sentó a su lado para consolarla acariciándole los largos cabellos. Le preguntó si estaba segura de su llamado, porque siempre fue evidente que le gustaba vestir bien, estar maquillada, peinada, perfumada, y hasta coquetear con los chicos, bromeó sonriendo intentando animarla, y en un convento, hasta donde ella sabía, nada de eso se hacía. Además, ya le habían encontrado un buen candidato para casarla, por lo que tendría un

matrimonio aventajado y un futuro asegurado, justo lo que ella siempre había querido.

—No lo entiendes, Lucía… no entiendes nada —chilló mirándola despectivamente.

—Pues explícame qué pasa para poder entender.

—No hay nada que explicar, simplemente que soy muy desdichada.

—Cómo puedes decir eso, Carmen. ¿Ayer eras feliz y hoy la más desventurada?; algo ha pasado.

—Por favor, no quiero hablar ahora, déjame sola —le pidió a su hermana, quien sin querer y sin saber, era la culpable indirecta de su sufrimiento, pero Carmen prefería morir antes de revelarle a nadie, y menos a Lucía, el sentir de su corazón, porque, así como ella no controlaba sus sentimientos hacia Martín, Martín tampoco controlaba los suyos por su hermana.

Lucía salió de la habitación sin entender qué le pasaba, y porqué sin más, de un día para otro le surgió a su hermana la imperiosa necesidad de ir a un convento, cosa que nunca le había llamado la atención. En todo caso, la que sí le preocupaba, y mucho, era su hermana menor, por lo que se dedicó a observarla. Siempre la veía tan apacible y casta, y actuaba con tan apabullante naturalidad que llegó a pensar que todo lo que Juan le contó era un invento. Con cualquier excusa se acercaba a ella para que Rosario de su boca le confesara si había o no cometido pecado. Así, comenzó a pasar mucho tiempo con ella, le regaló las conchas marinas más bonitas que tenía, le contó secretos como que desde hacía años iba con Juan y Tomasa a un lugar especial al que llamaban la Ventana al Cielo y hasta le preparó zumos de frutas para saciar una sed de hermandad atrasada, pero lo único que logró fue ratificar lo reservada que era y lo poco que la conocía. Como no logró sacarle información alguna a pesar de sus mimos y regalos, decidió romper la promesa que le hizo a Juan, y encararla con la autoridad moral que como hermana mayor tenía; así que aprovechó una ocasión en que estaban solas y sin ningún tapujo le dijo que sabía lo que había estado haciendo en las noches sin luna detrás del patio. Los ojos aceitunos de Rosario se ensancharon, primero por vergüenza, y después por un fuerte retortijón que la hizo correr al patio donde

alivió las tripas vomitando. Lucía supo entonces la verdad sin que su hermana abriera la boca; caminó detrás de ella; lo hizo sin prisa; la vio limpiarse la boca con un pañuelo y luego taparse el rostro con las manos y echarse a llorar esperando el desprecio, los reclamos y acusaciones de su hermana. Sin embargo, nada de eso sucedió. Lucía buscó una pala, se acercó a ella, y comenzó a tapar el vómito con tierra mientras con pasmosa delicadeza le recordó la ineludible verdad, esa que Rosario siempre supo y que había decidido ignorar; que su padre nunca le perdonaría esa ofensa, que si era descubierta matarían a Juan, y quién sabe qué pasaría con ella. Entonces Rosario tomó la mano de su hermana y la puso en su abdomen. Lucía al principio no entendió el gesto, pero al momento quitó la mano enérgicamente. Ahora fueron sus ojos los que se despepitaron.

—Pero… pero… ¡eso no! —sentenció contrariada—. ¿Qué significa esto?, ¿estás segura?

—Sospecho que sí, porque tengo muchos días de atraso.

—¡Madre Santa!… Rosario, ¡pero si eres una niña!

—Hace rato dejé de serlo —reconoció bajando la cabeza—, bien puedes ponerme el peor calificativo que se te venga a la cabeza, lo merezco. Supongo que Juan no se aguantó y te lo ha contado, en fin, hasta me alegra que lo haya hecho, porque comienzo a asustarme y no sé bien qué hacer.

—¿Y crees que yo sí? —Sus facciones se endurecieron y los músculos de la cara se le tensaron por la rabia.

—Hace semanas que dejé de verlo.

—Eso ya lo sé.

—Hermana, solo estaba jugando.

—¿Jugando?, jugando con fuego querrás decir. Has puesto la vida de Juan en peligro y la tuya también.

—Eso es lo que menos me importa ahora, te digo que solo era un juego y ya acabó. Un juego antes de que me entreguen en matrimonio a alguien que ni siquiera conozco. Ya lo hecho, hecho está, ahora lo único que puedo hacer es esperar a que me baje el periodo.

—¿Y lo dices así tan campante?, ¿y si no baja qué?

—¡Pues, no lo sé! ¡No lo sé! —exclamó desesperada. Te suplico, Lucía, condéname si quieres, pero ata tu lengua, no me delates —pidió respirando hondo para que las palabras le salieran de la boca con serenidad—. Hay que esperar, de pronto el susto que tengo es lo que ha hecho retrasar mi naturaleza. A mí ya me ha pasado, a ti también, a Carmen también.

Lucía no dijo nada; fue la mejor respuesta que pudo dar, mas en silencio maldijo a Juan, a su padre, al clero, al rey y a todo el mundo, porque el único pecado que cometió su hermana fue haber nacido mujer; si hubiera sido hombre a nadie le hubiera importado lo que hizo, es más, se lo hubieran celebrado como pasó con Martín el día que se hizo hombre; pero ella no podía cambiar esa realidad, solo les quedaba esperar a que la naturaleza femenina de Rosario fluyera y les diera la tranquilidad que tanto ansiaban.

Mientras tanto, Carmen rezaba para que su padre cambiara de parecer y la enviara a un convento sin saber que Pedro ni siquiera pensaba en ello por estar demasiado ocupado con un asunto que de verdad le preocupaba, y es que había pasado mucho tiempo desde que entregó las misivas al emisario, y se preguntaba si habían llegado a su destino, si habían sido entregadas y leídas por las personas indicadas, o si por el contrario habían caído en manos equivocadas; si volverían a contactarlo y cuando lo harían, pero lo que más le carcomía los sesos era saber qué medidas tomaría el rey contra aquellos nombres que figuraban en sus cartas como desleales.

# Capítulo VIII
# El sitio

Los días se hacían pesados para la familia de la Flor y Olmos. El salitre y las preocupaciones sumado a los calores infernales de semanas de sequía parecía oxidarles la vida, excepto a Ana Teresa, quien desde que aprendió a levitar para no ensuciar sus vestidos se quedó viviendo en las nubes; era para ella más cómodo, más fresco y ningún problema llegaba a sus oídos, ni siquiera los de sus hijas, por lo que no se percató de que las tres estaban tan decaídas de ánimo, que prácticamente no festejaron ese año los carnavales que tanto les gustaban, y con menos ánimo empezaban la cuaresma de aquel 1586 en el que las campanas de la iglesia sonaron con ímpetu desde temprano anunciando la fiesta sagrada.

Ese día los fieles más devotos madrugaron para ir a la catedral a ponerse en la frente la cruz de ceniza y ser los primeros en mostrar por las plazas y calles la fe plasmada en el rostro. Así lo hicieron los de la Flor y Olmos, asistieron con las mejores galas, y tras recordarles «quia pulvis eris et in pulverem reverteris» se pasearon por los alrededores no para lucir su fe, ni para memorar precisamente lo que eran y en lo que se iban a convertir, sino para olvidar las preocupaciones, aunque fuese por un rato.

Ya en horas de la tarde y estando en casa se volvieron a escuchar las campanas de la catedral. Los campaneros las tañían con tan desesperada insistencia que toda la ciudad se percató inquietándose.

—Qué toque tan raro el de las campanas —reparó Ana Teresa—. Pedro, ¿sabes lo que anuncian?, que yo sepa no ha muerto nadie, o ¿será que es un toque especial para otra solemnidad y no me he enterado?

—Ese toque no es por nada de eso, mujer. Algo pasa, así que

mejor voy a la iglesia a enterarme—dijo calzándose sin afán.

Cuando llegó a la iglesia mayor, la nave central ya estaba abigarrada de vecinos. Delante del altar, el obispo con moradas vestiduras y rostro severo, estaba acompañado de gentes de guerra que susurraban entre sí, y en el púlpito, de pie, el gobernador Fernández de Busto saludaba moviendo ligeramente la cabeza y las manos a los hombres que se acercaban, mientras daba un compás de espera a que la gente terminara de llegar y se acomodara antes de empezar a hablar. Por entonces, el dignatario pasaba de los sesenta años de vida. Sus elegantes maneras seguían intactas, notó Pedro, no así su cuerpo, ya que en los últimos meses la panza se le había hinchado considerablemente y los cabellos platinado.

Cuando el gobernador tomó la palabra pudieron los presentes enterarse del avistamiento de un par de embarcaciones inglesas que estaban ancladas frente a la bahía de la boca grande.

—El problema no es que haya un par de naves estáticas sobre las aguas —exponía con elocuencia—, el problema es que, por descuido o no, a una de ellas se le pasó bajar del palo una bandera negra y un gallardete que ondeaban descaradamente y que luego descolgaron. Ya sabemos que no son naves amigas de la corona española, no nos engañan. Pues bien, puede que estén reconociendo nuestras aguas, puede que tengan alguna avería o puede que hasta tengan intención de atacar —señaló la autoridad—. Todos sabemos que no es raro ver pasar cerca de estas costas banderas de coronas enemistadas con nuestro rey, pero lo que sí no es normal, es que estas embarcaciones se queden mucho tiempo frente a la ciudad; eso es lo raro, y por eso debemos estar aún más alerta y montar guardia defensiva.

Sus palabras se fueron convirtiendo en un animoso discurso, quizás para ocultar el temor que él mismo sentía ante un eventual ataque o para recordarle a los militares de media graduación, civiles y a toda la comunidad que, en caso de ser necesario, todo hombre debía estar presto a vigilar y salvaguardar la ciudad en nombre del rey.

Pedro, al escuchar que las sospechas de que quienes estaban rondando ese mar obedecían las ordenes de la reina Isabel I, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, considerada hereje por los españoles,

abrió los ojos, se puso de pie, y se acercó más al púlpito para escuchar con total claridad los detalles que daban, porque la persona que más odiaba en el mundo podía estar acechándoles.

El gobernador con un entusiasmado discurso los alentó a estar siempre preparados para la defensa de sus seres queridos, sus casas, su ciudad, su rey y su Dios. Entre otras cosas dijo que, si los ingleses tenían intención de profanar el puerto de Cartagena, allí mismo recibirían su castigo. Que no importaba si los comandaba un grumete o el mismo perverso pirata Dragón, enemigo confeso de la santa religión católica, porque igual les darían su merecido. Cualquiera que tuviera la osadía de intentar profanar el puerto, aseguraba el mandatario, debía pagar por ello sin importar que fuesen ingleses, holandeses o franceses. Nadie iba a arrebatarles ni un grano de arena, y el día que eso ocurriera, defenderían la plaza con fuego, espada y sangre. Tras la enardecida diatriba propuso, previo consenso con los asesores militares, que todos los hombres se dispusieran a montar guardia día y noche hasta estar seguros de que no hubiera banderas negras, ni de otro color cerca de las costas. Propuesta que fue avalada con ovaciones y vítores por los valerosos varones.

El gobernador bajó del púlpito y cedió la palabra a su amigo, el coronel Vique, un hombre con aire marcial, alto, enjuto, de ojos vivísimos, nariz ganchuda y barba muy cuidada. Era el mandamás del puerto; un fiero resabiado en el arte de la guerra, y por ende la persona más idónea para organizar las estrategias generales de defensa de la ciudad.

Los militares que lo acompañaban tomaban atenta nota del tratado sobre las medidas a tomar que el coronel exponía, y a su vez dibujaban remedos de mapas de la ciudad para marcar las zonas críticas por donde creía era más probable que el enemigo pudiera acceder, y en donde se montarían las respectivas guardias. Explicaba el castrense, con gran seguridad, que un ataque costero era imposible, ya que los arrecifes, la poca profundidad de las aguas y las corrientes de resaca no permitirían ningún acercamiento frontal, y si los ingleses no lo sabían, ya se darían cuenta de ello. Si intentaban llegar a tierra por la costa, lo máximo que lograrían sería

acercarse con mucha dificultad en botes de desembarco, y serían repelidos por indios flecheros a quienes ubicaría a lo largo del litoral. Si por el contrario, intentaban un asalto terrestre por la zona norte, quedarían a merced de la inseguridad de las aguas, y de un terreno blando y pantanoso que les dificultaría enormemente el movimiento, pudiendo ser mermados con suma facilidad por un ajustado número de hombres; y si los herejes intentaban entrar por el interior de la bahía, se encontrarían con una barrera, la cadena de maderos gruesos con eslabones de hierro que se extendía desde el fuertecillo del Boquerón hasta el extremo opuesto, en la punta del judío, a orillas de la playa de la Caleta, impidiéndoles el paso, ya que por ahí ni una canoa con remos podría transitar; y en caso de que hasta ese punto llegasen, aseguró Vique enaltecido y prepotente, estarían allí él y sus hombres para darles una cariñosa bienvenida desde los galeones Santiago y Ocasión. Las apasionadas palabras contagiaron de entusiasmo y arrogancia a los envalentonados que le atendían. Entonces una voz vigorosa se escuchó.

—¡El capitán Miguel González y su guarnición de quinientos indios flecheros estamos listos! ¡Contad con ello desde ya! Esperamos indicaciones para posicionarnos donde a bien nos designéis vigilar que ninguna estirpe de malandros se atreva a acercarse —afirmó el militar alardeando de su numeroso destacamento.

—Ya contábamos con vuestro valioso apoyo. Vosotros montaréis guardia en la media luna, escondidos entre los manglares, pero antes es conveniente que los indios siembren en la zona tantas flechas envenenadas como puedan.

—¡Polo y ochenta esclavos listos por si los hijos de la Isabel se atrevieran a visitarnos! —se alzó otra voz tronadora exclamando con ansias de júbilo.

—Por supuesto, capitán —respondió el coronel congraciándose con la disposición del marcial—. Vosotros podéis vigilar el paso de la ciénaga. Si algún día tenemos indeseables visitas, esta sería, creo yo, la opción más viable para un posible desembarco, por la punta de Canoa —aseguró—. El fuerte del Boquerón quedará bajo la vigilancia del gobernador Fernández de Busto y del capitán Mejía con los trescientos hombres que están bajo su mando, y yo como ya os

comenté estaré en el puerto regentando las galeras Santiago y Ocasión, las cuales estamos terminando de poner a punto para que salgan a patrullar las costas. Ahora bien —dijo dando un repaso visual a los civiles presentes—, todos los hombres que no estéis en ningún punto de los mencionados podéis alistaros, y según el número de centinelas con que contéis y las habilidades que estos tengan, se les posicionará en una zona o en otra.

La euforia crecía en el sacro recinto conforme se iban alistando, queriendo impresionar los unos a los otros inflando el número de hombres que ponían a disposición, así como también la cantidad de armas de fuego, espadas, dagas, lanzas, machetes, navajas, cuchillos, arcos, flechas, y cuanto pudiera ser utilizado en una eventual contraofensiva. Al terminar los hombres de dividirse las posiciones de vigilancia, los turnos, y demás detalles, el coronel Vique sugirió no alarmar a las mujeres, niños y enfermos; estos debían quedarse tranquilos en las casas, primero porque no veía indicios de un ataque inminente, segundo porque en caso de que la amenaza fuese real, las campanas de las iglesias sonarían, dando aviso con tiempo suficiente para que buscaran junto con el clero refugio en los cerros, mas por precaución, era recomendable tener siempre preparadas unas provisiones, que en todo caso nunca sobraban. Acabada la improvisada reunión, un nutrido número de hombres salió de la empalizada ciudad para ver con sus propios ojos las susodichas embarcaciones. Pedro también se acercó, pero al llegar a la playa, no vio más que dos puntos negros bastante alejados de la costa; lo que en cambio sí vio muy de cerca, fue a unos tiernos e inexpertos soldados que envalentonados corrían sin sentido voceando y animando a otros a seguirlos.

—¡Que se atrevan a venir esos mala raza! —gritaba uno batiendo las manos en alto.

—¡Atreveos a venir, hijos de la gran zorra! —gritaba otro con los puños de las manos cerrados.

—¡Venid para que conozcáis el valor proverbial de los españoles! —invitaba otro llevándose las manos a la boca para amplificar la voz.

La bravucona actitud fue sofocada por un experimentado hombre de guerra de apellido Bravo, ya que creía que con eso solo

demostraban su falta de conocimiento sobre la misma.

Pedro fijó los ojos en los soldados, frunció los labios e indignado movió la cabeza en señal de rechazo «¡Jo!, si algún día nos atacan y nos toca defendernos con esto, estaremos perdidos», dijo para sus adentros.

De todas formas, si bien era sabido que los reinos enemigos deseaban someter a los puertos españoles más importantes del nuevo mundo dándoles un castigo de proporciones bíblicas, en los años que llevaba allí nunca había ocurrido nada, y seguramente nada ocurriría ahora, pensaba él, por el respeto y miedo que infundía la flota naval de Felipe II; y en cualquier caso, eran tantas las falsas alarmas de ataques que se escuchaban, que los vecinos de Cartagena de Indias se acostumbraron a vivir entre ellas.

Cuando regresó a la casa, su mujer, sus hijas y los esclavos lo esperaban nerviosos, porque ya se habían enterado de la amenaza. Les explicó con detalles la situación y el plan de vigilancia que se había organizado, razón por la que Juan y él pasarían esa y quizá un par de noches más afuera, pero que estuvieran tranquilas, que seguramente nada pasaría y que, si llegase ocurrir alguna novedad, él mismo regresaría para avisarles. Lo único que le pidió a Ana Teresa es que preparara algunos avíos por si llegaban a ser necesarios.

En realidad, ni los de la Flor y Olmos, ni nadie en Cartagena, sentía amenaza alguna por dos embarcaciones que casi no se veían en el horizonte.

Pedro y Juan salieron al ineludible encuentro de hombres; el amo portando al cinto espada y daga, y el esclavo con un machete viejo, con el que desmontaba la mala hierba del patio. De camino, Pedro se cruzó con Diego y Martín que iban arropados por una veintena de esclavos que tenía en ese momento para alquilar. Se dirigían a la plaza del mar, lugar que les designaron para vigilar. Se saludaron con la complacencia de tener una tarea honorable por hacer, que acompañarían con largas tertulias, cigarros, alcohol y comida.

Pedro y Juan siguieron hacia la casa del gobernador, punto de encuentro de quienes tuvieran algún tipo de experiencia militar o de quienes hubieran participado en alguna batalla. El esclavo

tímidamente le preguntó a su amo si creía que en verdad pudiera ocurrir un ataque a la ciudad; Pedro le respondió que esa noche no, ni la siguiente, ni la de más adelante, pero que algún día sí, aunque que eso no debía preocuparle a un negro con semejante fuerza, capaz de abrir un coco de un solo golpe con la mano limpia, capaz de correr detrás de un conejo y cazarlo, y capaz de cargar una piedra de su peso con suma facilidad. Pedro intuía en el silencio del esclavo lo que este no se atrevía a decirle, que, a pesar de ser físicamente muy fuerte, era de temperamento sosegado, que odiaba toda forma de conflicto, y que nunca le había levantado la mano a nadie.

—Juan, puedes estar tranquilo, más bien pobre del que se atreva a enfrentarse a ti —le animó con el gesto sonriente.

Cuando llegaron al punto de encuentro había mal contados unos trecientos y pico hombres, entre indios flecheros, soldados, marineros, esclavos y civiles, todos listos para dirigirse con los aires limpios del atardecer al fuerte donde harían vigilia. Partieron en fila como en una romería; unos a caballo, otros en mula, otros en burro y otros a pie. Al llegar al fuerte del Boquerón se ubicaron hombres y artillería a lo largo de toda la bahía, según las directrices del capitán Mejía, un añoso e inteligente militar con ansias de foguear tácticas de defensa en años no practicadas.

Al caer la noche las antorchas que habían clavado en la arena como puntos de referencia se encendieron. La luna era menguante, estaba oculta bajo un manto de espesas nubes ennegreciendo la ya de por sí oscura noche y el ambiente era distendido, se diría que casi festivo. Los más jóvenes escuchaban las historias que contaban los más viejos. Historias como cuando la ciudad fue sitiada por piratas, la última vez, veintisiete años antes por un facineroso servidor de la corona francesa, un tal Martín Coté, quien con siete navíos los tomó por sorpresa atacándolos una mañana soleada, calurosa y seca. Estaba por aquel entonces de gobernador don Juan Fernández de Busto, padre del actual gobernador. Contaban que, a pesar de que la ciudad por defensa solo contaba con un cañón como artillería y unas paupérrimas armas de algunos de los vecinos, se defendieron causando muchas bajas a los galos, pero sin armas de fuego

suficientes no pudieron resistir, teniendo que huir y pagar para recuperar la ciudad. Por fortuna, decían los viejos, que las cosas habían cambiado, habían aprendido, y hoy día contaban no solo con más armas y más hombres, sino con dos fuertes pequeños, pero estratégicos y dotados con armamento, el de San Matías, ubicado en la entrada de la boca grande de la bahía y el del Boquerón, situado en el interior de la misma a la entrada del puerto; con eso decían que eran capaces de repeler a cualquiera que intentase sitiarlos nuevamente.

Dentro de la ciudad una suave brisa arrullaba a las mujeres que dormían plácidamente en las casas con la seguridad de que los hombres velaban por ellas, por Cartagena y hasta por sus sueños, sin sospechar que por la boca grande una procesión, y no precisamente de cuaresma, sino de embarcaciones enemigas avanzaba buscando penetrar al interior de la bahía. Se habían acercado al litoral y navegaban sigilosamente pasando por la punta de Icacos. Allí en el extremo nororiental, un grupo de soldados españoles vigilaban la entrada a la bahía encubiertos en el fuertecillo de San Matías, aunque más que vigilar dormían. Hizo la casualidad, que uno de ellos se levantara por una necesidad fisiológica, se acercó a una palmera, y mientras la regaba vio con los ojos llenos de espanto no una, ni dos, sino una veintena de embarcaciones con banderas y banderines negros, y multitudes de guerreros apiñados en la cubierta como espectros salidos del infierno guardando sepulcral silencio. Petrificado se quedó escuchando a la brisa gemir entre las cuerdas de los buques, y a los cascos romper las calmadas aguas mientras avanzaban. El soldado, uno de los que esa misma tarde estuvo gritándole a los dos puntos que se veían en el horizonte, traicionado por los nervios, sin esperar orden alguna y en aras de advertir a la tropa que lo acompañaba, abrió fuego con su mosquete. Tras el sórdido disparo los soldados se levantaron y sobresaltados corrieron a ver qué ocurría, entonces el galeón al mando de la escuadra pirata les apuntó una de las bocas de bronce y disparó un cañonazo casi certero que desbarató parte del fortín lanzando por los aires un terraplén de tierra. Los españoles aturdidos

se llamaban entre sí mientras se tocaban las extremidades asegurándose de tenerlas todas. No desperdiciaron ni una sola bala más porque desde esa posición ningún daño podían causar, tan solo se quedaron quietos como estatuas viendo los aterradores rostros asomados por la borda, tenuemente alumbrados por un farol en la proa, y no fue hasta que oyeron una voz que gritó: «¡Nos ataca el diablo!, ¡retirada a la ciudad!», que salieron de la conmoción y corrieron tropezándose unos con otros, atravesando árboles y manglares, para dar el perentorio aviso y unirse a las otras defensas que estaban en el extremo opuesto de la ciudad, antes de que fuese demasiado tarde.

Entre tanto, las naves de negros estandartes, con viento favorable se adentraban velozmente en la bahía en un desfile solemne. La sutil luz dejaba ver a Francisco Drake como un fantasma sobre la proa de la capitana, quien se sorprendió al no encontrar ninguna resistencia en un punto, para él, estratégico, según los planos de la ciudad y alrededores que con semanas de antelación había estudiado. Esbozó entonces una sonrisa retorcida y girando la cabeza hacia atrás llamó a uno de sus hombres de confianza.

—¡Carleill, a los botes! —ordenó en su idioma materno—. Ya sabes qué hacer. Ve en dirección norte bordeando la playa de mar abierto. Desembarca cerca de la empalizada y aguarda hasta que escuches los tiros de los cañones, en ese momento, ataca desde ese flanco, porque esa será la señal de que nosotros estaremos haciendo lo mismo en la parte interna de la bahía, y recuerda que esta noche será gloriosa, sí, gloriosa, ¡esta noche nos haremos con esta plaza! —aseguró muy serio.

—Ya lo oyeron ¡a los botes! —ordenó inmediatamente Carleill, y en cuestión de minutos seiscientos hombres se dirigían al norte buscando la gloria.

Los soldados españoles regresaban a la ciudad corriendo con el alma en la boca para dar aviso de lo que sus ojos habían visto. Disimulaba la oscuridad el miedo en la cara de los combatientes por el inesperado cañonazo que no los mató porque Dios no quiso. Al llegar a la empalizada y sin tiempo de recobrar el aliento alertaron al capitán Miguel González sobre el inminente ataque. De inmediato

González, confiando en la certeza de las afirmaciones, envió a dos soldados de la caballería, los más veloces, al fuerte del Boquerón para informar al gobernador, y por su parte comenzó a reubicar la artillería y parapetos de que disponía en las barricadas de las bocacalles laterales que daban al mar.

Cuando los emisarios llegaron al fuertecillo y dieron aviso al gobernador, las naves inglesas ya habían fondeado en el interior de la bahía y no avanzaron hasta el puerto mismo porque se toparon con la barrera de maderos y barriles flotantes que sostenía la cadena de hierro de más de treinta y cinco brazas de longitud que les impedía el paso, y que con premura intentaban romper.

Al escuchar el gobernador Fernández de Busto que una veintena de naves invasoras se aproximaban al interior de la bahía en plena noche y que llegarían muy cerca de donde él estaba, pensó que era una broma de muy mal gusto para un hombre de sus casi sesenta y seis años. Acalorado como estaba prendió un cigarro que tenía en la mano, subió al caballo y prometió castigo para los jóvenes soldados que se atrevieron a bromear con algo tan serio. Al paso del animal se acercó pues a la estaca donde estaba enganchado el primer eslabón de la barrera comprobando con sus ojos la terrible verdad. Conmocionado dejó caer de sus labios al suelo el cigarro que minutos antes había armado estrujando el tabaco con la palma de la mano, y regresó galopando al fuerte. Con la boca seca y un temblor en el cuerpo notificó al capitán Mejía y a todos en el Boquerón de la infestación de naves inglesas en la bahía. Reinó en ese momento un silencio inverosímil en que nadie respiraba, y solo hasta entonces fueron conscientes de lo que se les vendría encima cuando el sol saliera.

El gobernador llenó de aire los pulmones dejándolo salir muy suavemente mientras asimilaba lo que estaba ocurriendo; tras lo cual se dispuso a enfrentar la situación sin vacilaciones, con calma y con fe en que Dios actuaría en favor de los suyos, así que mandó en el acto a varios emisarios de caballería a todos los puntos de vigilancia para ponerlos al corriente y para que se preparasen a defender a Cartagena de Indias con todo lo que tuvieran, incluso con

sus vidas. También ordenó entrar a las iglesias para apercibir a los clérigos del peligro, hacer tocar las campanas para levantar a la ciudad y evacuar a mujeres, niños, ancianos y enfermos esa misma noche, porque llegada la mañana podría ser demasiado peligroso. Por fortuna, pensaba el gobernador intentando serenarse, faltaba una hora para la media noche así que tenían tiempo de sobra para advertir a todos, abandonar las casas y refugiarse mientras los hombres aprestaban la defensa de la Cartagena.

Fernández de Busto sin bajarse del caballo dejó encargado de la defensa del fuertecillo al capitán Mejía, y se fue él mismo a las galeras para autorizar la carga inmediata de toda la artillería disponible.

Mejía sabía que la defensa de la ciudad dependía en gran medida de que esa posición no cayera en manos herejes; si resistían, Cartagena se salvaría; así que se dispuso con actitud firme, resuelta y decidida a proteger el espacio por donde intentarían penetrar al puerto. Inmediatamente reubicó a su guarnición de trecientos hombres. Por un lado, a ciento cincuenta indios armados con arcos, listos para disparar flechas envenenadas, incluso de noche, ya que por un saber ancestral inherente a su raza, apuntaban usando tanto el sentido de la vista como el del oído, disparando en el momento preciso; y por el otro lado, según sus habilidades, dividió al resto de hombres entre los que había soldados, civiles, marineros y esclavos, unos para luchar, y otros para manipular las ocho piezas de artillería, dos media culebrinas, un falconete y siete barriles de pólvora de los que disponía para la defensa del Boquerón. En ese grupo estaban Pedro de la Flor y Olmos y su esclavo Juan, el primero alebrestado, y el segundo comiéndose las uñas por los nervios de no saber si sería capaz de luchar contra los piratas o contra cualquiera.

El gobernador al llegar donde estaban atracadas las dos galeras solicitó la presencia inmediata del coronel Vique, quien lo recibió con el respeto que su rango y su amistad merecía. Fernández de Busto le comentó con los ojos bien abiertos la tétrica novedad y le ordenó preparar las galeras para un enfrentamiento perentorio. Vique escuchó alarmado y obedeció la orden del gobernador como lugarteniente del rey. Le dijo que ipso facto cargaría diez cañones en

cada galera y subiría a bordo toda la artillería disponible; que armaría a los ciento cincuenta arcabuceros que entre las dos embarcaciones tenía bajo su mando; que ubicaría a los esclavos ladinos, bozales y cimarrones que pagaban condena en los remos; y que cuando esto estuviera hecho, posicionaría a las galeras a la defensiva con la proa mirando a la tierra y los cañones apuntando hacia el enemigo.

Como había mucho por hacer empezó a impartir órdenes a los suyos, estimando que en unas cuatro horas estarían armados y con la maniobra completada. Vique le aseguró al gobernador que, si el enemigo había entrado a la bahía de noche, al amanecer intentarían desembarcar, y que, aclaradas las vistas, se produciría el encuentro; por lo tanto, le sugirió a la autoridad retirarse a la ciudad para que coordinase en persona la evacuación y defensa de la misma, ya que en las galeras estaría todo cubierto. Fernández de Busto consideró sensata la sugerencia del marcial, no solo porque carecía de formación militar, ni por que tenía baldadas las manos, hinchada la barriga, entorpecidas las rodillas y los pies cansados, sino porque sería más útil dentro de Cartagena reforzando la última línea de defensa; así que escoltado por dos soldados, galopó al puente de entrada de la ciudad dejando al coronel Vique al mando de la galera Santiago, quien a su vez dejó al mando de su gemela, la galera Ocasión, a su subalterno de confianza, el capitán González-Castañeda.

En la oscuridad de la nubosa noche, y sin que los españoles lo notaran, las grandes sombras de bajeles enemigos que posaban estáticas sobre las aguas, comenzaron a desembarcar pequeñas embarcaciones. Sobre ellas, un ejército de marrulleros bultos humanoides armados con picas, arcabuces, espadas y fuertes corazas remaban silenciosamente con la intención de atravesar la bahía interior y llegar a la orilla del litoral.

Cuando el capitán Mejía en el fuertecillo del Boquerón fue advertido de que los ingleses en plena noche pretendían cruzar la cadena de hierros y maderos ordenó a los suyos hacerse a las armas y mandó dar urgentísimo aviso al gobernador, a los puestos de vigilancia y a toda la ciudad de que intentarían acometer contra ellos

esa misma noche. Alucinado, mas no apabullado por el insólito y jamás visto proceder del adversario, les soltó a los suyos una improvisada arenga asegurándoles que antes de lo esperado el valor de los españoles sería probado, y que, si el mar había traído al enemigo, al mar lo volverían a echar. Verificando que todos estuvieran armados con espadas, pistolas, dagas, y que los esclavos también tuvieran al menos un hacha o cuchillo, les instó a que se armaran también de coraje para no permitirles apropiarse de lo que por derecho les pertenecía, y les profetizó que, con Dios de su lado, todo enemigo del rey Felipe II sería vencido. Entonces, los integrantes de su tropa variopinta, tan exaltados como incrédulos comenzaron a revisar las armas y a ubicarse en los puestos que les asignaron.

En el aire se escuchaba un murmullo incesante sobre la ingenuidad y estupidez de los ingleses, e incluso risas, porque si pensaban que los iban a asaltar por sorpresa, la sorpresa se la iban a llevar ellos con el recibimiento que les esperaba. Bebieron tragos largos de vino y ron para calmar los nervios y envalentonarse en una noche que vislumbraba ser larga, al tiempo que encomendaban sus vidas a Dios y rezaban para que, llegado el momento de disparar y luchar, los disparos fuesen certeros y las estocadas letales.

Mientras aguardaban los acontecimientos en las nuevas formaciones, el nerviosismo que les embargaba se fue transformado en furia e impaciencia por doblegar a los insolentes invasores. En esa espera, Pedro pensó en su mujer y sus hijas; confiaba en que para entonces la ciudad ya habría sido alertada y estaría siendo evacuada, pues ni el gobernador, ni ellos, ni nadie sabía cuándo daría inicio el enfrentamiento. Estuvo tentado a dejar su puesto y regresar para darles aviso como les había dicho que haría, pero jamás pensó que las palabras que les dijo por la tarde se harían ciertas esa misma noche, y ante el inminente ataque de los ingleses, todos en el fuerte no tuvieron otra opción que quedarse en el puesto de defensa y confiar en que sus familias huirían a los cerros por precaución cuando escucharan el repique de las campanas.

La noche avanzaba y la brisa que llevaba y traía rumores por toda la bahía, por unos instantes cesó, como presagio de lo que estaba a

punto de ocurrir; entonces se sucedió un gran silencio que dejaba escuchar la respiración de los católicos y hasta el aleteo de los invocados ángeles de la guarda revoloteando sobre sus espaldas.

Cuando el capitán Pedro Mejía consideró que los herejes estaban al alcance de la artillería no esperó a que siguieran avanzando y ordenó abrir fuego disparando el primer cañonazo que rompió el silencio encendiendo los gritos de guerra de los fieros españoles; un mensaje directo para hacerle saber al enemigo que estaban esperándolos y que lo mejor que podían hacer era regresar por donde habían venido, mas los ingleses respondieron al fuego mostrando enérgicamente las intenciones de hacerse con la ciudad. Las voluntades de ambos bandos estaban declaradas, y así de un momento a otro la bahía comenzó a iluminarse con los disparos que hacían desde las naves enemigas, por una parte, y por la otra los del fuertecillo del Boquerón. Los soldados españoles se ayudaban con los destellos de luz para apuntar la artillería hacia los piratas, mas no así los indios flecheros, quienes dispuestos en largas hileras sobre la arena hacían caer con sus arcos una lluvia de flechas sobre el agua, infligiéndoles verdadero terror, porque conocían lo certeras y letales que eran las flechas lanzadas por los salvajes pintados de negro y rojo, vestidos con guayuco y con plumas de catalnicas en el pelo.

Francisco Drake dirigía en persona el ataque desde uno de los botes. Las flechas que caían a diestra y siniestra le estaban ocasionando tantas bajas que consideró dar la orden de retirada, pues tuvo la impresión de haber cometido un gravísimo error al incursionar de noche; quizá los cálculos y la información de que disponía eran errados, y los españoles los habían dejado pasar adrede por la boca grande de la bahía sin oponer resistencia para rodearles y hacerles una emboscada de la que no podrían salir victoriosos. Pensó que tal vez se enfrentaba a un ejército bien preparado y bien armado, muy diferente a lo que había encontrado meses atrás cuando sitió y asaltó la ciudad de Santo Domingo; pero la reyerta ya había comenzado por ese lado y seguro también por el otro lado de la ciudad, como ordenó, por lo tanto, si daba esa orden sería peor y muchos más de los suyos morirían, así que prefirió morir luchando a huir como cobarde ante los súbditos de Felipe II. Con la

osadía de los valientes y con un impetuoso grito de guerra ordenó seguir adelante con el ataque, y luchar hasta alcanzar la gloria que les esperaba.

Cuando los primeros botes lograron acercarse a la orilla y desembarcar en el puerto, el combate dejó de lucharse en el agua y pasaron a pelear cuerpo a cuerpo en tierra. Los españoles se dieron cuenta de que no eran pocos los atacantes y que podrían verse superados en número, pero eso no los amedrentó. Tenían una enorme ventaja pues conocían perfectamente el terreno y una pelea sobre su suelo, aunque fuera de noche, les favorecía.

Mejía ordenó a los defensores del fuertecillo acercase a la orilla, desde donde era más fácil evitar el desembarco y devolver al agua a los que pisaban tierra; consideró que era la mejor opción para salvaguardar la posición causando a su vez más bajas al enemigo; y así lo hicieron. La estrategia les daba resultado ya que su recién armado contingente obligaba a retroceder a los ingleses sin dejar desembarcar a más piratas.

Pedro corrió para unirse a un grupo de soldados que tenían dificultades para contener el desembarque de una veintena de piratas, de una embarcación de la que seis ya en tierra se batían a espadas. Juan lo siguió por acto reflejo tras escucharlo vociferar con el alma: «¡Por el rey! ¡Por España!». El esclavo, aunque inexperto en el arte de la guerra, era con diferencia mucho más ágil y fuerte que el amo. En la carrerilla para alcanzarlo hirió gravemente a dos ingleses, a uno dándole un machetazo en el costado, y a otro abriéndole la cabeza; ambos cayeron al suelo de bruces, sin un quejido, sin un lamento. Juan, ileso y con el corazón acelerado a punto de salírsele por la boca, buscó con la mirada a su amo; por un instante no logró ubicarlo, pero luego entre las sombras lo reconoció. Lo vio blandiendo la espada contra un inglés a quien iba arrinconando hacia la orilla cuando se percató de que al menos una docena de piratas saltaban de otro bote para auxiliar a su compañero. Entonces Juan corrió hacia él, empujó con todas las fuerzas al invasor enviándolo al suelo y tiró de su amo con fuerza evitando que muchas espadas lo atravesaran. Pedro alcanzó a hacerle un profundo corte en el antebrazo izquierdo a su hábil

oponente, y se lamentó en la huida de no haber tenido unos segundos más para que sobre la tierra hubiese un hereje menos.

Drake, a quien Pedro hirió sin saberlo, sintió un ardor en el antebrazo y tirado aun en la arena se pasó los dedos notando la tibia humedad de la sangre que emanaba por la herida, entonces iracundo se puso en pie, levantó la espada y lanzó gritos de juramentos y maldiciones contra los españoles, incitando a su ejército a luchar hasta el final.

Los católicos fieles a su rey y a su gloria resistían estoicamente el avance enemigo, mas la encomienda se tornaba a cada instante más dificultosa, ya que de las aguas no paraban de salir sombras que parecían multiplicarse de la nada para unirse en el asedio. Todo sucedía muy rápido, y el enfrentamiento en el Boquerón se tornó confuso, reñido y cruel, formándose un remolino de estocadas, puñaladas, atronadores estallidos de mosquetes y gritos desgarrados.

El capitán Mejía al verse superado en número y armamento, supo que no había posibilidad de mantener la posición. Ordenó entonces romper las ya deformadas formaciones, abandonar los cañones y replegarse hacia Cartagena para reagrupar las defensas, sin saber que, por el otro lado de la ciudad, por la entrada del mar, seiscientos piratas estaban también atacando desde que escucharon el primer cañonazo. Tras la orden de Mejía, soldados, vecinos, indios y esclavos, corrieron por sus vidas camuflándose entre la maleza; una ocasión que fue aprovechada por muchos esclavos que corrieron, pero no hacia Cartagena, sino en dirección opuesta dándose a la fuga, librándose de pelear y morir por un Dios, un rey, unas tierras y unas libertades ajenas a ellos.

Entre tanto, en la galera Santiago el coronel Vique, sin ver claro a su objetivo, y aún sin terminar de cargar y acomodar la artillería ordenó abrir fuego. Los estaban atacando, y si no respondía inhabilitando las naves enemigas, no tendría otra oportunidad para hacerlo.

Sobre la cubierta de las galeras gemelas, los soldados sudorosos tropezaban unos con otros posicionando con mucha dificultad las pesadas piezas de artillería, cargando proyectiles de variados

calibres, pólvora, cuerda para mecha y todas las cabezas de clavos y estoperoles que llegado el caso pudieran ser usados, mientras que bajo cubierta se apresuraban en atar a los galeotes a sus grilletes para cuando ordenaran una maniobra que requiriese remos. Desde la galera Santiago se escucharon fuertes estruendos al salir volando por el cielo negro en dirección a las naves inglesas los primeros proyectiles que llenaron la cubierta de la embarcación de un denso humo, nublando aún más las vistas. El contraataque de los ingleses fue contundente respondiendo con un bombardeo que inhabilitó a la galera Ocasión; pensaron los atacantes que había sido por un impacto directo, pero la verdad fue que un soldado que corría azaroso sosteniendo una antorcha tropezó sobre un barril de pólvora que explotó haciendo volar por los aires media cubierta y a varios marineros, abriendo un boquete de tal magnitud que hizo naufragar la nave desapareciendo de la vista de todos en cuestión de minutos.

Un caos verdadero se vivía en las naves españolas cuando el coronel Vique ordenó evacuar y liberar a los galeotes turcos, moriscos y negros de los grilletes que les mantenían atados en las posiciones de remo. Con una inmensa decepción claudicó la defensa de la ciudad desde las galeras, pero antes ordenó volver a los cañones para una última descarga que no se llegó a realizar, porque incontables piratas se les echaron encima. Como último recurso mandó prender fuego a la galera Santiago, una decisión difícil de tomar, mas pensó que era mil veces preferible eso a que terminara en manos blasfemas.

Los galeotes liberados de los grilletes fueron salvados de morir quemados en los duros bancos a los que estaban encadenados. Puestos en tierra, las fuertes manos y piernas no cesaban de temblar, aun así, la mayoría agradecidos o fingiendo estarlo, pidieron se les dejara unir en la defensa, jurando luchar por el rey de España y por la ciudad con cualquier arma que a bien pudieran darles. El coronel Vique estuvo tentado a acceder, porque si había algo que necesitaba en ese momento era hombres dispuestos a luchar, mas denegó la petición; no podía confiar en hombres que habían sido condenados a los remos por cometer delitos atroces, así que ordenó ponerles nuevamente los grilletes y llevarlos a Cartagena para

encerrarlos.

Un esclavo, con dos años de estar pagando condena, se envalentonó, se acercó al militar y le pidió reconsiderar la decisión alegando que más servían vivos matando algunos ingleses que encerrados, palabras que enfadaron al ya alterado coronel Vique quien respondió dándole un golpe seco con la culata de un arcabuz dejándolo inconsciente en el suelo. Ninguno más se atrevió a decir nada, tan solo se quedaron arrodillados esperando para ser nuevamente atados, pero los soldados españoles por más que se apresuraron en cerrar los grilletes se quedaron sin tiempo de encadenarlos a todos, ya que una turba de piratas se les echó encima teniendo que desenvainar las espadas y disparar las armas. En la confusión, unos cuarenta galeotes que aún no estaban atados se levantaron del suelo, y desarmados como estaban se sublevaron contra los españoles a mano limpia, ocasionándoles en ese momento más daño que el mismo enemigo. Los soldados arcabuceros dispararon a mansalva matando en el acto a unos cuantos, pero en medio del caos la gran mayoría corrieron desaforados dándose a la fuga. Unos alcanzaron a tirarse al agua buscando a nado las embarcaciones inglesas y otros corrieron hacia la espesura de los árboles. El coronel Vique apabullado por el enemigo se vio obligado a dar la orden de retirada dejando a los galeotes con grilletes tirados en el suelo y dando por perdidos a los fugados.

Los españoles se encontraron entre dos fuegos. Por el lado de la bahía, los ingleses ganaban terreno, y sin el peligro de la artillería de las inservibles embarcaciones solo les quedaba llegar a la ciudad y terminar de someterla, algo que Drake daba por hecho, ya que para ese momento su hombre de confianza Carleill seguramente habría entablado combate por el lado de las playas de mar abierto; y no estaba equivocado. Carleill y su regimiento de piratas intentaban acceder por la doble empalizada que era lo único que protegía a Cartagena, mas los españoles que defendían ese punto, entre estos Diego Martínez y su hijo Martín, atendiendo las órdenes del capitán Miguel González disparaban los mosquetes y cañones dispuestos en las bocacalles, mientras que una pequeña guarnición de indios escondidos en improvisadas barricadas lanzaba sus flechas

envenenadas. Algunos piratas que lograron esquivar las balas y las flechas tomaron la delantera, avanzando casi hasta el cerco de madera, pero quedaron atrapados y heridos en un campo repleto de púas, estacas y clavos envenenados, lo que hizo que retrocedieran despavoridos gritando maldiciones. Contrarió mucho el fracaso de los varios intentos a Carleill, pero esto no lo desanimó, ni lo hizo desistir, tan solo lo consideró un simple retraso en su misión. Estuvieron los piratas algún tiempo contenidos, pero Carleill, usando a un muerto como escudo, les ordenó avanzar limpiando el camino, aunque fuera paso a paso.

Dentro de la ciudad, Ana Teresa y sus hijas pasaban la noche en una duermevela causada por los perros de los vecinos que a ratos ladraban alborotados y por las gallinas que cacareaban espantadas. Carmen terminó por levantarse augurando que se acercaba una tormenta porque había escuchado truenos a lo lejos; un sonido que petrificaba su corazón desde la vez en que un rayo casi la mata cuando era niña. Se levantó de la cama y abrió la ventana para ver el cielo; estaba medio nublado, pero no vio ningún relámpago ni le olió a tierra mojada, mas sintió que el ambiente parecía agitado. Asustada despertó a su madre y a sus hermanas advirtiéndoles que algo ocurría, pero ninguna le hizo caso hasta bien entrada la madrugada, cuando «los truenos» se hicieron más sonoros. Bajaron al salón, y despertaron a Dominga y a Tomasa para que las acompañaran. La esclava abrió la puerta de la calle y se asomó. Gracias a las débiles antorchas que los hombres habían dejado en las esquinas de las calles pudo ver que esta estaba desierta, que nada acontecía. Cerró nuevamente la puerta y se quedaron en silencio sentadas en el salón. Ocultaban un cosquilleo nervioso e intercambiaban miradas entre sí de inquietud y perturbación. De pronto escucharon, o más bien sintieron, un trueno tan fuerte y tan grave, que les pareció que el rayo había caído en el patio. El estruendo silenció a los perros y a las gallinas, y a ellas las hizo gritar sobresaltadas, sospechando que aquel sonido no venía del cielo sino de la tierra. Entre lúgubres meditaciones todas temían lo mismo, pero ninguna se atrevía a decirlo.

—Creo que debemos vestirnos, calzarnos y coger nuestros avíos

—opinó finalmente Carmen—. Eso ha sido un disparo de…

—¿Coger los avíos?, ¿para qué? —le interrumpió Ana Teresa.

—Por si tenemos que internarnos en el monte.

—¿Ahora?, ¿en plena noche?, ¿sin Pedro?, estás delirando, Carmen. ¿Acaso las campanas de la iglesia están sonando?, ¿acaso la gente está saliendo de sus casas? No, nada de eso está pasando, así que vamos a calmarnos. Todo tiene una explicación y lo más seguro es que estén cargando y probando el armamento de las galeras; aquí nos quedaremos hasta que Pedro venga, como dijo que haría y nos explique qué está pasando —replicó la madre con enfado.

—Mamá, puede que Carmen tenga razón, y que ese sonido sea un disparo, pero de los piratas intentando sitiarnos —opinó Lucía.

—¿Sitiarnos de noche?, eso no tiene sentido, y ya es suficiente. ¿Qué queréis?, ¿qué salgamos como locas en plena oscuridad?, ¿qué nos internemos en el monte para ser el plato principal de tigres o que nos muerdan serpientes venenosas?, ¿o preferís que nos maten con un flechazo los indios salvajes que por las noches salen a cazar? No señor, nada de eso. Aquí nos quedamos sentadas y punto —sentenció.

En silencio volvieron a quedarse las hermanas, y volvieron a mirarse entre ellas, pero ahora los rostros reflejaban angustia y temor. Un temor que se convirtió en terror cuando volvieron a escuchar no tan lejanos y sí muy nítidos nuevos disparos.

—Mamá, nada perdemos con arreglarnos, algo raro está pasando, esperemos a papá preparadas, de todos modos, ya estamos despiertas —propuso Rosario.

Ana Teresa accedió cuando el sonido de los disparos se hizo más intenso, y estando en ese menester las campanas de la catedral comenzaron a sonar con arrebato. Entonces cundió el pánico en la casa, y las mujeres a medio vestir y medio calzar corrieron nuevamente al salón derramando lágrimas.

—¿Ama, qué pasa?, ¿qué hacemos? —gritó Dominga.

Ana Teresa no le contestó. Abrió con arrojo la puerta y salió a la calle que en ese momento ya no estaba desolada, vio mujeres fuera de las casas igual de confundidas y asustadas que ella. Espantadas

sacaban sacos y bolsas abultadas esperando que alguien les manifestara qué ocurría. Unas creían que lo mejor era dirigirse a la catedral, otras que lo más seguro era salir y esconderse en las afueras de la ciudad, y es que a esa altura de la noche todas estaban seguras de que algo terrible estaba pasando; entonces, se escucharon los gritos de un hombre que alterado apareció corriendo por la esquina.

—¡Piratas!, ¡nos atacan los piratas! ¡Huid, corred por vuestras vidas!

El alboroto fue mayúsculo. Las mujeres espantadas se apresuraron echándose al hombro los sacos; cargaron en brazos a los niños pequeños que chillaban asustados, y tomaron de la mano arrastrando a los no tan pequeños; y hasta los ancianos y enfermos salieron despavoridos intentando seguirles el paso sin tropezar con las piedras de la calle. Ana Teresa no quiso coger ni para un lado ni para el otro; seguía pensando que era mejor esperar a que Pedro llegara, estaba segura de que lo haría y que no tardaría.

Pronto a las campanadas de la catedral se unieron las de las demás iglesias anunciando un fatal presagio y nuevos gritos no muy lejanos pedían a Dios proteger a Cartagena.

La guarnición de españoles que detrás de la empalizada luchaba con vehemente fiereza para contener a Carleill y sus secuaces, se estaba quedando sin municiones, sin fuerza y sin esperanza de victoria. La saña del combate por ese lado no era menos cruel que por el lado de la bahía, y en ambos lados y bandos la sangre corría.

Faltando una hora para el amanecer de un nuevo día, los españoles no pudieron aguantar la bandada de apelotonados ingleses, que con ímpetu terminaron por abrir una brecha en las barricadas, entrando al corazón mismo de la ciudad, y viéndose derrotados se dieron a la huida para al menos salvar las vidas.

Cuando Ana Teresa se decidió por fin a dejar la casa y refugiarse en la catedral, se encontró un gentío corriendo en todas las direcciones, como si todos los caminos que tomaban fueran erróneos. También corrían desaforados los que habían estado vigilando la zona norte, por los manglares y la boquilla, ya que al ser

avisados de que los estaban atacando por otros puntos de la ciudad, buscaban y llevaban todas las provisiones disponibles para apoyar la defensa confundiendo aún más a las mujeres.

Para entonces, el sudor o la sangre habían borrado la cruz de ceniza que durante el día toda la población de Cartagena había lucido sobre la frente. Los que iban llegando a la catedral encontraban la puerta principal semiabierta; ahí, el obispo Juan de Montalvo, un extremeño benevolente y caritativo, de figura encorvada, orejas puntiagudas, y de largas cejas pronunciadas hacia abajo al igual que su nariz aguileña, les recibía, encargando los más desvalidos a los frailes, quienes, agrupando a la gente, los guiaban y acompañaban al cerro, y a los montes aledaños en busca de un sitio más seguro.

Ana Teresa y sus hijas se abrían paso por las calles, seguidas por Dominga y Tomasa que cargaban los bártulos que pudieron coger. Les quedaban un par de manzanas para llegar a la catedral, cuando un estruendo muy fuerte las estremeció. El disparo de una culebrina había impactado en una casa haciendo trizas la fachada por donde justamente pasaban. Ana Teresa presa del terror gritó a sus hijas que no se detuvieran, que siguieran corriendo, sin darse cuenta de que Lucía había caído al suelo herida por algunos trozos de piedra. Agitadas y temblorosas siguieron la carrera hasta que entraron por fin a la catedral. Ana Teresa por instinto maternal abrazó a Carmen y a Rosario en actitud protectora, mas no a Lucía, que no estaba con ellas, ni con las esclavas. La buscaron con desespero entre la gente, la llamaron a gritos, pero entre el repique de las campanas, y el llanto de los niños y de las mujeres, sus voces se perdían sin que la joven apareciera. Ana Teresa supo que su hija seguía en la calle, así que intentó salir de la catedral, pero un fraile se lo impidió advirtiéndole que ya iban a cerrar la puerta, y que, si salía, se quedaría afuera bajo su propio riesgo, pero a ella no le importó el ultimátum y salió de la catedral devolviéndose por donde había venido, gritando como loca el nombre de su hija. Preguntó con desespero a un reducido grupo de hombres que se apresuraban en refugiarse, si habían visto a una joven de camino hacia allí, que si habían visto a su hija Lucía, pero todos sin detenerse respondieron

que no. En eso apareció Martín Martínez que al reconocerla la tomó del brazo tirando de ella bruscamente para que entrara con él a la catedral mientras voceaba que los piratas venían detrás.

Ella se soltó de un tirón gritándole que había perdido a Lucía unas calles atrás y que tenía que encontrarla. Él exaltado con la noticia le siguió los pasos mientras la angustiada madre intentando contener el llanto y haciendo un gran esfuerzo le explicaba que al salir de la casa sus hijas venían junto a ella, pero que se dispersaron con el tumulto de gente y los disparos, y que estaba segura de que algo le había pasado, porque no llegó a la catedral. Entonces, Martín alebrestado volvió a detenerla con más brusquedad y le impuso que volviera a resguardarse en la catedral, que él iría a buscarla. Ana Teresa exigió acompañarlo, pero él no se lo permitió alegando que era mucho más veloz, que era demasiado peligroso para ella y que no podía dejar solas a sus otras hijas, y le prometió gritando mientras corría, que la encontraría y la traería sana y salva. Ana Teresa aceptó de mala gana reconociendo que el joven, con el que siempre tuvo poca empatía, en aquel inesperado momento se acababa de convertir en un ángel enviado por Dios para ayudarle.

Ana Teresa sintió las pesadas puertas de la catedral cerrarse con gran ímpetu detrás de ella; de haber tardado unos segundos más se habría quedado fuera sin el cobijo protector de los robustos muros de la casa de Dios. Tras una oleada de disparos y cañonazos que hicieron estremecer los cimientos de la tierra, un silencio sepulcral se apoderó de la iglesia mayor, y luego, se comenzaron a escuchar disparos al aire y las risotadas de los sitiadores rodeándolos e intimidándolos.

Martín recorría las calles oscuras y desoladas en completo silencio y haciendo el menor ruido posible, porque si los piratas que ya estaban dentro de Cartagena lo escuchaban, irían por él y lo matarían sin piedad. Siguió con sigilo la ruta que Ana Teresa le indicó, y al pasar por una casa medio derruida, escuchó el sollozo de una mujer seminconsciente tirada en el suelo. Martín corrió a socorrerla sintiendo un brinco en el corazón cuando reconoció a Lucía. Intentó levantarla y que caminara, pero ella con un quejido de dolor se rehusó. La examinó cuidadosamente comprobando que la

pierna derecha, a la altura del muslo tenía enterrada una estaca de madera y sangraba copiosamente. Martín se arrancó una manga de la camisa e hizo un torniquete para detener la hemorragia; la cargó en brazos, y regresó sobre sus pasos escuchando gritos y ecos de los gritos, como si los piratas estuvieran detrás de sus orejas. Y cierto era, porque al llegar a la esquina miró hacia atrás y vio las sombras de una turba asomarse en el otro extremo de la calle. Decidió entonces desviarse evitando las calles más alumbradas para camuflarse entre las sombras y rezó para no toparse con ellos. Por suerte así sucedió, ya que por donde cogió, no se topó con ninguno, mas sí con una mula que deambulaba ajena a lo que pasaba. Enseguida subió a Lucía al lomo del animal, y luego subió él azuzándolo con fuerza para que los alejase de allí.

Al llegar a la catedral encontró la puerta cerrada, las campanas enmudecidas y un silencio de ultratumba detrás de las paredes; quiso gritar para que le abrieran, pero sabía que ya no lo harían porque pondría en peligro a todos los que estaban dentro. Sin tiempo a su favor y con los ingleses pisándoles los talones siguió azuzando al animal sin mirar atrás, alejándose del tropel que estaba a punto de llegar a la casa de Dios. Se metió por calles que lo llevaron a un acceso de salida de la empalizada y se alejó de Cartagena por los manglares, lugar por donde ningún pirata ni nadie se atrevería a seguirlo, por ser un terreno fangoso, repleto de árboles venenosos y animales peligrosos. La oscuridad le obligó a cabalgar muy despacio cercando una ciénaga, y aunque ya estaba fuera de la ciudad pudo escuchar a lo lejos gritos y disparos de los victoriosos piratas celebrando su hazaña. A pesar de los terribles acontecimientos, Martín se sintió agradecido con Dios por haberlo salvado de caer prisionero o morir, y por haberlo guiado para encontrar a Lucía. Ahora tenía que ponerla a salvo y sabía que no había lugar más seguro que la parcela de Turbaco hacia donde se dirigió sin recuperar el aliento, con la boca seca y sin descansar ni un segundo.

# Capítulo IX
# Bajo el dominio del Dragón

Con el sol de un nuevo día Cartagena de Indias había caído en manos herejes. Las banderas españolas habían sido humilladas por Francisco Drake, quien seguido de los suyos pisaba firme la tierra de su nueva conquista. Su sonrisa era triunfal, su andar envarado como buen vencedor, y el temple frío y artero.

En tierra de batalla algunos de sus combatientes malheridos y con el alma a medio salir del cuerpo, le pedían con dolorosos quejidos les hicieran el favor de bien morir. Su primera orden fue auxiliar a los que aún tenían posibilidad de vivir, y a los que no, quitarles la agonía mostrándoles respeto y piedad, empezando él mismo por desenvainar su espada ensangrentada, propiciando una estocada limpia, rápida y letal a uno de los moribundos. Pronto se dio cuenta de que no fue poca la sangre que tuvo que ser derramada para hacerse con la ciudad. Por doquier veía muertos por arcabuzazos, escopetazos, y demasiados por flechas envenenadas; y no demoró en dar su segunda orden: identificar, contar y sepultar con la dignidad requerida a todos los muertos de sus filas.

Siguió caminando alejándose de la playa y de la sangre que endurecía la arena, y una vez dentro de la empalizada reparó en las casas y plazas de la ciudad. Cuando llegó al centro de la misma, con potestad y el ego hinchado, se instaló como dueño y señor de Cartagena de Indias en la casa del gobernador, pensando en lo irrisorias que le parecieron las defensas de una de las joyas de la corona española, mas no así el coraje mostrado por sus gentes, a quienes finalmente terminó doblegando. Ahora debía centrarse en la razón de todo aquello, «el botín del rescate», un botín que estaba seguro debía ser cuantioso; mucho mayor al escaso obtenido

semanas antes cuando sitió a Santo Domingo, donde estuvo más de un mes viviendo a cuerpo de rey, recobrando fuerzas y poniendo a punto sus embarcaciones. Estando allí fue cuando posó su avariciosa mirada sobre Cartagena, y con ansias de seguir la buena racha de azotes a los territorios de Felipe II y de obtener un botín más nutrido, había enviado días atrás una embarcación de mediano calado a realizar un primer reconocimiento sobre esas aguas, y tras urdir con sus estrategas la mejor manera de someter esa plaza en nombre de su grandiosa majestad, la reina Isabel de Inglaterra, decidió enfilar su potente flota hacia las coordenadas 10º 26' latitud norte y 75º 33' longitud oeste, logrando su objetivo.

Los rayos del sol que entraban en la catedral permitieron que los refugiados se vieran bien las caras; las mujeres consternadas escuchaban a los hombres contar cómo habían luchado, cómo habían sido heridos, cómo habían herido y cómo vieron caer a algunos de los suyos defendiendo la ciudad, como al viejo Alonso Bravo de Montemayor, y a Juan Cosme de la Sala, quienes aun viendo perdida la ciudad se negaron a huir por sus vidas quedándose hasta el final como valientes luchadores, muriendo Bravo degollado a manos de los piratas, y de la sala quedando malherido sin una pierna antes de que despuntara el sol cuando la ciudad caía.

El obispo extremeño, con gesto serio, enlutado, no quiso oír nada más. Abatido se arrodilló frente al altar, unió las manos llevándolas al centro del pecho y suplicó mirando hacia el cielo.

—¡Piedad y misericordia, Señor, en estas horas tristes en que estamos siendo humillados! —Bajó la cabeza quedándose en silencio unos minutos, y luego se levantó para dirigirle palabras de consuelo a los tribulados refugiados cuyos ojos hinchados por el llanto volvían a llenarse de lágrimas; palabras que no disiparon el resquemor ni respondieron las muchas preguntas que las mujeres perdiendo los nervios comenzaron a hacerle, «¿por qué Dios los había abandonado?, ¿estarían a salvo sus familiares?, ¿qué sería ahora de ellos?, ¿respetarían los herejes la casa del Señor?, ¿por qué el todo poderoso favorecía a unos seres tan crueles?, ¿por qué Dios permitía

a ese Dragón endemoniado reírse de ellos y de él mismo?». Las preguntas acabaron cuando Rosario tras vomitar el estómago vacío se desgonzó en el piso frío, entonces algunas mujeres levantándola y arropándola se dieron cuenta de que, aunque sus nervios eran más que justificados, debían ocuparse en seguir con vida, en cuidar a los heridos, en apoyarse unos a otros y en encomendarle al obispo la difícil tarea de averiguar por sus seres queridos.

Esa misma mañana y para espanto de todos, se escucharon desesperados toques en una puerta lateral de la catedral. El pánico volvió a invadir los corazones y un gran silencio inundó el recinto sagrado que hasta los más pequeños quedaron mudos.

—¿Quién llama a esta casa?, la casa de Dios —preguntó un fraile que estaba custodiando la puerta.

—¡Aprisa, abrid al capitán Mejía!, fiel servidor de su majestad Felipe II. ¡Abrid, aprisa, aprisa! —solicitaba insistentemente.

El fraile quitó el cerrojo con afán dejando pasar al capitán y a los ocho hombres cubiertos de sudor y sangre que estaban con él, entre ellos Pedro de la Flor y Olmos, y Juan, su esclavo. Fueron recibidos con mucha alegría, aunque ellos estaban cabizbajos, abatidos, avergonzados.

Las mujeres los rodearon al instante preguntándoles cómo habían llegado hasta allí sin ser capturados, y si sabían algo de sus familiares. Mejía explicó que cuando perdieron el fuerte se reagruparon dentro de la ciudad y lucharon hasta el final de las fuerzas, pero como ya era sabido no fue suficiente. Atestiguó que muchos tuvieron la posibilidad de huir al monte, como el señor gobernador, pero que ellos no pudieron, pues se vieron rodeados por incontables atacantes, así que, sin otra opción, se escondieron en una casa para salvar las vidas hasta que los encontraran y los capturaran o los mataran, pero escucharon que el pirata Drake dio la orden de enterrar a sus muertos pudiendo correr hasta allí apenas tuvieron ocasión.

El corazón de Ana Teresa dio un vuelco cuando vio a su marido sucio de sangre ajena, porque constató rápidamente que estaba sin herida alguna. Lo abrazó, y llorando convulsa, desolada y rabiosa al mismo tiempo, le dijo que Lucía no estaba con ellas. Le contó que

durante la madrugada sin saber lo que ocurría, estuvieron asustadas esperándolo en casa como él les había indicado, pero que cuando anunciaron a viva voz que los atacaban, no pudieron esperar más y salieron a oscuras corriendo en medio de disparos y gritos, y que en la confusión Lucía se había quedado rezagada y no llegó con ellas a la catedral. Le dijo además que cuando se percató de su ausencia salió a la calle a buscarla, pero que en eso Martín Martínez apareció y se ofreció ir en su búsqueda y ninguno de los dos regresó.

—¡Dios mío! —exclamó Pedro llevándose las manos a la cabeza temiendo lo peor; que los piratas la tuviesen cautiva obligándola a hacer quién sabe qué porquerías o que la hubiesen matado. Con esos pensamientos, Pedro, se volvió loco de ira y atrapado por una enajenación que le impidió razonar se fue directo hacia las puertas de la catedral para salir nuevamente en busca de su hija. Ana Teresa al ver la reacción del marido, y sabiendo que solo encontraría una muerte segura, le empezó a gritar que se calmara al tiempo que intentaba retenerlo agarrándole de un brazo con todas sus fuerzas.

—¡No salgas Pedro!, ¡no salgas por favor! ¡Todo es mi culpa!, ¡si no hubiera sido tan pusilánime y hubiéramos salido unos minutos antes!

Entonces, tres soldados del capitan Mejía que vieron lo que sucedía le cortaron el paso sujetándolo fuertemente, y aun así tuvieron problemas para contenerlo, pues el escribano estaba fuera de sí, como si un demonio se le hubiese metido dentro apoderándose de su ser. Carmen y Rosario, le suplicaron con lágrimas en los ojos que no saliera, que entrara en razón, que si lo hacía se quedarían huérfanas de padre, mas él cegado insistía en hacer su voluntad, hasta que el obispo intervino zurrándole un bofetón.

—Calma Pedro, calma —dijo el prelado sin alterar la voz—. Escucha a tu familia y piénsalo. Salir es un suicidio y nada vas a conseguir; lo sabes bien.

Pedro finalmente reaccionó y perdiendo por completo las fuerzas se dejó caer de rodillas cubriéndose el rostro con las manos mientras desconsolado rompía en llanto. El obispo y los soldados prudentemente se alejaron dejando que sus hijas y su mujer se aferraran a él fundiéndose en un abrazo consolador. Arrodillado y sollozando les pidió perdón por no haberlas protegido, por la suerte

de Lucía y la de Martín, y por haber perdido la ciudad. Un momento después, ya sosegado se levantó, se limpió el rostro, miró fijamente a su mujer y haciendo una cruz con los dedos de la mano derecha le prometió por las llagas de Jesús crucificado que encontraría a su hija y que Drake pagaría por lo que había hecho. Luego, ubicó con la vista a Juan quien se sentaba en el piso apoyando la espalda contra una pared junto a su madre y hermana. Se acercó al esclavo y se sentó junto a él en silencio. Ana Teresa y sus hijas hicieron lo mismo y se sentaron al lado de Pedro.

En la casa de Dios solo se escuchaban los llantos apagados de quienes esperaban rezando mientras veían las velas consumirse y que aconteciera con sus vidas lo que fuese. A parte de eso, no podían hacer nada más.

Pasado un largo rato, Pedro les dijo a los suyos, que, cuando todo volviera a la normalidad le daría la libertad a Juan.

—¿Qué has dicho? —preguntó Ana Teresa frunciendo el ceño, creyendo haber escuchado mal.

—Lo que escuchaste, mujer. Cuando regresemos a casa le daré la carta de su libertad —aseveró mirando al esclavo.

—Pedro, quizás este no sea el momento de hablar de eso —pronunció fatigada.

—Lo es, mujer. Es justo el momento —enfatizó—. Recuerdo cuando mocoso, desnutrido y semidesnudo llegó a servirnos. Se hizo hombre buscando agua, cortando troncos de maderas, limpiando maleza y cuidando bestias. Que sepas, Ana Teresa, que hoy luchó con más tesón que muchos soldados, y que me salvó la vida.

Juan miró conmocionado a su madre, a su hermana, y de reojo a Rosario; con los ojos aguados rompiendo en llanto besó la mano de Pedro.

—Amo Pedro. ¿En verdad hará eso?

—Si. Te lo has ganado, Juan, te lo has ganado con creces —afirmó dándole un golpe suave en el hombro.

Dominga y Tomasa se unieron al llanto de Juan, un llanto de infinita alegría en medio de la desazón. Rosario miró a Juan conmovida, agradecida y hasta orgullosa, aunque eso en nada cambiaba su ya difícil situación y los malestares que sentía. Ana

Teresa en cambio se contrarió más de lo que ya estaba con la decisión de su marido; desconocía por completo sus palabras «¿acaso haber caído derrotado por el hombre al que más odiaba en el mundo o el no saber el paradero de su hija le estaba afectando la cordura?», se preguntaba «¿cómo iba a regalar la libertad al esclavo más valioso de los tres que tenían, y más aún cuando el futuro de repente se volvía tan incierto?». En cualquier caso, si el negro le había salvado la vida, podía agradecerlo de mil maneras, pero darle la libertad, eso era demasiado, mas ya llegaría el momento de hacerle entrar en razón para el desistimiento de tan absurda idea. Por ahora solo podía rezar por la suerte de su hija y la de todos ellos.

Cuando Martín dejó atrás el terreno fangoso de la ciénaga y los arbustos venenosos, y el sol con su resplandor iluminó el camino hacia las tierras altas de Turbaco, comenzó a espolear con fuerza a la mula, pero por más que apresuraba a la bestia para que el andar fuera al ritmo de su impaciencia, el resultado era siempre el mismo paso. Así, paso a paso y con el resonar de los cascos iba alejándose de Cartagena y de los ingleses.

Martín intentaba mantener a Lucía despierta, le hablaba de lo que fuera con tal de que mantuviera la consciencia, porque con la claridad del día se dio cuenta de que no solo la manga de la camisa con que anudó la herida estaba empapada de sangre, sino que del cuero cabelludo también brotaba un poco. La joven adolorida y vencida por el cansancio apoyó la cabeza en el hombro de Martín y lentamente fue cerrando los ojos cayendo en un irremediable sueño. Entonces sucedió algo que ya le había ocurrido años atrás, algo que había dejado en el pasado, pero que no había olvidado. Comenzó a sentir que se salía de su cuerpo, la misma sensación que experimentó en el galeón el día de tormenta, y estando fuera de ella flotando en el aire miró hacia abajo viéndose sentada sobre la mula y a Martín a su lado hablándole cosas que no lograba escuchar. Vio a su alrededor la naturaleza verde y agreste, y la trocha por donde iban. Miró al cielo. Estaba despejado, pero el ambiente lo sintió cargado con un aire raro, como triste, fúnebre. Cuando volvió a

mirar hacia abajo reconoció inmediatamente a la sombra de movimientos zigzagueantes que vio en el galeón y que apareció de la nada, solo que esta vez, la extraña presencia que se sabía observada, se elevó directamente hacia ella rodeándola en el aire, y mientras lo hacía emitía un chillido ensordecedor y espeluznante. Lucía sintió pavor cuando la sombra dejó de chirriar y girar a su alrededor deteniéndose bruscamente frente a ella, y tomando una forma humana estiró las manos como para agarrarla; entonces, Lucía en un intento por defenderse gritó:

—¡Detente! —Y súbitamente despertó dentro de su cuerpo sentada junto a Martín, quien la zarandeaba llamándola por su nombre.

—¡Detente! —volvió a gritar.

—¡Vale! ¡Lo siento! —dijo Martín azarado—. Es que cuando cerraste los ojos, te fuiste poniendo fría y pálida, como los muertos. Yo te llamaba y no reaccionabas. Pensé que…

—Solo me quedé dormida. Nada más —interrumpió mirando hacia arriba, hacia abajo, hacia atrás y al no ver nada volvió a apoyar la cabeza en el joven.

—Pues no te vuelvas a dormir hasta que lleguemos a la parcela. Ya falta poco.

Lucía no dijo nada. Estaba tan asustada, confusa y débil, que no sentía dolor, calor o sed, y a duras penas tuvo energías para intentar comprender lo que acababa de suceder. Pensó, igual que en el galeón, que quizás estaba muriendo y por eso pudo ver a la mismísima muerte venir por ella, o que quizás era un espíritu con ganas de atormentarla, o quizá todo era producto de una horrible pesadilla. Pasaría un tiempo antes de que descubriera cuál de las tres posibilidades era la correcta.

Tras un andar sideral con un sol abrasador sobre sus cabezas, Martín divisó por fin la parcela donde vivía. El recorrido le pareció tan extenuante que el último tramo se le hizo eterno, así que apuró a la mula azuzándola para animarla a subir la colina donde estaba ubicada la casa. Llegó abrumado de cansancio, con la espalda arqueada de dolor, pero sobre todo preocupado por la salud de Lucía.

—¡Joaco! —gritó con desespero, y al momento un indio, una mujer

y tres niñitos pequeños se acercaron corriendo a la entrada—. Está herida.

Martín no tuvo que decir nada más. El indio cargó a la joven con suavidad y la llevó dentro de la casa acomodándola en una cama. Ella apenas consciente y con la visión borrosa pudo percibir la bondad en aquel nativo de mediana estatura, fornido, lampiño, de frente y cabeza ancha y pelo lacio.

Martín desmontó del animal. Tenía el rostro quemado por el sol, las piernas entumecidas y los brazos adoloridos. El mayor de los niñitos se hizo cargo de la mula, y la mujer, una india de baja estatura, de ojos negros, rasgados, grandes pómulos y un pelo lacio tan largo que le rozaba las caderas, corrió a buscar agua y trapos limpios.

Lucía, débil, pero consciente, veía que Martín y gente que no conocía le limpiaban la sangre seca del rostro; le daban de beber sorbos de agua y hablaban entre ellos muy discretamente, seguramente sobre sus heridas, pensó. Nada le quitaba el sosiego que le daba estar bajo un techo y acostada en una cama hasta que sintió un dolor agudo en la pierna que le hizo gritar y retorcerse.

«Tranquila, Lucía; te estamos curando», alcanzó a escuchar de labios de Martín antes de perder el sentido justo después de que le extrajeran la astilla del muslo. Martín no se movió de su lado, a pesar de que estaba agotado. Recordó aquel medio día en que la conoció. Su padre le advirtió que se acicalara, se vistiera con su mejor traje y se comportara a la altura, pues había invitado al nuevo escribano de la ciudad, quien acababa de llegar desde Sevilla junto a su familia. Llevaba un vestidito verde que le quedaba ajustado y corto, y a diferencia de sus hermanas, el pelo lo tenía desordenado y las uñas largas y sucias, pero al verla, algo se estremeció dentro de él. Era lo más bello que había visto en su vida y desde ese momento supo que se había enamorado. Los rápidos latidos del corazón se lo decían, y su mente irreflexiva se lo confirmaba hablando y actuando delante de ella como un niñato insolente incapaz de comportarse. Verla ahora tan pálida e indefensa le generaba una tremenda angustia porque no sabría qué hacer si llegara a morir, y es que hasta ese momento no había sido consciente de que él no era el dueño de su propia vida, sino ella, y lo había sido desde el día que la

conoció.

Había pasado la tarde y parte de la noche cuando Lucía despertó. Vio a su lado el perfil de Martín tenuemente iluminado por la llama de una vela que ardía sobre una pequeña mesa. Tenía los ojos francos, y aunque el semblante era el de una persona abrumada, la dulzura con que la observaba ni la oscuridad de la noche podía menguarla.

—Martín —dijo incorporándose.

—Tranquila. No te muevas, que estás herida.

El joven se levantó de la silla en la que estaba sentado, tomó un vaso con agua y se lo puso en la boca para que bebiera.

—Me duelen mucho la cabeza, las piernas y los brazos. Todo, todo me duele —se quejó tocándose la cabeza.

Martín le apartó la mano de la venda con suavidad mientras le hablaba desazonado.

—No sé si llegaste a saberlo, pero fuimos atacados por el facineroso pirata Francisco Drake.

—Supe que nos atacaban, pero nada más. ¿Qué pasó?

—Defendimos la ciudad cuanto pudimos, pero la perdimos. Fue sorpresivo, nunca imaginamos que atacarían de noche y eran demasiados piratas —explicaba abatido—. En fin, cuando ya no pudimos contenerlos y se nos ordenó la retirada, corrimos a refugiarnos a la catedral; nos topamos con mujeres, niños y esclavas que lloraban y corrían para refugiarse también, en eso vi a tu madre. Corría de un lado a otro preguntando a quienes iban llegando a la catedral si te habían visto porque no habías llegado, entonces yo me ofrecí a buscarte; recorrí las calles por las que me dijo habían pasado, y gracias a Dios te encontré antes que los piratas. Yacías tirada en el suelo; malherida.

—Martín, todo fue muy confuso. Estábamos en casa asustadas sin saber qué ocurría, ni qué creer, ni qué hacer, hasta que comenzaron a gritar que nos atacaban los piratas. Como mi padre no apareció, decidimos salir corriendo a refugiarnos a la catedral —recordaba nerviosa—. Yo iba junto a mi madre, mis hermanas y las esclavas, pero entre la oscuridad y una multitud de gentes que gritaban y empujaban, tropecé y caí al suelo perdiendo un zapato; lo que tardé

en levantarme, recogerlo y ponérmelo las perdí de vista, y en eso un fortísimo estruendo me paralizó. Creo que algo me golpeó y me tiró al suelo, pero ya no recuerdo nada más hasta que te vi.

—La pared de una casa fue derrumbada por una bola de cañón y una parte te cayó encima. Por eso tienes magulladuras por todos lados y un par de heridas; la de más cuidado es la de la pierna, mas por los escombros que vi sobre ti, debes saber que hubiera podido ser mucho peor. Cuando te encontré y te cargué, intenté regresar a la catedral, pero las puertas ya estaban cerradas y los piratas ya eran dueños de las calles, así que cogí una bestia que se nos cruzó y me puse en marcha para traerte aquí. El resto ya lo sabes.

—No recuerdo nada de eso, ni cómo llegamos aquí.

—Lo creo, porque perdiste mucha sangre, y hasta te desmayaste del dolor.

—Martín, ¿sabes dónde y cómo está mi padre?, dijiste que mi madre entró a la catedral, ¿y mis hermanas también? ¿Y Tomasa y Dominga?, ¿y Juan?, ¿qué habrá sido de su suerte? ¿Qué pasó anoche, Martín?, ¿cómo nos han podido atacar de noche?, ¿cómo hemos perdido la ciudad?, ¿qué pasará ahora?

—Calma, cálmate un poco. Son muchas preguntas y desafortunadamente no tengo respuesta a todas. De momento solo te puedo decir que lo que era una noche tranquila se convirtió en una pesadilla que nadie imaginó. No sé cómo pasó, pero cientos y cientos de piratas desembarcaron y nos atacaron en plena noche, ¡en plena noche! No sé dónde está tu padre, ni el mío; pero tu madre, hermanas y esclavas están bien, refugiadas en la catedral. Con el día ya tendremos noticias, ahora descansa. Lo necesitas para recuperarte.

Lucía no podía dormir, imaginaba que seguramente tampoco podía ninguno de los refugiados en la catedral, ni los huidos al monte. Se sentía apalastrada, afligida por su familia, y asustada por haber visto nuevamente aquella extraña sombra, aquella extraña aparición que había intentado asirla. Martín al verla con los ojos bien abiertos se unió a la velada taciturna ofreciéndole un vaso con zumo de caña añejo para calmar el dolor, los nervios y acompañarse en la tristeza. Ella, exhalando el aire de sus pulmones se llevó el vaso a la boca

bebiéndose de un solo trago la mitad del zumo fermentado, enarcando las cejas y haciendo un gesto de desagrado, él se bebió el resto en un segundo sin gesticular. Luego apartó la silla a un lado, tiró dos cojines al piso y se sentó apoyando la espalda en la cama, así se sentía más cómodo, y en silencio se limitaron a suspirar a ratos, escuchar el croar de ranas y el grillar de los grillos hasta que se fueron quedando dormidos.

A la mañana siguiente, cuando Lucía se levantó estaba sola en la habitación. La claridad del día le permitió ver las magulladuras y hematomas de tonos rosados, verdes y morados en su cuerpo. La herida de la pierna derecha estaba cosida con una especie de cabello fino, y sobre esta, habían aplicado una pasta de color café. Vio también las paredes de bahareque de la habitación y el techo de palma amarga tan cosido y apretado como su herida. Muy lentamente se sentó en la cama e intentó ponerse en pie, pero al sostenerse sobre su propio peso sintió un fuerte dolor en la pierna que le hizo apretar los dientes con un quejido pesaroso dejándose caer nuevamente sobre la piltra. Esperó un buen rato a ver si alguien aparecía, pero al ver que nadie lo hacía y pese al dolor insistió en levantarse nuevamente. Con sumo cuidado se fue incorporando hasta ponerse en pie, y apoyándose a la pared salió con dificultad de la habitación arrastrando la pierna derecha. Entró en un sencillo salón en el que había algunos taburetes de cuero de vaca, y al frente, otra habitación de iguales dimensiones que en la que ella estaba, aunque en vez de cama tenía una hamaca colgada del través; como no vio a nadie caminó con igual dificultad hacia la puerta que daba al interior de la parcela. Tras quedar momentáneamente cegada por la claridad del sol, observó a la distancia varias cercas con gallinas y cerdos, y más allá otra casa de bahareque algo más pequeña, y tres niñitos desnudos de tripita abultada, sentados jugando con la tierra. De un momento a otro, el dolor en la pierna se le hizo cada vez más intenso y debido tanto a la falta de alimento como a la sangre que había perdido, comenzó a marearse reconociendo que estaba a punto de desmayarse, por lo que apoyando la cabeza en la pared y con la poca fuerza que le quedaba gritó con voz ahogada por ayuda esperanzada en que al

menos los niños la escucharan, y aunque estos sí la escucharon, nada pudieron hacer más que ver cómo se esgonzaba.

El mayor de los niños soltó la lombriz de tierra que tenía en las manos, se levantó y corrió hacia el horcón donde estaba su padre con Martín.

—¡Se cayó, se cayó al suelo! —decía señalando con el dedo goloso la casa.

Martín salió embalado llegando en segundos a la puerta de la casa donde Lucía estaba inconsciente en el piso. «¿Qué había pasado?» se preguntó asustado y enfadado a la vez. Era la segunda vez que en dos días la encontraba tirada en el piso y al igual que la primera vez sintió temblar las piernas por temor a lo que le hubiese pasado. La cargó con delicadeza y la acomodó nuevamente en la cama de la habitación. Un par de palmadas en las pálidas mejillas bastaron para que Lucía recobrara el sentido y para que Martín ofuscado le increpara.

—¡Insensata! ¿Qué pretendías hacer?, ¿no ves lo débil que aún estás?

Ella demacrada y famélica reconoció que creyó tener más fuerzas de las que en realidad tenía, y sin nada que objetar se quedó tumbada adolorida y fatigada, prometiendo no volverlo a hacer.

Entretanto, en Cartagena se cumplía a rajatabla la orden de Drake de enterrar aprisa a los más de trescientos hombres de sus filas que murieron en la reyerta y evitar así enfermedades por la putrefacción de las carnes. Fuera de la ciudad, no muy lejos del fuertecillo del Boquerón, a la sombra de palmeras y frondosos árboles, muchas manos inglesas cavaban huecos en la tierra, muchas otras hacían cruces con palos que unían con bejucos y algunas más despojaban a los cadáveres de armas, calzados y efectos personales de algún valor que pudieran ser usados antes de que fuesen inhumados en su última morada.

La gran cantidad de bajas llenó de ira al pirata, no solo por considerarlo muy elevado, sino que además el número de muertos entre los odiados españoles no llegó ni a veinte cristianos, y por ello juró, lo pagarían muy caro. Drake rindió honores a sus caídos

caminando ante la mirada silenciosa de los suyos sobre una tierra lejana sembrada ahora de protestantes, cuyos cuerpos ordenó fueran dispuestos con las cabezas apuntando hacia el mar. Hecho esto, regresó a la ciudad como prepotente señor absoluto, y se acomodó en la amplia casa del gobernador. Echó un vistazo a todas las estancias deteniéndose en el despacho privado donde admiró un mueble grande, con receptáculos, colmado de libros, y una vitrina de madera y cristal repleta de copas y vasos finos. Con mirada impasible se acercó a un escritorio macizo, de madera fina, desde donde se gobernaba a la ciudad, y pasando el dedo índice de la mano derecha por la superficie se vanaglorió pensando que lo había conseguido, que había dado el mayor golpe de su vida hasta ese día.

Se sentó en un sillón de cuero repujado y se acomodó levantando las piernas posando las sucias botas sobre el escritorio. En esa posición y con el rostro airado, autorizó a su gente a entrar en todas las casas, buscar en los vericuetos y hacerse con lo que desearan; orden que fue bien recibida por los rufianes de mala calaña, y de ojos turbios y fríos que no dejaron casa sin arramblar. Encargó también a Carleill, visitar la iglesia mayor, saludar con lindezas de su parte al clero, descolgar las campanas y los adornos de los santos, y llevar todo a su embarcación. Así lo hizo el capitán Christofer Carleill, quien, acompañado de un grupo reducido de arrogantes piratas con tufos y largas greñas llamaron a la puerta principal de la catedral y entraron a las malas en el recinto.

Los invasores de cabellos grasientos, horrendas sonrisas y pieles curtidas de mugre se rieron en la cara del obispo, destrozaron las imágenes sacras, y pisotearon y orinaron el altar blasfemando y ultrajando la casa de Dios sin respeto alguno, mas ninguna vida de los presentes fue agraviada por mandato de Drake.

El obispo Montalvo no opuso resistencia a semejante ultraje. Arrodillado alzó los cansados brazos como niño atribulado que implora auxilio a su padre, mientras los piratas hacían y deshacían. Estando en esa posición se dio cuenta de que aún posaba sobre el dedo anular derecho un grueso anillo de oro que no tuvo tiempo de guardar y que presuroso lo escondió bajo su manto antes de que los asaltantes lo notaran y se lo arrebataran; «una insignificancia

comparado con lo que se estaban llevando» pensó, pero al menos era algo. Los refugiados imitaron al obispo, se arrodillaron y así permanecieron, cabizbajos y con el rostro bañado en lágrimas, temerosos de que Drake hubiera mandado matarlos ahí mismo, ya que por la fama que precedía al pirata sabían que era capaz de hacerlo.

Tras haber ultrajado la santa casa de Dios, los piratas se marcharon entre soeces carcajadas y vocerías incomprensibles. El anciano abandonó su humilde actitud, arregló un poco el desorden de su traje religioso, y buscó un cubo con agua y paños secos. Con gesto serio, enlutado y triste se acercó al altar mayor, y ante la mirada de todos, comenzó a limpiar con suma delicadeza los sacrílegos orines que manchaban todo el presbiterio. Entonces iracundo y fuera de sí gritó con una voz que empapada en llanto enronquecía.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Piadosas mujeres, suspirando de pena y sollozando, se acercaron a ayudarle en tan penosa labor, mientras otros recogían del piso pedazos de vírgenes y santos hechos añicos.

Desde el interior de la catedral se escuchaba a las turbas de piratas, que, emborrachándose con vinos y rones robados de las tabernas, reventaban las puertas y ventanas de las casas para saquear y destrozar cuanto quisieran hasta que Drake como estrategia mandó a los cientos de hombres a hacer vida a las afueras de la ciudad. La playa era el mejor sitio para evitar el contagio de las muchas enfermedades tropicales a las que tanto temían y que tantos estragos les causaban, pero, además desde allí vigilarían que no apareciera en el horizonte la temida flota española, ya que, si eso ocurría, tendrían que abandonar la plaza con las manos vacías porque contra ellos no tenían posibilidad alguna. Solo unos cuantos, y quienes servían y guardaban la espalda de Drake podían quedarse dentro de la empalizada Cartagena, tomando eso sí extraordinarias precauciones para no enfermar.

No corrían la misma suerte los militares y vecinos españoles, obligados a estar lejos de la comodidad de sus casas. Refugiados en el agreste monte, el semblante de todos era el mismo, triste y lleno

de incertidumbre, sin tener la más remota idea de cuánto tiempo deberían permanecer así, o qué sería de sus vidas. La amargura que los corroía tornaba grises los hermosos días soleados que sucedieron al ataque, y ni las sonrisas desdentadas de los inocentes niños que allí estaban, ni el canto de las aves, ni la brisa fresca de los atardeceres disipaban sus lastimosos sentires. De repente se vieron en la necesidad de dormir en la arena dura y en hamacas anudadas a los árboles con pencas de majagua; de pasar sed y de comer hicoteas, paujiles, iguanas y guartinajas, animales que eran alimento de indios y negros, y despreciados por los blancos, hasta que el hambre doblegándoles el orgullo les hizo degustar los exóticos manjares salvajes.

En Cartagena, Francisco Drake vivía, comía y dormía como gran señor. Había esperado un día a que la autoridad local se dignara a buscarlo para empezar a tratar el rescate, pero al ver que nadie aparecía mandó un mensajero a la catedral para advertir que prendería fuego a la ciudad dejando solo las cenizas si la autoridad no se presentaba ante él en las próximas horas. El obispo al escuchar tan terrible amenaza hundió la arrugada frente entre sus acartonadas manos, y al ver que el gobernador Fernández de Busto no aparecía, sin tener noticias de su paradero, de que estuviera herido, enfermo o muerto, se vio obligado moralmente a tomar la vocería para mediar por la ciudad; y es que tras el anuncio de Drake, su moral fue fervientemente alentada por las peticiones que le hacían los que allí le acompañaban, suplicándole que intercediera en nombre de aquellos valientes que habían perdido su vida luchando por la ciudad; esos que todavía se estaban pudriendo en la tierra sin recibir santa sepultura, y también por el bienestar de sus hijos, de sus seres queridos, y por todos los huidos a áreas montaraces.

El obispo Juan de Montalvo, agobiado por el agravio que Drake les estaba ocasionando, se puso a orar pidiéndole a Dios le diera la fortaleza de confrontar al hombre de fama sanguinaria, diestro con la espada, acostumbrado a matar por menos que una palabra e imperturbable ante la muerte; un hombre que había logrado muchas conquistas, pero no por ánimo altruista, ni por su reina, sino por el placer de someter a pueblos enteros para apropiarse del oro y la

plata que poseyeran. Decidido a hablar en procura de darle a los cartageneros el sosiego que merecían, y de recobrar algo del honor perdido, accedió ser él cabeza de las negociaciones e ir a entenderse con el temido invasor.

Salió sin acompañante de la catedral, mientras, los hombres que se refugiaban en ella, humillados, vencidos y ciegos de ira se juntaron a cuchichear ideas para matar al hereje inglés que se encontraba tan cerca de ellos. Pedro de la Flor y Olmos, en silencio escuchaba una idea descabellada, tras otra más descabellada aun, y a pesar de que apoyaba la incipiente la iniciativa de cobrar venganza, a su juicio nada de lo que proponían tenía la más mínima posibilidad de éxito, así como también dudaba de que quienes hablaban estuviesen de verdad dispuestos a intentar darle muerte a Drake. Se alejó por un momento del corro de estrategas y se acercó a la puerta principal de la catedral, donde mujeres y frailes despedían y bendecían el pausado caminar del obispo, quien, vestido con limpia y blanquísima indumentaria sacerdotal, llevaba como única defensa su fe inquebrantable y una cruz de plata colgada en el cuello.

El eclesiástico al llegar a la casa del gobernador fue recibido y conducido por los rufianes ante Francisco Drake. El obispo, con la cabeza muy en alto, aunque asustado por dentro, se encontró con un hombre elegantemente vestido, nada parecido a quienes le guardaban. Lucía unos lustrosísimos zapatos negros con tacón, calzas del mismo color y un cinto de cuero rodeando la cintura con una espada de pomo esférico envainada. Blanca era su piel, rubicundo de pelo y barba, bien recortada y peinada, y ojizarco. Lo recibió sentado en la silla del gobernador con un excelente dominio del castellano y con elegantes formas, a pesar de ser enemigo declarado del rey de España y de todos sus súbditos. La primera impresión que el obispo tuvo del pirata fue muy diferente a lo que durante años había escuchado e imaginado, mas el rostro circunspecto y la mirada altiva de Drake le hizo recordar que al frente no tenía precisamente a un ángel.

El obispo con mucha cortesía y muy medidas palabras, se presentó dando su nombre y condición. Drake le ofreció asiento mientras tomaba en sus manos una jarra de plata y llenaba lentamente un

vaso de cristal con agua fresca que puso al frente de la visita. Montalvo, que era un hombre inteligente, aunque se encontraba sediento y acalorado, agradeció el gesto con una leve inclinación de cabeza, mas no bebió ni una sola gota, y yendo al grano explicó con exagerada tranquilidad que al no tener conocimiento ni del estado ni del lugar donde se encontraba el gobernador, se presentaba ante él para ponerse a su disposición y negociar un rescate, siempre que dejara recoger a los cristianos muertos en combate para darles digna sepultura, liberara a los capturados, fuesen señores o esclavos, y dejara en pie los edificios de la ciudad, porque las pertenencias de cada vecino, suponía ya no existían.

Drake se levantó de la silla mirándolo fijamente y se acercó a él. Tomó con la mano derecha el vaso que este despreció y se lo bebió de un solo trago. Puso el vaso nuevamente en el escritorio y se apoyó sobre el mismo.

—Pues con gusto me iré mañana mismo de la ciudad si me dais cuatrocientos mil ducados. Tenéis mi palabra —aseveró con una sonrisa benévola que disimulaba el desprecio que sentía por los súbditos del rey español.

—¿Cuatrocientos mil? ¡Dios bendito! ¡Esa cifra es imposible! —respondió enérgicamente el obispo; entonces gruesas gotas de sudor olorosas a colirios y ungüentos comenzaron a escurrirle por la cara y el cuello.

—Deje a Dios con sus ocupaciones en el cielo, que esto lo arreglamos los hombres en la tierra, y si le parece imposible, señor obispo, no hablemos más del asunto, y ahora mismo mandaré prender fuego a esta ciudad, famosa en el mundo por las riquezas que a ella entran y salen. Receptáculo de El Dorado, donde seguro sobran los ídolos de indígenas hechos de oro macizo, mucho más valiosos que la pedestre plata del Potosí; seguro que a los distinguidos dueños de las hermosas casas que veo, les sobrarán no solo oro y plata, sino perlas vírgenes, esmeraldas y rubíes; seguro que en los portentosos templos como en el que usted vive tendrán similares preciosidades; es más, seguro que usted mismo tiene bien guardados variados y gruesos anillos, colgantes con dijes de crucifijos y algunas otras cositas de valor —dijo con ironía posando

la mirada en los dedos del obispo carentes de anillos—; solo por dar un ejemplo aquí mismo, fíjese qué candelabro de plata tan pesado y reluciente hay sobre este escritorio —acentuó con altanería—, me pregunto cuántos como este habrá en su iglesia.

—Señor, miraré qué puedo hacer para obtener su demanda, pero me temo que esa cuantía no será posible —explicó con los hombros encogidos.

—Entonces, le aconsejo que, al salir de aquí, vaya a buscar al gobernador y a cada vecino para que le sea más fácil la colecta, porque ese es el precio que pongo. Por mi parte, le aseguro su integridad, le permitiré libre movilidad dentro y fuera de la ciudad. Eso sí, —recalcó con gesto rígido—, solo usted podrá salir y entrar libremente. Que quede claro, que, si alguien más intenta salir o entrar, su vida no será respetada. Esto mismo aplica para quienes tiene bajo su techo, a los que por cierto se les ha respetado la integridad y ni las gracias he escuchado —dijo mofándose—, pero bueno, lo he hecho como muestra de mi buena voluntad.

El obispo se levantó de la silla, lo miró fijamente a los ojos, agradeció ser atendido con algo de respeto, y se marchó triste y desconsolado. De vuelta en la catedral fue recibido por los parroquianos ansiosos de escuchar palabras esperanzadoras, mas él no logró endulzar las terribles exigencias impuestas por Drake, y muy a su pesar, dejó a los ya atribulados, más tristes y abatidos de lo que estaban.

Pudo al menos, con permiso del inglés, recorrer junto con dos frailes, cuatro vecinos y tres soldados armados con agua bendita, palas y cal, los sitios donde hubo lucha, y para consuelo de los tristes dolientes, trasladar cerca de la catedral a los cristianos abatidos en la contienda, dándoles digna y santa sepultura. Solo después de finalizar tan penosa tarea, el clérigo salió de la ciudad para internarse en áreas montaraces y buscar primeramente al gobernador Fernández de Busto.

Para el obispo fueron días desabridos y lúgubres, en los que ayunaba para acercarse a Dios, y mostrarle sumisión y obediencia aun en tiempos de padecimiento. En medio de la selva tropical iba encontrando grupos de hijos de la Iglesia, quienes le contaban entre

lágrimas las penurias con las que lidiaban para sobrevivir, y le daban al eclesiástico cortos mensajes que anotaba en un pequeño libro para llevar a los familiares que estuvieran en la catedral.

Tras mucho andar encontró finalmente al gobernador alojado en una casa de campo en Turbaco. Cuando lo vio sintió el corazón ensancharse de alegría pues ya no tendría que ser la persona encargada de tratar con el pirata el rescate de la ciudad, mas poco le duró la ilusión porque el gobernador estaba enfermo y con los pies tan hinchados que no podía ni caminar. Fernández de Busto le contó que, junto con los soldados y otros vecinos, estuvieron defendiendo la entrada de la ciudad tras los sacos de fique del puente de San Francisco, y que cuando se vieron superados en número y armamento tuvieron que abandonar la causa escapando de milagro, porque él mismo estuvo a punto de morir a manos de un pirata, según relató. El obispo hizo un gesto de resignación y al instante puso al día al gobernador de todo cuanto acontecía dentro y fuera de la empalizada. Le reportó sobre los que estaban refugiados en la catedral y en otras iglesias; los que estaban heridos; los que murieron y fueron enterrados con la venia del pirata; y a los que había visto refugiados en improvisados cambuches en el monte; y por supuesto le informó de la cuantiosa exigencia de Drake para abandonar Cartagena de Indias.

El gobernador palideció al enterarse de tanta adversidad. De repente, con el rostro transfigurado y un repentino temblor de cuerpo, le preguntó al obispo con una voz frágil si podía seguir encargándose de las negociaciones con el pirata, que él por su parte, le entregaría el total de los impuestos que tenían recaudados para la construcción del acueducto que estaban a punto de comenzar, ese que tanta falta les hacía y que les había costado tanto reunir; y que además, una vez pudiera ponerse en pie recolectaría en persona lo que cada vecino estuviera en condición de dar. El estropeado dignatario pensó que quizá con eso podrían tranzar la voluntad de Drake para que entregase la ciudad.

El obispo Montalvo se sintió apenado por lo que escuchaba, pero al tiempo fue como si el cielo le mandara una altísima misión que no dudó en aceptar. Acordada la manera de proseguir, regresó el

eclesiástico a Cartagena después de una Semana Santa sin haber celebrado ni una sola ceremonia religiosa, ni una fiesta de iglesia, pero al menos, llegaba con una gran recolección de testimonios y recados para los familiares. Parecía que las cosas iban por buen cauce, y con el favor de Dios, pronto recuperarían la ciudad y sus vidas.

En la catedral, los refugiados vieron una luz en el camino cuando el obispo contó que había encontrado al gobernador, enfermo pero recuperándose, y dispuesto a darlo todo para que el mal trance que el destino puso en sus caminos fuese lo más corto posible; que había visto y hablado con muchos en los montes y en Turbaco, y que a pesar de las vicisitudes estaban bien, esperando al igual que todos poder regresar a sus casas, y así, con libro en mano leyó los nombres y mensajes de todos los que estaban vivos y coleando.

Ana Teresa y sus hijas se abrazaron y lloraron de felicidad cuando se enteraron de que Lucía estaba viva; que Martín Martínez la había encontrado herida, y que ante la cercanía de los piratas y la imposibilidad de poder entrar en la catedral huyó con ella a la parcela en Turbaco en donde se recuperaba satisfactoriamente.

—¡Gracias, Virgen Santa! —exclamó la madre poniéndose de rodillas.

Al levantarse se dio cuenta de que a Pedro las gratas noticias parecían no animarle demasiado, pues con un andar extraño se apartó y se sentó en una banca del fondo; parecía muy sumido en sus pensamientos; una actitud que ella notó con rareza porque, aunque estaban sitiados, tenían lo más importante, la salud y la vida.

—¿Qué te pasa? —le preguntó sentándose a su lado—, ¿no te alegra saber que nuestra hija está viva?, ¡que no cayó prisionera en manos de los piratas y que está lejos de este horror!

—Claro que sí, mujer —respondió sin mirarla. Y doy gracias a Dios por ello.

—Entonces, ¿por qué esta actitud?

—Porque creo, a diferencia del señor obispo y de todos, que esto lejos de acabar está comenzando. Porque veo difícil, por no decir imposible, el pago del rescate. Porque todos aquí albergan la

esperanza de ver aparecer en el horizonte la flota de su majestad para hacer pagar con sangre la insolencia de los herejes y recobrar la potestad pérdida, pero eso no pasará; me temo que eso no pasará —decía limpiándose el rostro sudoroso con un pañuelo—. Temo que, en cualquier momento, ese maldito bastardo y sus infames seguidores, entrarán por la fuerza en esta catedral y nos arrebatarán a nuestras hijas y mujeres. Creo que en nuestras manos está el recobrar la ciudad, nuestras vidas, nuestra dignidad; solo en nuestras manos, Ana. Unas manos que sean capaces de cobrar venganza cortando la cabeza de la serpiente, o más bien del dragón —dijo abriendo y cerrando enérgicamente la mano diestra.

—¿Matar a Drake?, yo creo que es un absurdo lo que dices —replicó ella—. Hay que dejarle esas cosas a Dios, él se encargará de darle su merecido al pirata. A nosotros solo nos corresponde recuperar la ciudad.

—No, mujer, me temo que Dios no se mete en estas cosas. Si no arreglamos esto nosotros mismos, nadie lo arreglará —enfatizó mirándola con gesto muy serio.

Habían pasado unos días desde que el obispo regresó del monte, cuando un fraile, bajito y regordete que vigilaba una de las puertas de la iglesia mayor, dejó su puesto de vigilancia y corrió apurado en busca de su superior. Lo encontró en su habitación descansando, y aún jadeante por el carrerón que había hecho, y con la saliva reseca, le dijo que los secuaces de Drake estaban echando abajo puertas y prendiéndole fuego a unas casas.

Juan de Montalvo, alarmado, salió de inmediato del edificio y comprobó con estupor cómo los piratas se paseaban por las calles impunemente, y cómo salía humo y fuego de al menos una docena de casas. El gesto del pirata le produjo un agudísimo dolor en el ánimo, dándose cuenta en ese momento del alcance de aquel despreciable ser. Sin poder hacer nada para evitar tan reprochable acto, le pidió a todos ponerse a orar de inmediato. Se acercó al altar mayor, y puesto de rodillas frente a una montaña de esperma, levantó las manos y suplicó a Dios ayuda para la desventura que vivían.

—¡Dios mío! —clamaba mirando al cielo—. ¡Mira con misericordia a

tu pueblo! ¡No permitas que esos apóstatas quemen las casas, destruyan tus templos, y ultrajen a tus hijos! ¡Protégenos, oh Dios misericordioso, de esos bandidos desalmados sin ningún temor de Dios!

Entonces las lágrimas y la angustia que hacía días se habían sosegado en los rostros de los sitiados, volvieron a aparecer. Tras persignarse y encomendarse al todopoderoso no dudó el anciano en visitar nuevamente a Drake para preguntarle el porqué de tan ruin proceder.

Al llegar a la casa del gobernador encontró al pirata asomado en el balcón del despacho principal observando el humo negro alzarse por los aires, y al notar su presencia, bajó la mirada a la calle esbozando una sonrisa al verle. Montalvo entró en la casa ofuscado, subió al despacho y saludó cortésmente, pero esta vez Drake ni el saludo le dio, lo recibió dándole la espalda desde el mismo balcón donde se acababa de mofar de él. Unos segundos después, se acercó al escritorio y se sentó, sin ofrecerle asiento, ni agua, ni su sonrisa hipócrita; tomó una carta que reposaba sobre la mesa y se la entregó al viejo pastor de la Iglesia.

—Mire lo que encontré en el bufete del gobernador —apuntó con desdén haciendo un largo silencio para que el obispo leyera el contenido—. Como bien puede ver, es una carta en la que vuestro rey Felipe, el hermoso, pide que se extreme la precaución por una posible incursión del corsario inglés Francisco Drake —expuso mirando al obispo con el rostro enrojecido de la cólera—. ¡Corsario! ¡Me llama corsario! A mí, que soy un caballero de su grandiosa majestad la reina Isabel. Entenderá, señor obispo, que, así como usted obedece a su señor, yo obedezco a mi señora por el honor y gloria de su reino —replicó tan airado como indignado.

El obispo Montalvo, sin pronunciar palabra, le devolvió la carta con semblante inquisitivo y preocupado, dudando de la veracidad de la misma, y dando casi por hecho que aquello era una treta del invasor para presionar la negociación.

—Señor Drake —dijo con gentil calma y voz pausada—. Lamento profundamente el calificativo que le han otorgado, y que tanto le ha ofendido. En el reino donde usted vive estoy seguro que es

considerado un caballero, pero entenderá, que en estas tierras donde ha irrumpido la paz tomando lo que no le pertenece haciendo uso de las armas, no puede ser reconocido como tal. Sin embargo, con todo respeto considero que tal ofensa no era tan grave como para ordenar incendiar y destruir casas.

—No se confunda conmigo, señor obispo. Yo actúo como considero y no acepto que usted ni nadie me diga lo que debo o no debo hacer —aclaró categóricamente—, es más, si lo analiza bien, esto es culpa suya también. ¿Ya ha hablado con el gobernador?, ¿con los vecinos?, ¿ya tiene listo el rescate? Como puede darse cuenta, soy hombre de poca paciencia, y la que me queda se me está acabando.

—Sí, señor, lo he hecho. Pero sabe que no es tarea sencilla, y yo he dado mi palabra de que entregaremos cuanto podamos.

—¿Cuánto podamos? No, no. ¡Yo he dicho la cantidad que espero recibir!

—¡Cantidad que es imposible de reunir!, y sabe por mi habito y mi cruz que no miento. Debe, señor Drake, darnos una cifra más sensata, si no, estaremos condenados.

—No nos engañemos, señor cura; ambos sabemos que aquí hay de sobra con qué pagar. Mire, por su hábito y su cruz voy a hacerle un favor —acentuó suavizando el tono del discurso mientras se atusaba la barba—, recibiré el equivalente de lo exigido en monedas de oro, plata y en piedras de valor y joyas.

—Señor Drake, quizá usted tenga la errónea percepción de que las posesiones de estas gentes son muchas, pero en realidad no lo son; esa suma que exige no se recogerá ni si todas las mujeres de esta ciudad y de muchas otras dieran todo cuanto tuvieran —clarificaba el obispo aferrando las manos a la cruz de plata que colgaba de su pecho mientras caminaba sofocado por el salón.

Drake volvió a sentarse en la silla del gobernador, se sirvió una copa de vino tinto y bebió lentamente un buen trago.

—Lo diré de otra manera y en el mejor castellano que puedo hablar. Tengo más de mil hombres con unas ganas increíbles de destrozar todo lo que hay aquí; y no solo eso, llevan muchos días ya sin yacer junto a una mujer; y mientras más días pasen, más difícil será contener el más básico de sus instintos. ¡solo están esperando

una orden que salga de mi boca para comenzar!

—¡Dios mío! —exclamó aterrado caminando con mayor desespero—. No miento cuando digo que no hay en Cartagena, ni la mitad, ni siquiera la mitad de la mitad de lo que pide. Y aunque es pecado hacerlo, pecaré jurando aquí mismo que son ciertas mis palabras.

—Y yo las creo, señor obispo. Tome asiento, y arreglemos este asunto de buenas maneras. De caballero a obispo.

Con mucha calma sirvió otra copa de vino y la dejó al frente de la silla del obispo, quien se sentó sin tocarla, ni beberla.

—Seamos sinceros —apuntó Drake —ni ustedes quieren que yo destruya las casas y templos, ni yo quiero estar mucho tiempo aquí. Le confieso que prefiero mares y tierras más sanas, más frías. No me gusta nada el calor, y aquí hace tanto, que me parece que la gente peligra de cocerse viva. Así que, si me da su palabra de que obligará a todos y cada uno de los habitantes de esta distinguida plaza a entregar absolutamente todo cuanto posean en oro, playa o joyas, yo acto seguido abandonaré Cartagena de Indias. Que la ciudad quede en pie o en cenizas depende ahora de usted y los suyos.

—Le doy mi palabra, señor Drake. Buscaré a cada habitante de la ciudad y recolectaré todo cuanto tengan.

El pirata se puso de pie y extendió la mano al obispo, quien cerró el trato con un coartado apretón de manos, y salió del salón a paso ligero y cabizbajo para que ningún pirata le viera las lágrimas en los ojos.

# Capítulo X
# Amor entre cenizas

En días del asedio el calor era tan intenso que corroía hasta el espíritu altanero de los invasores de Cartagena. No pasaba así en las colinas de Turbaco, donde la brisa era fresca, suave y sin rastro de salitre.

Lucía de la Flor y Olmos pasaba todo el tiempo acostada esperando que las heridas le sanaran, esto hacía que sus días transcurrieran lentos, agobiantes y aburridos. A ratos se distraía viendo por la ventana coloridos pájaros posarse sobre el verde follaje de los alrededores, a murciélagos que en los atardeceres vagabundeaban volando bajo, rozando con las alas el techo de palma amarga y el ramaje de los árboles cercanos, y siempre se emocionaba cuando Martín entraba a la habitación para notificarle alguna novedad que hubiera llegado a sus oídos sobre el asedio. Así se enteró que el gobernador estaba refugiado en una casa grande, de cal y canto, no muy lejos de la parcela, casa que usaba como segunda residencia en los meses más calurosos del año, y que el señor obispo era quien estaba negociando el rescate de la ciudad con el pirata; así se enteró también de que su padre y el padre de Martín estaban refugiados en la iglesia mayor; ambos indemnes, y que ya su familia sabía que ella estaba a salvo en Turbaco. Esas noticias le dieron mucha tranquilidad, sin embargo, las noches le eran más difíciles de sobrellevar, porque le costaba conciliar el sueño y apartar de la mente los peligros a los que estaban expuestos por culpa del despiadado pirata, y sobre todo, no podía dejar de pensar en Rosario y su embarazoso problema. Se dormía cansada de tanto pensar cayendo en una duermevela densa y confusa, en la que no sabía si soñaba despierta o desvariaba dormida; si los ojos de

Martín, quien en medio de la noche la observaba cuidándola, eran tan claros y serenos como ella los veía; si la falta de culpa por estar lejos mientras su familia y una ciudad entera pasaba apuros la hacía una mala mujer; y si era verdad que todo aquello estaba realmente ocurriendo, pero cuando se reacomodaba en la cama, el dolor que aún sentía en la pierna le recordaba que todo era muy real.

Una de esas mañanas, cansada de seguir postrada, decidió que era momento de dejar a un lado las preocupaciones y la zozobra; que se levantaría para moverse un poco, pues era lo mejor para acelerar su recuperación. Esperó pacientemente a que la mujer de Joaco, quien cada día la atendía, la curaba y le llevaba comida, llegara para que la ayudara a ponerse en pie.

La india, de juvenil aspecto, pero reseca de tanto amamantar a los indiecitos, hablaba muy poco el castellano, aunque lo entendía bastante bien, y negaba con la cabeza acceder a la petición de Lucía; pero ante la insistencia de la joven terminó aceptando, prestándose como bastón de apoyo. Salieron de la habitación y de la casa de palma, y despacito caminaron hasta un frondoso árbol de mango que veía todos los días desde la ventana. Lucía se sentó en la tierra cobijada bajo la sombra, embelesada con el rumor de una canción de espumas de un arroyo que corría no muy lejos de ahí, y con el aleteo de unos abejorros que se deleitaban al beberse el néctar de unas flores.

Al rato, Martín, llegó donde estaba.

—Me alegra ver que estás mejor, con más fuerzas.

—Bueno, vine hasta aquí con ayuda, pero sí, me siento mucho mejor —sonrió animada.

La sonrisa que Lucía siempre le había negado y que ahora le daba lo hipnotizó negándose a mirar otra cosa que no fuera ella. Las manos se le tornaron frías con un sutil temblor incapaz de controlar, y el corazón se le arrebató latiendo a un ritmo frenético enrojeciendo aún más las ya coloradas mejillas por el sol.

—¿Alguna novedad? —preguntó ella golpeando suavemente la tierra con la mano invitándolo a sentarse.

Martín se acomodó frente a ella. La vio tan plácida, que hubiera querido no contarle los recientes acontecimientos, pero dada la

gravedad de la información tuvo que hacerlo.

—Traigo noticias. Nada buenas, me temo.

Le comentó, con pesar, que las afueras de la ciudad estaban llenas de invasores acampando y vigilando que nadie saliera ni nadie entrara, so pena de morir al instante; que el rescate se estaba complicando porque la suma exigida por el pirata era cuantiosísima, y que para demostrar su determinación había mandado quemar y tirar abajo más de una docena de casas.

—¡Jesús sacramentado! ¡Qué hombre tan desalmado! —exclamó anulando abruptamente la sonrisa de los labios y llevando una mano al pecho y la otra a la frente.

—Ese calificativo se le queda corto.

—¿Cuáles casas?, ¿qué vamos a hacer?

—No sé qué casas han derribado, no sé mucho más, pero todos vamos a dar cuanto tenemos para tranzar a ese demonio. De momento solo podemos esperar y confiar en Dios y en que nada más ocurra.

Los días iban pasando y con ellos Drake se iba desesperando al no vislumbrar el tiempo que le tomaría a los súbditos de Felipe II reunir el rescate y dignarse en entregarlo. Enojado por la lentitud y parsimonia del obispo, encargado de las gestiones, se reunió con sus hombres de confianza para escuchar opiniones sobre la laxa actitud de los asediados. El corsario, receloso hasta de su propia sombra, los escuchaba con interés mientras caminaba por el despacho con una copa de vino en la mano y les ofrecía a cada quien servirse. Entre tragos largos y cortos le dijeron que el obispo ya debía de tener en su poder el rescate, pero que seguramente estaba dilatando aposta la entrega por si veía aparecer a la flota de galeones, o esperando a que alguna enfermedad contagiosa los obligara a partir.

«Cierto», admitió Drake a las opiniones, porque el obispo Montalvo lo único que hacía era solicitarle entrevistas para pedirle por piedad que disminuyera la cuantía del rescate y más tiempo porque la colecta estaba siendo más difícil de lo previsto. De la reunión avivada por vino español, Drake concluyó que los habitantes de

Cartagena se estaban burlando de él; entonces, sus hombres observaron complacidos cómo la expresión de desdén de su rostro dio paso a otra de terror, esa que tanto les gustaba, y así, el inglés, disgustado con la displicencia de los españoles, ordenó por un lado la quema y destrucción de otra docena de casas, y por otro, mandó un nuevo y último aviso de advertencia directamente al obispo Montalvo para que apresurara el recaudo y entrega del rescate..

Aquel día, dentro de la catedral, el obispo y los refugiados rezaban un rosario cuando los piratas comenzaron a cumplir la orden de destrozar y quemar otra docena de casas. En eso, sintieron un sonido estremecedor que hizo temblar las paredes, el techo y hasta el piso bajo sus pies. Nadie tuvo dudas de lo que ocurría; los piratas estaban atentando contra el bien más preciado de la ciudad, y con ellos dentro. Los españoles armados solo con la impotencia sucumbieron al pánico. Las mujeres gritaban despavoridas abrazando a los niños que chillaban aún más fuerte que ellas; y algunas se sofocaron y hasta se desmayaron. Una nube de polvo invadió el espacio, y todos pensaron que aquel momento sería el fin de sus vidas, así que los hombres abrieron la gruesa y pesada puerta principal de la catedral y en estampida salieron a la calle, y arrodillándose con los brazos levantados pidieron clemencia y misericordia.

Frente a la catedral, un ciento de piratas con espadas desenvainadas, cuyas hojas brillaban con el sol, observaban entre risas y muecas la humillación de los españoles. Uno de ellos, Carleill, llamó a voz de grito.

—¡Señor obispo!

El religioso se pasó las manos temblorosas barriendo las lágrimas de su rostro, se puso de pie y dio unos pasos al frente. El pirata, un hombre largo, estrecho, de cabeza puntiaguda, ojos claros y hundidos, y nariz torcida, caminó pausadamente hacía él, y con mucha pompa y autoridad le dijo que se diera por advertido de lo que ocurriría si dilataba mucho más la entrega del rescate.

—Dígale al señor Drake, ya que no lo veo aquí, que no había necesidad de esta barbarie —le recriminó con voz entrecortada—. ¡Virgen Santa! Quemar casas ya es bastante terrible, pero disparar

una bola de cañón a un lugar sagrado habiendo hombres, mujeres, ancianos y niños dentro… ¡Eso no tiene nombre! Bien sabe que estoy haciendo cuanto puedo por recolectar la cantidad que exigió.

—Pues como ha visto, él cree que se está demorando mucho —respondió con temeridad.

—Entenderá, señor, que las exigencias no son nada fáciles de cumplir, y juro por Dios —afirmó haciendo una cruz con los dedos y levantando la mirada al cielo—, que hacemos todo cuanto podemos.

—Le aconsejo que se esfuerce mucho más si no quiere ver toda la ciudad destruida. Tome estas palabras como una advertencia —sentenció con el gesto agrio, dándole la espalda y mandando recular a los piratas.

El obispo y los hombres se quedaron en la calle viendo que el cañonazo había destruido un arco de la catedral, y comenzaron a revisar si peligraba o no la estructura; mientras, los frailes consolaron a las mujeres, niños y ancianos que seguían temblando y llorando de miedo.

Diego Martínez, con aspecto inalterable, había fijado los ojos en dos piratas de color, que para su sorpresa reconoció. Sin pensarlo, se separó de los españoles, y malhumorado y con gesto altanero caminó directamente hacia la casa del gobernador. Al llegar a la puerta, dos espadas afiladas se cruzaron sobre su garganta obligándolo a detenerse.

—¡Pido entrevistarme de inmediato con Francisco Drake! —exigió con tal petulancia, que los dos guardianes que le impedían seguir pensaron que era el gobernador dejándole seguir sin indagar su nombre.

Drake sentado en el escritorio lo observó caminar como si entrase a su propia casa.

—¿Quién tiene el atrevimiento de presentarse ante mí? Solo una persona de esta plaza puede venir a tratar temas conmigo y no creo que sea usted esa persona —espetó con desprecio.

—No señor, me temo que no soy esa persona, aun así me presento ante usted para tratar un asunto privativo.

—¿Ah sí?, y ¿quién dijo que a mí me importa ese asunto o cualquier otro? —preguntó irónicamente.

—Solo preciso, señor, que me escuche un minuto. No he venido hasta aquí arriesgando el cuello para nada —pidió con carácter altanero.

—Ya tiene la atención que buscaba —aseveró recibiéndolo por aburrimiento o por la osadía que había mostrado.

—Diego Martínez —se identificó pasándose la mano debajo de la oreja—. Español. Cristiano viejo. Tan limpio de sangre como lo fue mi madre, y tan hidalgo como mi padre pudo serlo. He notado, señor, que tiene retenidos en sus filas a ciertos esclavos de mi propiedad, y es ese el asunto que vengo a tratar para que me sean devueltos.

—Vamos a poner las cosas claras. Yo no tengo esclavos; y retenidos menos. En mis filas todos son libres —aclaró muy serio y muy frío—, pero estoy, digamos, intrigado y me tomaré la molestia de tratar tan importante asunto. ¡Alcanzad a Carleill! Decidle que regrese ahora mismo con todos los que lo acompañan —ordenó a uno de los guardas que lo escoltaba.

Al rato, una muchedumbre de piratas se reunió frente a las puertas de la casa del gobernador de la ciudad. Diego, asustado como nunca, pero altivo como siempre, salió de la casa y se detuvo frente a todos a cierta distancia de Drake.

—Aquellos que os reconozcáis como esclavos de este español, dad dos pasos al frente —ordenó el corsario.

Casi una decena de negros así lo hicieron. Drake se acercó a Diego acariciándose la barba.

—Entregaré con el mayor de los gustos a todos los esclavos sin nada a cambio, siempre y cuando estos deseen regresar con su amo. Así de sencillo —explicó susurrándole al oído como si estuvieran jugando una partida de cartas y de antemano él conociera las suyas y la de su contrincante.

Drake se volvió hacia los esclavos y preguntó en voz alta si deseaban regresar con su amo o si preferían quedarse a formar parte de sus filas. Un murmullo entre los negros seguido de un largo silencio se hizo. Entonces, uno de los esclavos con los puños de las manos apretadas dio otro paso al frente y tomando la vocería le contesto a Drake mirando con ojos de fuego a Diego.

—¡Prefiero que me maten aquí mismo antes de volver a servir a un hombre tan mezquino! —espetó con rencor—. Un hombre de falsa apariencia bondadosa, del que solo hemos recibido malos tratos, ultrajes y abusos, a pesar de darle nuestro sudor, nuestra vida. Un hombre que siempre nos ha tenido hollados, sucios y hambrientos. —El esclavo hizo una pausa para que sus revelaciones entrasen más dolorosamente en el corazón de su amo—. Doy las gracias al gran capitán Drake que nos libertó y nos ha dado la oportunidad de servirle libremente, y no solo a nosotros, sino a todos los que día a día llegan a él para pedirle humilde cobijo.

Drake miró a Diego con gesto de dictar sentencia.

—Creo que lo ha oído alto y claro —le dijo complacido. Luego, se giró para dirigirse a todos—. Si alguno desea irse que dé un paso al frente y lo haga ahora mismo.

Todos los esclavos se quedaron inmóviles posando las miradas cargadas de odio hacia Diego, y uno a uno escupieron a la arena en señal de desprecio.

—Mi muy apreciado señor —espetó irónicamente—, aquí no tiene nada que buscar. Estos hombres ya no son sus esclavos. Ahora largo de mi vista, maldito español —chilló con desprecio.

Drake llamó a Carleill, y le recordó, bajando el tono de voz, que los negros debían ser bien tratados y bien alimentados para que pudieran suplir las bajas en las filas por la batalla, siempre y cuando despreciaran a la corona española. De hecho, era sabido que el pirata no tenía reparo en admitir en sus filas y tratar bien a hombres de todas las nacionalidades, todas excepto la española, a quienes odiaba profundamente y les hacía sufrir tanto como le fuese posible.

Diego Martínez, moralmente destrozado, caminó de regreso a la iglesia mayor escuchando las rechiflas y burlas de los que fueron sus esclavos. Iba con el rostro descompuesto y un sudor pegajoso, pero tenía frío y una pesadez en las piernas que le hacía arrastrar los pies como si de repente sintiera el peso de sus culpas. Abatido, entró al santo recinto y se dejó caer en una apartada banca para no importunar las palabras de consuelo que el obispo en ese momento sermoneaba.

—Hijos míos —decía el religioso—, en estos momentos tan aciagos

que vivimos, no perdamos la fe. No decaigamos. Recordemos que los juicios de Dios son de inexorable cumplimiento en todo el orbe terráqueo, y nuestro señor juzga a todos los mortales con el mismo rasero. ¡A todos! Pobre de aquel que en vida le quite a un hermano el pan o el techo que con el sudor de su frente haya logrado tener. Pobre de aquel que invada o ataque a un hermano para humillarlo y pisotearlo. ¡Que se preparen! Que se preparen quienes se atrevieron a ofender a Dios, y que nos libre de merecer su castigo por benigno que sea…

Las palabras del obispo calaban en las mujeres, que las escuchaban con piadosa atención; no así sucedía con los hombres, a quienes la herida en el orgullo que el asedio les había infligido lejos de sanar se agravaba envenenando los pensamientos y el actuar.

En Pedro de la Flor y Olmos comenzó a ser notorio, porque cada vez se le veía más irreflexivo y arisco. La aversión que sentía por el pirata era tal, que la idea de tomar venganza y matarlo antes de que dejara a Cartagena hecha cenizas se hacía más obsesiva. Su mujer intentaba apaciguarle el ánimo, porque sabía cuánto aborrecía al inglés desde siempre, y las amenazas que lanzaba al aire de que el pirata no se iría vivo de Cartagena así le costara la vida, comenzaban a preocuparle. Ana Teresa, ya no solo sufría por sus hijas y por la terrible situación que afrontaban, sino que además tenía que mitigar los ademanes enfermizos de su marido. Ella en el fondo comprendía por qué Pedro estaba tan afectado, y es que para un hombre de mar que había luchado por su rey en varias guerras, incluso bajo el mando de su hermano, don Juan de Austria; Francisco Drake, más que un enemigo de la corona de España, era un objetivo que todo navegante deseaba ajusticiar para la gloria del rey Felipe II.

En Turbaco, lejos del alcance de los piratas ingleses, Lucía se recuperaba casi por completo gracias a los cuidados que recibía, a la buena alimentación y al aire sano de las colinas. Pasaba los días rezando por su familia, por todos los asediados, por un pronto rescate y esperando a que le llegaran buenas noticias de Cartagena, porque las que recibía, aparte de escasear eran prácticamente las mismas.

Aunque era evidente la mejoría en su salud, Martín seguía cada mañana entrando en la habitación para preguntarle cómo se sentía o si algo le dolía, a pesar de que las últimas veces la respuesta fue la misma, se sentía bien y nada le dolía. Un día, a la hora de siempre, Martín entró, pero antes de que pudiera abrir la boca ella respondió con una sonrisa.

—Estoy muy bien Martín, y nada me duele ya. ¿Y tú?, ¿cómo estás? He asumido que bien, pero la verdad es que no lo sé.

—Ehhh… estoy bien, estoy muy bien. Gracias por preguntar —respondió sorprendido y complacido.

—Martín, han pasado varias semanas desde que me trajiste aquí, y no te he dado las gracias por lo que has hecho por mí, ni te he pedido disculpas tampoco —dijo levantándose del taburete en el que estaba sentada.

—No tienes que darme gracias por nada y… ¿disculpas de qué?

—Bueno, disculpas porque siempre he pensado que eras como tu padre, y por eso nunca me habías caído bien.

—¿Y acaso cómo es mi padre? —preguntó desconcertado, mirándola fijamente a los ojos y sosteniéndole por primera vez la mirada desde que llegó con ella.

—Pues… tú sabes, un explotador y un maltratador de esclavos —expuso con franca sinceridad.

Martín bajó la cabeza, entrelazó los dedos de las manos y se miró las uñas y los dedos callosos. Entonces levantó la mirada; la sonrisa de los labios se le había borrado, y los ojos negros, ahora fríos, volvieron a clavarse en los ojos de Lucía.

—Es cierto, lo es —afirmó con voz honda y sepulcral—, tan cierto como que es mi padre, siempre lo será y no hay nada pueda hacer al respecto. Tan cierto como que él hubiera preferido que mi hermano Goyo viviera y yo no, y que desde que mi madre murió, siempre me ha querido lejos de él. Tan cierto como que lo único que le interesa en esta vida es acumular riqueza sin importar si en esa búsqueda pisotea a pocos o muchos para conseguirlo. Todo es cierto, Lucía, pero, lo que no es, es que yo me parezco a él… y, ¿sabes algo? no le recrimino nada, mi padre es como Dios lo hizo y yo también, y en realidad le estoy agradecido, porque gracias a él

nada me ha faltado en la vida, gracias a él conocí a una familia que me acogió, y me ayudó en una época muy difícil de mi vida, y para bien o para mal, gracias a él te conocí, y desde ese día he intentado acercarme a ti, yendo a misa para verte, a tu casa todos los sábados en las tardes, y hasta me hice amigo de tu hermana con la intención de tenerte cerca, mientras tú hacías justo todo lo contrario… alejarte de mí, insultarme, golpearme y menospreciarme.

Tras desahogarse, Martín llenó los pulmones de aire y exhaló muy suavemente. Dejó pasar unos segundos en silencio para que Lucía asimilara su verdad y tras mirarse nuevamente las uñas dio media vuelta y se alejó saliendo de la habitación.

Lucía se sintió avergonzada; despreciable. Martín, sin ponerle la mano en el rostro la había abofeteado. Una bofetada que le dejó un regusto agridulce; doloroso y amargo, a la vez que dulce y desconcertante, porque no solo comprendió que lo había juzgado mal todos esos años sin siquiera percatarse de su sufrimiento, sino que además él le había tocado el alma cuando manifestó abiertamente sus reprimidos afectos hacia ella; afectos que se guardó tanto tiempo y que Lucía no había sospechado ni por asomo malinterpretando todo lo que rodeaba a Martín, quien había demostrado ser una persona de sentimientos nobles, y por lo que acababa de escuchar, también lleno de amor hacia ella.

—Espera —le pidió mientras se alejaba, pero al ver que él no detuvo la marcha, corrió atravesándose en su camino—. Martín, espera… —repitió con más firmeza—, por favor, no te vayas así.

Él se detuvo clavando sus ojos en ella. Al principio tuvo temor de no poder sostenerle la mirada, pero la veracidad de sus palabras le dieron la confianza que necesitaba para nunca más apartarla. Fue ella quien aún desconcertada no pudo resistir sus ojos infranqueables, entonces, avergonzada bajó la cabeza clavando la mirada en el suelo y allí se puso a buscar las palabras que se le habían desparramado de la lengua.

—Yo… yo, yo he sido una necia —dijo tartamudeando—. Me he expresado mal, y no me di cuenta de que… Siento de verdad haberte ofendido, esta y todas las veces que lo he hecho —terminó diciendo con dificultad, rompiendo en llanto.

Martín movió la cabeza incrédulo, torció la boca y se alejó nuevamente.

Lucía regresó a la habitación llorando; se sentó en la cama recriminándose una y otra vez lo insensata, injusta y atrevida que había sido. Pasó una hora larga para sentirse más serena, poder salir al patio a buscar a Martín y arreglar la tremenda metedura de pata. Lo vio cerca del corral de las gallinas cortando troncos de madera bajo el inclemente sol, entonces se fue a la cocina que quedaba en el rancho donde hacían vida Joaco y su mujer; cogió un taburete y lo apoyó a la pared, al lado de un cántaro de barro lleno de agua fresca, luego agarró una totuma y se sentó cobijada por la sombra del techo de palma, y entre ollas, vasijas de barro, calabazos, piedras moledoras, dos hornillas y una máquina que servía para quién sabe qué; se quedó esperando a que apareciera, porque tarde que temprano iría por agua. No se equivocó; cuando Martín dejó el hacha fue directamente al cántaro. El rostro enrojecido por el sol hacía que los ojos se le vieran aún más negros. Lucía se puso de pie, se acercó al cántaro, llenó la totuma con agua y sin mediar palabra se ofreció a verterla para que él se enjuagara las manos, la cara y el cuello. Luego volvió a llenar el recipiente y se lo entregó viendo cómo bebía con ansias.

—¿Podrías enseñarme la parcela? —preguntó, dándose segundos después una palmada en la frente recriminándose las palabras, pues llevaba un buen rato escogiendo las más adecuadas para disculparse, y eso fue lo único que salió de su boca.

—No. Estoy muy ocupado —respondió tajantemente más por orgullo que por enfado, ya que, aunque sí le habían dolido los comentarios, sabía que la situación no era fácil para ella, para él y para nadie.

Ella, con una sonrisa nerviosa le dijo que esperaría, que igual no tenía nada que hacer y que no iría a ningún sitio. Martín, manteniendo su postura distante no respondió; tras refrescarse y saciar la sed regresó complacido a seguir cortando maderos porque le había dejado claro que ya no era aquel niñato al que siempre ofendía, y a decir verdad, le gustó que fuese ella la que por primera vez lo buscara y se disculpara.

Cuando terminó de cortar los maderos, con más parsimonia de lo normal para hacerla esperar, regresó a la cocina donde ella seguía sentada con la totuma en la mano.

—¿Aún quieres que te enseñe la parcela?

Ella asintió dando un brinco de la silla, sirviéndole agua para beber. Tras salir de la cocina se dirigieron a la parte más elevada de la parcela, una pequeña colina desde donde se divisaba toda la propiedad. Martín comentó entre sorbos que esas eran unas tierras fértiles y ricas, mucho más que las tierras bajas de Cartagena. Que toda esa zona era un asentamiento de los indios Turbacos, pero que cada vez había menos indios y más españoles construyendo casas para aprovechar un clima más templado.

Le señaló el rancho donde acababan de estar, ese que Joaco, usando boñiga de vacas, bahareque, caña de millo y palma amarga, construyó con sus manos para sacarse a vivir a la india con quien hacía vida marital sin estar bendecida la unión. Una vivienda tan rudimentaria como perfecta, en la que concibieron a sus tres indiecitos. Le indicó con el dedo índice la extensión de la parcela delimitada por cercas de cañabrava y ramajes, y entonces, se dispusieron a recorrerla. Lo primero que le mostró fue un gallinero y una porqueriza de cría y engorde de animales que él construyó con Joaco. Después le enseñó el viejo horcón utilizado por su padre para almacenar a los esclavos que compraba, y que luego ponía a punto para alquilar o revender.

Caminaron perdiéndose entre los cañadulzales que crecían desordenados como verdolaga por toda la parcela, esos que Joaco y su mujer cortaban y estrujaban en la máquina que vio en la cocina para hacer con su savia un exquisito jugo, que añejo era capaz de volver alegre al triste, rico al pobre, agraciado al feo, osado al timido y culto al rústico; y por último, le llevó a su lugar favorito; un manantial de agua cristalina, del cual se alimentaba un arroyo que allí nacía, según Martín un sitio privilegiado y lo más valioso de lo que allí había.

—¡Esto es hermoso, Martín! —exclamó sorprendida.

—Sí que lo es.

Se sentaron a descansar a la sombra de un frondoso árbol,

rodeados de bonches rojos, rosados y amarillos, y se quedaron hablando sin miedos, sin rencores.

—Veo que trabajas mucho. Todo el día estás haciendo cosas.

—Sí —El pecho se le levantó, y tras un largo suspiro continuó—. Llevo años trabajando. Primero como castigo; ¿recuerdas, cuando mi padre me envío a vivir a Santa Fe y yo decidí regresar?, ¿y que luego me obligó a venir aquí dejándome solo con Joaco?

—Claro que lo recuerdo. Pensé que me había librado de ti por un buen tiempo —confesó riéndose abochornada.

—Te lo creo —aseveró soltando una risotada por la confesión y moviendo la cabeza de lado a lado, reprochando la actitud a modo de chanza—, pues, es que no quería alejarme de ti ni de tu familia, así que con gusto acepté la penitencia —continuó diciendo ya sin reír mientras la miraba a los ojos. Al principio no fue fácil; me sentí más solo y triste que nunca. Había perdido a mi madre y a mi hermano; y mi padre me alejó de él; hoy sigo sin entenderlo, pero, en fin, aunque comencé a trabajar como castigo, después lo hice por gusto. Cuando ves florecer día a día el fruto de tu esfuerzo, te llena de satisfacción. Cada jornada trabajé más duro que la anterior, pues quería lograr algo importante por mí mismo, algo que poder ofrecer —aseveró mirándola sin llegar a decir que cada día que trabajaba lo hacía pensando en ella—. Además, siempre me ha gustado el campo y la verdad es que vivo tranquilo —concluyó mirando al suelo para disimular su alelamiento.

—Bueno, me alegra ver todas las cosas buenas que han salido de un castigo.

Martín se había convertido en un enigma para ella, «¿había cambiado tanto, o seguía siendo el mismo y ella no lo veía como realmente era?» se preguntaba.

Ambos se quedaron un rato en silencio; Lucía no quería decir nada que pudiera ofenderlo nuevamente, no ahora que disfrutaba de su compañía, y él no quería aburrirla con cosas de campo, y mucho menos hablar del dificultoso rescate de la ciudad.

—¿Estaría bien si en algún momento vengo aquí a refrescarme? —preguntó Lucía rompiendo el silencio.

—Cuando quieras; excepto yo, aquí no viene nadie. En general el

agua es poco profunda, excepto por aquel lado —dijo señalando una pequeña caída de agua—, que es la parte más honda. Si quieres puede acompañarte la mujer de Joaco.

—No. No será necesario. Prefiero hacerlo sola.

Desde entonces, Martín y Lucía comenzaron a apoyarse el uno en el otro cuando llegaban noticias de saqueos y quema de casas, del cañonazo a la catedral, y de las dificultades que tenían los españoles para reunir la cantidad exigida por el pirata para dejar Cartagena. Comenzaron a tratarse como lo que nunca habían sido, amigos.

Uno de esos días, en horas del apogeo del calor, Lucía decidió refrescarse en el manantial. Caminó descalza dando pequeños saltitos para pisar lo menos posible la tierra que los esplendorosos rayos de sol recalentaban. Al llegar a la fuente miró por todos lados para cerciorarse de que no había nadie.

—Qué tonta —se dijo a sí misma—, esto está tan solo que ni animales hay.

Acalorada se acercó a la orilla y metió los pies en el agua, encontrándola fresquísima, entonces, se quitó la larga camisola que vestía, y cuidando de no tropezar con las piedras se sumergió por la parte más profunda hasta que la espuma que se formaba al caer el agua por un desnivel del terreno la vistió nuevamente cubriéndole parcialmente los hombros. Se hundió varias veces para mojarse el cabello y el rostro, y se puso a jugar con el agua como lo hacía cuando se bañaba en el mar, luego se recostó a una pared de piedras, y allí plácida se quedó con los ojos cerrados, sin moverse, sin pensar en nada, solo escuchando el ruido que hacía el agua dándole una sensación de bienestar que hacía mucho no sentía.

En esos momentos, Martín arrastraba unas ramas de palma que recién había cortado en el monte y que llevaba al horcón, pero cansado, sudoroso y sediento por el intenso calor decidió hacer una pausa y llegar al manantial para refrescarse un poco, sin saber que Lucía se encontraba allí. Tremendo susto se llevó cuando advirtió su presencia, y deteniéndose en seco soltó las ramas y se ocultó detrás de un arbusto como un niño que teme ser descubierto. Al volver a mirar para comprobar que los ojos no le engañaban, sintió como si su acelerado corazón se le hubiese mudado a la cabeza; un

escalofrío le recorrió todo el cuerpo y la sed que tenía, repentinamente desapareció. Tras recuperar la compostura decidió no ir al manantial, era lo mejor para no importunar su intimidad o contrariarla con su presencia, aunque lo único que realmente deseaba era estar allí, junto a ella. Recogió tembloroso las ramas del suelo y se fue por otro camino para el horcón, uno más largo, con tal de evitar ser descubierto. Caminaba arrastrando las ramas, y respirando agitado. Aceleró el paso como si se le hiciese tarde llegar a ninguna parte, y una vez en el horcón tiró las ramas al suelo, buscó agua y bebió sin ganas; con el mismo afán que traía regresó al monte a revisar las trampas de animales que ya Joaco había revisado. Necesitaba apartar de la mente aquel manantial, así que, alejado de la parcela se perdió caminando ofuscado entre los matorrales sin encontrar siquiera las trampas.

—¡Cobarde de mierda! —exclamó estampando con fuerza los nudillos en el tronco de un árbol.

De un momento a otro comenzó a correr desaforado entre los matorrales, deteniéndose solo cuando llegó al manantial y la vio nuevamente en el agua.

Lucía se sobresaltó con la estrepitosa aparición, ruborizándose irremediablemente, mas impávida lo miró sin inmutarse.

Ahí estaba él, de pie frente a ella, sudoroso, con la respiración jadeante y atolondrado ante su presencia, como cuando eran niños. Los ojos inflexibles de Lucía lo intimidaron al punto de hacerle querer salir corriendo otra vez y alejarse tanto como pudiera, pero se aguantó y se quedó estático clavando los ojos en el suelo. Tragó saliva y humedeció los labios resecos antes de levantar la mirada. La vio tan tranquila y tan hermosa que sintió ganas de llorar.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó temiendo que la turbulencia que crecía dentro de él se hiciera evidente. Permaneció inmóvil esperando una respuesta sin saber bien cómo se había atrevido a hacer semejante propuesta; entonces ella le hizo un gesto de aprobación. Martín se quitó los zapatos, los lanzó a la hierba y se fue metiendo al agua.

—¡Detente! —exclamó ella repentinamente.

Él obedeció de inmediato asumiendo que había llegado muy lejos.

—Lo siento, Lucía; no he debido ponerte en esta situación —se disculpó saliendo rápidamente del agua.

—Martín.

Él se detuvo y la miró nuevamente.

—No sé si te has fijado, pero no llevo puesta ropa —puntualizó señalando con el dedo la camisola que estaba tirada en el suelo—, así que, si te vas a meter, tendrás que hacerlo igual.

Martín abrió los ojos alucinado, atontado; con las manos temblorosas se deshizo torpemente de la camisa y seguidamente del pantalón, mientras ella con gesto serio e imperturbable no mostró la más mínima intención de bajar la mirada o dar la espalda, y sin ningún tapujo contempló que de aquel escuálido niñato a quien conoció recién llegada a Cartagena nada quedaba.

Martín, desnudo, se metió a las aguas y se acomodó a su lado. Intentó decir algún comentario que pudiese hacerle ver menos tenso, pero ni una sílaba salió de su boca.

—Si me viera mi padre me mataría y luego te mataría a ti —aseguró ella con una sonrisa picarona.

—Yo moriría feliz —aseveró él con honestidad.

Lucía percibió en Martín una confianza y una gallardía que nunca antes había visto ni sentido. Se quedaron callados, sin mirarse siquiera, simplemente escuchaban el sonido del agua hasta que Lucía al ver los primeros arreboles del atardecer se sumergió para mojarse por última vez el pelo, y sin más, salió del agua bajo la atónita mirada de Martín, quien sin parpadear observó el contoneo de las curvas de su cuerpo húmedo.

Ella recogió la camisola del suelo y se la puso adhiriéndose por completo a su piel mojada que era casi lo mismo que seguir desnuda; luego exprimió con las manos el exceso de agua de los cabellos y con una sonrisa se despidió regresando a la casa, dejando sus huellas en la tierra y a Martín con el corazón arrebatado, sintiendo como si el caudal de aquella fuente de agua se hubiese crecido dentro de él hinchando sus propias venas. Fue en ese momento, cuando redescubrió lo que desde hacía muchos años no sentía; el inmenso gozo de estar vivo.

Al rato, cuando las gallinas y los pájaros se recogían en las ramas

de los árboles, salió del agua. Se puso el pantalón y la camisa, recogió los zapatos y se fue siguiendo las pisadas.

Lucía se había encerrado en la habitación. Confundida se sentó en el piso preguntándose qué acababa de pasar; qué era eso tan extraño que estaba sintiendo y la hacía temblar. Estuvo haciéndose mil y una preguntas sin querer saber las mil y una respuestas, mas, aunque no lo quisiera, necesitaba entender por qué ahora le preocupaba lo que Martín pensara de ella, por qué sentía que de repente su cuerpo mandaba sobre su mente, y por qué estaba sentada en un rincón temblando de frío cuando por dentro sentía que ardía de calor. Por sed se levantó del piso para beber agua. Se acercó a la mesita de al lado de su cama donde solía tener un vaso con agua, pero estaba vacío, así que salió de la habitación para llenarlo de la tinaja que estaba en el salón, esperando no toparse con Martín, pero al abrir la puerta se lo encontró de pie, frente a ella. Su impresión fue tal, que el vaso de barro que llevaba en la mano se cayó al suelo haciéndose añicos.

Martín estaba descalzo y a medio vestir, los botones de la camisa no coincidían con su respectivo ojal, y al igual que ella, sus ropas estaban aún húmedas. Se miraron fijamente, pero en esta ocasión fue ella quien se quedó inmóvil y muda. La inquebrantable seguridad que mostró en el manantial había desaparecido, y el calor que se acumulaba en su cuerpo se le subió al rostro encendiéndolo.

Martín dio un paso hacia adelante y rodeando con sus manos la diminuta cintura de Lucía la acercó hacia él con la fuerza justa para que sus cuerpos se rozaran; entonces se inclinó un poco y la besó suavemente; beso que Lucía correspondió. Segundos después ella se apartó y le dio la espalda cerrando los ojos, pues vinieron a su mente los rostros de Rosario, de Juan, y de su padre, y tuvo miedo. Miedo de defraudar a un padre que esperaba entregar su castidad en matrimonio al mejor postor. Miedo de cometer una locura y quedar preñada al igual que su hermana. Pero, sobre todo, miedo de ella misma por lo que ya había decidido hacer. Entonces caminó unos pasos hasta detenerse al lado de la cama y se dio nuevamente media vuelta. Martín cerró la puerta y la habitación se oscureció más de lo que ya estaba, sin embargo, las últimas luces del atardecer

que entraban por la ventana les permitían contemplarse. Necesitó Martín apoyarse un segundo en la puerta, amenazado por sus piernas con ceder, mas no había llegado tan lejos como para acobardarse en ese momento. Cuando se sintió seguro de sus fuerzas, dio unos pasos acercándose a ella; la tomó de la mano, la besó tiernamente en la frente y la apretó contra su pecho un breve momento. Lucía, sintió no solo los latidos acelerados del corazón de Martín, sino cómo todo él temblaba, incluso más que ella, lo que le dio la confianza que le hacía falta para estar segura de lo que hacía; así que mirándolo a los ojos se levantó el camisón y lo tiró al piso, mientras él, absorto por la belleza de su desnudez, se desabotonó con torpeza la camisa y tiró al suelo el molesto pantalón. Con suavidad la recostó sobre la cama, y entonces, Lucía se dejó embriagar por la boca y las manos de Martín, que grababan en su cuerpo besos y caricias indelebles; insondables; todo un oprobio a su honra.

Para entonces, el manto de la noche los había cubierto, pero les sobraba la luz, porque podían verse el alma a pesar de la oscuridad.

Los besos húmedos y el calor de las caricias que Martín le ofrendaba, fueron fundiendo los nervios que ambos aún sentían, pero a la vez, intensificando un torrente de sensaciones que hacían que la piel de Lucía se erizara, y que su cuerpo temblara, se retorciera y tensionara para poder resistirlas; y cuando pensó que ya no era posible sentir más, sus cuerpos en perfecta sincronía se fusionaron en uno solo entre suspiros y gemidos; el primero de dolor; un dolor que hizo que él bajara sus revolucionadas ansias, para luego escuchar coros de placer; un placer que los elevó al cielo, que detuvo el tiempo y que hizo que el mundo dejara de existir; y solo cuando sus cuerpos se deflagraron e implosionaron, bajaron a la tierra y el universo volvió a regirse por las leyes conocidas por la humanidad.

Tendidos en la cama se quedaron recuperando el aliento y el ritmo normal de la respiración mientras asimilaban lo que había ocurrido. Segundos después, Martín se recostó de medio lado, y apoyándose en un codo empezó a acariciar los rubios y alborotados cabellos de Lucía.

—¿Sabes Lucía, qué me ha gustado desde que te conocí? Los hoyuelos que se te marcan en las mejillas cuando sonríes.

—Son como los de mi madre —contestó ella devolviendo las caricias con suaves besos.

—No imaginas, las veces que había soñado con este momento —confesó él—, pero siempre te vi tan distante, tan altanera, tan inalcanzable, que pensé que ni en mil vidas algo entre nosotros podría pasar. Qué extraño y qué raro es a veces el destino; mira que hacerse mi sueño realidad gracias a los piratas ingleses… Vaya, qué mofa. Resulta que debería estarles agradecido.

—No digas eso, que bastante daño nos han hecho —dijo ella mientras le abrazaba con fuerza.

—Sí, lo sé. Es solo que…

—Por favor, no hablemos de los piratas, no ahora —interrumpió dulcemente—. Tengo mucha sed. ¿Podrías darme un poco de agua?

Él se levantó inmediatamente de la cama y a tientas llegó hasta la puerta, la abrió y vio en el suelo una lampara encendida y una bandeja con una jarra, dos vasos y dos platos con comida que Joaco o su mujer habían dejado. Regresó a la cama con la bandeja, y volvió por la lámpara, dejando la lumbre sobre la mesita. Primero le sirvió un vaso de agua a ella, y luego se sirvió otro él. Casi al unísono se lo bebieron de un solo trago, y riendo se secaron el agua que ambos torpemente se habían derramado, como si fueran niños aprendiendo a beber.

Lucía, lejos de sentir que había hecho algo indebido, que estaba manchada o que el demonio la había tentado para caer en pecado, sintió que aquel acto no podía ser otra cosa que el amor de Dios manifestándose entre dos personas; así que, sin remordimiento alguno, los días y noches en que Cartagena siguió sitiada por los ingleses se entregó a Martín y se amaron por adelantado. Él por amor; ella, no estaba segura si por miedo a que la vida le fuera arrebatada sin haber experimentado los placeres de la carne, o si era por compensarle todos los desaires que le había hecho desde que lo conoció, o por agradecerle el haberla salvado y cuidado, o si definitivamente lo que estaba sintiendo era aquello a lo que llamaban amor. En todo caso, no hubo rincón de la parcela en donde

no se profesaran lo que sentían; desde la cama donde dormía, la hamaca de Martín, el manantial y los cañadulzales, hasta la hierba agreste de los montes Turbaqueros; y así siguieron hasta que uno de esos días Joaco les dio la noticia de lo que había escuchado, que tras muchos «ires y venires», el obispo Montalvo tenía el rescate listo y fecha para entregarlo, y que los ingleses pronto se marcharían de Cartagena. Martín y Lucía se miraron, pero el gesto en sus caras parecía más de consternación que de alegría por las buenas noticias.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó él.

—Yo debo volver tan pronto se pueda —respondió ella sin titubear.

El afirmó con la cabeza. Era lo que correspondía hacer, mas una tristeza enorme lo estremeció, pues llevaban semanas viviendo como marido y mujer, y era obvio que sus vidas cambiarían. Él no deseaba dejarla ir, ni ese día, ni otro día, ni nunca, pero, qué podía hacer en esos momentos tan enrevesados. Podría pedir su mano, se planteó, sin embargo, en caso de ser aceptado cualquier padre pospondría el asunto debido a la situación, además, Pedro sospecharía que algo hubiese pasado entre ellos, lo que complicaría las cosas; podría decirle la verdad de lo ocurrido para que le obligaran a casarse con ella, pero esto ocasionaría un daño irreparable al honor de Pedro, a su madre y a ella misma, y ninguno merecía un actuar tan miserable de su parte; o tal vez podría cortejarla y pretender que nada había pasado entre ellos. Lo último era lo más sensato, pero eso sin duda sería demasiado tortuoso para él, y también para Lucía, quien no tenía ni idea de cómo manejar la situación, lo que sí tenía claro era que debía volver de inmediato junto a su familia, y ya cuando la vida en la ciudad volviera a su cauce, podría pensar en casarse con Martín con la bendición de los suyos.

# Capítulo XI
# Conociendo a la muerte

El obispo Montalvo recorrió los montes, parcelas y colinas donde se refugiaban los españoles, en aras de recolectar todo cuanto pudiera para el rescate. Lidió con los desmayos y sofocos de las mujeres que chillando de impotencia entregaron anillos, brazaletes, collares, zarcillos, broches, piezas de seda, lienzos, zapatillas y todo cuanto de valor escondían entre sus bolsas y ropas. Se quedaron sin nada, solo con el consuelo de que pronto volverían a sus casas y la promesa de que Dios les perdonaría las faltas en la misma medida de lo que habían entregado, y para constancia de ello, cada aporte quedó registrado con detalle en un libro de cuentas que el obispo mantenía y que Pedro como escribano llevaba al día con minuciosas anotaciones. Ni siquiera Martín se salvó de dar cuanto disponía. Entregó todo lo que podía aportar, todo menos unos pendientes de oro que fueron de su madre; lo único que le quedaba de ella y que conservaba como lo que eran para él, un tesoro; tesoro que regaló a Lucía haciéndole jurar que no los entregaría, que los guardaría y que cuando todo pasara y llegara el momento oportuno los luciría.

Así, recogido todo lo que podía recogerse, el eclesiástico conformó una comitiva para que fueran testigos presenciales de la entrega del rescate de la ciudad. Dos frailes, dos militares, dos vecinos y Pedro como escribano, fueron los elegidos. El momento por fin había llegado. Las largas y difíciles horas negras que los españoles pasaban y seguían pasando estaban contadas. La ilusión volvía a los rostros de las mujeres, y a los niños se les volvía a escuchar cantar tonadillas porque poco quedaba para que los ingleses se marcharan de la ciudad.

El día de la entrega del rescate, minutos antes de salir de la

catedral, Pedro, que había completado una metamorfosis de espíritu desde que Cartagena de Indias cayó en manos inglesas, se arrodilló ante el altar. Era la primera vez que lo hacía desde que comenzó el asedio. Quiso confesarse, revelar el secreto que juró a su rey jamás revelar y las intenciones de lo que a punto estaba por hacer, pero se abstuvo. Postrado como estaba cerró los ojos y con el fervor de quien se prepara para morir le pidió a Dios que le perdonara todos los pecados, de los que se acordaba y de los que no. Le suplicó que, si moría, su muerte no le causara mucho dolor a su mujer y a sus hijas. Cuántas cosas más le hubiera gustado pedir, pero el obispo en ese momento hizo un llamado para salir de la catedral. Pedro se persignó, se levantó y se unió a la comitiva que encabezaba el eclesiástico; le seguían seis esclavos cargando tres cofres de madera, uno por pareja y detrás de ellos los testigos.

Salieron de la iglesia mayor caminando por las calles bajo un cielo radiante y una suave brisa matinal. Al llegar a la casa del gobernador una treintena de piratas les recibieron. Sin dirigirles palabra alguna les hicieron pasar. Drake los esperaba en el despacho sentado en el escritorio, acompañado por sus hombres más cercanos y por una docena de soldados bien armados. Los recibió poniéndose de pie y con una sonrisa indescriptible, que bien podía significar la alegría de que al fin tendría lo que vino a buscar, o el placer de dar la orden a los piratas que abajo esperaban de incendiar y destruir la ciudad entera si lo que le traían no era de su agrado. Drake se acercó al obispo, quien se había quedado junto con la comitiva española en la entrada del salón, y le extendió la mano para resaltarlo entre todos los presentes como el hombre encargado de la negociación. Fray Montalvo respondió el gesto percibiendo el olor a vino que el inglés bebía, y alguna agua de olor con la que parecía haberse bañado, entonces le indicó a los esclavos que dejaran sobre el escritorio los cofres.

El obispo, guardando la seriedad y compostura que el acto requería, abrió los candados de los cofres y le entregó a Drake cuatro hojas escritas en su totalidad con el contenido exacto de todas las barras de plata, el oro, las sartas de perlas, piedras preciosas y todo cuanto entregaban. Todo perfectamente detallado

en peso, descripción y valor comercial. El eclesiástico dejó que el facineroso pirata y los suyos evaluaran minuciosamente todo de lo que tuvieron que despojarse los españoles, y tras algunas consideraciones entre ellos, Drake dijo estar complacido con lo entregado. Remangándose con suma delicadeza la camisa, expuso con fino sarcasmo que ordenaría a su flota comenzar de inmediato los preparativos para dejar Cartagena de Indias en los próximos días, y que, una vez hechos a la mar, podrían retornar los habitantes a sus bellas casas, y a su bella ciudad. Sacó de uno de los cajones del escritorio un recibo escrito en latín, el cual, tras un par de anotaciones firmó en presencia de españoles como «Francisco Drake, Capitán General de la Armada de la Serenísima Reina de Inglaterra», y se lo entregó al obispo para que lo leyera en voz alta, y en castellano.

El obispo tomó la carta en las manos y tras leerla mentalmente sus ojos se empañaron. Sacó un pañuelo y se limpió el rostro, afinó la garganta y en voz alta leyó: «Doy fe de dar entrada a nuestras arcas, de manos de la gobernación de Cartagena de Indias, ciento veinte mil ducados por el rescate de la ciudad Cartagena de Indias, hoy 2 de abril de 1586».

Los españoles testigos de la última infamia del pirata, lloraron amargamente en silencio por la burla hacia ellos, hacia su pueblo y hacia su rey, pero sobre todo por la terrible indigencia en la que quedaban.

El obispo le pidió a Pedro que en calidad de escribano recibiera y guardara el documento. Él asintió con la cabeza y sudando copiosamente se acercó al escritorio donde estaban los ingleses, notando de cerca una gran herida recientemente cicatrizada en el antebrazo de Drake; herida que él mismo le propinó aquella noche sobre la arena cuando los piratas llegaron; comprendió en ese momento que a punto estuvo de haber evitado todo, pues de haber tenido unos segundos más habría matado a Francisco Drake.

Pedro, con los ojos gelatinosos y los parpados morados y abultados por la falta de sueño, fijó la mirada sobre Drake sintiendo en todo su ser cómo la ira lo devoraba. Tomó el recibo entre las manos tentado de hacerlo añicos, pero como era una prueba que debía ser

enseñada a quienes llegaran a investigar lo ocurrido, abrió el portafolio para guardarlo. Entonces, haciendo como que lo acomodaba entre otros papeles, sacó con disimulo una daga que en él escondía, y sin quitarle el ojo a Drake se lanzó con todo su odio sobre él. Uno de los piratas al percatarse del brillo de la hoja afilada empujó a Francisco Drake salvándole la vida, pues la estocada que iba dirigida a atravesarle el cuello solo consiguió herirlo en el hombro. En ese instante, el caos se apoderó del recinto; los piratas gritando maldiciones desempuñaron sus espadas y las pusieron en el cuello de los españoles, quienes desarmados y con las manos en alto se postraron de rodillas; todos menos Pedro, quien ebrio de ira se mantuvo en pie con el puñal en la mano.

Drake, con temple frío, artero y sin miedo ni ofuscación, también desenvainó la suya poniéndose frente a su agresor ordenando a los suyos con un grito seco no atacar.

Pedro nunca se había sentido tan confiado, lúcido y preparado como ese día, para batirse en el duelo de su vida. La sangre le hervía y no le importó que su daga estuviese en clara desventaja frente a la espada del inglés, pues si era lo bastante ágil, acabaría de una vez y por todas con un gran enemigo del rey y de los españoles. Ambos se lanzaron una mirada severa, como dos adversarios que tras años de seguirse el rastro de repente se encuentran sin buscarlo. Ambos lucharían y uno solo saldría vivo para contarlo.

El momento que Pedro tanto había planeado desde que fue confinado dentro de los muros de la catedral llegaba por fin, pero sin preverlo, sintió un dolor agudo en la espalda que le arrebató el aliento y las fuerzas haciéndole caer al suelo de rodillas.

—¡Maldito pirata cobarde! —gritó girando la cabeza alcanzando a ver la sonrisa retorcida de escasos dientes podridos, y la cabeza de un toro negro con grandes cuernos tatuada en el pecho de quien lo había asestado demostrando su perfidia justo como él mismo había hecho.

Aunque malherido, no se dio por vencido ni soltó la daga. Lanzó un sordo gemido e hizo un esfuerzo sobrenatural para levantarse con la respiración entrecortada.

—Dos heridas hechas por el mismo hombre —espetó Pedro mirando a Drake, mientras escupía sangre.

El pirata, que permanecía derecho e inalterable, lo contempló impasible. Tenía la espada empuñada en una mano y la otra levantada indicando a los suyos permanecer quietos. Se acercó entonces a Pedro examinando al hombre que le había propinado dos heridas en poco tiempo.

—¿Quién demonios eres? —preguntó con profundo odio—. ¡Quiero saber el nombre del católico que tuvo la estúpida idea de atacarme!

—Pedro de la Flor y Olmos —respondió con terrible dificultad—, escribano de su majestad el rey Felipe II de Esp… —alcanzó a pronunciar el español antes de que los ojos se le pusieran blancos y cayera desplomado al piso.

Drake dio media vuelta y regresó al escritorio junto a los tres cofres.

—Si este es un escribano, entonces yo soy un grumete —susurró con suspicacia—. ¿Alguien más desea atacar? —gritó el inglés rubicundo—. Hemos acabado. ¡Fuera, largo de aquí! ¡Debería matarlos a todos aquí mismo, malditos españoles! ¡Agradezcan que los dejo vivir! ¡Fuera de aquí de dicho!, antes de que me arrepienta —vociferó envainando la espada y sentándose para ser atendido.

El obispo recogió el portafolio del suelo e intentó acercarse a Drake, pero este no le dio opción de dar un paso más ni de gesticular palabra alguna, así que el pálido y tembloroso prelado mandó a los esclavos que cargaran al herido y con el corazón en la mano salieron a tropezones y empujones del despacho y de la casa.

Cuando llegaron a la catedral el revuelo fue enorme. «¿Qué había pasado?, ¿qué había podido salir mal?» se preguntaban todos.

Ana Teresa al ver que traían a su marido inconsciente y ensangrentado soltó un grito de dolor que retumbó en las paredes del recinto. Tuvieron entre las hijas y otras mujeres que llevarla al patio para calmarla y para que dejara a un ayudante de médico prestarle los auxilios. Durante la espera hubo toda clase de opiniones y murmuraciones sobre lo ocurrido por parte de los testigos; ninguna por parte del obispo quien dijo que hablaría cuando los nervios se lo permitieran.

Pasó un buen rato hasta que Ana Teresa bañada en lágrimas se sosegara y se acercara junto al presbiterio, a la dependencia que habían habilitado para atender a todos los heridos y enfermos. Encontró a Pedro acostado, desnudo de torso, sumido en un profundo sueño y a su lado un joven que a la fuerza aprendía ciencias médicas.

—¿Vivirá? —pronunció con el rostro transfigurado y una voz temblorosa.

—Su marido tiene una herida grave que le ha perforado un pulmón. La he cosido como buenamente he podido, con los pocos medios de que dispongo. —Hizo una breve pausa para tomar aliento—. No puedo afirmar o negar que sea mortal; esperemos que no se infecte la herida y que su cuerpo sea lo suficientemente fuerte para resistir.

Las palabras que escuchó del medicastro la dejaron desconcertada, y a partir de ese momento ni ella, ni sus hijas, ni sus esclavos se apartaron de su lado. Desde allí escucharon al obispo Montalvo explicar lo que había sucedido; de la inesperada y temeraria reacción de Pedro, y de cómo puso en juego la entrega del rescate y la vida de los que allí estaban, mas no lo juzgó y pidió que nadie lo hiciera, pues la verdad era que Pedro de la Flor y Olmos se había atrevido a hacer lo que todos hubieran querido; en todo caso, sería a Dios a quien le correspondería juzgarlo. Con sus últimas palabras los animó a no dejar de orar con fe para que el escribano recobrara la salud y para que ese lamentable hecho no hiciera al temido pirata tomar más represalias contra ellos y la ciudad.

Los días siguientes Pedro siguió sumido en profundos sueños, de los cuales despertaba sudoroso con quejidos de dolor. Cuando con dificultad lograba esbozar frases, le decía a su mujer que estaba avergonzado, no por haber atacado al pirata, sino por no haberlo matado, y le pedía perdón por el sufrimiento que les estaba ocasionando. Ana Teresa le decía que no tenía que pedir perdón, que ella en su lugar hubiera hecho lo mismo, y aunque fuesen mentira sus palabras, estas lo tranquilizaban. Con las mejores intenciones su mujer lo interrumpía pidiéndole que callara, que guardara fuerzas para su recuperación, mismas frases que él años

atrás le dijo a ella cuando parió a Rosario. Su mujer le decía además que debía poner de su parte en recobrar la salud, porque en un par de días todo acabaría y los ingleses por fin se irían. Y cierto fue, porque justo dos días después, el 24 de abril, Francisco Drake dio la orden de dejar Cartagena de Indias y hacerse a la mar llevándose un buen botín; no el esperado, pero bastante más que aceptable, habiendo logrado a cabalidad su cometido. Ahora le quedaba regresar a su tierra, que el mundo supiera de su hazaña y recibir los honores de su corona.

Cuando los piratas elevaron anclas, no hubo campanas en las iglesias con las que anunciar que se habían marchado; algo que en ese momento agradecieron porque en los últimos tiempos si estas sonaban era en todo caso por algo malo. Las puertas de la catedral y de la iglesia de San Francisco se abrieron de par en par, y quienes estuvieron largas semanas refugiados volvieron a caminar libremente por las calles; calles saturadas de un olor a pólvora y a sudor agrio que ni el viento ni las lluvias borrarían en mucho tiempo.

Cierto era que caminaban aliviados, pero al ver lo que había quedado en pie a nadie se le ocurrió celebrar. Desde la playa muchos vieron con sus propios ojos las velas invasoras alejarse hasta desaparecer en las aguas del mar Caribe; era un hecho, Cartagena de Indias volvía a ser de ellos, volvía a ser española.

Todos aquellos que estaban refugiados en las colinas, en los montes y en Turbaco fueron retornando poco a poco cuando tuvieron la certeza de que podían hacerlo. Lucía y Martín así lo hicieron. Al llegar caminaron con los ojos dilatados por el horror y la consternación, encontrando que Cartagena de Indias, esa que siempre rebosaba de una alborotada y ruidosa animación propia de un puerto de mar, tenía ahora un panorama desolador. Las calles estaban tapizadas con piedras y trozos de maderos y carbón, y a juzgar por lo que veían, no hubo puerta, ni cerrojo, ni casa que no fuera violentada por los piratas. Los destrozos que encontraron eran peores de lo que imaginaron.

Las gentes que vieron en las calles parecían haber cambiado. Era como si las cabezas les pesaran sobre los hombros haciéndoles mirar hacia abajo ocultando así la tristeza. Y así, tras recorrer una ciudad

en ruinas, llegó el momento en que Martín y Lucía debían tomar cada uno su camino. Él tuvo la intención de acompañarla a la casa y entregársela a su madre como se lo prometió la noche del asedio, pero Lucía fue tajante en que primero él debía ir a ver a su padre, porque de Diego nada volvieron a saber. Martín aceptó sin muchas ganas, con la condición de que ese mismo día, iría a visitarla, así que tras un fuerte abrazo y un beso en cada mano la vio alejarse. Él dio media vuelta y se dirigió a su casa. Al llegar entró sin tocar porque no había puerta donde hacerlo. La casa estaba prácticamente destruida. El techo tenía sendos agujeros en las tejas por donde entraba la luz del sol. Varias paredes estaban destrozadas y las que aún se sostenían estaban cubiertas de tizne. En el patio, bajo la sombra de un árbol encontró sentado en una butaca a su padre. Estaba con las ropas roídas, la barba crecida y la mirada perdida.

—¡Papá! —gritó corriendo hacia él.

—Hijo. Al fin has vuelto —respondió conmovido poniéndose de pie.

Martín lo abrazó percatándose de que tenía las carnes bastante más ligeras y del penoso estado de debilidad en que se encontraba, lo que le hizo recordar a los esclavos que su padre llevaba a la parcela para engordarlos y poner a punto.

—Papá, cuánto me alegro de verte y de que estés bien.

—¿Bien? ¿Acaso estás ciego? ¡Qué bien puedo estar! —decía moviendo la cabeza como si negara lo que su boca decía—. Mira a tu alrededor, lo he perdido todo, todo. Ese maldito pirata, orate del demonio, me dejó en la ruina y se llevó todos mis esclavos, ¡todos, Martín! Se dio hasta el lujo de humillarme delante de ellos y no sabes de qué manera —se lamentaba llevándose las manos a la cabeza.

—Cuanto lo siento. Pero Papá, recuerda que aún tienes la parcela.

—Pero sin esclavos que meter, ni dinero para comprarlos, eso no sirve de nada.

—No seas tan pesimista. Estás vivo. Eso es lo único que importa. El campo nos dará todo lo que necesitamos y más.

—¿Cerdos y gallinas?, ¡migajas! ¡Mejor que me hubieran matado! —respondió hundiendo la cabeza en su pecho.

Martín estuvo un buen rato intentado animarlo, pero solo consiguió

gastar saliva. Entendió que nada de lo que dijera sería suficiente para curar un orgullo pisoteado y humillado, así que lo mejor que podía hacer por él en ese momento era quedarse el resto del día a su lado, simplemente acompañándolo. A pesar de ver a su padre en esa situación y estado tan lamentable, no dejaba de pensar en Lucía; en la ilusión que tenía por verla y estar con ella, y eso que no llevaba ni tres horas desde que se separaron.

Decidió entonces, no decirle nada a su padre sobre Lucía mientras se sosegaba, pero en unos días hablaría a solas con Pedro y le pediría la mano de su hija en matrimonio. Quizá no era un buen momento, además no era un hombre potentado, ni fino, ni instruido, pero era un hombre trabajador, sin mañas y completamente enamorado que viviría por y para ella. Así que confiaba en que eso y el aprecio que este le tenía fuesen suficientes para darles su pronta bendición.

Lucía, al llegar a la casa, la encontró semi desbaratada y parcialmente consumida por las llamas. Entró corriendo, como hacía cuando era niña al regresar de sus escapadas con Tomasa y Juan de la Ventana al Cielo, con la diferencia de que entonces lo hacía en silencio para pasar desapercibida y ahora gritaba llamando a su padre, a su madre y a sus hermanas. Corrió atravesando el salón hasta llegar al patio, pero escuchó que desde la habitación superior su madre le llamó. Entonces, regresó corriendo y mientras Ana Teresa bajaba las escaleras, Lucía saltándose varios escalones de golpe, subió hasta alcanzarla. Se abrazaron muy fuerte, pero mientras Lucía sonreía, Ana Teresa lloraba contrariada, pues su marido acababa de darle la carta que debía entregar a Juan; la carta que le otorgaba al esclavo la libertad sin condiciones y que ella guardó en su corsé para recibir con los brazos bien abiertos a su hija. La intuición de madre, en aquel momento perturbada por el delicado estado de salud de su marido y por una carta, no le permitió ver en los ojos de su hija esa llama inconfundible que se prende con la ilusión del amor, tan solo sintió un gran alivio de estar nuevamente con ella y de ver que se encontraba sana y salva.

Al instante Carmen y Rosario se unieron en un largo abrazo mojado en llanto que conmovió a Lucía, sobre todo por verlas tan delgadas,

tan zarrapastrosas. Tras sentarse en los escalones pidieron a Lucía que les contara todo lo que le había pasado desde el terrible ataque; ella comenzó a explicarles que la noche del asedio mientras corrían juntas, escuchó un sonido ensordecedor que la aturdió y no supo más de ella, y que lo único que recordaba era ver el rostro de Martín cargándola y después llevándola a lomos de una bestia; y de ver el sol y vagamente el campo durante el recorrido.

Les contó que pasó muchos días adolorida recuperándose de las heridas y extrañándolas, pero que, gracias a los cuidados de Martín, Joaco el capataz y su mujer, se curó; luego se levantó y les enseñó la cicatriz que le dejó la estaca que se le clavó en la pierna.

—¿Y Martín? —indagó Carmen.

—Está bien, fue a ver a su padre y luego vendrá acá.

—¡Gracias a la Virgen y al cielo estás bien! —exclamó Ana Teresa a la vez que pensaba que nunca le había tenido aprecio a Martín y que hoy le debía tanto que no podía pagarle.

Besó la frente de su hija, le pasó la mano suavemente por el rostro y sin exageraciones ni dramatismos le relató todo el infierno que tuvieron que vivir por culpa del pirata inglés; de las atrocidades que este hizo; de la muerte que trajo; del hambre y las humillaciones, y como si fuera poco, de la locura que Pedro cometió al enfrentársele acabando malherido. Entonces Lucía la miró con espanto y sin terminar de escucharla dio un salto volándose los escalones que tenía delante y entró corriendo a la habitación. Quedó profundamente consternada al ver a su padre tan pálido como una cera postrado en la cama.

—Papá… papá —le llamó dulcemente.

—Déjalo descansar —le pidió Ana Teresa entrando a la habitación—. Se ha quedado dormido; cuando despierte podrás hablar con él.

—¿Se repondrá, verdad?

Ana Teresa sin mirarla cogió un pañuelo embebido en hierbas medicinales, se acercó al lecho y lo puso sobre la frente de su marido.

—Cada día está más débil y a ratos se desorienta confundiéndome con su madre o dando órdenes como si estuviera en el galeón, pero

no conozco un hombre más fuerte que él, y sí, se pondrá bien —aseveró con anhelante fervor—, ya lo verás.

Con profunda tristeza y abrazando a su padre le preguntó por qué se enfrentó solo al pirata, por qué nadie lo detuvo, por qué nadie lo ayudó.

—A veces, Lucía, la contraria fortuna hace que aun los hombres más prudentes pierdan la cordura. Tu padre no compartió los motivos que tuvo para hacer lo que hizo, pero te aseguro que si lo hizo fue porque consideró que debía hacerlo. Ahora no es momento de recriminaciones; es momento de atender, de acompañar y de rezar por su recuperación —aseveró Ana Teresa, sabiendo perfectamente que en realidad su marido no soportó tener por autoridad al peor enemigo de todos los hombres de mar y de la corona española, al que odiaba más que nada, más que a nadie. Un odio que durante el enclaustramiento se convirtió en obsesión por matarle.

A partir de ese momento en Lucía comenzaron a agitarse pensamientos contradictorios borrándose el espejismo de felicidad que vivió días atrás, amordazando las ganas de contar que se había enamorado.

Para ella el mundo seguía estando regido por un «sinsentido»; ese que había aborrecido desde que fue consciente de ello. Las razones de su madre eran tan duras de aceptar como veraces; «¿acaso su madre, sus hermanas o ella misma hubieran podido hacerle cambiar de parecer antes de cometer un acto tan insensato?», se preguntaba a la vez que se respondía: «ninguna hubiera podido, porque los hombres no admiten críticas a sus juicios de valor, aunque sean errados. ¡Qué lástima que las mujeres no seamos los hombres del mundo! Si lo fuésemos, seguro que las cosas serían diferentes, muy diferentes», reflexionó pesarosa. Lucía se acercó a Rosario, la tomó de la mano y le pidió que la acompañara abajo para que le mostrara los daños que había sufrido la casa; una excusa para poder hablar a solas con ella. Rosario apretó su mano y salieron de la habitación hablando del hollín que cubría las paredes, de la mesa inservible, las sillas rotas, la ausencia de los ornamentos que Ana Teresa fue colocando con el tiempo y de lo mortecino que se veía el patio.

Mientras esto hacían, Lucía observaba a Rosario de arriba a abajo, por delante y por detrás. La encontró delgada, con falta de color en el rostro, al igual que todos, pero en general tenía buen semblante y por más que la miraba, con el vestido no le notaba abultada la tripa.

—¿Y bien? —preguntó estando ya a solas.

Rosario le pidió que extendiera la mano, y entonces rápidamente la puso en su vientre. Lucía lo notó tenso, redondo, bajo, y con disimulo la quitó.

—¿Qué vas a hacer?, ¿dirás la verdad? ¿No crees que Juan debe saberlo? —preguntó con sumo interés.

—Por un lado, ¿crees que es buen momento para que le cuente a mis padres que hace seis meses estoy preñada de un esclavo?, ¿no ves acaso cómo están?, ¿qué crees que pasará?, y por el otro ¿qué gano con contarle a Juan?, ¿qué puede hacer el infeliz por mí o por su hijo? —exponía con singular entereza—. Lucía, he pensado mucho y llegado el momento tendré al bebé y lo dejaré en la puerta de la iglesia Franciscana. Los frailes velarán y cuidarán de él. Allí crecerá dignamente y yo lo protegeré toda mi vida en silencio.

—¿Y crees que podrás hacerlo? ¿Crees que podrás desprenderte de tu criatura después de haberle tenido en tu vientre, en tus brazos, en tu pecho?

—¿Tengo otra opción? Si lo dejo en otro lado crecerá como esclavo, y si confieso todo a mis padres será peor, porque correrá sangre.

—¡Dios mío! —exclamó Lucía.

Rosario tenía razón, advirtió. Si su padre había sido capaz de enfrentarse solo a Drake, que estaba armado y rodeado de piratas, con seguridad absoluta mataría a Juan si llegaba a enterarse de que en las entrañas de su hija menor se engendraba un hijo suyo, el hijo bastardo de un esclavo negro, y hasta la vida del bebé y Rosario peligrarían.

—¿Cuento contigo, hermana? —preguntó Rosario con los ojos vidriosos.

—Siempre —respondió abrazándola.

—Voy al patio de atrás, ¿vienes conmigo, Rosario?

—No, ve tú, yo voy a recostarme un poco. Se alegrarán mucho de

verte. No hubo día que no pensaran en ti y se preguntaran cómo estarías.

Lucía vio a Dominga y a Tomasa sentadas frente a los fogones; estas al verla venir soltaron cucharón y tapa, y corrieron a abrazarla. Juan al escuchar su nombre salió de la caballeriza, el único lugar de la casa que los piratas no encontraron interesante para destrozar, y se unió al abrazo.

Lucía los encontró demasiado delgados, podía verle los huesos adheridos a la piel, entonces se sintió ahogada por la enrevesada situación que encontró en la casa y lloró amargamente. Pensó que a pesar de que los piratas ya no estaban en Cartagena la desgracia que trajeron seguía ahí.

—¿Cómo están? —saludó con voz entrecortada.

—Sí, niña bonita, no llore, no llore. Estamos bien y nos alegra mucho ver que usted también lo está —dijo Dominga reconfortándola—. Si su padre ve esas lágrimas y la tristeza en los ojos, su sufrimiento será mayor.

—Ay, negra —decía sollozando—, parece que los tiempos difíciles no pasan.

—Pues, si no han pasado, pasarán. La vida no está hecha para vivir quejándose y sufriendo por las cosas malas que suceden. Eso sería demasiado desperdicio.

Lucía no dijo nada, tan solo le sonrió con tristeza. Dominga tenía una entereza diferente a la gente que conocía, para ella el presente siempre podía ser peor, por eso nunca se quejaba y el mañana siempre podía ser mejor, por eso vivía eternamente esperanzada.

—Por fin ha vuelto, amita —apuntó Tomasa tomándole las manos.

—Sí, por fin ya está con nosotros, la hemos extrañado mucho —añadió Juan.

—También yo, Juan.

—Bueno, vamos a dejar a un lado esas caras largas y tristes, que no hay nada en el mundo más contagioso que la tristeza. Todos tenemos cosas que hacer, en especial usted, niña, así que vuelva con su padre. Acompáñelo, él la necesita y es lo más importante ahora.

—Sí, negra, solo quería saludarlos y ver que estuvieran bien.

Lucía regresó a la habitación con su padre y se sentó en el piso al pie de la cama con un cargo de conciencia que no le permitió apartarse ni un instante de su lado, quedándose el resto del día y la noche acompañándolo, limpiándole los sudores y velando su descanso. Esa noche le escuchó débiles susurros. Sin saber qué hora era se puso en pie pensando que debía de ser de madrugada por el sueño que tenía, agarró una vela casi consumida, de luz temblorosa, y vio a su padre con los ojos abiertos. Acercó la luz a su rostro notándolo más macilento que en el día, lo que atribuyó a la escasa iluminación.

—Papá —le llamó suavemente.

Pedro no respondió, ni la miró siquiera. Parecía estar sumido en fúnebres cavilaciones repitiendo susurros apenas perceptibles.

—Papá… papá, soy Lucía. Tu hija, Lucía —insistió.

Entonces Pedro reaccionó.

—Hija mía. —Hizo una pausa para mojarse los labios con su propio sudor—. Has vuelto y yo sigo aquí postrado. Espero que no hayas tenido que pasar muchas adversidades.

—No las he pasado, papá.

—Parece que tienes un ángel en la Tierra que te cuida. Me tranquilizó mucho cuando supe que Martín te puso a salvo en Turbaco. —Hablaba con voz cansada.

—Sí. Fue muy valiente y caballeroso. Le estoy muy agradecida.

—Nosotros también… nosotros también.

Pedro hizo un intento por incorporarse en la cama, pero estaba muy débil, casi sin fuerzas. Ella le ayudó, pero al moverlo, dejó salir un gemido de dolor pidiendo que lo dejara como estaba; que en la mañana con la luz del día se reacomodaría para verla mejor.

—Cuánto siento todo esto —dijo pesaroso.

Un comentario que laceró el corazón de Lucía, porque nunca en la vida le había oído decir a su padre palabras que fuesen tan sentidas.

—Anda, papá, que raro es oírte decir esas cosas; mejor descansa, porque como dice mamá, tienes que ponerte bueno.

—Eso espero; en todo caso te repito lo que le he dicho a tu madre; si no salgo de esta y muero, quiero una sepultura santa y cristiana. Yo defendí con honor a mi rey y no me arrepiento de nada.

—No hables de muerte, que tú no vas a morir.

—Está bien Lucía. Mejor dime si puedes complacerme con algo.

—Claro, claro que sí. ¿Qué deseas?

—Quiero confesarme, pero tu madre insiste en que es mejor esperar unos días a que recobre un poco las fuerzas, pero yo deseo hacerlo ahora, ¿puedes traerme a fray Antonio?

—Es de madrugada, no es prudente traer a fray Antonio a estas horas, y como dice Mamá es mejor esperar a que estés mejor.

—No quiero esperar, lo necesito. ¿Lo harás hija? —insistió como si presintiera próxima la muerte.

Lucía no pudo hablar, tan solo asentir con la cabeza. En ese momento sintió desconocer por completo a su padre. «¿Acaso ese hombre de profundo desaliento, de negra pasión del ánimo era su padre?, ¿acaso sentía que su fin se acercaba y se lo estaba dejando saber?, o ¿solo sus palabras funestas eran el fruto de tantos días de humillaciones, dolor y delirio por el estado de su salud?» pensaba. En cualquier caso, ella como hija que lo adoraba obedeció en contra de la voluntad de su madre y con los primeros rayos de sol fray Antonio los visitó.

El religioso vestido con su hábito carmelita estuvo a solas con Pedro media hora; cuando finalizaron los asuntos divinos, Ana Teresa y las hijas entraron a la habitación, se sentaron sobre unos cojines y no solo hablaron distendidamente con Pedro, que parecía sentirse mejor, más alivianado, sino que rezaron con ferviente devoción un rosario que el fraile dirigió de la misma manera que hacía cuando navegaban en el Inmaculada Concepción, solo que en esta ocasión la intención no era llegar a buen puerto, sino que Pedro recuperara la flaqueada salud.

Las repeticiones de las Avemarías fueron un dulce arrullo para Pedro, quien luchaba para que no se le cerraran los ojos. Lucía le tomó la mano para que dejara de pelear con el sueño y se durmiera serenamente, si era eso lo que le pedía el cuerpo. Ella también cerró los ojos y se relajó tanto que sin notarlo se quedó dormida. De repente, volvió a sentir cómo nuevamente su espíritu se salía del cuerpo y se elevaba; quiso volver a entrar en él, pero no sabía cómo hacerlo. Bajó e intentó un par de veces meterse en ella misma y

abrir los ojos, mas le faltaba fuerza o peso para lograrlo. Era tan extraña la sensación, pero a la vez tan liberadora, que dejó de resistirse volviendo a elevarse, y desde ahí observó a todos en la habitación y por primera vez no tuvo miedo; en eso, de una de las paredes de la habitación salió la sombra que siempre veía cuando se encontraba en ese trance y zigzagueando se detuvo a los pies de la cama donde estaba su padre. Como las veces anteriores, fue adquiriendo forma tomando el aspecto humano que recordaba, y vestía la túnica que a sus ojos se asemejaba a la de fray Antonio solo que mucho más amplia, más oscura y aparentando tener vida propia, pues se movía suavemente a pesar de que no soplaba ni una pizca de viento; además sostenía una especie de báculo que antes no había notado. La presencia giró la capucha bruscamente hacia ella, y Lucía cerró los ojos esperando el grito estridente o que intentara agarrarla al igual que las otras veces, pero nada pasó. Le costó armarse de valor para enfrentar lo que tuviese que enfrentar, así que muy despacio fue abriendo los ojos y comprobó que el temible espectro permanecía inmóvil donde estaba, aunque ahora parecía dirigir su atención hacia Pedro. Entonces a la habitación comenzaron a llegar hombres, mujeres y niños. Se acercaban a la cama y rodeaban a su padre. Sus rostros eran entrañables, sonrientes, como si esperasen a que Pedro abriera los ojos para saludarles. Lucía se acercó con sigilo para ver mejor los rostros de esas personas y quiso gritar cuando reconoció a dos de ellas. Se asustó tanto que su corazón comenzó a latir como nunca y sus manos temblaban sin control. No entendía qué era todo aquello, qué estaba pasando o qué clase de brujería era esa.

—¡Abuela!, ¡abuelo! —exclamó, pero Trinidad y Manuel José no la veían ni la escuchaban, mas ella insistía con desespero—. ¡Abuela!, ¡abuelo! ¡Soy yo! Lucía, vuestra nieta. Miradme, aquí estoy. Por favor, miradme, ¿qué está pasando? —gritaba afligida mirando a todos lados.

Entonces la silueta tenebrosa levantó el báculo, dio un golpe seco al piso, y una luz blanca resplandeciente y cegadora atravesó como un rayo el techo de la habitación posándose directamente sobre Pedro. Lucía se alejó de la luz y vio a su padre abrir los ojos. Las

personas que lo rodeaban se acercaron aún más, le abrazaron y le susurraron al oído quién sabe qué cosas, como secretos, y mientras lo hacían Pedro sonreía; entonces comenzó a salirse del cuerpo como lo hizo ella, pero muy lentamente; y mientras más salía más tenue se hacía la luz. Fue en ese momento que entendió lo que pasaba. Su padre moría y esas personas venían a acompañarle en el tránsito a la vida del más allá. Y el temible espectro, la aparición que llevaba viendo desde hacía años, tenía que ser la muerte, y por algún motivo ella podía verla. Lucía se posó sobre la cama y angustiada le pedía con gritos y lágrimas que no se saliera del cuerpo, que no se levantara, que si lo hacía moriría, que no la abandonara; pero Pedro tampoco la veía ni la escuchaba. Descorazonada dejó de insistir y se arrodilló a su lado.

—Papá, no te vayas —susurró cerrando los ojos, derramando lágrimas.

Segundos después Lucía sintió una mano en su hombro y al abrir nuevamente los ojos vio a su padre frente a ella tranquilo y sonriente, como si no estuviera débil, ni herido; sino todo lo contrario, vigoroso y lleno de salud como siempre había estado, intentó hablarle, pero la silueta con su báculo dio otro golpe al piso y la luz se desvaneció por completo; y su padre, las personas que lo acompañaban y la muerte desaparecieron.

—¡Papá, no!… —gritó con amargo candor despertándose en su cuerpo con lágrimas en los ojos.

Fray Antonio, Ana Teresa, Carmen y Rosario la miraron con desconcierto interrumpiendo bruscamente el rezo del rosario.

—¿Qué pasa niña? —preguntó alarmada Ana Teresa.

Lucía tenía una mirada de espanto, estaba confundida, y desorientada. Le faltaba el aire y le temblaba el cuerpo como hoja al viento.

—¡Papá! —gritó aún más fuerte llevándose las manos a la cara.

Fray Antonio con discreción se acercó a Pedro, y tras examinar el cuerpo le cerró los ojos.

—Descansa en paz, hermano. Dios te reciba en su santa gloria —pidió con gran devoción.

Se oyeron en ese momento gritos roncos y amargos propios de

mujeres con el alma desolada. Gritos que alertaron a los esclavos y vecinos del reciente deceso de Pedro de la Flor y Olmos. Fray Antonio intentó en vano consolar a las dolientes, así que las dejó llorando mientras él se retiró para encargarse personalmente de todos los trámites del entierro en agradecimiento a un hombre que estimaba y que lo salvó de morir ahogado en el Atlántico.

Ana Teresa tras derramar dolorosas lágrimas se limpió los ojos, y con una expresión en el rostro más inerte que la del mismo muerto le pidió a las hijas salir de la habitación y dejarla a solas con su marido para vestirlo y adecentarlo; su deseo era hacerlo sola, en ese momento, cuando el cuerpo aún estaba tibio y maleable. Con impávida serenidad buscó entre las ropas de Pedro y eligió una que hacía años no usaba, esa que solía vestir cuando navegaba y que guardaba con nostalgia, al igual que el sombrero negro de ala grande. Con suma delicadeza lo perfumó con aceites, lo vistió, lo peinó, y le puso un rosario entre los dedos de las manos enhebradas y un escapulario de la Virgen del Rosario en el pecho.

—Ya estás listo, Pedro, ya estás —decía pesarosa entre lágrimas—. Así que te fuiste primero. Siempre pensé que sería yo. Hubiera sido mucho mejor para no ser yo quien te llore, quien te extrañe, quien quede caminando sola en el mundo. —Hizo un largo silencio, por si ocurría un milagro y este le respondía—. Bueno, Pedro, mi amado Pedro, espérame en el otro lado cuando Dios lo disponga, pero te pido, por favor, que me dejes saber como sea y cuando puedas, que estás bien, que todo estará bien, de lo contrario no tendré paz —añadió besándole la frente, mojándole el rostro con lágrimas.

Pronto vecinos y conocidos llenaron la casa para dar el pésame. Los hombres de inmediato se ofrecieron a bajar la cama y al difunto al salón, para que las rezanderas pudieran frente al cuerpo iniciar los rezos por el eterno descanso de su alma. Así se hizo. En medio del salón estaba expuesto el occiso; al lado, una mesita vestida con tela blanca que algún vecino prestó, y sobre esta, una vela encendida, un crucifijo de madera que fray Antonio envió y un vaso lleno con agua por si le daba sed al difunto, según decían las viejas rezanderas, quienes a diferencia de otros velorios no lloraron, porque estaban secas de tanto hacerlo durante el sitio de los

ingleses.

Diego y Martín hicieron acto de presencia tan pronto como se enteraron. Cuando llegaron a la casa encontraron el salón atestado de mujeres con camándulas en mano; unas estaban recostadas sobre las paredes menos ennegrecidas y otras sentadas en el piso sobre algún cojín, y en el patio, grupos de hombres conversaban en voz baja.

Diego se presentó vestido como estaba, con el pantalón roído en el bajo, la camisa sucia, los cabellos y la barba desaliñados; poco le importaron las miradas de reproche lanzadas por las mujeres ante la falta de consideración con el muerto. Sin saludar a nadie, solo manifestó sus condolencias a la viuda y seguidamente se detuvo frente al cuerpo de su amigo.

—Hasta te envidio —musitó inexpresivo mirándolo con hondo pesar—. Solo te nos has adelantado, porque todos cogeremos el mismo camino, pero los que aún estamos aquí somos los que sufrimos mi estimado amigo. —Y acercándose al oído de Pedro le susurró—. Si ves a Elena y a Goyo, abrázalos muy fuerte de mi parte y diles que los quiero, que los extraño.

Diego se quedó estático frente al difunto, mientras que Martín, buscaba con los ojos a Lucía en el salón. Visiblemente afectado abrazó y compartió lágrimas con Ana Teresa, Carmen y Rosario, y continuó buscando a Lucía con desespero. Subió a las habitaciones y no la halló. Salió al patio principal y tampoco la vio. Por último, se asomó al patio de los esclavos; nunca lo había visto tan árido y con tantas hojas marchitas en el piso, parecían estar bordadas de hierro. Encontró a Dominga junto a un fogón que aún no estaba encendido. La negra sollozando organizaba en palanganas bastimento, presas de gallina y huevos para hacer una olla grande de caldo, porque tendrían por delante un día y una noche larga.

—Dominga, ¿dónde está Lucía?, no la encuentro en ningún lado.

La esclava señaló con los dedos la caballeriza donde dormían y con la mano se secó las lágrimas del rostro. Martín se asomó a la parte de atrás y ahí estaba, sentada en la tierra con las piernas recogidas y los brazos rodeando sus piernas, y a su lado Tomasa y Juan. Los tres estaban mudos, tan solo jipiaban cuando las lágrimas se les

acumulaban en los ojos y las narices.

Martín se arrodilló frente a ella, bajó la cabeza a la altura de las rodillas de Lucía y rompió en llanto.

—Cuánto lo siento. Cómo me duele; bien sabes cuánto lo quise.

Lucía lo consoló pasando sus manos por los cabellos de Martín.

—No me he despedido de él, no he podido ¿puedes acompañarme?

—No, anda tú solo, toda esa gente me pone de los nervios —respondió de una manera tan fría que lo asustó.

Martín respetó su dolor, le besó las manos, se levantó y regresó al salón junto a su padre que seguía inmovil al lado del difunto. En silencio, agradeció a Pedro el cariño que le profesó; le confesó lo mucho que amaba a la segunda de sus hijas, la intención de casarse con ella y lo mucho que deseaba su bendición.

Llegada la noche, las ventanas y puertas de la casa que aún quedaban en pie permanecieron abiertas; las velas y los candiles que iluminaban cada rincón atraían a más gente de la que estuvo durante el día, gente que en el velorio encontraba una distracción a sus propias penas y tristezas, y de paso entre rezos y charloteos en voz baja, acompañaban al difunto para que no estuviera solo y su espíritu pudiera ver el camino y recorrer los últimos pasos en vida, evitando así que su alma quedase vagando hasta el día del juicio final.

Ana Teresa, con el alma enlutada y el cuerpo vestido de negro riguroso, seguía sentada en el salón frente a Pedro. Estaba muy quieta, con el rostro pálido como flor de azucena y la mirada perdida, porque sus ojos miraban todo, pero nada veían; y si no fuera porque las mujeres la animaban a contestar los rezos y la arropaban con palabras de consuelo, se diría que el muerto no era su marido sino ella.

Lucía, todavía conmocionada, sentía la necesidad de seguir escabullida de la gente en el patio de atrás, en donde aún sentada en el piso revivía en su mente la experiencia que había vivido mientras su padre moría. Juan y Tomasa la observaban de reojo sin entender por qué no acompañaba al amo en la transición al mundo de los muertos, más se limitaban a estar con ella para ofrecerle de cuando en cuando agua de melisa para los nervios y caldo para que

pudiera aguantar lo mucho que aún quedaba, aunque ella perdida en sus cavilaciones no llegó a probar ni lo uno ni lo otro.

Martín intentaba estar cerca de Lucía, pero una barrera de hombres lo impedía obligándolo a permanecer junto a ellos, donde debía estar; solo cuando la vio salir del patio de los esclavos se le acercó.

—Llevo un buen rato intentando estar contigo, pero ha sido imposible.

Lucía asintió con la cabeza.

—¿Por qué no vas con las mujeres al salón y acompañas un rato a tu padre?—sugirió él.

—No tiene sentido acompañarlo —respondió ella con un tono cargado de sinceridad—, mi padre ya no está ahí, solo es su cuerpo. Su espíritu ya no está en él, ni aquí; no está recogiendo ni recogerá ningún paso, simplemente se fue cuando murió, y ya está.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó intrigado.

Entonces ella lo miró a los ojos y respiró lentamente antes de continuar.

—Porque lo creas o no, cuando moría pude ver su espíritu partir.

Martín sorprendido con la declaración, la abrazó con fuerza mientras buscaba en su cabeza la mejor manera de responder a ese comentario que le tomó completamente desprevenido.

—Te creo —dijo titubeando tras unos segundos de silencio; aunque en realidad le mintió para no contrariarla más de lo que estaba; pensó que tras una experiencia así era fácil imaginar y ver cualquier cosa.

—Martín, olvida lo que he dicho, estoy demasiado abrumada y no sé ni lo que digo —aseveró Lucía al verle vacilar, arrepintiéndose que haber hecho ese comentario, y alejándose de Martín corrigió sus palabras—. Lo mejor será que vuelvas con los hombres y yo vaya al salón, así con mi presencia y mis rezos honraré el nombre de mi padre, sus restos mortales y su espíritu. Es lo que corresponde.

—Te acompaño.

—Gracias, pero necesito estar sola.

Cuando la luz de luna dio paso a la del alba las mujeres y los hombres seguían muy despiertos. Habían velado al muerto toda la noche y ahora solo quedaba acompañarlo a su última morada como dictaba la tradición. Todos seguían en la misma tónica, con los mismos vestidos, con ojeras en los ojos, y las dolientes con los párpados hinchados de llorar, porque al muerto hay que llorarlo, decían, mas mitigaban el sueño, el cansancio y los nervios bebiendo sorbos casi obligados de agua de hierbas y caldo.

De pronto se escuchó en el salón un gran revuelo de gritos cuando Ana Teresa vio llegar a fray Antonio y dos sepultureros cargando un féretro de madera para meter a su marido. Atormentada y agitada le preguntaba a sus hijas y a las rezanderas que la arropaban si en verdad Pedro estaba muerto. Les rogaba que lo verificaran antes de meterle al cajón, porque a ella le parecía que solo estaba dormido, y alegaba a viva voz que sería inhumano enterrar a alguien dormido y no muerto. Tal fue el escándalo que armó, que fray Antonio tuvo que hablarle por más de un cuarto de hora con salmos bíblicos y palabras de consuelo para calmarla, poder hacer el responsorio, rociar el cuerpo con agua bendita y sacar el féretro de la casa.

El dolor en el alma y el agotamiento mental por negar una y otra vez que su marido estaba muerto comenzaban a afectar la lucidez de la viuda, quien a esas horas estaba con el rostro completamente desencajado y macilento.

—Pobre mujer. Cuánto dolor siente que ya ni llorar puede —decían las rezanderas que la acompañaban en una procesión silente a la iglesia.

El obispo Montalvo revestido con sagrados ornamentos quiso esperar en la puerta de la iglesia los restos mortales del hombre que casi mata al pirata Drake, y dar a sus deudos lo único que podía darles, una palabra de aliento y su acompañamiento en el momento más sensible del entierro, según él, momento en que los familiares se dan cuenta de que no van a volver a ver a su ser querido nunca más.

Entraron a la iglesia con la parsimonia que el ritual merecía, siendo difícil no sentir que incluso la casa de Dios se había amortiguado por el daño que causaron los proyectiles lanzados por los piratas, y que

dejaron tres columnas destrozadas, cuatro arcos desplomados y un hueco en el techo en la parte de la epístola, la cual emparapetaron con paja hasta que pudieran reconstruirla. En ese lado de la iglesia fue enterrado Pedro de la Flor y Olmos, así lo indicaba una lápida mortuoria en la que, junto a su nombre, la fecha de nacimiento y muerte se podía leer la inscripción en latín *«requiescat in pace».*

Carmen, Lucía y Rosario entre lloros y sollozos le dieron el último adiós a su padre dejando cada una sobre la lápida un humilde ramillete de flores silvestres que Tomasa preparó, mientras Ana Teresa de cuerpo presente y mente ausente observaba con pasmosa quietud cómo enterraban a su compañero de vida.

—¡Ahora sabrá esta tierra lo que pesa un hombre que vivió con dignidad, que luchó por sus convicciones, que le fue fiel a Dios, al rey, a su familia, y que por esa fidelidad murió! —exclamó Diego haciéndola reaccionar, trayéndola a la cruda realidad en la que comenzó a llorar tan amargamente que sintió que se ahogaba, que el clima se había vuelto en demasía extremo y que el calor la disecaba.

Finalizada la ceremonia funeral que dirigió fray Antonio, el obispo Montalvo dirigió a los presentes unas breves palabras; siendo esa, la última vez en su vida que habló del asedio inglés y que se le vio derramar lágrimas por ello.

—Hijos míos, desde que los españoles llegamos a estas tierras hemos tenido que hacer frente a muchas adversidades; hemos tenidos nuestros aciertos, pero también muchos desaciertos —sermoneaba apesadumbrado—. Hemos luchado contra la naturaleza exacerbada, contra la escasez de agua dulce, pero, sobre todo, hemos luchado para que todo hombre, mujer y niño que habite estos territorios conozca a Dios, y viva según sus designios en franca paz. Muchos retos hemos afrontado para dejarle a las generaciones venideras un camino más liviano que caminar. En las últimas semanas se ha derramado demasiada sangre por defender esta tierra de impíos. Impíos que nos han ultrajado, dejándonos el alma desolada, y la bolsa y el estómago vacíos. —Hizo un silencio antes de continuar para respirar profundamente, aclarar la garganta y limpiarse con un pañuelo los ojos húmedos—. Todos hemos

pagado un precio muy caro por la infamia de los herejes, de los enemigos de nuestro rey, sobre todo aquellos que hoy no están entre nosotros. Los que murieron defendiendo lo suyo eran vecinos honrados, conocidos y apreciados por todos nosotros. Pedro de la Flor y Olmos fue la última víctima mortal que dejó francisco Drake. El escribano, emponzoñado quiso hacer justicia con sus propias manos, y terminó derramando su sangre al intentar librarnos del pirata opresor, y eso es algo que no debemos olvidar, así como no debemos olvidar que a los ojos de los hombres muchas cosas se pueden ocultar, más a los ojos de Dios nada. Él todo lo ve; la maldad de los corazones, la avaricia, la herejía, los actos abominables entre hombre y mujer de diferente raza, o del mismo sexo y todo lo que lo ofende, pero pueden estar seguros de que ningún pecado queda sin ser expiado. Bien podríamos preguntarnos si este asedio no habrá sido un castigo por nuestros propios pecados. Cada uno que examine su conciencia y pida perdón a Dios si es necesario. En todo caso, hijos míos, puede que se hayan llevado todo, puede que hayamos quedados casi desnudos, puede que nos dejaran llorando a nuestros muertos, pero hay algo que no pudieron llevarse y es algo más valioso que todo… la fe que queda en nuestros corazones, la fe de que al final, al final todo estará bien —terminó diciendo con el rostro pesaroso. Entonces bajó la mirada y se retiró a su aposento caminando con la cabeza entre los hombros, encorvado, casi arrastrando los pies.

El gobernador Fernández de Busto posicionado nuevamente en su desvalijado despacho y tras evaluar el desastre, escribió una carta al rey Felipe II informándole sobre los acontecimientos tan catastróficos como vergonzosos; entre otras cosas, reconoció que las estrategias que con tanto ahínco había preparado para defender a Cartagena de Indias de los enemigos no fueron suficientes para detener la horda de piratas que bajo el mando de Francisco Drake los atacó una noche de febrero. También hizo constar que los súbditos de su majestad, a pesar de que muchos tenían carencias en armamento y tácticas militares, defendieron la ciudad con valor y coraje, perdiendo la vida una veintena de hombres; y que

desafortunadamente tras una fuerte lucha y a pesar de que mayores bajas hubo en las filas enemigas, terminaron venciendo los invasores. Que el todopoderoso no los había favorecido y los piratas se tomaron la ciudad dejándola en ruinas al igual que a sus habitantes; a madres llorando por sus hijos y a hijos llorando por sus padres. Por tales motivos, encarecidamente le solicitaba a su graciosa majestad posar sus benévolos ojos sobre Cartagena de Indias enviando a la brevedad recursos que ayudasen a aliviar las penas de tantos, una guarnición de hombres entrenados y armados, y la consideración de construir verdaderas y fuertes defensas para que no volvieran a ocurrir hechos tan lamentables.

En Cartagena esperaban una respuesta favorable del rey; confiaban en que este no olvidaría los sacrificios que sus súbditos habían hecho por él, y mientras tanto la vida en la ciudad seguía su curso. Una ciudad que pocas semanas atrás era vibrante, esplendorosa y que ahora lucía deprimente, devastada; una ciudad que había cambiado, que no volvería a ser la misma al igual que quienes allí vivían.

Los vencidos, sin proponérselo, nunca más volvieron a mencionar al temerario pirata, como si el no hacerlo borrara lo ocurrido o les ayudara a sobreponerse a de la tragedia, mas la ruina que sobre ellos cayó les impedía arrancar la tristeza de los rostros sombríos, quedándose solo con esperanza de recuperar algún día lo perdido.

Ana Teresa, Carmen, Lucía y Rosario se preguntaban qué sería de ellas, cómo serían sus vidas a partir de ese momento, y de qué vivirían si ahora carecían del sustento que Pedro les proporcionaba, y es que, con su muerte, no solo tenían que lidiar con el dolor de perder a un esposo y un padre, sino que se enfrentaban a una situación económica compleja, sin posesiones, sin joyas de valor y sin bestias, lo único que poseían eran sus virtudes y los tres esclavos.

Sus días que ya eran difíciles, comenzaron a ser más duros por que empezaban a pasar hambre por la escasez de alimentos y de maneras para conseguirlo; y las noches no eran más fáciles, pues el miedo a un nuevo ataque las aterrorizaba, desvelándolas.

Por fortuna, cada semana Ana Teresa recibía una canasta con

huevos, frutas y hortalizas que Martín le llevaba con la ilusión de ver y hablar con Lucía quien casualmente desaparecía cuando él llegaba, igual que cuando eran niños. La cesta de víveres era insuficiente para el sostenimiento de la familia, pero Ana Teresa la aceptaba agradecida, porque con eso tenían algo que llevarse a la boca mientras vendía a los esclavos y regresaban a España junto a sus padres, ya que consideraba que ni ella ni sus hijas tenían nada que hacer en Cartagena de Indias.

Cuando Ana Teresa comunicó a las hijas su intención de vender a los esclavos para regresar a España, Lucía se opuso enérgicamente advirtiéndole que eso no cambiaría en nada la situación en la que se encontraban. Ella estaba segura de que sus abuelos Manuel y Trinidad habían muerto; no sabía cuándo, ni cómo, pero tenía claro que no seguían vivos y que estaban solas en el mundo. Claro está, que no fue esa la razón que dio a su madre para que declinara la idea, le hizo ver que no era un buen momento para venderlos, porque el precio de los esclavos en el mercado era tan bajo en ese momento, que ni vendiendo a los tres lograrían obtener suficiente dinero para comprar los billetes y para su manutención en la península, y lo único que lograría sería quedar en una situación peor de la que ya estaban. Carmen y Rosario estuvieron de acuerdo con su hermana y se opusieron a la venta alegando que esa opción era un completo desatino, que lo que tenían que hacer por ahora era buscar la manera de subsistir en Cartagena usando precisamente a los esclavos.

Ana Teresa con un disgusto tremendo reconoció que las razones que le dieron eran acertadas. Sin saber qué hacer se fue al patio, se sentó quejosamente en un banco de piedra y se quedó ensimismada viendo las maderas viejas del galeón que su marido convirtió en santuario, mientras se sobaba la frente por sus eternos dolores de cabeza hasta que la tarde cayó, entonces recordó aquellos atardeceres de verano en Sevilla cuando desde el balcón de su casa veía sus amadas puestas de sol.

—Si pudiera regresar el tiempo… —se lamentaba con hondos suspiros—. Si le hubiera dicho a Pedro cuando pude: «¡No voy! No voy al fin del mundo». ¡Por qué no me quedé en Sevilla!, ¡por qué!

—se recriminó amargamente.

Luego, cuando vio salir a la luna en el cielo, la miró, y por más que la miró no la reconoció. Ya no era más su amiga, su confidente, y desde esa noche Ana Teresa comenzó a interesarse por nada, a vagar por la casa sin sentido, a entrar y salir del habitáculo de maderas viejas como si estuviera buscando un rastro perdido, y a hablar consigo misma incongruencias. Y así, con el pasar de los días, tanto sus hijas como los esclavos veían con preocupación cómo Ana Teresa se perdía en un mundo irreal, evadiendo el dolor y la melancolía que ellos mismos también sentían.

Los amigos y vecinos de la casa que visitaban a la viuda y a las hijas por falta de novedades o por aburrimiento, irremediablemente terminaban hablando de lo mismo; de lo bueno que había sido en vida el difunto Pedro, de la falta que hacía, de lo abandonados que se sentían y de las pesadillas que durante las noches muchos tenían; pesadillas que según algunos decían, era el mismo diablo jactándose de atemorizar hasta en los sueños a una población socavada por el temor a un nuevo ataque y a la muerte, y pronto, esos mismos vecinos comenzaron a murmurar por las calles que Ana Teresa, la viuda de Pedro de la Flor y Olmos estaba perdiendo la razón por el dolor y la pena, porque a ratos su mente se alejaba de este mundo para buscar a su marido en otro creado por su imaginación, y luego regresaba a la realidad en la que era una mujer lúcida de su estado de viudez, de su paupérrima situación económica y de tener tres hijas a las que intentaría sacar adelante con matrimonios ventajosos; pero sus intenciones se quedaban en eso, en intenciones, y pronto Carmen, Lucía y Rosario se dieron cuenta de que las intenciones no las alimentaban, no las vestían, ni pagaban el alquiler donde vivían, el cual pronto deberían abonar. Ante la premura de conseguir recursos, las hermanas de la Flor y Olmos se pusieron a trabajar en lo que sabían hacer. Al principio, alentadas por una inocente ilusión, gastaron lo poco que tenían en hilos, encajes y telas, y se dieron a la tarea de bordar delicados pañuelos, tapetillos y mantillas para vender, pero esa ilusión se desvanecía con los días convertidos en semanas en las que solo vendían si acaso un tapetillo, acumulando piezas bordadas, desilusión y frustración, porque ni siquiera los

foráneos que visitaban la ciudad para negociar aprovechando la precariedad en que muchos cartageneros quedaron, se mostraban interesados en sus productos. A todo esto, se sumaba el cercano parto de Rosario, quien animada por Lucía terminó contándole a Carmen la verdad. La mayor de las hermanas, se disgustó muchísimo y llorando le soltó una prédica casi tan mordaz como la que sus padres le hubieran dado, pero al darse cuenta de que sus palabras no aliviaban la tenaz situación, y que solo angustiaban a Rosario más de lo que estaba, dejó de juzgarla ayudándole cuanto podía. Así, las hermanas más unidas que nunca afrontaron sin anestesia la muerte del padre, la paroxística y progresiva demencia melancólica de la madre, la intrincada situación de Rosario y la miseria en la que se encontraban; por fortuna contaban con el ingenio de las esclavas que rendían los alimentos preparados con lo que tuvieran a la mano, con lo que Juan pudiera pescar o cazar, o con los huevos y verduras que Martín les llevaba.

El vasto sufrimiento de Ana Teresa por la muerte de Pedro transformó a la mujer fuerte, de rostro angelical y caderas macizas, en una mujer de facciones marchitas y cenceña. Un deterioro difícil de ocultar que parecía ir cada día a más. Lucía, resiliente y temperamental como siempre lo fue, se vio en la obligación de tomar las riendas de la casa. La felicidad que semanas antes había vivido junto a Martín la borró de su mente en un intento de purgar el dolor y la culpa que sentía por la muerte de su padre, y la ilusión desapareció pues ahora vivía inmersa en una pesadilla teniendo que lidiar con una madre enferma, una hermana mayor abatida, la menor embarazada de un esclavo y con unas experiencias extracorpóreas cada vez más recurrentes y aterradoras.

# Capítulo XII
# Ángel o Demonio

Una de esas tardes de hambre en Cartagena, con el cielo nuboso y en pleno aguacero se presentó en la casa del difunto Pedro un acaudalado maestro orfebre proveniente de Santa Cruz de Mompox. Llegó con un séquito de esclavos que casi parecían no serlo por lo bien vestidos que estaban, y quienes seguían atentos cada movimiento de su amo como si fueran una extensión de él mismo. El visitante, de cabeza pelada, cara chupada, cuello largo y nariz puntiaguda tenía las facciones más elegantes que las de un buitre y las piernas más flacas que las patas de un gallo. Con apremio le pidió a la joven esclava que lo atendió buscar a la señora de la casa, al tiempo que su séquito le limpiaba el barro de los zapatos y las salpicaduras marrones pegadas al pantalón negro; él miraba con ojos escrutadores las paredes tiznadas de la casa, que aún conservaban las huellas de las manos invasoras y con buenas maneras y refinado modo de hablar saludó al ver a la viuda de la Flor y Olmos, quien vestida en negras telas lo atendió con el alelado aburrimiento de recibir un pésame más.

El visitante tras unas corteses palabras de condolencias manifestó que el asunto de la visita era presentarle sus serias intenciones de contraer nupcias con Carmen de la Flor y Olmos, y seguidamente se presentó como Damián Escalante, un potentado hacendado poseedor de vastas tierras, de las cuales extraía oro con el que elaboraba finas joyas para finas damas, siendo por ello reconocido más como maestro orfebre que como hacendado. Tras una extensa presentación personal comentó que estaría en Cartagena una temporada por cuestiones de negocios y que nada le haría más feliz que regresar a su villa con la esposa que llevaba buscando hacía

años; una compañera de vida que fuera joven, respetuosa y creyente, cualidades que estaba seguro tenía de sobra la mayor de sus hijas, de quien confesó haberse enamorado desde el momento en que la vio en la plaza del mar, un par de días atrás, momento en que su corazón comenzó a andar ligero, gozoso e ilusionado. Le prometió que, si la doncella se convertía en su señora, llevaría una vida holgada en una amplia hacienda con comodidades y servidumbre, y que tanto ella como sus otras hijas quedarían protegidas bajo su amparo, ya que tenía conocimiento de que, tras el asedio pirata, el señor de la casa había infortunadamente fallecido; además recalcó que en caso de un arreglo matrimonial no sería necesario aportar ninguna dote por parte de la familia. Por último, se puso a los pies de Ana Teresa para lo que necesitara, independientemente de la decisión que tomara.

Ana Teresa lo atendió sin alterar su quietud. Por respuesta no dijo ni sí, ni no a la intempestiva propuesta, mas prometió pensarlo y manifestarle su decisión en un par de semanas, tiempo en que podía visitarla en las tardes, si lo deseaba, pero sobre todo, pensó Ana Teresa, tiempo para averiguar qué tan verídico era todo lo que dijo ser y tener.

Las hermanas de la Flor y Olmos, escondidas de la vista de la madre y del recién aparecido, escucharon atentas la conversación y las intenciones del pretendiente. Carmen detrás de la pared apretó los dientes para tragar la saliva que se había quedado estancada en la boca quedándose sin respirar por unos instantes.

—No tienes que hacerlo —opinó Lucía ladeando el rostro hacia su hermana.

Carmen se puso una mano en el pecho y tomó una bocanada de aire que se obligó a sacar por la nariz porque los dientes seguían apretados.

—Esto es justamente una clara señal de lo que debo hacer, Lucía.

Una vez que el pretendiente abandonó la casa, confiando tercamente en ella misma entró al salón parándose frente a su madre, quien se encontraba sentada, muy pensativa.

—Si es cierto lo que ese señor prometió, accederé al matrimonio —apuntó Carmen con voz seria y gesto grave.

Lucía la siguió caminando detrás de ella y al escuchar sus palabras protestó.

—¡No, Carmen! ¡Es una locura! ¿Acaso no ves que es un total desconocido? ¿Quién puede asegurar que es verdad todo lo que dijo?, y aunque lo fuese, no hay por qué precipitarse.

—Eres tú, Lucía, quien no ve que es más locura rechazarlo, eres tú quien no ve que es nuestra única salida para no morir de hambre —replicó Carmen con feroz convicción.

—¡Es cierto! ¡Lo es! —aseveró Ana Teresa poniéndose en pie como un juez listo para dictar veredicto.

Terciando entre las hermanas dio razones con tal aplomo que despejó en ese momento cualquier sospecha de que hubiese avanzado su pérdida de cordura, dando señales de estarse curando de la melancolía.

—Indagaré, y si todo es verdad un matrimonio habrá de celebrarse —sentenció acariciando el pelo de su hija mayor—. No debes preocuparte, Carmen. Si llegase a celebrarse el sacramento, ya verás cómo el amor nacerá en tu corazón y crecerá con el tiempo.

—No estoy preocupada, mamá. Igual papá me iba a casar con el mejor postor —respondió con lágrimas en los ojos apretando con más fuerza los dientes—. Este matrimonio es necesario, y seguro es como tú dices, así que, que sea lo que Dios disponga.

Ana Teresa se presentó en las casas de sus conocidas e indagó por el enigmático pretendiente, y las refinadas pero insolventes damas de sociedad, que eran fuentes fidedignas, aseguraron por las llagas de Jesucristo que todo era cierto, que era uno de los hombres más finos y acaudalados de esa región, dedicado a la orfebrería por gusto y no por necesidad, y que sus cuellos, manos y dedos eran testigos al haber lucido sus joyas de diseño, las cuales desafortunadamente eran ahora posesión del pirata inglés.

El día de la contestación, Damián Escalante se presentó en la casa del difunto Pedro vestido de negro de pies a cabeza, y muy oloroso, bañado con un agua de colonia que enmascaraba un olor azufrado que su cuerpo despedía. Ana Teresa lo recibió con distinción a pesar del escaso mobiliario que ofrecer para sentarse, un par de bandejas

floreadas más vacías que llenas de viandas, y nada de vino ni de sonrisas por el luto que cargaba, cosa más que entendible tras los últimos hechos, razonó el visitante. En cualquier caso, Ana Teresa asumió el rol que la situación requería y como si tuviera mucha experiencia concretando uniones matrimoniales ventajosas, cerró a sus ojos una muy fructífera. Solo hubo un punto en la negociación que no pudo conseguir, que la pareja de casados se quedara a vivir en Cartagena en vez de Mompox, pero a cambio de la tajante negativa de la contraparte, Damián Escalante se comprometió a darle unas prebendas nada despreciables para vivir con digna comodidad, sumado a la promesa de que al menos dos veces al año vendrían a Cartagena y de que ellas podrían visitarlos cuando quisieran, sobre todo en fechas especiales.

Ana Teresa solicitó la presencia de Carmen en el salón para informarle los términos del enlace y para dar la enhorabuena a los prometidos. Carmen apareció con Lucía y Rosario. Caminaron tomadas de la mano, muy serias, muy juntas, muy al compás deteniéndose frente a Damián Escalante.

El hombre puesto en pie arqueó las cejas para que sus ojos grises saltones se abrieran desmesuradamente y poder distinguir a cada una, porque en ese instante, físicamente las tres se le parecieron muchísimo. Saludó posando los labios ahumados por el tabaco sobre el dorso de las manos extendidas de las tres. Primero saludó a Rosario, quien clavó la mirada en el suelo para no verlo; luego saludó a Lucía, quien al contrario que su hermana menor no dejaba de mirarlo escrutándole con los ojos endurecidos, con un gesto que bien podía ser de desprecio o de altivez; y por último besó la mano de su prometida.

—Bellísima Carmen —acentuó con voz desafinada—, confío en poder hacerte feliz, tanto y más de lo que ya lo soy yo. A mi lado nada te faltará; tendrás lo mejor del mundo y todo lo que mi bolsa pueda ofrecerte —prometió con una sonrisa nerviosa.

La novia lo miró con sufrimiento sintiéndose amargamente halagada, ladeó el rostro hacia su madre, luego hacia sus hermanas, y como una esclava que va a ser llevada al carimbeo lo aceptó sin querellarse, todo con tal de sacar adelante a los suyos y sacarse a

Martín del corazón.

Los rumores del apresurado enlace no sorprendieron a nadie, ni siquiera a las mujeres de rostros estropeados que aburridas volvían a reunirse en las plazas para desaburrirse hablando de ciertos avistamientos de brujas, espantos y almas en pena que algunas decían haber visto; aseveraban además, que los pequeños remolinos de arena que aparecían y desaparecían en las calles en el sopor del mediodía, que el hedor causado por los centenares de jaibas que abandonando la frescura los manglares iban a morir a las casas abrasadas, y que la desmesurada calma de las olas del mar, eran indicios inequívocos de que el Diablo andaba suelto. Lo que sí causó en ellas la noticia del casamiento de Carmen fue envidia. Envidia de que la viuda de la Flor y Olmos tuviera tan buena suerte de unir en matrimonio a su primogénita con un espécimen tan esquivo como codiciado por las hijas solteras de la ciudad en edad de merecer.

En cuatro semanas quedó fijada la fecha de la alianza matrimonial. Ante la premura, el novio no escatimó en dádivas para Carmen. Muestra de ello fueron las dos esclavas gemelas, mudas que recibió para atenderla, un juego de pendientes, collar y brazalete hechos con hilos de oro puro entrelazados entre sí, y esto aparte de la gentileza que tuvo de abonar los meses de atraso de alquiler y plagar el patio de atrás con animales de campo para que los platos de la casa volvieran a estar llenos de comida. El dinero de repente dejó de ser un inconveniente, y la presencia de Damián Escalante en la casa comenzó a ser habitual en las visitas en que era atendido por Ana Teresa y Carmen, o por Carmen y sus hermanas cuando Ana Teresa indispuesta se retiraba a descansar.

Así llegó la fecha que acordaron para el matrimonio, el último domingo de noviembre de 1586. Ese día amaneció soleado a la vez que caían gotas gordas de lluvia en un cielo azul y despejado; un mal augurio aseguraba Dominga, quien al darse cuenta de la rareza interrumpió la extensa rutina de acicalamiento de Carmen para mostrárselo. Mientras la novia veía sin asombro alguno la lluvia soleada, la esclava le manifestó con preocupación que ese no era buen día para casarse; con vana insistencia le pidió que lo aplazara, porque cuando eso ocurría una bruja, cerca de ahí, se estaba

casando, y era sabido que las brujas lanzaban maldiciones contra quienes celebraran uniones el mismo día que ellas; y aunque la historia no intimidó a Carmen, y aunque Dominga siempre hacía predicciones fallidas, la de ese día no lo fue tanto.

No ocurrió nada extraño durante el matrimonio que se llevó a cabo de una manera austera y sobria en la iglesia mayor, en donde fray Antonio ofició el sacramento sirviendo como testigos de la unión el obispo Montalvo y la viuda adinerada amiga de Ana Teresa; pero horas más tarde sí que sucedió algo muy triste para Cartagena de Indias, el querido obispo Juan de Montalvo fallecía en su habitación sin motivo aparente. Ratificaron los médicos que la causa del deceso, sin lugar a dudas no fue otra que la pena moral causada por la aflicción terrible que le ocasionó el ataque del pirata Drake, el derribo parcial de su amada catedral y tanto dolor infringido a los suyos. Sin embargo, para Carmen y Dominga, el canónigo murió como consecuencia de su matrimonio, debido a la maldición lanzada por una bruja como vaticinó Dominga.

Una vez más el luto cubrió las calles de la ciudad, y en honor a la memoria del obispo la pareja de recién casados se quedó en Cartagena unas semanas más asistiendo a las misas ofrecidas por el eterno descanso de su alma, tiempo que Ana Teresa aprovechó para instruir a la nueva esposa en lo referente a las obligaciones de la vida marital; una instrucción que Carmen resignada agradeció, porque se sentía tan insegura que no sabía ni cómo hablar ni cómo actuar delante de Damián, mas le consolaba pensar que gracias a su sacrificio, su madre, sus hermanas y ella no quedarían en la miseria.

El día de la partida a Santa Cruz de Mompox de los recién casados Ana Teresa, Lucía y Rosario despidieron a Carmen con llanto pesaroso. Ella, con nerviosa abnegación les pidió aplomo, recordándoles que no se iba a morir, sino justamente lo contrario, que empezaba una nueva vida con un hombre que profesaba quererla, un hombre a quien se le veía sonreír endiosado al mostrar a los vecinos asomados a la calle su mejor joya. Damián con un carismático modo de hablar les prometió por enésima vez cuidar, respetar y amar todos los días de su vida a su mujer. Las alentaba a estar alegres como él a pesar de la nostalgia que pudieran sentir por

la separación, y les recalcaba, en especial a Ana Teresa, que no había perdido una hija, sino ganado un hijo, pero, mientras más palabras alentadoras salían de su boca, más lágrimas de congoja salían de los ojos de la madre.

Partieron los esposos en una carreta tirada por dos caballos, uno albino y uno negro, y la comitiva que los acompañaba sobre el lomo de mulos cuyos cascos levantaban una nube de suave polvorín que parecía hacerlos flotar.

Ana Teresa la veía alejarse con una mirada cargada de recuerdos, porque se vio a sí misma cuando su madre años atrás la dejó en aquel puerto viéndola partir con la misma mirada junto a Pedro y sus hijas hacia América.

Ese mismo día Ana Teresa frente al habitáculo de Pedro tuvo con Lucía la última conversación en sano juicio.

—¡Qué he hecho, Dios mío!, ¡qué he hecho! He perdido a mi marido y ahora a mi hija —se recriminó con amargura cayendo de rodillas en el suelo anegada en llanto.

—No mamá, no has perdido a Carmen. Ella estará bien. Esta era la mejor opción para ella, para todos, ella misma lo dijo y tú también.

—Ay, Lucía… yo me acostumbré a que Pedro tomara las decisiones de nuestra vida, me acostumbré a seguirlo. Siempre lo hice y me alegraba hacerlo, pero la muerte le llegó demasiado pronto, demasiado; y de repente me veo en esta situación tan difícil, tomando decisiones que no hubiera querido tomar. La muerte de tu padre y el matrimonio de Carmen son dos heridas demasiado profundas en mi corazón y no creo que ni el tiempo con su afilada aguja las logre hilvanar, y mucho menos cicatrizar. Si Pedro me hubiera hecho caso cuando tuve aquella pesadilla, aquel mal presagio que no supe interpretar. Pero tu padre no creía en esas cosas, era terco y cuando se le metía una idea en la cabeza…

—Espera, ¿qué mal presagio? —le interrumpió.

—Una vez tuve un sueño tan real como jamás había experimentado; tan real como lo eres tú ahora mismo. Soñé que el demonio con forma de un toro negro y ojos rojos como tizones encendidos nos atacaba, nos perseguía. Iba directo hacía ti y tus hermanas, pero Pedro se interpuso, y el animal lo corneó en la

espalda dejándolo moribundo en la arena.

—Aunque fuese un presagio, ¿cómo podrías saber cuándo pasaría?, no sé, cada cosa mala que pasase podrías achacársela al sueño.

—Si, pero qué coincidencia que ocurrió poco antes de venir a Cartagena, y que el pirata que hirió de muerte a tu padre en la espalda justo tenía tatuado en el pecho la cabeza de un toro con largos cuernos y ojos rojos.

Lucía sintiéndose identificada con la aparente facultad premonitoria de su madre, vio la oportunidad perfecta de contarle por fin su secreto, ese que tanto se guardaba por miedo a ser tachada de loca o peor aún, de bruja.

—Mamá, qué pensarías tú si yo te dijera que… —Se detuvo dudando si debía seguir hablando o no.

—Que, si tú me dijeras qué.

—Que a veces siento que me salgo del cuerpo; quiero decir, que mi espíritu se separa de mi cuerpo, y cada vez que me ocurre veo a la muerte, ¿dirías que he estado soñando?, ¿dirías que es una locura?

—No diría que es una locura, puede que tú simplemente hayas estado soñando despierta o quizá hayas experimentado una especie de trance. Yo siempre he creído que la muerte puede tomar muchas formas, y si es la muerte lo que ves, hija mía, sin duda es un presagio, uno muy malo me temo. Ahora te dejo, que debo atender a Pedro —susurró mirándola con ojos tristes, dándole un beso y caminando hacia el habitáculo que su marido construyó.

Con delicadeza se encerró, tocó las maderas viejas, justo como hacía su marido, y en vilo pasó la noche recordando un pretérito nostálgico junto a sus padres en España con su marido y sus hijas, a la vez que comenzaba a imaginar realidades inverosímiles. Tanto pensó, tanto imaginó y tanto añoró que en medio de la bruma de sus pensamientos decidió elegir cuáles eran fantasías y cuáles eran realidades, y no dejaría que nadie le dijera lo contrario. Así decidió que para ella Pedro no había muerto, sino que se había ido a navegar por los mares del norte, y que no había casado a Carmen con un desconocido, sino que la había enviado a un convento de monjas como ella solicitó.

Con estas esplendidas realidades, Ana Teresa pasaba largos ratos recostada en la cama observando los tejidos que sus hijas no habían podido vender; achacaba la culpa a las puntadas que estaban mal hechas porque la tensión aplicada al hilo no era la correcta, y por ese ínfimo pero crucial detalle nadie los compraba, ni los iban a comprar jamás, a menos que ella los descosiera y volviera a coser. Y en adelante a eso justamente se dedicó, a descoser, y coser todo lo que llegaba a sus manos, aunque incluso estuvieran vacías haciendo puntadas en el aire, y así la mente se le desboronaba quedando atrapada en su mundo de fantasía. A veces, un poco atónita de seguir respirando, escuchaba en sueños el lamento del mar por la muerte de su marido y el llamado pesaroso de Carmen, pero cuando despertaba soltaba una carcajada «era solo un sueño» se decía y volvía a lo suyo. Mientras, Lucía se encargaba de que estuviera bien alimentada y bien arreglada como le gustaba estar, pero sobre todo que estuviera tranquila, porque pensaba que el día en que su mente pudiera gestionar la tristeza que la embargaba, ese día dejaría su mundo de fantasía, aceptaría la realidad y aprendería a vivir con ella. De igual manera procuraba atenciones a Rosario ofreciéndole abundante comida que esta devoraba con insaciable hambre, y en las noches le masajeaba los pies hinchados hasta que se quedaba dormida. Una de esas noches, Rosario necesitó de su hermana más que nunca.

—Lucía… Lucía —la llamó halándola el brazo—. Despierta que estoy teniendo espasmos muy dolorosos y cada vez más frecuentes —sollozaba nerviosa—, creo que ya es hora.

—¿Ya es hora?… —repitió Lucía incorporándose abruptamente. Por acto reflejo quitó la lumbre que titilaba en la temblorosa mano de Rosario, pudiendo ver espantada gestos de fuertes retortijones en el rostro angelical y sudoroso de su hermana. Presurosa se puso en pie, la tomó de la mano y la ayudó a salir de la habitación, bajar las escaleras y llegar al salón con sigilo para no despertar a su madre.

—Rosario, tienes que aguantar hasta que amanezca para traer a la partera —pidió susurrando.

—No puedo —jadeaba—. No puedo aguantar mucho más, me estoy muriendo.

—Bueno, tranquila, tranquila —dijo abriendo la puerta del patio, y tomándola nuevamente de la mano caminaron hasta la estancia de los esclavos.

—¡Dominga, Dominga! —exclamó Lucía tocando la puerta con insistencia.

Los esclavos se levantaron asustados al mismo tiempo.

—¿Acaso otro ataque?, ¿acaso otro muerto? —preguntó Tomasa.

Dominga cogió una vela que estaba casi consumida y con apuro quitó la tranca de la puerta.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó azarada.

—Tienes que ayudarnos, negra. Es Rosario.

—¿Qué le pasa? —preguntó Juan dando un salto del catre en que estaba acostado.

En eso Rosario emitió un quejido retorciéndose del dolor.

—¡La niña Rosario necesita un médico! —aseveró Dominga—. ¡Juan, corre a la casa del boticario Sánchez y tráelo!

—¡No! ¡Nadie va a buscar a nadie y nadie debe saber esto! —exclamó Lucía poniendo la mano en el vientre de su hermana; entonces Dominga que no necesitaba mucha luz para ver y entender el gesto de Lucía, dio un paso hacia atrás frunciendo el ceño.

—¿Pero qué es esto?

—¡Sí, negra, está preñada y creo que ya llegó la hora!. Así que ayúdanos —aseveró mirando a Juan, quien de la impresión se tapó la boca con las manos—. Tú has parido, negra; tú sabes qué hacer.

—¿Pero cómo es posible? Esto no puede ser —insistía incrédula con los ojos espepitados—. Debe de ser otra enfermedad, niña Lucía. Usted no sabe lo que dice, no sabe de lo que habla.

—¡Deja ya de decir tonterías, Dominga! —increpó desesperada—. ¡Te digo que sí está embarazada! Dinos qué hacer, por favor.

Entonces Dominga acomodó a Rosario en el catre donde ella descansaba pudiendo comprobar claramente su abultado abdomen.

—Tengo que revisarla. Tomasa y Juan, prendan un par de lumbres más y salgan de aquí. ¿Desde cuándo tiene dolores, niña Rosario? —preguntaba acomodándola.

—Todo el día los he tenido, pero ahora son muy fuertes —respondió jadeando con los ojos cerrados.

—Bueno, tranquila niña. Voy a revisarla.

Dominga se arrodilló frente al catre, pidió a Rosario separar y flexionar las piernas y seguidamente la ayudó a levantarse el camisón pudiendo constatar, aterrada, que el bebe asomaba ya la cabeza y que estaba a punto de parir. Entonces se levantó enérgicamente y salió apurada de la habitación; le pidió a Tomasa que trajera con prontitud paños limpios, aceite de coco, un par de velas, una tela rasgada en tiras y una tijera o navaja, o lo que encontrara primero, y a Juan, que trajera toda el agua que hubiera en la casa.

Dominga regresó junto a las hermanas, les explicó lacónicamente cómo era el proceso de un parto, las fases de este y en cual estaba Rosario para que supieran lo que venía, y para que Lucía no se impactara con lo que vería, pues necesitaría de su ayuda en lo que le pidiera hacer. Ambas movieron la cabeza afirmando entender o creyendo entender. Los minutos pasaban entre espasmos de dolor cada vez más intensos y cambios de postura que Dominga hacía adoptar a Rosario para ver cuál le favorecía más para parir, en cuclillas, de rodillas, tumbada a medio lado o bocarriba, mientras que los gritos debían ser a toda costa sofocados mordiendo un palo, para evitar que su madre se despertara. Las lágrimas afloraron, y no solo las de Rosario y Lucía, que, aunque nerviosa no dejaba de alentar a su hermana entre espasmo y espasmo, sino también las de Juan, quien había pasado nueve meses siendo ignorado y despreciado, sufriendo en silencio un desamor, sin saber que Rosario, su ama y amada, una niña blanca, pura de casta y muy de su casa, había quedado preñada de él, su mísero esclavo de cuerpo y alma.

Antes de que rompiera el alba se escuchó el dulce llanto de un niño, opacado por el agridulce llanto de las mujeres que estaban en aquella habitación. Dominga cortó con la tijera el cordón azul que los unía, anudó con los trozos de tela el cordón, limpió con un paño humedecido en agua la sangre y la grasa blanquecina que cubría al recién nacido, y lo acomodó en el pecho de la joven madre contemplando con asombro que aquel niño no era de blanca con blanco, sino de blanca con negro.

Rosario, agotada, aunque aliviada por dejar de sentir los terribles dolores y por volver a respirar con normalidad, lo abrazó sin saber siquiera lo que hacía.

—¡Es un varón! Y por el llanto se nota que está sano, y que es fuerte —celebró Dominga sonriendo.

Lucía abrazó a su hermana y se quedó un buen rato junto a ella maravillada con el milagro de la vida que acababa de presenciar, mientras madre e hijo se quedaban plácidamente dormidos.

Dominga aprovechó el momento calmo para preguntar a Lucía quién era el padre del crío, a lo que ella sin volver el rostro anunció fatigosamente.

—El padre es Juan, tu hijo.

La esclava soltó un tosco suspiró de la impresión llevándose a la frente las manos aún ensangrentadas. Contrariada bajó la cabeza cerrando los ojos por un instante, luego con los ojos bien abiertos y el rostro endurecido miró a Lucía y salió del cuarto. Al pie de la puerta estaban los hijos, Tomasa sentada en el suelo con las piernas recogidas y las manos abrazando sus rodillas, Juan de pie, visiblemente ansioso se tronchaba los dedos de la mano derecha con el pulgar de la mano izquierda. Dominga le pidió a la hija entrar, echarle tierra a la sangre regada, y quemar los trapos embebidos de sangre para no atraer animales. Tomasa obedeció en silencio contemplando por un momento a la joven madre dormida y al bebé junto a ella forrado en un pañolón blanco. «Si el niño Jesús hubiera nacido aquí, habría sido aún más pobre de lo que fue» pensó sintiendo pena en vez de alegría.

Cuando Dominga se quedó a solas con Juan, sin mediar palabra lo abofeteó con la mano bien abierta para que el golpe fuese lo más doloroso posible.

—¡Esto es culpa tuya! —espetó.

Juan no reaccionó, ni siquiera por ser la primera vez en su vida que su madre le ponía las manos encima. Se quedó inmóvil con la cabeza clavada en el suelo incapaz de mirarla a los ojos, confundido, asustado, enfurecido y emocionado a la vez.

—¡Cómo has podido desgraciar a la niña Rosario! Una niña blanca. ¡A tu ama! Si esto llega a saberse será tu sentencia de muerte

—vaticinó llorando amargamente.

Juan permaneció quieto y en silencio. Quiso decirle que fue ella quien lo buscó, lo besó, lo incitó, lo enamoró. Que era ella quien lo buscaba en las noches, quien hacía lo que quería con él. Que fue ella quien lo usó hasta que quiso, hasta que lo dejó tirado como a un trapo viejo, pero calló.

—Yo no sabía nada de esto —aseguró sin levantar la cabeza.

—¡Mentiroso! —gritó exasperada—. Ahora le mientes a la madre que te parió.

—Nunca te mentiría, mamá Dominga.

—¡Acaso no te enseñé que los esclavos solo podemos involucrarnos con los nuestros! ¡Acaso olvidaste que eres un negro, y que ella es una blanca, una ama! ¿Qué pretendías, Juan?, dime, ¿qué pretendías? —reclamaba iracunda.

—No pretendía nada, mamá Dominga —respondió con los ojos ahogados por las lágrimas—, yo solo… —En eso Lucía salió al patio y los interrumpió.

—¡Silencio los dos, que van a levantar a Rosario y a toda Cartagena! Dominga, déjalo ya y entren que tenemos cosas pendientes por hablar —espetó.

Una vez dentro ama y esclavos se ubicaron en un rincón para estar lo más alejados posible de Rosario y el bebé. Lucía, acalorada y cansada, revelaba un carácter frío que nunca había mostrado. Les aclaró que por obvias razones Rosario no había parido, ni ese niño había nacido. Que nadie podría jamás enterarse de aquello, por el bien del niño, la honra de la madre y la vida del padre. Les ordenó guardar total discreción para lo que tendrían que hacer, pues el niño sería criado en Turbaco, alejado de las insidiosas miradas cartageneras. Allí estaría por un tiempo bajo el cuidado de Dominga, y llegado el momento con su madre. Los esclavos, inmóviles como las piedras del patio, acataron la disposición de Lucía, y uno a uno le besaron las manos en señal de agradecimiento por no castigar a Juan, ni alejarlos del niño que llevaba en las venas sangre blanca y sangre negra. Lucía con mucho desparpajo les increpó para que dejaran la ridícula actitud de pleitesía. Aunque no estaba nada contenta con todo lo que estaba pasando, Rosario era su hermana, y

a ellos no los consideraba esclavos, sino parte de la familia.

Dominga le hizo caer en cuenta que una vez pasado el parto venía una parte complicada, porque Rosario debía descansar, recuperarse, pero también alimentar al crío; y con eso le indicaba que, por unos meses tendrían que ocultar en la casa al recién nacido, tanto de la ama Ana Teresa como de la gente. Decidió Lucía que lo mejor era que el bebe se quedara en la habitación de los esclavos por ser la parte más alejada de la casa, y que Rosario, así como se las ingenió para encontrarse con Juan sin ser vistos, podía eludir a su madre para estar el mayor tiempo posible con su hijo.

La joven madre, bien por cansancio o por no tener opción, no quiso ni opinar cuando Lucía le expuso lo que harían; simplemente accedió a seguir al pie de la letra lo que su hermana disponía, y como ella bien dijo, no encontró problemas los días siguientes para pasar prácticamente todo el tiempo con su hijo, al que acomodaron en una cunita de madera que Juan mismo construyó, mientras que Dominga se encargó de todos los cuidados del recién nacido al que Rosario decidió llamar José Trinidad en honor a su abuelo regordete y a su amada abuela.

La llegada de José Trinidad al mundo pasó de ser un problema a devolverles a Lucía y Rosario algo de la alegría que se había desvanecido con los pesares sufridos ese último año; y a los esclavos la ilusión, especialmente a Juan, quien desde que nació el crío volvió a sonreír grabándosele esa expresión en el rostro. Por respeto a Rosario, Juan no entraba en la estancia de los esclavos; dormía a la sombra de un palo y hacía todo lo que le mandaban con agrado. A menudo asomaba media cabeza por la puerta y se quedaba embelesado viendo al crío de lejos, preguntándose cuándo podría al menos verlo de cerca y hablar, aunque fuera un momento, con Rosario. Ella se percataba y lo miraba de reojo, siempre tan sumiso, respetuoso y noble.

—¿Vas a atreverte a entrar algún día o no? —preguntó con el bebé en brazos.

—Si la niña Rosario lo permite, sigo.

—Juan… Juan, eres de lo que no hay. Entra de una vez.

Él se acercó con miedo, sentía que algo le apretaba el pecho. Con

los ojos brillantes por las lágrimas contenidas miró al bebé y la miró a ella.

—Es…

—Sí, es tu hijo —se adelantó en responder con voz muy baja.

—No me atrevía a decirlo. La niña Lucía dijo que nadie…

—Sí. Nadie debe saberlo. Nadie lo sabrá jamás.

—¿La niña Rosario está bien? —preguntó reconociéndola como lo hacía en las noches de sus encuentros, solo que ahora tan cerca y con la luz del sol podía deleitarse con sus cabellos cobrizos, los ojos aceitunos y la blanca piel.

—Lo estoy. ¿Y tú?

—Sí, niña —respondió pletórico de alegría, pues Rosario volvía a hablarle dejándole estar cerca de ella y de su hijo. Estaba tan contento que hasta se olvidó de la carta de libertad que el amo Pedro prometió darle y nunca recibió, y que ya no necesitaba porque se sentía libre estando con quien y en donde quería estar. Desde entonces fueron frecuentes las miradas de reojo, las sonrisas y los sutiles mimos entre ama y esclavo.

La calma y alegría que comenzaban a sentir se vio truncada la mañana en que Ana Teresa haciendo sus bordados imaginarios en el habitáculo de madera escuchó el llanto de un bebé, y como un pajarito que sigue las migas que encuentra en el camino, siguió el sonido que la condujo hasta el patio de atrás. Allí encontró a Tomasa con un niño en brazos intentado calmarle el llanto; entonces se acercó a la atónita esclava y se lo quitó bruscamente. Lo cargó, lo apretó contra su pecho y con maternal instinto comenzó a arrullarlo del mismo modo en que arrullaba a sus hijas.

—¡Siéntate en el suelo, Tomasa! —ordenó.

La esclava obedeció muerta del susto sin quitarle los ojos al bebé, quien tras unos momentos de dulce arrullo se calmó.

—¿De quién es este niño? —preguntó detallándolo.

—Mío, ama—aseveró tímidamente.

—¿Tuyo?, y ¿quién es el padre?

—No tiene, ama —respondió apretando los dientes, con ganas de no contestar.

—¿No tiene? ¿Cómo que no tiene?; toda criatura tiene una madre y

un padre, así que no me mientas, negra. ¿Quién es el padre de este bastardo? —indagó levantando la voz tomando al niño por los pies, colgándolo de cabeza en el aire.

—¡No tiene, ama! —repitió alarmada, llorando igual que lloraba el recién nacido por el súbito cambio de postura—. ¡Ama, por favor, no haga eso! Devuélvame al niño —exclamó con desespero estirando las manos.

—¡Te he preguntado que quién es el padre! —protestó gritando.

En ese momento Lucía y Rosario entraban a la casa tras haber ido a comprar hilos y telas. Cuando se percataron del desgarrador llanto soltaron lo que llevaban en las manos y corrieron al patio de atrás. Entraron al cuarto de los esclavos y vieron a su madre sujetando al niño por los pies como si fuera una gallina a punto de ser degollada. Lucía se quedó paralizada con el pavor subido al rostro, pero Rosario se lanzó hacia ella arrebatándole al niño con la fuerza exacta para quitárselo y la delicadeza justa para no hacerle daño.

—¿Qué haces, mamá? —gritó exasperada.

—Solo quiero saber qué hace un niño aquí, y de quién es.

—Le he dicho que el niño es mío, pero el ama no me cree —explicó Tomasa ahogada en lágrimas.

Ana Teresa iracunda se acercó a Tomasa, la agarró por el pelo y la levantó del suelo de un tirón.

—¿Es que no lo ven?, ¡ese niño es de Pedro! ¡Tiene sus mismas facciones! —comenzó a gritar fuera de sí zarandeando a la esclava—. ¡Cómo te has atrevido a darle a mi marido el hijo varón que yo no he podido! ¡Maldita seas, negra! ¡Me has traicionado a mí!, ¡a mí que soy tu ama!

Entonces Lucía reaccionando se interpuso entre ella y Tomasa.

—¡Suéltala, mamá! ¡No sabes lo que dices! Tomasa no ha hecho nada en tu contra. Ese niño no es de papá, papá murió hace meses, ¿recuerdas?

—Qué dices, Lucía. Pedro está arriba durmiendo. Ve, despiértalo y dile que venga a ver a su hijo bastardo. ¡Anda, trae a Pedro, tráelo! —exigía a gritos—. ¡Ese bastardo no se quedará en esta casa ni un segundo más! Lucía, ¡sal a venderlo o regalarlo, lo que sea, pero no lo quiero ver nunca más, nunca más! —sentenció colérica.

—Mamá, sosiégate, sosiégate un poco y te lo explico todo, pero no aquí. Ven conmigo por favor —dijo Lucía alejándola de Tomasa, de Rosario y del crío, y tomándola del brazo se la llevó al primer patio.

—Mira, no te habíamos hablado del niño precisamente para que no te alteraras, no es bueno para tu salud. Ha sido mi culpa, pero te aseguro que ese niño es de Tomasa; el padre de la pobre criatura es un esclavo con quien intimó, pero hace un par de meses fue vendido y nadie sabe dónde está. Rosario y yo estamos al tanto de todo, y le hemos ayudado. Piensa más bien que el bebé crecerá y tendrás un esclavo más, cosa que nos conviene.

—Pero estas hijas mías, qué inocentes son —decía decepcionada—. Vosotras no sabéis nada de la vida, nada. No ves que ese niño no es de piel negra, es mulato, y por ley natural negro con negro nunca, jamás da blanco, ni mulato. Esa esclava bien ha podido engañarte a ti y a tu hermana, pero a mí no, y ese bastardo es hijo de Pedro, si hasta tiene sus mismos ojos, su misma nariz, su misma boca. ¡Esa negra le dio a tu padre lo que yo nunca pude! —estalló en llanto iracunda—. Óyeme bien, Lucía, si en una hora veo a ese bastardo aquí, te juro que lo mato así me condene en el infierno —aseveró pasándose la mano por la nariz húmeda mientras se encerraba en el habitáculo de maderas.

Lucía creyó la amenaza; en su estado era capaz de cumplirla y condenarse eternamente sin sombra de arrepentimiento. Contrariada regresó al cuarto de los esclavos, le dijo a Rosario que empacara las cosas del crío, y Dominga las suyas. Ya no era seguro tener al niño en la casa, debían sacarlo de ahí y llevarlo a Turbaco. Saldrían enseguida y ella misma los llevaría, aunque eso implicara no solo volver a ver a Martín antes de lo que tenía previsto, sino pedirle el gran favor de acoger temporalmente a su sobrino y a su esclava.

Rosario y Dominga, apabulladas, recogieron lo poco que había que empacar, mientras Tomasa ensillaba la mula porque Juan estaba buscando agua en los jagüeyes. A Rosario, el instinto maternal del que decía carecer se le fue despertando con las caricias, los besos y los días, y con un vacío en el alma se despidió de José Trinidad dándole muchos besos para que tuviera de sobra cada mañana y cada noche que no estuviera con él. Le encomendó a Dominga su

cuidado olvidando que ella era la abuela paterna y que lo cuidaría mejor que nadie en este mundo, incluso mejor que ella por esos días.

Lucía anduvo al paso de la mula con Dominga y con José Trinidad por un camino que ya conocía muy bien. Se metió por trochas que acortaban la distancia y el tiempo de recorrido, aun así, tardaron más de lo previsto porque fueron necesarias un par de paradas para alimentar al bebé con leche de vaca. Al llegar a la parcela bajaron de la mula, estiraron los pies y amarraron al animal a la sombra de un árbol de hojas perennes mientras Dominga descansaba del sol inclemente que durante horas posó sobre su cabeza. Lucía caminó hasta la puerta de la casa de bahareque quedándose frente a esta por unos instantes sin atreverse a tocar, y aunque el sol calentaba más que en el desierto, este no lograba quitarle el frío que recorría su cuerpo por tener que ver a la cara a Martín Martínez. Al fin se decidió, tocó la puerta y gritó el nombre de Martín varias veces hasta que pasado un momento este abrió apareciendo frente a ella.

—Hola —saludó ella humedeciéndose los labios resecos con saliva.

Él sorprendido de verla enarcó las cejas y entrecerró los ojos mostrando visiblemente su enfado sin responder. Miró a un lado y vio a Dominga con un crío en brazos y a la mula.

—He venido hasta aquí porque necesito hablar contigo.

—Vaya, así que ahora sí quieres hablar —respondió indignado frunciendo aún más el ceño.

—Martín, si no fuese una situación extrema no estaría aquí. ¿Podemos entrar?, por favor —preguntó aguantándose unas ganas repentinas de llorar por el recuerdo de su difunto padre que se le vino a la mente en ese momento.

Martín llamó a Dominga y le hizo un gesto con la mano a Lucía para que siguiera. Adentro, cruzado de brazos se quedó de pie, sin ofrecer agua, silla o acomodo. Le echó un vistazo de arriba a abajo a Lucía que le valió para analizarla por completo. No sabía si era por las mejillas encendidas por el sol, o por el pelo desordenado por el viento, o por los ojos que se le veían más claros y azules que cielo decembrino, pero la encontró más bella que nunca.

—¿Y bien? —preguntó apático y distante.

Lucía le pidió a Dominga que caminara por el patio para que estirara un poco las piernas. La esclava entendió que su ama necesitaba privacidad para hablar con Martín. Ya a solas, Lucía volvió a humedecerse los labios secos. Se limpió el rostro sudoroso con un pañuelo, de los que no habían vendido, y comenzó a contarle todo lo que había pasado en los últimos meses con Carmen, Rosario y su madre.

Martín ni siquiera prestaba atención a lo que le contaba; a pesar de sentir como propio el dolor de ella y de toda su familia, en ese momento, al tenerla frente a él, solo podía pensar en lo dolido que estaba y en lo escueto que tenía el corazón por causa de su injusto rechazo «pero acaso, ¿por quién lo había tomado?» se preguntaba indignado, «¿por el imbécil más grande del mundo, que no es digno ni siquiera de una explicación después de todo lo que había hecho por ella, y después de lo que habían vivido juntos?, ¿por un pelele al que puede hacer añicos cada vez que le daba la gana?». Era momento de tratarla del mismo modo, así que le interrumpió bruscamente la prédica para decir que antes de que prosiguiera él iba a hablar y ella lo iba a escuchar.

—Eres una mala mujer —declaró sin preámbulos.

Lucía, perpleja, no respondió; no estaba en posición de objetar la acusación, ni la mirada inquisidora que sobre ella posaba.

—Solo piensas en ti, y al resto de la humanidad que nos lleve el mismísimo demonio —Furibundo respiró profundamente para aclarar los pensamientos. Tenía tanto por decir, que no quería quedarse con nada—. Si, eres una mujer mala —continuó mientras se pasaba una y otra vez las manos por el pelo sin dejar de mirarla a los ojos—. Querías que me alejara de ti y lo he hecho. He respetado tu deseo muy a mi pesar. Y ahora vienes aquí, así sin más, te presentas como si nada y te pones a contarme no sé qué cosas. ¿Sabes qué, Lucía?, así no son las cosas —aclaró exasperado—. Que sepas que te he querido desde el día en que te conocí, desde que Dios te puso en mi vida. Sé lo que has sufrido con la muerte de tu padre, porque yo también he pasado por eso. Cuando Pedro murió, yo deseaba estar junto a ti, abrazarte, compartir tu dolor, porque también era mi dolor, y solo me apartaste de tu lado, ni siquiera me dejaste acompañarte

en el entierro; como tampoco me dejaste acompañar a Carmen el día de su matrimonio.

—Lo siento, Martín, pero el que no hayas acompañado Carmen ha sido decisión de ella, yo no hice nada.

—¿Cómo creerte? ¿Qué te he hecho para merecer tanto desprecio? No respondas, lo haré yo. Cuidarte, quererte y amarte. Sí, eso es lo único que he hecho. ¿Acaso tan poco digno soy para ti? Cierto es que no tengo tesoros, castillos, ni educación; que solo soy lo que ves; un hombre sencillo que te ofreció amor eterno, pero está claro que eso no te bastó. Supongo que estarás esperando ser cotejada por alguien que esté a tu altura, como lo fue tu hermana por el potentado Damián Escalante y su reino de oro. Qué iluso he sido ¿sabes por qué?, porque llegué a creer que tú también me querías. Lograste engañarme. Ahora bien, no quiero escuchar lo que hayas venido a contarme. Por un tiempo, mientras solucionas lo que tengas que solucionar, Dominga y el crío pueden quedarse, supongo que ese el resumen de la historia, ¿cierto?, pero tú, por favor márchate. No quiero verte. Le diré a Joaco que le dé agua y pasto a la bestia y al atardecer espero que estés lejos de aquí —sentenció con legítimo malhumor dejando a Lucía muda mientras salía al patio llamando a gritos a Joaco.

«Qué duras han sido sus palabras» pensó tragando saliva en seco intentando no parecer dolida, en todo caso, lo importante era que Martín le daría cobijo a Dominga y a José Trinidad. Por un momento, Lucía sacudió de su cabeza las ásperas palabras que aún retumbaban en ella y buscó a Dominga para comentarle que se podían quedar y de paso presentarle a Joaco, a su mujer y a sus hijitos, quienes seguían iguales a cuando los vio por última vez, desnudos y llenos de tierra.

—¡Volvió la niña blanca! —voceó Joaco saludándola efusivamente al verla llegar a la cocina.

—Solo estoy de paso —respondió dando un fuerte abrazo al indio.

—Qué lástima oír eso. Por aquí la han echado mucho de menos. Hasta la han llorado —confesó—. ¿Cómo anda la niña de salud? Siempre nos acordamos de usted, de lo mal que estuvo.

—Así es, Joaco, pero a Dios gracias estoy muy bien.

—Tanto me alegro. ¿Y ese crío?

—Se llama José Trinidad, es mi sobrino y se quedará aquí un tiempo. Necesito que lo cuiden igual de bien como me cuidaron a mí.

—Pierda cuidado, niña, pierda cuidado, que aquí estará muy bien.

Lucía y Dominga comieron y se quedaron esperando a que Martín apareciera para indicarles donde se acomodaría su sobrino.

—Se está haciendo tarde para regresarme, mejor voy saliendo ya, negra.

—¿Acaso se va hoy?, ya pronto caerá la noche.

—Debo hacerlo, negra.

—Eso es una imprudencia, niña. Mejor descanse hoy y se va mañana.

—No soy bienvenida aquí.

—Vea niña… ¿usted ve estas arrugas en mi cara?, son arrugas de experiencia —decía abanicando a su nieto—. Mire, yo no sé qué pasó cuando estuvo aquí, pero tengo la sensación de que le debe al menos una aclaración al amo Martín. Niña, lo que pasó ayer, hoy es pasado y nada puede hacer al respecto. El pasado debe dejarlo ir para que pueda vivir el presente, si no lo hace, arrastrará una carga que irá cogiendo peso y más peso hasta inmovilizarla, y todo el mundo sabe que las cargas que son compartidas se hacen más ligeras, y más ligera será su vida y tendrá un mejor mañana —afirmó con una sonrisa melancólica—. Ay niña, en la vida las cosas pasan por algo, y por alguna razón él está en la suya.

Dominga no dijo nada más, dejó el abanico de paja en una silla, se puso a José Trinidad en el pecho y comenzó a arrullarle cantando una cancioncita en su lengua materna.

Lucía pensativa se quedó viendo con cuánto amor y dulzura la esclava le cantaba al nieto. Al rato, la dejó en su oficio maternal y salió a buscar a Martín. Lo encontró en el manantial sentado con los pies descalzos metidos en el agua.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó de mala gana.

—No puedo irme sin dejar organizada a Dominga y al bebé —explicó con voz reposada—. Estuvimos esperándote, pero como no aparecías salí a buscarte, y supuse que estarías aquí. Verás, Martín,

ya se me ha echado la tarde encima; te pido que me dejes pasar la noche aquí, te juro que mañana con el primer rayo de sol me iré. Quería de paso decirte que tienes razón en lo que me has dicho, excepto en que soy una mala mujer, no lo soy. Crees que sabes por lo que he pasado, pero no, no lo sabes. —Hizo un silencio para llenar y expulsar el aire de los pulmones—. He actuado según lo sentía; tras el ataque pirata pensé que las cosas iban a ir bien, que sería feliz, pero no fue así, porque la muerte de mi padre ha destrozado a mi familia y a mí. Desde entonces me he ido hundiendo en un mar de confusión, de tristeza, llegando incluso a culparme por su muerte, por haber estado aquí contigo y no haber regresado antes. La verdad es que me he castigado olvidándome de mí, y tan solo me he dedicado a sacar a flote a mi familia. Hasta ahora caigo en cuenta de mi error y lo siento mucho Martín.

—No eres la única que ha sufrido, y también lo siento —espetó con rabia—. ¿Sabes qué pasa, Lucía?, que sin conocerte yo ya te adoraba, y cuando te conocí mi corazón me reveló esa verdad, pero ahora no lo siento así, ahora lo que más deseo es sacarte de mi vida, no quiero verte nunca más. Puedes quedarte esta noche, pero cuando despierte mañana espero que te hayas ido.

—Entiendo, y así será. Gracias —expresó Lucía con dificultad, como si la hubieran herido de gravedad.

Al amanecer, Lucía como prometió se levantó temprano para dejar la parcela. Se despidió dándole un beso en la frente a su sobrino, «seguramente, estará soñando con otros angelitos como él» pensó, y un abrazo apretado a Dominga, quien la acompañó a subirse a la mula.

—Cuídalo bien, negra.

—Como si fuera mi nieto —respondió Dominga con una sonrisa triste.

—Aquí estarán bien.

—Lo sé, niña Lucía, pero la cuestión es si usted estará bien.

—Claro que sí, negra. Pronto vendrá Rosario —contestó taloneando a la bestia sin levantar la mirada para que no le viera la mentira en los ojos lacrimosos, porque la verdad es que no estaba bien, desde que su padre murió nada en su vida estaba bien.

De camino, Martín estuvo en sus pensamientos todo el tiempo, y no fueron pocas las lágrimas que siguió derramando y que limpió de las mejillas, porque con Martín todo lo había hecho mal y le dolía su desprecio, le dolía haberlo perdido.

Al llegar a la casa, Rosario se le abalanzó encima.

—Lucía, ¿cómo quedaron?, no puedo con esta pena hermana—sollozaba.

—Cálmate, José Trinidad está muy bien y pronto estarás con él como hemos hablado, así que no te angusties —respondió impávida mientras entraba a la casa.

—¿Qué te pasa Lucía?, no tienes buena cara.

—Nada, que he pasado mala noche y estoy muy cansada —decía caminando hacia el patio.

—¿Qué ha pasado aquí, Rosario?, ¿qué ha pasado? —preguntó al ver las maderas del galeón chamuscadas y las caracuchas regadas por doquier.

—Mamá.

—¿Mamá, qué?

—Cuando saliste mamá estaba encerrada en el habitáculo, ¿recuerdas?

—Sí.

—Pues allí estuvo un largo rato. No quiso comer, no quiso salir, solo pidió que la dejaran sola, y así lo hicimos hasta que notamos un fuerte olor a quemado, entonces vimos que las maderas ardían. Intentamos sofocar el fuego con toda el agua que encontramos, pero el timón, la mesa y las maderas del Inmaculada Concepción quedaron carbonizadas. Mamá estuvo viendo cómo las tablas se consumían. ¡Si la hubieras visto, Lucía!; con su camisón blanco danzaba con una risa que daba miedo, gritando insultos contra José Trinidad, y hasta que no vio todo chamuscado no dejó de moverse y de reír; nos miró, y como si nada, se retiró a su habitación pidiéndole a Tomasa que le subiera agua con unas gotas de vinagre y paños para refrescarse, y unas tajadas de melón para comer. Quise ir tras ella, gritarle que estaba loca y amarrarla a la cama, pero qué iba a lograr con eso, solo hacerla sufrir, hacerla coger más rabia y empujarla a que pierda aún más la cordura.

—¿Cómo ha podido?, era lo único que nos quedaba de papá —lamentó Lucía agachándose para coger con las manos pequeños trozos carbonizados.

—No los hemos quitado, porque sabía que querrías ver lo que ha quedado.

—¡Qué más va a pasar, Dios mío! ¡Por qué te has ensañado con nosotras! —exclamó llorando.

Juan y Tomasa se acercaron, le pusieron la mano en el hombro y comenzaron a recoger los trozos quemados.

—¡No! —Los detuvo en seco—. Esto quiero hacerlo yo sola. Por favor ustedes sigan con sus cosas, y tú, Rosario, encárgate de vigilar a mamá, que no haga otra locura.

—No tienes que recoger nada, hermana. Total, es solo carbón.

—Quiero hacerlo, Rosario. Estos trozos de madera eran el sueño, la pasión y la vida de papá.

Lucía estuvo retirando los trozos chamuscados y carbonizados hasta casi el anochecer. Al levantar uno de los últimos pedazos quedó al descubierto en la tierra un hueco pequeño, poco profundo, y dentro de este una caja de madera que no se había visto afectada por las llamas. La sacó con cuidado y la examinó. Estaba cerrada con un candado y pesaba bastante para su tamaño, lo cual indicaba que en su interior algo había «pero, ¿qué contenía? y ¿por qué su padre la escondía bajo tierra?» se preguntó intrigada. Fuese lo que fuese, debía ser muy importante para él, y eso la llenó de un regocijo que no sentía hacía mucho, pues tenía en sus manos algo que su padre por su pronta partida no tuvo ocasión de enseñarles, si es que pensaba hacerlo en algún momento de la vida. Dudó por respeto a su memoria si debía abrirla o dejarla cerrada y enterrada para siempre, pero cómo no hacerlo, se preguntaba a sí misma, cómo no saber lo que guardaba en el interior. Intentó abrirla a la fuerza, pero el candado era robusto y definitivamente necesitaba una llave. Tras meditar por unos segundos, Lucía dejó escapar un profundo suspiro reprimiendo una sonrisa porque sabía exactamente dónde estaba; era la llave que su padre siempre llevaba colgada en el cuello y que aún colgaba de este, pero bajo tierra, y allí debía permanecer. Más intrigada quedó, pero decidió dejarlo por esa

noche. Estaba cansada, sucia, hambrienta y abrir esa caja era algo que debía hacerse con la luz del día, con tranquilidad y con las herramientas adecuadas, así que se limpió con agua todo el hollín y el polvo que tenía pegado en el rostro, en los dedos y uñas de las manos, y en todo el cuerpo; comió por inercia lo que Tomasa le sirvió y se durmió con la caja a su lado.

Al día siguiente, lo primero que hizo Lucía fue analizar la caja por las cuatro caras con deliberada lentitud, prestando más atención al candado que debía violar; luego con cincel y martillo en mano comenzó a dar golpes precisos y a hacer presión contra el arco del candado hasta que el cierre cedió con un crujido, dejando inutilizado el mecanismo. «¡Por fin!, ya está» se dijo con nerviosa satisfacción abriendo la caja de golpe. Vio que contenía unos escritos, unas hojas en blanco, un sello y una bolsa de terciopelo negro que en su interior tenía veintiséis monedas de plata, cantidad más que suficiente para seguir adelante con sus vidas sin la caridad de Damián. Tras introducir de nuevo las monedas cerró la bolsa y apretándola contra su pecho agradeció a su padre el regalo que les dejó después de muerto. Luego leyó los escritos minuciosamente una y otra vez, pues le costaba asimilar el contenido de lo que descubrió; que su padre no era lo que dijo ser en Cartagena de Indias, y que el trabajo de escribano era solo una fachada para ocultar su verdadero oficio; el de mantener informado a su alteza el rey Felipe II de los delitos de fraude cometidos en su contra, así como los de sedición que en Cartagena germinaban.

Ahora entendía por qué su padre se alejó del mar que tanto amaba, y por qué desempeñó sin quejas un oficio que nunca le gustó y hasta le martirizó. Ahora entendía la lealtad ciega a la corona de Felipe II, esa lealtad que lo llevó a la muerte; ahora lo admiraba muchísimo más de lo que lo admiró cuando estaba vivo. Lucía secó las lágrimas que brotaron de sus ojos, inspiró profundamente llenando de aire su pecho, y suavemente lo dejó salir todo, todo, todo; desde ese momento, aunque le seguía doliendo demasiado su ausencia, experimentó el sosiego que no encontraba desde su muerte, porque su padre hizo lo que tenía que hacer por su rey, por su familia y por él mismo; vivió lo que tenía que vivir, y

se fue de este mundo cuando tuvo que irse. Ahora le tocaba a ella honrarlo viviendo feliz y dignamente como él hubiera querido y utilizar de la mejor manera el presente que les había dejado.

Lucía no reveló a nadie lo que encontró en la caja, tampoco le preguntó a su madre, daba igual, en su condición, ninguna respuesta sería fiable, así que el secreto que su padre quiso enterrar, seguiría estándolo.

Dejó organizado con Rosario todo en la casa porque iría a visitar a Carmen y darle la sorpresa, pero antes de partir a la pujante villa de Mompox decidió ir primero a Turbaco. Tenía que ver nuevamente a Martín, sin importarle si él quería verla o no. Se presentó en la parcela con el pelo alborotado, las mejillas coloradas y efusivos gritos anunciando su llegada para que Martín la escuchara. Dominga la recibió con un fuerte abrazo. La esclava le entregó a José Trinidad para que lo cargara y ella le dio dos cestas llenas de baberos, pañales, mantas y baticas para el bebe que Rosario y Tomasa le hicieron y bordaron.

—Negra, este chiquitín cada día está más guapo; aunque lamento decirte que se parece mucho a su abuelo materno, pero sin lugar a dudas el cabello es de su padre —dijo soltando una risotada, cogiendo en brazos a la criatura, dándole besos.

—Eso es lo de menos, niña; lo importante es que está sano. ¡Mire como va creciendo!

Martín escuchó el revuelo que causaba su llegada, dejó a medias las maderas que estaba lijando cerca del horcón y fue directo a la casa acelerando el paso para exigirle que se fuera, «por qué carajos había regresado si sabe que no es bienvenida» se preguntaba con cada zancada.

Ella al verlo venir le entregó al bebé a Dominga, y fue directamente hacia él para encararlo decidida. Se encontraron frente a frente con el sol sobre sus cabezas a medio camino, entre la casa de bahareque y las cercas de los cerdos. Martín sintió bruscamente el efecto de su presencia quedando mudo ante la penetrante mirada de ojos azules, con el corazón revolucionado, la respiración entrecortada y las manos temblorosas. La ira repentinamente desapareció dando paso a unas ganas terribles de besarla y tenerla entre sus brazos,

dándose cuenta de que siempre sentiría lo mismo por ella, en esta vida y en cualquier otra.

—Hola, Martín —saludó ella con voz serena—. Ya sé que no me quieres ver, pero he venido a decirte que siento muchísimo todo lo que ha pasado entre nosotros —dijo mordiéndose los labios, llevándose la mano diestra al corazón—. Entiendo el desprecio que sientes por mí, pero estoy aquí, frente a ti, para pedirte que me perdones. Creo que, si yo te he hecho daño, también puedo remediarlo, y antes de que digas nada, ten presente, por favor, lo extremadamente difícil que ha sido para mí darme cuenta de mis errores, que, en todo caso, no han sido a posta. No me importa si para conseguir tu perdón tenga que irme porque me lo pidas, da igual, mañana o pasado yo volvería —Se quedó en silencio, esperando ansiosa una respuesta que no escuchaba.

Por menos de la mitad de las palabras que pronunció, Martín la habría perdonado; es más, lo había hecho desde el instante mismo que la vio venir hacia él; ya se había tragado el amargo sabor del desamor concentrado en su saliva, y volvía a sentir que el corazón latía con tanta fuerza que a punto estaba de salírsele del pecho, pero tanto era su estupor que lo que no salían eran las palabras de su boca.

—Qué tal si me dices algo —añadió jugando con un mechón de su cabello.

Martín soltó la lija y el trapo, y sin mediar palabra la agarró con fuerza y la besó con desenfreno levantándola fácilmente del suelo, bajándola con suavidad.

—Yo, yo —dijo con dificultad—, yo no sé. La verdad es que pensé que no volverías y menos a decirme estas cosas —Sonrió incrédulo, mas sus ojos revelaban la adoración que aún sentía por ella.

—¿Por qué este cambio de actitud?, o más bien, ¿a quién se le debe? sí puedo saberlo.

—¿Me creerías si te dijera que a mi padre?

—No sé cómo puede ser eso posible, pero es algo más por lo que le estaré eternamente agradecido.

—¿Eso significa que perdonas a esta tonta?

—Claro que sí —respondió abrazándola y besándola en la frente,

en los ojos, en la boca.

—Gracias, gracias a Dios. No sabes lo que me ha costado esto.

—No sabes tú lo mal que lo he pasado yo. Lucía, sé que no tengo para darte la vida que mereces, pero sé también que no hay, ni habrá sobre la Tierra un hombre con un amor más sincero que el mío, y eso es tuyo, siempre lo ha sido, siempre lo será, porque yo vivo por y para ti, y quiera Dios que eso sea suficiente, porque bien sabes que lo que más deseo es que sientas lo mismo que yo siento por ti.

—Martín, qué aliviada y que feliz me siento —dijo sonriendo, correspondiendo los besos—, pero debo ser honesta contigo y tengo que contarte algo sobre mí, algo muy personal que es mejor que sepas, antes que nada —comentó separándose un poco, entrelazando los dedos de las manos una y otra vez.

—Quiero que sepas que no hay nada de este mundo que pueda alejarme de ti.

—Pero lo que voy a decirte, no tiene que ver con este mundo.

—¿De qué hablas?¿quieres asustarme?

—Yo llevo años estándolo y quiero contártelo. Es algo que llevo ocultando toda mi vida, algo que solo me atreví a contarle a mi madre, y aunque tuvo sentido su respuesta, ahora ya es imposible hablarlo con ella, pero, ¿podemos hablar en otro lugar?, aquí hace mucho calor y el sol me está derritiendo.

—Sí, sí, vamos al manantial.

Caminaron sin prisa como solían hacerlo durante el asedio, con los dedos de las manos jugando a entrelazarse. Cuando llegaron, las aguas cantaban alegres melodías, a las que una bandada de pájaros que pululaban por ahí les hacían un coro. Se hicieron a la sombra y se sentaron con los pies metidos en el agua.

—Cómo explico esto… —retomó Lucía el hilo de la conversación—. Verás, el día que murió mi padre, tú me sugeriste que fuera con las mujeres a velar su cuerpo, ¿lo recuerdas?

—Como si fuera ayer— contestó el.

—Yo te dije desazonada que no tenía sentido acompañarlo, pues mi padre ya no estaba ahí, ni su espíritu estaba recogiendo sus pasos, y que estaba segura de ello porque lo había visto partir en el

preciso momento en que moría.

—Así es Lucía; lo recuerdo perfectamente, dijo aún más intrigado que la primera vez que lo escuchó.

—Entonces tú me abrazaste y dijiste que me creías; pero sé que no era cierto.

—Es verdad —reconoció avergonzado al sentirse descubierto—. Asumí que esas palabras se debían a la tristeza y al dolor que estabas pasando, y que simplemente lo habías imaginado.

—Lo sé; porque no sabes mentir —dijo mirándolo tiernamente mientras acariciaba su rostro—. Supe de inmediato que no me creíste; eso me entristeció y por eso me retracté. Pues hoy nuevamente te digo, que ese día en verdad lo vi. Lo vi tan claro como te veo ahora a ti. Lo sentí como te estoy sintiendo a ti en este momento. Martín, algo extraño pasa conmigo —expresó con dificultad, como si las palabras estuvieran atadas a su lengua—. Es algo que comenzó cuando era niña. La primera vez que ocurrió fue durante nuestro viaje a América en el galeón, justo en medio de aquella famosa tormenta. Aun hoy al cerrar los ojos puedo revivir los momentos de angustia cuando creímos que íbamos a morir. Entonces pasó —enfatizó con los ojos bien abiertos—. No sé cómo explicarlo, Martín, primero se hizo un silencio absoluto y todo se movía muy lento, entonces empecé a sentir que flotaba en el aire, pero al mirar hacia abajo pude verme a mí misma y todo lo que pasaba a mi alrededor; una sensación muy extraña, pero a la vez tremendamente liberadora; por eso creo que en realidad era mi espíritu el que flotaba mientras mi cuerpo permanecía inmóvil en el suelo, junto a mi madre y mis hermanas. Entonces de la nada vi aparecer una sombra serpenteante que nos rodeaba a todos, como analizándonos, como si afanada estuviera buscando algo o a alguien, no sé, el caso es que de un momento a otro se detuvo adquiriendo forma, forma humana, una silueta parecida a la de un fraile, sí, a un fraile vestido con una túnica oscura, larga, y una capucha muy amplia que me impedía verle el rostro. Cuando la silueta se percató de mi presencia, pero no me refiero a mi cuerpo, sino a mi alma, y descubrió que yo también podía verla emitió un chillido muy agudo y desapareció dejándome esta marca —explicó tocándose y

enseñándole una pequeña cicatriz en el antebrazo—. Yo estaba muy asustada, confundida, no sabía qué había pasado o si aquello era producto de mi imaginación por la situación que atravesábamos, el caso es que, en ese momento solo estaba agradecida de que la tormenta hubiera acabado y que el mar se hubiera aplacado, así que sanada la herida dejé esa experiencia en el olvido, pero años más tarde, volvió a pasar, ocurrió tras el asedio, cuando me traías herida de camino aquí, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo —respondió Martín intentando encontrar una explicación a todo lo que Lucía le contaba.

—Pues pasó exactamente igual, solo que esa vez la sombra ya sabía que podía verla y se dirigió directamente hacia mí emitiendo ese sonido ensordecedor, y nuevamente al adquirir forma estiró los brazos con intención de tocarme o agarrarme, no sé, el caso es que al gritarle «¡detente!» la silueta desapareció esfumándose y yo volví a estar en mi cuerpo, despertando entre tus brazos; de inmediato recordé lo que viví en el galeón y supe que aquello no fue producto de mi imaginación, que en verdad mi espíritu se salía de mi cuerpo, y que esa aparición era real, tan real como lo eres tú, tan real como que estamos aquí hablando. No te miento cuando digo que me asusté mucho, que no quería estar sola y que agradecí en silencio cada noche que te quedaste junto a mí acompañándome, cuidándome. Mientras estuve aquí encamada tuve mucho tiempo para pensar en ello; de alguna forma sabía que no sería la última vez que vería esa aparición, ese espectro, y es la misma sensación que tengo hoy. Decidí que me armaría de valor la siguiente vez que le viera y la confrontaría para preguntarle qué o quién es, porqué solo yo puedo verla, y qué quiere de mí, si es que quiere algo. Tuve toda la intención de hacerlo la última vez que la vi, pero no pude hacer nada de lo que planeé, porque ocurrió el día que mi padre murió —explicó bajando la cabeza, dejando escapar una lágrima.

—¿Y qué pasó exactamente ese día? —preguntó Martín mientras con dulzura levantaba la cara de Lucía.

—Que la sombra no vino por mí, vino por mi padre y se lo llevó… y no estaba sola, vi unos rostros desconocidos y otros conocidos que la acompañaban, entre esos a mis abuelos. No sé si ahora entiendes

lo que estoy diciendo —apuntó mirándolo incisivamente, aliviada por haberle contado su mayor secreto, su mayor temor.

Martín la miraba sin pestañear siguiendo atento el hilo de la historia.

—Si entendí bien, me parece que has visto al ángel de la muerte. A la misma muerte que aparece en las escrituras —articuló tras un silencio reflexivo.

—Sí, eso es lo que creo yo, aunque creo también que es una locura, una locura que no tiene ni pies ni cabeza —añadió con cierto desconcierto—. Puede que me esté volviendo loca, Martín, puede que sean alucinaciones, que vayan a más y termine por perder completamente la cordura como le está pasando a mi madre —Hizo una pausa para respirar hondo y concluyó—. Quiero ser completamente sincera contigo y por eso te cuento todo esto.

—Lucía, las alucinaciones no dejan estas cicatrices. Creo que son reales las experiencias que has tenido; también creo que es normal sentir miedo por vivir algo así; ¿y sabes también qué creo?, que tienes un don; no me malinterpretes, pero si es la muerte lo que ves, eres la única persona que yo conozca que tiene esa habilidad. No sé si haya existido o exista otra persona con igual facultad, pero la verdad, Lucía, ambos sabemos que es muy poco probable, yo diría que es improbable. Eso te convierte en una persona muy especial, y ni siquiera te has dado cuenta de ello. Podríamos investigarlo, hablar con fray Antonio, quizás él tenga alguna explicación.

—Investigar sí, hablarlo con fray Antonio no, y menos en estos tiempos que por mucho menos me tomarían por bruja.

—¿Con el aprecio que le tiene a tu familia?, no lo creo, él nunca te haría daño.

—Él no, ¿pero la Iglesia a la que pertenece? Debemos ser muy cautelosos.

—Entiendo.

—Gracias por creerme, no sabes lo que significan para mí tus palabras; pensé que dirías que estoy loca.

—Bueno, si eso te preocupaba, puedes dejar de estarlo, porque si hay alguien loco en esta historia, ese soy yo, pero loco de amor por ti. Y ahora, ¿qué vamos a hacer, niña bonita?, porque yo no me

quiero separar nunca más de ti.

—No lo haremos, seguiremos capoteando la vida que nos ha tocado, pero juntos. Yo tampoco quiero separarme de ti.

—¡Cásate conmigo, Lucía! Digámosle a fray Antonio que bendiga nuestra unión. No tenemos que pedir permiso a nadie, no hay que hacer ningún arreglo familiar, y podremos vivir juntos ante los ojos de Dios y de la gente —le propuso intempestivamente, pero decidido y arrebatado por la ilusión.

—Casarme contigo me haría muy feliz, pero fray Antonio no está en Cartagena, está evangelizando en la villa de Santiago de Tolú y no sé cuándo volverá, y yo tengo que hacer algo que me urge.

—¿Y qué puede ser más urgente que bendigan nuestro amor?

—Tengo que ir a visitar a Carmen a la villa de Mompox.

—¿Pasa algo con ella?

—No lo sé, solo quiero comprobar que está bien.

—¿Por qué habría de estar mal?, si se casó con un hombre de mucha hacienda.

—Sí, pero eso no significa que sea buena persona. La verdad, Martín, es que hay algo en Damián Escalante que no sé, solo pensar en él me pone la piel de gallina —dijo frunciendo el ceño al tiempo que se frotaba el brazo con la mano—. La forma en la que nos miraban esos ojos de buitre, o lo que decían esos labios blanquecinos incluso cuando callaba, no me gustaba nada, tampoco a Rosario y seguro que tampoco a la pobre Carmen.

—Yo solo conozco su reputación de acaudalado y respetado señor en esas tierras bajas. Pero bueno, si necesitas hacer ese viaje para estar tranquila, iremos juntos.

—Martín, eso me encantaría, solo que tengo la intención de ir esta misma semana.

—Pues entonces —dijo tras besarla—, elige, esperamos a que regrese fray Antonio y bendiga nuestra unión o visitamos a Carmen sin la bendición de Dios.

—Creo que las cosas hay que hacerlas bien, podemos averiguar cuándo volverá fray Antonio e ir a la villa de Mompox bendecidos como se debe.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—¡Claro que sí!

—¿Estoy soñando?, si ayer ni siquiera nos hablábamos y ahora mi sueño se volverá realidad.

—No estas soñando. Nos casaremos —afirmó aferrándose a él con todas sus fuerzas.

—Lucía, esto hay que contarlo, ¡esto hay que celebrarlo! ¡Vamos a dar la noticia! —gritó levantándose de un brinco, y levantándola a ella del suelo como si fuera una pluma—. Qué feliz me haces, muy feliz, enormemente feliz —repetía una y otra vez abrazándola y besándola, y agarrándola de la mano la llevó corriendo a la casa sin dejar de proclamar la noticia a los cuatro vientos.

—¡Joaco, me caso! ¡Dominga, me caso!

El capataz, su mujer y la esclava casi no creían lo que escuchaban, pero los rostros dichosos de Martín y Lucía confirmaban la veracidad del anuncio.

—¡Joaco, traigan vino, ron de caña y preparen una buena comida, ¡hoy estamos de fiesta!

—Negra, ya lo oíste, ¡me caso! —exclamó Lucía abrazando a Dominga, quien vio los ojos de su niña brillar como nunca antes lo habían hecho.

—¿Cómo que se casa?, ¿es en serio? —preguntaba mirándolos con desconcierto.

—Sí, negra, como lo oyes. Es lo que queremos.

—Bueno, niña, siempre supe que ustedes estaban hechos el uno para el otro —dijo entrelazándoles las manos—. Les deseo que siempre estén unidos por el amor, porque el amor es la fuerza más poderosa del mundo, es el arma que el hombre tiene para vivir y no dejar que el odio, la tristeza, la oscuridad y el mal nos hagan daño.

A partir de esa tarde Martín y Lucía celebraron abiertamente, para unos que volvían a estar juntos, para otros que deseaban estarlo por siempre. Ambos volvían a sonreír, a entregarse en cuerpo y alma sin restricciones y a ser felices. Solo les faltaba la bendición de Dios para no estar viviendo en pecado, por lo que juntos regresaron a Cartagena para contarlo a la familia y esperar a que el fraile llegase y los uniera en sagrado matrimonio.

Primero se presentaron ante Ana Teresa. Lucía no sabía cómo

reaccionaría su madre, ni siquiera estaba segura de sí se enteraría, pues la demencia la consumía cada día más, aun así, era deber de hija hacerlo; pero antes que ella, Rosario, Juan y Tomasa se enteraron de la inesperada unión, y se alegraron enormemente, porque después de tanto sufrimiento la vida les mostraba a todos una cara más amable.

Lucía y Martín encontraron a Ana Teresa sentada en la silla de la habitación descosiendo y volviendo a coser los tapetes y pañuelos que no se vendían.

—¿Y esas manos juntas qué significan? —preguntó flemática al verlos.

—Mamá, es que Martín y yo estamos prometidos. De hecho, venimos a pedir tu consentimiento —respondió sorprendida por la pregunta.

—¿Consentimiento?, ¿consentimiento para qué? —preguntó estirando un pañuelo que tenía entre manos para verificar que la tensión del hilo en las puntadas que estaba dando era la correcta.

—Señora, su consentimiento y bendición para casarnos —explicó Martín adelantándose a Lucía, casi sin reconocer a la mujer que solía estar siempre muy bien arreglada y emperifollada, y que ahora lucía pálida, ojerosa, con los cabellos revueltos y desaliñada.

—Así que casamiento… —dijo colocando el pañuelo y las agujas sobre las piernas—. Veréis, me temo que tendréis que esperar a que Pedro regrese. Él está navegando, pero volverá en unos días. Martín, ya te avisaré para que puedas tratar ese tema directamente con él; no soy yo quien toma esas decisiones, ni hace esos arreglos.

—Mamá, papá no está navegando, él murió hace meses, ¿recuerdas? No hay ningún arreglo que hacer, solo queremos que nos des tu bendición —comentó cariñosamente poniéndose de rodillas junto a ella.

—¿Acaso me ves guardando luto? Si te digo que tu padre está navegando, es porque está navegando —apuntó abriendo bien los ojos que se le veían muy azules, muy claros—. Te repito, Lucía, cuando regrese, Martín podrá hablar con él, hasta entonces no tenéis ni mi consentimiento ni mi bendición para nada, y si eso era todo, os pido que respetéis esta casa y no volváis a entrelazar esas

manos y me dejéis que tengo mucha ocupación.

—Como tú digas, mamá, esperaremos a que papá regrese. No te alteres. Te dejamos tranquila para sigas con tus cosas —añadió Lucía poniéndose de pie, dándole un beso y saliendo de la habitación con Martín.

En el salón, Martín y Lucía se abrazaron y volvieron a tomarse de las manos.

—Bueno, ya has visto cómo está —dijo ella pesarosa—. Espero que tu padre este mejor.

—Cuanto lo siento, lo bueno es que está tranquila y con los cuidados que recibe bien podría recuperarse. Mi padre, en cambio se ha entregado a la bebida, y se ha vuelto muy irascible, violento… por eso insisto en que no me acompañes a verlo. Prefiero ir solo y regreso enseguida.

—Si, es lo mejor. Aunque sabes que no ha sido santo de mi devoción, deseo que esté bien y que te escuche.

Cuando Martín llegó a la casa encontró a su padre sentado en el patio. Tenía una botella de vino en la mano y muchas más vacías sembradas en la arena.

—Miren quién aparece por aquí… Mi hijo Martín —saludó con sorna y habla gangosa.

—Papá, también me alegro de verte. ¿No crees que es un poco temprano para beber?

—No, no lo creo. ¿A qué se debe el honor de la visita? —preguntó articulando con dificultad las palabras.

—Vengo a saludarte, a ver cómo estás y a contarte algo.

—Las dos primeras ya las has hecho, la tercera que sea rapidito que voy de salida —dijo poniéndose en pie con dificultad, bebiendo un sorbo, y haciendo una gárgara antes de tragar.

—¿Adónde vas? Si no te has aseado y estás borracho.

—Ningún borracho, tengo una cita y me están esperando.

—Siéntate un poco y escúchame. Es importante lo que vengo a decirte.

—Muy bien, sentado estoy —refunfuño antes de caer sentado de golpe.

—Papá, quiero que sepas me voy a casar con Lucía de la Flor y

Olmos. Quiero tu beneplácito; quiero que te asees; quiero que nos acompañes y compartas con nosotros.

—Vaya, así que te casas —pronunció levantándose nuevamente de la silla—. Para hablar de esto hay que tomarse algo —dijo llevándose la botella a la boca—. Entonces, te casas con la segunda hija de Pedro. No sabía que te interesaba la más revoltosa.

—Ya, será porque no sabes mucho de mí.

—¿Por qué mejor no te casas con la última?, que es bastante más dócil —continuó increpando con la lengua pastosa mientras le salían escupitajos de la boca.

—No he venido precisamente a pedirte opinión.

—Sabes que la viuda y las hijas quedaron en la calle. Les ayudé por la memoria de Pedro y no les cobré unos meses el pago del alquiler, pero yo también necesito lo mío. Esas pobres desgraciadas, a punto estuvieron de prostituirse para llevarse un cacho de pan viejo a la boca si no fuese por el matrimonio de la mayor.

—Papá, no hables así de ellas.

—Pero si es la verdad. En fin, lo que quería significarte, Martín, es que pobre con pobre da ladrón.

—Se que no tengo fortuna, pero comida y techo no nos faltará, además, sabrás de sobra que la riqueza no da la felicidad.

—Justamente por esa forma de pensar nunca tendrás riqueza en la vida. Pobre Martín —exponía apilando con el pie algunas botellas—, tuviste todo para convertirte en un hombre culto, respetado, con hacienda, pero desaprovechaste la oportunidad que te di y preferiste ser un palurdo montuno.

—Un palurdo montuno sí, pero con la riqueza y felicidad que quiero en la vida. Ay, papá, me conoces tan poco, tan poco… Si te hubieras esforzado un poquito en conocerme, al menos sabrías que nunca quise ser lo que tú deseaste y no pudiste, y que desde hace años he querido a Lucía.

—Pues entonces sobra desearte suerte, parece que tienes una vida perfecta. Ahora si me disculpas tengo una cita con Lorenza —Empinó el codo bebiendo un último trago y se marchó.

A pesar de la desidia de Ana Teresa y Diego por el enlace, la pareja siguió adelante con los planes. Con ansias esperaron el regreso de

fray Antonio, quien tras confesarlos accedió a casarlos sin amonestaciones para librarlos del pecado que cometían, siempre y cuando contaran con testigos para el debido asiento en el libro de registro y pagaran a la Iglesia la tasa cobrada por matrimonio, rebajaba entonces a la mitad del valor habitual por la grave situación económica de la ciudad y por ser Lucía hija de Pedro de la Flor y Olmos.

El día del matrimonio Martín y Lucía se presentaron poco antes de las seis de la mañana en la iglesia franciscana acompañados de Rosario, Juan y Tomasa.

La misa dio inicio sin el toque de campanas anunciadoras, sin la parsimoniosa entrada procesional del clero y con pocos feligreses más interesados en ver quiénes eran los contrayentes que se casaban en la primera misa del día sin tambores ni platillos, que en escuchar la misa como tal.

La ceremonia fue sencilla pero emotiva para los novios, quienes se vieron en apuros cuando fray Antonio solicitó que dos testigos se acercaran para firmar el libro y ver solo a Rosario levantarse de la silla. Ante el *impasse*, Juan se ofreció aduciendo que podía atestiguar firmando con una raya, pero el fraile no lo aceptó, porque los esclavos no podían servir como testigos ni si supieran escribir. A punto estuvieron de pedir el favor a cualquier feligrés que pudiera servirles, pero a Dios gracias, Ana Teresa apareció de repente, levitando como solía hacer, bien vestida, peinada y maquillada. Parecía haberse quitado quince años de encima y recobrado la belleza natural que siempre tuvo descendiendo de su mundo en las nubes, a la Tierra.

—¿Llego tarde? —preguntó.

—Justo a tiempo, mamá —contestó Lucía con los ojos humedecidos.

—Lindos pendientes, hija —saludó dándole un beso.

—Gracias, mamá. Son un regalo de…

—Lo sé —dijo interrumpiéndola—. Me alegro mucho que seas tú el elegido —añadió dándole otro beso a Martín, y saludando al fraile que la recibió gustoso.

—Cuando tiene estos momentos de lucidez juraría que nos engaña

a todos haciéndonos creer que ha perdido la cordura —murmuró Juan.

—Si no viviera con ella diría eso mismo —contestó Tomasa.

Finalizada la sencilla ceremonia, los novios y los invitados, que no fueron otros que los acompañantes a la iglesia, celebraron con un nutrido desayuno que bien podía ser comida y cena. En casa de Ana Teresa los esperaban recien llegados de Turbaco Joaco, su mujer y los tres indiecitos, que por primera vez Lucía veía limpios y bien vestiditos para la ocasión; y con la venia de Ana Teresa hasta brindaron un par de veces pasando una mañana muy sentida y alegre.

—Lucía, en este momento para mí la vida es perfecta —expresó Martín.

—Deseo que siempre sea así —contestó ella—. Qué pena que Carmen, tu padre, Dominga y José Trinidad no pudieron acompañarnos.

—Bueno, Carmen, Dominga y el crío no podían, pero mi padre no tiene excusa, simplemente no quiso estar a mi lado, no quiso acompañarnos —afirmó con resentimiento—. Se está gastando el poco dinero que tiene en putas y alcohol, y no quiere levantar cabeza.

—No te sientas mal por él, tú ayúdalo tanto como puedas, como me dijiste una vez, sea como sea es tu padre y siempre lo será.

—No hablemos de eso ahora.

—Tienes razón, Martín, más bien dime ¿eres feliz?

—Infinitamente, ¿y tú?

—Sí, completamente.

—No me engañas… —dijo Martín acariciándole el rostro —sigues pensando en Carmen, en Damián y en tus visiones de la muerte. Lo sé.

—Sí soy muy feliz, lo sabes, solo que no logro sacármelos de la cabeza. Llevo noches soñando con ellos. Sueño cosas horrendas; veo mujeres que bailan y gritan desnudas en una gran cueva junto a Carmen alrededor de una hoguera; veo el rostro borroso de Damián reír endemoniadamente y a la muerte estirando las manos para agarrarme. De verdad, siento la necesidad de ir a ver a Carmen

cuanto antes.

—Pues yo te quiero infinitamente feliz como lo estoy yo. Si ver que tu hermana está bien ayuda a que estés tranquila, partiremos cuando lo desees a Santa Cruz de Mompox.

—Gracias Martín, pero hoy prefiero no pensar más en ello. Mañana organizamos el viaje, es que no quiero estropear este momento de felicidad. De hecho, quiero enseñarte un lugar muy especial; el sitio adonde me escapaba con Juan y Tomasa cuando no quería estar en casa o los sábados cuando tu venías. Le llamamos la Ventana al Cielo.

—Me encantaría verlo.

Sin decir nada, Juan acercó a los esposos un caballo azabache, como el que tuvo Pedro, ensillado, y con las crines adornadas con trenzas de lana blancas y rojas. Tras montar al animal y despedirse de todos, recorrieron galopando la costa rumbo al norte dejando atrás las hileras de esbeltos cocoteros, hasta toparse con unas rocas de formas caprichosas dispuestas en desorden sobre la arena de la playa. Cambiando de dirección se internaron en el monte y entre árboles, matorrales, palmeras y corozales empezaron a subir una cuesta hasta llegar a la cueva. El suelo estaba decorado con pétalos de flores, una manta, un par de almohadones y un cesto con frutas frescas y bebidas.

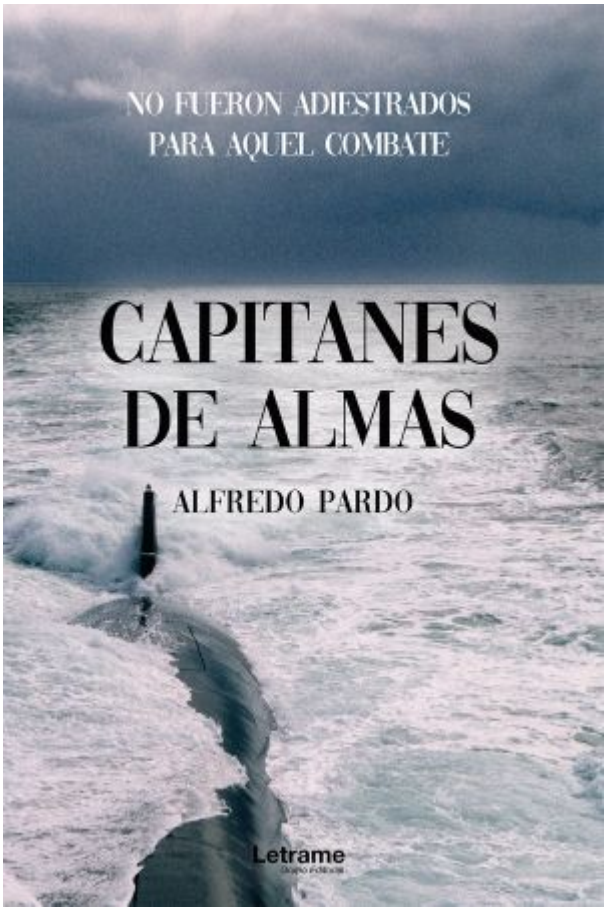
—Y yo que pensaba que el arroyo que pasa por la parcela era lo más lindo que había visto; este lugar es hermoso; indescriptible —aseveró sentándose para admirar las vistas—. Así que aquí era donde te escondías de mí. Siempre me pregunté en dónde te metías cuando no te veía.

—Sí. Aquí era, pero ya no me esconderé más —afirmó recostándose, apoyando la cabeza sobre las piernas de Martín.

—Te amo, Martín Martínez.

—Y yo a ti, Lucía de la Flor y Olmos.

FIN


NO FUERON ADIESTRADOS
PARA AQUEL COMBATE
CAPITANES
DE ALMAS
ALFREDO PARDO
Letrame

# Capitanes de almas

Pardo, Alfredo
9788413866079
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El capitán médico Fran Robles narra la historia de su embarque en el Hispania, un submarino de última generación recién entregado a la Armada y mandado por su hermano de madre Ángel Lobo, el Viejo Lobo, un mito en la flotilla de submarinos.
En su primera misión, el Hispania debe ir al Cuerno de África para llevar a cabo una operación contra la piratería. Durante el tránsito, frente a Nigeria, el Hispania se enfrenta a una situación no prevista y el comandante Lobo toma una decisión contrariando al propio Ministro de Defensa.
Una vez en zona de operaciones, un traficante de armas internacional aprovecha la situación de controversia interna para hacerse con la voluntad del comandante del Hispania atacando su talón de Aquiles: las familias de la dotación del submarino en tierra.
El capitán Robles, debido a una operación de reconocimiento fallida sobre un buque pirata nodriza, se separa de la dotación del Hispania y se infiltra involuntariamente en una banda de piratas en Mogadiscio.
El Viejo Lobo se queda solo y sin apoyos ante una trama política y un enemigo que desconoce por completo. Para ello, debe ganarse los escasos recursos de los que dispone en tierra: una tecnócrata en

el Ministerio de Defensa; un misterioso espía pakistaní que conoció durante la escala del Hispania en Ciudad del Cabo; y su hermano, el capitán Robles a quien debe pedir que arriesgue su propia vida.
Fran Robles nunca estuvo en primera línea y ahora se encuentra en una situación que le sobrepasa, debiendo enfrentarse a sus propios miedos y a la influencia del liderazgo de un mito, su propio hermano, el Viejo Lobo.

Cómpralo y empieza a leer


EL
MAESTRO
DE ALCOBA
SERGIO FOSELA
Letrame

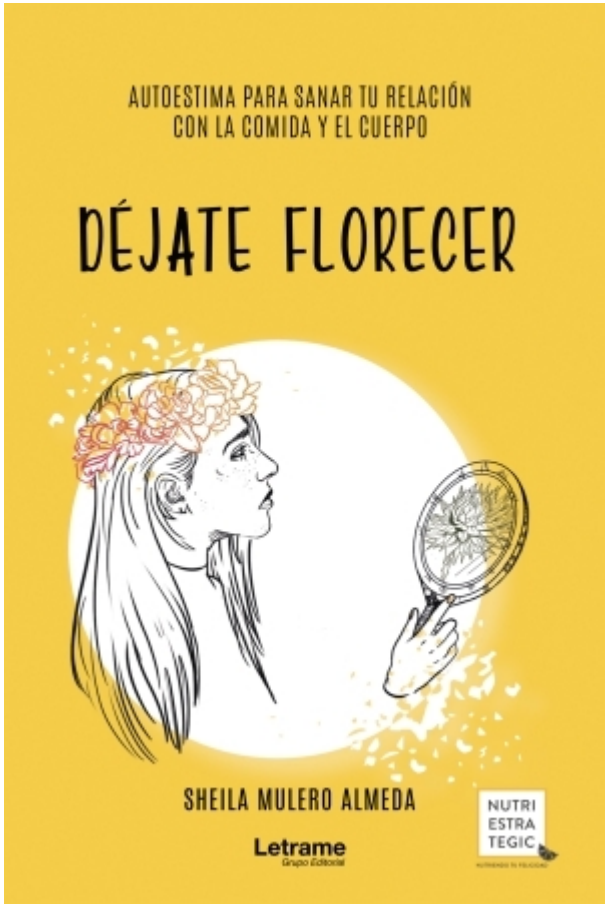
# El Maestro de Alcoba

Fosela, Sergio
9788413863375
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta es la historia de un joven que se cruza, por azar del destino, con un Maestro de Alcoba, el cual le mostrará los secretos de la energía sexual. En su camino como aprendiz, y a través de la experiencia con distintas mujeres, conocerá el amor, el desamor, el apego, el fracaso, el sexo, la soledad y el placer, entre muchas cosas. Acompáñale en su aprendizaje a la vez que aplica sus técnicas de alcoba, donde el erotismo impregna cada capítulo de esta historia. Sé testigo de las enseñanzas de la maestría de alcoba y del nacimiento de un nuevo maestro. Aquí empieza, si tú quieres, el camino hacia el éxtasis.

Cómpralo y empieza a leer


AUTOESTIMA PARA SANAR TU RELACIÓN
CON LA COMIDA Y EL CUERPO
DÉJATE FLORECER
SHEILA MULERO ALMEDA
Letrame
Grupo Editorial
NUTRI
ESTRA
TEGIC

# Déjate florecer

Mulero Almeda, Sheila

9788418362286

230 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El objetivo principal de este libro es ayudarte a indagar dentro de ti, conocerte y cuestionarte, aprender a romper las creencias disfuncionales que te invalidan en tu vida. Aprender a quererte y aceptarte como acto de revolución. Solventar tu relación disfuncional o tormentosa con la comida (la cual está totalmente ligada a la mala relación contigo misma y tu cuerpo).

A lo largo de estas páginas, podrás hacer un recorrido por todos los aspectos que considero necesarios para que puedas atravesar y transitar tu proceso terapéutico sintiéndote lo más segura y acompañada posible.

Como en el proceso de crecimiento de una planta, me gustaría con este escrito plantar una semilla, y que aprendas a regarla con cariño y que, con mucha paciencia, consigas verla(te) florecer.

Cómpralo y empieza a leer


ME DIJE
«HAZLO»
Y LO HICE
Sandra Blázquez
UNA HISTORIA REAL DONDE LOS SUEÑOS
SUPERAN A LOS MIEDOS
Prólogo de Javier Iriondo
Letrame

# Me dije hazlo y lo hice

Blázquez, Sandra

9788418512797

200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué sentido tiene la vida si nosotros no le damos uno?

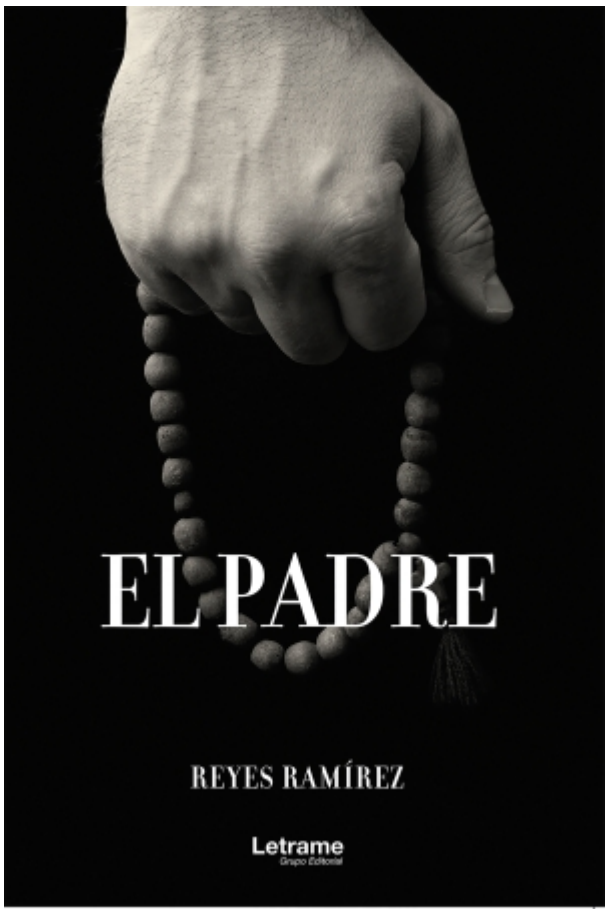
Esa fue la reflexión de Sandra tras conocer en un orfanato a Ryan, un niño de tres años que casi no sabía andar porque no lo sacaban de la cuna.

Ante la impotencia que le producía la tristeza de Ryan, supo que mirar hacia otro lado habría sido engañarse como se engañan los que se dicen "no puedo" y se propuso ir más allá de todos sus miedos, de todas sus creencias limitantes, de todos sus apegos con un único objetivo: cumplir su sueño.

A través de estas páginas, Sandra nos habla del amor más allá de uno mismo, de la superación, de la amistad, de dudar para después confiar más fuerte, pero, sobre todo, habla de la vida, de lo urgente que es tener claro un objetivo, de lo invencibles que somos cuando nos lo proponemos y de cómo detrás de todos nuestros miedos se esconden nuestros sueños, que están para cumplirlos.

Porque la vida un día se acaba y qué mejor que nos pille dónde y cómo queremos

Cómpralo y empieza a leer


EL PADRE
REYES RAMÍREZ
Letrame
Grupo Editorial

# El padre

Ramírez, Reyes
9788413860923
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tras una experiencia traumática, el joven y atractivo Bruno Eguia decide entregar su vida a Dios y convertirse en sacerdote. Tras salir del seminario es enviado a una tranquila parroquia en el centro de Madrid.
La vida parece darle una segunda oportunidad, pero todo cambia la noche en que es acusado de asesinato.
La Iglesia, preocupada por la repercusión que tiene el caso en la sociedad, decide contratar a uno de los mejores bufetes de abogados de Madrid.
Allí conocerá a Mara Quiroga, una joven e inexperta abogada a la que asignan el caso.
La atracción y el deseo que sienten el uno por el otro será imposible de controlar y ambos se verán atrapados en una espiral de sexo tan adictiva como censurable. Tan apasionante como imposible.
Sumérgete en esta adictiva y apasionante historia... te atrapará.
(Contiene escenas sexuales no aptas para menores de 18 años)

Cómpralo y empieza a leer